



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

Estrategias científicas en la literatura argentina de fines del siglo XIX

Volúmen I

Autor:

Salto, Graciela Nélica

Tutor:

Gramuglio, María Teresa

1999

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

TESIS 8-3-4 v.1

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
36307
24 JUL 1997

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DOCTORADO EN LETRAS

T E S I S

Estrategias científicas en la
literatura argentina de fines del siglo XIX

TOMO I

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIRECCION DE BIBLIOTECAS

GRACIELA NÉLIDA SALTO

DIRECTORA: MARÍA TERESA GRAMUGLIO

Esis 8-3-1
1.1

A mi familia

Índice

TOMO I

INTRODUCCIÓN	1
I. UN ASPECTO DEL MOVIMIENTO INTELECTUAL ARGENTINO EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX	12
II. LAS FANTASÍAS CIENTÍFICAS	35
EL CURIOSO JUGUETE DARWINISTA	39
DEL TRAUMATISMO A LOS AUTÓMATAS	52
LA SUGESTIÓN DEL POLICIAL	73
SON FENÓMENOS DE LA MISMA FAMILIA	83
UNA INFELIZ NEURÓTICA	101
UN CASO DE HISTERISMO TELEPÁTICO	110
III. DEL CASO CLÍNICO A LA NOVELA DE TESIS.	120
DE INFORMES, PERICIAS Y FICCIONES	123
ANÉCDOTAS Y CASOS	148
CURIOSAS OBSERVACIONES DE HERMAFRODISMO	155
HIGIENE, ETNIA Y FICCIÓN	163
UN CASO DE ENFERMEDAD MORAL	184

IV.	UN LIBRO EXTRAÑO	221
	EXTRAÑO Y RARO ES EL LIBRO QUE ACABO DE LEER	222
	ERA POR LO MENOS UN GENIALOIDE	237
	CUATRO FAMILIAS DE PSICÓPATAS	247
	MÉDICOS, APÓSTOLES Y ESCRITORES	255
	LOS MATERIALES DE LA LECTURA: LETRAS SANAS, FUERTES Y VIRILES	282
	LA TRANSMUTACIÓN POÉTICA DE LO NATURAL	306
	LECTURAS DEGENERATIVAS	314
	LA LENGUA DE LA LITERATURA NACIONAL	319
V.	FICCIONES CIENTIFICISTAS	327
	BIBLIOGRAFÍA CITADA	339
	ÍNDICE ANALÍTICO	354

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis fue realizada con el apoyo económico e institucional de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. En este último organismo he sido, desde 1988, becaria de iniciación, becaria de perfeccionamiento e investigadora asistente de María Teresa Gramuglio. A ella agradezco, entonces, más de una década de paciente trabajo crítico, de lúcidas sugerencias y de siempre estimulantes lecturas.

En la primera etapa de la investigación, recibí también la ayuda del memorable Enrique Pezzoni, quien me legó el tema de investigación; de Silvia Calero, quien codirigió mi beca de iniciación, y de Ana María Barrenechea, quien, con cordial afecto, fue mi Consejera de Estudios en la Universidad de Buenos Aires. Mucho tiempo antes, cuando sólo era una joven estudiante, Elena Huber confió en mí y me mostró un mundo de estudios rigurosos. Sin aquel impulso inicial, esta tesis de doctorado no se habría concretado.

A mis compañeros de trabajo y a los estudiantes del Departamento de Letras de la Universidad de La Pampa, quienes soportaron tenazmente una y otra ponencia sobre autopsias, histeria y degeneración, mi agradecimiento por el interés y el afecto demostrado, a pesar de tanta enfermedad *fin de siècle*.

A mis hijas y a su padre, quienes me sostuvieron cada vez que creí no poder continuar, les debo el sentido de lo hecho. También a mis compañeras de siempre, Nora Mantelli, Victorina Carllassare de De Fonteynes y a quien me acompaña en silencio, María Cristina Gil de Gates.

Introducción

INTRODUCCIÓN

En los últimos años se ha delineado un vasto campo de investigación en torno de las relaciones entre el discurso científico y el discurso literario. La literatura, ha dicho Roland Barthes, "toma a su cargo muchos saberes" y a través de la escritura "el saber reflexiona sin cesar sobre el saber según un discurso que ya no es epistemológico sino dramático" ([1978] 1987: 124-5). La revelación de esta condición teatral y escenográfica del discurso literario respecto del saber científico ha dado sustento, entre otras hipótesis, a una profusión de estudios, asociaciones y formaciones especializadas en las relaciones entre la ciencia y la literatura, en distintas épocas y culturas¹. De esta profusión surge una de las nuestras hipótesis iniciales: la ciencia, la literatura y la ficción conforman una tríada epistemológica a través de la cual parece posible analizar la imbricación de los saberes en pugna por alcanzar un espacio de visibilidad y de legitimidad en el campo cultural.

Las últimas décadas del siglo diecinueve se han consolidado, a su vez, como clave de lectura privilegiada para el análisis de las prácticas simbólicas en períodos de transición cultural. El énfasis puesto en la observación del fin del siglo veinte renovó el interés de la crítica por el último fin de siglo, y potenció además los estudios sobre la impronta científica en el imaginario social y cultural de la

¹ Nos referimos, entre otros hechos, a la fundación, en 1985, de la Society for Literature and Science; la organización anual de paneles de discusión sobre el tema en la Convention of Modern Language Association of America; los resultados de la Conferencia Internacional "Literature & Science as Modes of Expression" realizada, entre el 8 y el 11 de octubre de 1987, en el Worcester Polytechnic Institute; la más reciente creación del Ometeca Institute, organización dirigida por Rafael Catalá y dedicada al estudio de las relaciones entre la ciencia y las humanidades; y a los volúmenes de la serie "Science & Literature" que, desde 1987, edita George Levine en la University of Wisconsin Press.

época. Una de las vertientes críticas más productivas abordó, en este marco, el inmenso repositorio legado por los viajeros naturalistas, mientras otra indagó las patologías étnicas, orgánicas, delictivas y sexuales que, desde el pensamiento médico y legal, nutrieron las narraciones finiseculares². Ambas pusieron de relieve la excepcional contribución del científicismo y del biologismo darwiniano a la entronización del saber científico como criterio de razón dominante, en el campo intelectual europeo, y también, en los grupos letrados que comenzaban a nuclearse en el ámbito rioplatense. En la ciudad de Buenos Aires, específicamente, el acelerado proceso de urbanización que desbordó las previsiones sanitarias e higiénicas, la secularización creciente de la sociedad, y la configuración de un espacio intelectual en el que los médicos eran mayoría, consolidaron la alianza entre ciencia y literatura como uno de los núcleos medulares en la formación del imaginario nacional de fines del siglo pasado. En este sentido, Ricarte Soler ya había subrayado, en 1959, la particular orientación científicista del positivismo argentino y su proyección, a un mismo tiempo, al dominio de "las ciencias naturales" y, más allá de ellas, a la actividad misma de la cultura y del arte:

El positivismo, en Argentina, constituyó una etapa cultural cuyas proyecciones se hicieron sentir en todos los dominios del espíritu. Las ciencias naturales y las ciencias culturales, *la misma actividad artística*, sufrieron la influencia del positivismo y del científicismo. Caracteriza precisamente el fin del siglo XIX, así como los comienzos del XX, la influencia considerable que tuvo sobre la pedagogía, la ética, la sociología, la historiografía —*aun sobre el arte* y las ciencias naturales— el

² En la primera línea crítica, aunque no concerniente sólo al fin de siglo, se inscriben, entre otros, los trabajos de González Echevarría (1990), Pratt (1992) y Prieto (1996). En la segunda, los estudios de Haynes (1994), Rothfield (1992), Salessi (1995) y Vrettos (1995).

positivismo filosófico, *particularmente en su orientación científicista*³. (Soler [1959] 1979: 13)

La aparición de *Dos partidos en lucha* de Eduardo Ladislao Holmberg, en 1875, y la publicación del último volumen de *Libro Extraño* de Francisco Antonio Sicardi, en 1902, enmarcan un período en el que la excepcional difusión alcanzada por estas ideas científicistas delinear un ámbito propicio para el análisis de la representación ficcional de los saberes científicos y pseudocientíficos en la literatura de la época. Desde los primeros comentarios publicados en la prensa hasta las perspectivas producidas en los últimos años, la crítica ha señalado en este período la "relación armónica y convergente de temas y valores que se establece entre el ensayo «científico» y la ficción narrativa" (Vezzetti 1989: 551). Nosotros hemos observado además que, tras la publicación de varias obras del período —*Dos partidos en lucha* (1875) y *Nelly* (1896) de Holmberg, *Irresponsable* (1889) de Manuel Teófilo Podestá, *Las multitudes argentinas* (1899) de José María Ramos Mejía y *Libro Extraño* (1895-1902) de Sicardi, entre otras—, se producía una discusión, difundida en los periódicos de mayor tirada en la época, sobre las ideas científicas ficcionalizadas en cada una de las obras. Si bien algunos de estos comentarios críticos abordaban aspectos del estilo literario, la mayoría de ellos centraban su argumentación en el análisis de las tesis científicas o en la discusión de las disciplinas emergentes que permitían explicar la personalidad y/o la conducta de los personajes.

³ En la cita hemos destacado las opiniones relacionadas con nuestras hipótesis.

La obra de Eduardo L. Holmberg es un claro exponente de lo que postulamos. La publicación de *Dos partidos en lucha* promovió la polémica discusión sobre el darwinismo que, con el protagonismo de figuras como Domingo F. Sarmiento, Florentino Ameghino y Germán Burmeister, se extendió hasta avanzado el fin de siglo. La aparición de *Horacio Kalibang o los autómatas* (1879) alentó, una década después, el debate sobre los avances en mecánica cerebral que José M. Ramos Mejía había presentado, también en 1879, en su tesis de doctorado. *La casa endiablada* (1896), *La bolsa de huesos* (1896) y *Nelly*, por último, ficcionalizaron aspectos de la frenología, de la técnica dactiloscópica y de la telepatía, que fueron objeto de extensa polémica sobre los límites entre la ciencia y las llamadas pseudociencias, en un ambiente permeado por sugerencias espiritualistas, esotéricas y fantásticas.

Por otra parte, la publicación de los casos y de las tesis de enfermedad social como *Irresponsable, ¿Inocentes o culpables?* (1884) de Antonio Argerich, *En la sangre* (1887) de Eugenio Cambaceres y la mayor parte de los volúmenes que componen el *Libro Extraño*, promovió intensos debates sobre la pertinencia de saberes tan dispares como las teorías de la degeneración o de la herencia, la homeopatía, la clínica y la psicología experimental, como así también sobre estrategias de diagnóstico y saneamiento del cuerpo moral y nacional enfermo.

El debate era protagonizado por escritores médicos o naturalistas que polemizaban entre sí —Eduardo L. Holmberg, José Ingenieros, Manuel T. Podestá, José M. Ramos Mejía, Guillermo Rawson, Francisco A. Sicardi o Eduardo Wilde— y también por algunas otras figuras del espacio intelectual

configurado en torno de los centros de interés científico, literario y cultural de la época —Norberto Piñero, Luis Berisso, Paul Groussac, Leopoldo Lugones, Lucio V. Mansilla, Cristián Roeber, entre otros⁴.

La extensión, la persistencia y el carácter polémico de estos debates nos han llevado a analizar la plural conformación de los campos del saber y del poder a fines de siglo en cuanto a la múltiple imbricación literaria de saberes *emergentes*, es decir, saberes que todavía no habían alcanzado el grado de formalización necesaria para ser considerados científicos, y las controversias científicas y literarias suscitadas a partir de su ficcionalización que, la mayoría de las veces, fue anterior o paralela a su presentación en instituciones, formaciones y centros de divulgación científica. Más allá de las tensiones inherentes a campos que, como el literario y el científico, estaban en proceso de formación, una de nuestras hipótesis ha sido que la ficcionalización de estos saberes era una de las características dominantes de este período, en tanto operaron no sólo como materiales de la ficción, sino sobre todo como estrategias de interacción cultural entre diversos grupos en conflicto.

⁴ La frecuencia y la intensidad de las polémicas puede advertirse, por ejemplo, en las siguientes opiniones de Pedro Scalabrini y de Leopoldo Lugones. En 1888, Scalabrini escribe su extensa conferencia de setenta páginas sobre "Materialismo, darwinismo, positivismo. Diferencias y semejanzas" en respuesta a un comentario anónimo publicado en un periódico de la ciudad: "Termino, muy señor mío, en la creencia de haber indicado las diferencias y semejanzas entre el materialismo, darwinismo y positivismo, que Ud. confundió en su artículo de colaboración sobre mis *Cartas* científicas, publicado en el *Figaro* de Buenos Aires en 27 de diciembre de 1887." ([1888] 1967: 236). Una década después, en 1899, Leopoldo Lugones comentaba: "... siendo nuestro carácter nacional un poco agresivo en esto de polémicas, quien se ve en el doloroso trance de sustentartas, suele andar, mientras el asunto transcurre, en molesta espera de posibles ataques." (Carta dirigida a Luis Agote en la polémica, suscitada en 1899, a partir de la publicación de *Las multitudes argentinas* de José M. Ramos Mejía).

Es que en este espacio de debate advertimos, por otra parte, la inserción problemática de escritores de diversa procedencia étnica, social y política. José M. Ramos Mejía, Eduardo L. Holmberg o Eduardo Wilde son figuras representativas del grupo patricio, mientras que Manuel T. Podestá o Francisco A. Sicardi, en cambio, forman parte de un grupo de origen inmigratorio que parece buscar, en una literatura de carácter científicista, un instrumento de penetración y legitimación en el ámbito letrado de la elite local, a la vez que una clave explicativa de las vicisitudes de los grupos migratorios marginales.

Los escritos de unos y otros formaron una red discursiva que, al poner en escena los saberes considerados científicos y también aquellos que aún no habían sido admitidos en un marco disciplinario, dirimía en las novelas, en los informes médicos y en los folletines de la época, los espacios de posibilidad de la escritura, de la ciencia y de la ficción. La literatura entretejía *casos* clínicos curiosos, extraños o fantásticos, al mismo tiempo que las historias clínicas modelizaban personajes y tipos de ficción. Los textos exhiben deslizamientos temáticos, entrecruzamientos retóricos e intersecciones genéricas que configuraban, también, estrategias de interacción cultural y social.

Analizaremos, entonces, en algunas narraciones literarias argentinas de las dos últimas décadas del siglo diecinueve, las zonas de conflicto entre modelos epistemológicos e ideológicos que ponen en evidencia, a su vez, la interacción de identidades étnicas, sociales y culturales en pugna. En estas narraciones, la ficcionalización de saberes científicos emergentes, no aceptados ni consolidados aún por las normas disciplinarias en vigencia, parece ser una instancia estratégica

en la búsqueda de legitimidad cultural y social de ciertos escritores médicos, hijos en su mayoría de la primera generación inmigratoria. Sostendremos que estos médicos apelaban, por una parte, al folletín como un medio para alcanzar la difusión y divulgación de sus saberes entre un público más amplio que el reducido núcleo de la elite colonial y, por otra, a la participación en los círculos literarios y científicos como estrategia de legitimación étnica y social. En sus escritos literarios, la utilización del *caso* —"forma simple" caracterizada por la ponderación de normas en conflicto— favoreció la narrativización de los saberes *emergentes*, hecho que, al cuestionar el marco cognoscitivo común y en el interior de una tradición narrativa débil como la argentina, contribuyó a ubicar sus textos en la difusa categoría de fantásticos, raros o extraños.

En el diseño de estas hipótesis, nos hemos apoyado en la afirmación de que "El saber no entra tan sólo en las demostraciones; puede intervenir igualmente en ficciones, reflexiones, relatos, reglamentos institucionales y decisiones políticas." (Foucault [1969] 1979: 308). En consecuencia, hemos creído posible explorar los límites y los márgenes de la ya clásica opinión de Marcelo Monserrat sobre "la recepción literaria de la ciencia en la Argentina" (1972; 1974; 1993 y 1995) y analizar complementariamente, ya que no se trata de una recepción pasiva, no sólo cómo la ciencia se recibe sino sobre todo cómo se discute, se valora y se pondera en la literatura argentina del siglo diecinueve.

Miguel de Asúa ha señalado la presencia de ciertas orientaciones paradigmáticas que funcionan como modelos en la escritura de la historia de la ciencia en Argentina, ciertos "modos de hablar" de la historia de la ciencia: el

épico-moralizante, el conmemorativo, el de la historia de las disciplinas, el de los científicos críticos y el de los historiadores (1993: 13-19). Nuestro trabajo intenta, en cambio, describir las prácticas discursivas por las cuales los saberes se entretrejen, se desplazan, se relacionan, se contradicen hasta alcanzar un grado de epistemologización que los incluye a algunos, a otros quizá nunca, en el marco de una disciplina científica. Es decir, intenta "hacer aparecer entre positividad, saber, figuras epistemológicas y ciencias, todo el juego de las diferencias, de las relaciones, de las desviaciones, de los desfases, de las independencias, de las autonomías..." (Foucault [1969] 1979: 322).

La literatura nos ofrece un campo privilegiado para observar estos entrecruzamientos, estas luchas de posiciones, instituciones y pactos por los cuales los saberes no reconocidos dirimen su posición en el espacio discursivo (Delfino 1995: 273). Leeremos, entonces, un *corpus* de las prácticas escriturarias de la cultura letrada, con especial énfasis en aquellas que han sido consideradas literarias, con el objeto de evaluar si la matriz científicista pudo haber cumplido, en la literatura llamada culta o alta, una función de algún modo homóloga, aunque de ningún modo idéntica, a la de la matriz criollista analizada por Adolfo Prieto en la literatura popular (1988). Es decir, si la ciencia, desde la topología temática hasta las estrategias retóricas, constituyó una clave de negociación discursiva entre los elementos más tradicionales del campo intelectual en formación y las fuerzas inmigratorias en ascenso.

Para ello, dedicaremos un primer capítulo a analizar la posición de la ciencia y de los saberes científicos, en el espacio cultural de la ciudad de Buenos

Aires, entre 1875 y 1890 aproximadamente, con especial atención sobre las disciplinas en auge a fines del siglo pasado: las ciencias naturales, la higiene y la medicina legal. Describiremos las instituciones oficiales, los centros de reunión profesional, los centros de asistencia sanitaria, las publicaciones periódicas y las lecturas naturalistas. En resumen, las superficies de emergencia de las profusas e intensas relaciones entre escritores y médicos a fines de siglo.

En los capítulos segundo, tercero y cuarto, analizaremos la relación entre los debates científicos de la época en torno del darwinismo, la mecánica cerebral, la frenología, el hipnotismo y la sugestibilidad, el histerismo, la psicología experimental y la homeopatía, entre otros, y las ficciones del período ya citadas. En la medida en que el proceso de fundación de las disciplinas científicas, tal como lo ha observado Eliseo Verón, "tiene la forma de un tejido extremadamente complejo de conjuntos discursivos múltiples, la forma de una *red intertextual* que se despliega sobre un período temporal dado" (1987: 27), intentaremos leer, en el entramado cultural de la época, las relaciones entre saber, ciencia y ficción.

En síntesis, a partir de la lectura de discursos pertenecientes a géneros literarios y disciplinas diversas, nos proponemos explorar la proliferación textual de modalidades de enunciación híbridas, como el *caso* y la *novela de tesis*, y su relación con las luchas entre grupos sociales y étnicos disímiles. Por último, una advertencia. Como en el *Código de higiene y medicina legal*, redactado por Emilio R. Coni en 1891, también aquí:

El lector hallará en diversos capítulos de este libro, materias nuevas de interés palpitante, tales como el diabetes traumático, los traumatismos cerebrales en los accidentes de ferro-

carriles, que los ingleses designan bajo del nombre de *railway brain* o *railway spine*, las equimosis espontáneas de las histéricas, el hipnotismo bajo del punto de vista médico-legal, las investigaciones de M. Mégnin sobre las aplicaciones de la entomología a la medicina legal, las informaciones necesarias sobre identificación antropométrica que se lleva a cabo por un servicio especial anexo al Departamento central de Policía, el morfinismo y el cocainismo, etc., etc. (1891: xiii).

CAPÍTULO PRIMERO

Un aspecto
del movimiento intelectual argentino
en las últimas décadas del siglo XIX

Capítulo primero

UN ASPECTO DEL MOVIMIENTO INTELECTUAL ARGENTINO EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX⁵

El avance de la sociedad industrial que, en el marco de las ideas positivistas, privilegió el orden como taxonomía de lo natural, la clasificación como método de conocimiento, y la ciencia como factor de progreso social y moral, ubicó el conocimiento científico en un lugar preponderante entre los saberes vigentes a fines del siglo diecinueve. Las ciencias naturales, las ciencias biomédicas y un conjunto de disciplinas hoy consideradas pseudocientíficas⁶, expandieron al campo cultural sus instrumentos conceptuales, sus instancias metodológicas e inclusive sus estrategias retóricas. En 1875, *Dos partidos en*

⁵ Hemos optado por el subtítulo "el movimiento intelectual" ya que, tal como aparece registrado en tres textos de la época, su enunciado evoca el itinerario de un campo intelectual en vías de formación. En las Dos Palabras escritas en 1877 como introducción de sus *Ensayos*, Miguel Cané opondrá la falta de literatura nacional a la atracción del "movimiento intelectual" europeo: "La República Argentina no tiene en la actualidad literatura nacional ... encontrándome en París ... envueltos, en una palabra, en el *movimiento intelectual* que no cesa un instante en aquel centro sin igual ... soñábamos en los tiempos en que pudiéramos mirar en las calles de Buenos Aires a algunos de nuestros compatriotas con el respeto con que mirábamos a aquellos dos hombres [Victor Hugo y Dumas]" ([1877] 1940: 6-7). En la década siguiente, Ernesto Quesada y Alberto Martínez titularían "*El movimiento intelectual argentino*" sendos estudios sobre las prácticas culturales en la ciudad de Buenos Aires. Es evidente que, en poco tiempo, se había producido un desplazamiento notorio en la percepción de la actividad intelectual en la ciudad. La falta y la carencia denunciadas por Cané son reemplazadas en los trabajos de Quesada y de Martínez por los registros de bienes culturales. Un análisis comparativo de los informes de Quesada y de Martínez puede verse en Prieto 1988: 34-52. En este apartado nos centraremos, sin pretensiones de exhaustividad, en los aspectos concernientes a nuestra tesis.

⁶ Véase al respecto el estudio conjunto editado por Arthur Wrobel sobre las función de las pseudociencias en el pensamiento estadounidense del siglo pasado: "Scholars are discovering that phrenology, mesmerism, spiritualism, hydropathy, and homoeopathy were warmly received during their heyday, not only among the uninformed and credulous but also among the respectable and educated, and that the diffusion and practice of these disciplines intertwined with all the major medical, cultural, and philosophical revolutions in nineteenth-century America." (1987: 1).

lucha de Eduardo Ladislao Holmberg describía el creciente interés por la ciencia en el precario espacio cultural rioplatense:

Es indudable que en Buenos Aires se va despertando el sentimiento científico con una rapidez extraordinaria. (...) podemos decir, sin temor de ser exagerados, que el gusto científico se desarrolla aquí inmoderadamente. ¿A qué librería podremos ir hoy sin que hallemos que la mitad de las obras se relacionan más o menos directamente con las ciencias...? (69)

Pocos años antes, en 1870, habían llegado de Italia los primeros profesores de ciencias contratados por el gobierno nacional, y en 1874 habían formado la Academia de Ciencias de Córdoba⁷. En 1872 se había fundado en Buenos Aires la Sociedad Científica Argentina, y en 1874 la Universidad de Buenos Aires había creado la Facultad de Ciencias Físico-Naturales y reincorporado a su estructura la Facultad de Ciencias Médicas⁸. Es decir, en apenas cuatro años se habían creado las instituciones que, hasta muy avanzado el siglo veinte, ostentaron un lugar relevante en el espacio de la política cultural argentina y delinearon áreas de expansión, resquicios y estrategias de penetración del saber científico en el discurso social de la época⁹. La ciencia

⁷ La contribución de los científicos extranjeros al desarrollo de las actividades científicas en Argentina ha sido estudiada, entre otros, por Marcelo Monserrat en "La influencia italiana en la actividad científica argentina del siglo XIX" (1983: 105-123) y en "Sarmiento y los fundamentos de su política científica" (1993: 13-30).

⁸ Sobre la organización institucional de los estudios médicos, véanse Kohn Loncarica y Agüero (1985: 125-128), la tesis "Historia social de las instituciones de salud en la República Argentina" de Horacio H. Hernández (Universidad de Buenos Aires, 1981) y Halperín Donghi 1962: 82-84.

⁹ *Cfr.* la exaltada valoración del período en el siguiente fragmento de Joaquín V. González: "Al propio tiempo se prestaba atención a los altos estudios científicos, con la venida al país de un nuevo núcleo de profesores europeos para la Universidad de Buenos Aires, quienes renovarían las muertas aulas de ciencias naturales y matemáticas, que desde su iniciación en 1821 no habían recibido el más leve estímulo; y a la venida de Gould sigue la de Burmeister, y más tarde al emprenderse la reforma de los altos estudios en

proveyó desde entonces los instrumentos conceptuales más usados por la elite hegemónica en su intento de concreción de la nación proyectada.

La enorme difusión que tuvieron las hipótesis evolucionistas de Charles Darwin y el público debate a que fue sometida su teoría; los viajes y las expediciones científico-militares de reconocimiento de los territorios pampeano, patagónico y norteño; las revistas que aunaban las ciencias y las letras; las lecturas naturalistas propagadas en los folletines periódicos al mismo tiempo que en Francia: tales fueron sólo algunas de las huellas de esta tendencia general a ubicar la ciencia en un lugar dominante del espacio cultural y a postular el saber científico como matriz ideológica reguladora de las leyes de lo real.

La creación y organización de las distintas instituciones representativas de los intereses científicos del momento podría no considerarse un hecho decisivo en la posición hegemónica de la ciencia en el espacio cultural, si no fuese por esa "asombrosa capacidad para hablar desde la Institución", característica del positivismo latinoamericano (Terán 1983: 7). La emergencia de un somero interés o preocupación por la práctica científica fue en el país concomitante con la creación de las instituciones destinadas a organizar, legislar y regir la actividad científica. Con la excepción de la Sociedad Científica

Córdoba un movimiento que por su significado fue una completa revolución intelectual y social, una verdadera secularización con la inclusión de las ciencias naturales y físicas. Este valioso concurso de la alta cultura europea se reforzaba por un selecto grupo de sabios catedráticos alemanes, que fundan la Academia Nacional de Ciencias, despliegan un vivo trabajo de exploraciones y estudios de diversas regiones del país, que luego recorren con sólido prestigio los más célebres centros científicos del mundo; son las obras de alta especulación científica del Observatorio de Córdoba, las de índole geológica y geográfica, paleontológica y etnográfica, que da a luz más tarde Ameghino y continúan los profesores del Museo Nacional y el de La Plata, y tras de sus huellas los actuales en las facultades, institutos y congresos científicos incorporados al movimiento normal de asociación entre los pueblos cultos." (González [1910] 1979: 105)

Argentina, surgida por los intereses de un grupo de estudiantes del entonces Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, fue el gobierno nacional, directamente a veces, como en el caso de la Academia Nacional de Ciencias, o a través de sus órganos representativos en otras oportunidades, el propulsor de la organización institucional de los grupos de profesores y científicos del país. La figura de Sarmiento, con su convicción acerca de las funciones de promoción social y cultural de la ciencia, aparece durante más de dos décadas como el eje impulsor de estos atisbos de política científica gubernamental.

De allí que las historias de la ciencia argentina suelen circunscribirse a una historia de las instituciones científicas argentinas, así como no pocas de ellas deberían ocupar un lugar destacado en las historias de las instituciones políticas de fines de siglo. La mayor parte de los estudiosos tendieron a compartir su actividad científica con funciones en instituciones estatales y en formaciones profesionales que, en varios aspectos, habían adquirido para sí el funcionamiento propio de una institución¹⁰. Esta triple implicación —ciencia, institución, Estado—, con sus correspondientes adhesiones, rechazos y puntos

¹⁰ Cfr. las opiniones de Salessi en "Higienistas, escritores en la burocracia del Estado" (1995: 86-89) que dialogan con las observaciones anteriores de Terán (1979; 1986) y, también, con las de Vezzetti: "La capa médica, cuando no ocupa directamente funciones de gobierno, se sitúa en las proximidades de los resortes del Estado y, correlativamente a su contribución, encuentra condiciones de jerarquización, prestigio y reconocimiento social" ("La medicina pública" y "El personaje médico", Vezzetti 1985: 23-35).

de intersección, diagramó algunos de los haces de relaciones inherentes al funcionamiento del espacio intelectual de fines de siglo¹¹.

La Sociedad Científica Argentina, por ejemplo, creada con el objetivo de "fomentar especialmente el estudio de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, con sus aplicaciones a las artes, a la industria y a las necesidades de la vida social", fue la protagonista de uno de los puntos de inflexión más relevantes en el debate evolucionista que se desató en el espacio cultural rioplatense en la década de 1870. La polémica en torno de las ideas darwinistas se hace pública con la aparición *Dos partidos en lucha*, "el primer signo —curiosamente literario— de una corriente que, dentro del amplio curso del movimiento positivista, se caracterizará por su fuerte impronta biologista" (Monserrat 1974: 656). El libro de Eduardo Ladislao Holmberg, una "fantasía científica" según el subtítulo original, provocó en 1875 un debate que alcanzó inclusive a Domingo Faustino Sarmiento¹². La obra comienza con un ataque al

¹¹ Cfr. la opinión de Terán: "Topografía gris de la ciudad de Buenos Aires, donde es importante saber quién habla, pero también *desde dónde* habla. Facultad de Medicina, Servicio de Alienados, Instituto de Criminología... Queremos decir que resulta poco menos que imposible determinar la especificidad de la penetración de los discursos «positivistas» —en el sistema de Ingenieros y en la estructura ideológica general de la Argentina— si se prescinde de su articulación concreta en determinados espacios institucionales de poder. Debería ser algo más que un dato anecdótico considerar la incorporación del cientificismo a los análisis sociales a través de una mediación biologista, jurídica y médica. Después de todo —como se ha señalado—, «el mito lombrosiano fue resultado de una toma del poder, por así decirlo, por parte de los médicos»." (1979: 69).

¹² José Ingenieros destaca especialmente la función tutelar de Sarmiento en los debates culturales de la época: "Agitación de ideas, modificación del gusto, orientaciones nuevas, todo de 1875 a 1885, revela un inquieto afán de sobreponer las cosas de la cultura a las bastas necesidades del enriquecimiento y de la política. [...] Esta renovación cultural se operó, en mucha parte, bajo la tutela de Sarmiento; muchos años bregó por introducir al país sus elementos iniciales, encintando así de cultura científica a la república, creando academias, institutos o centros científicos, y dotándolos de competentes profesores yanquis y europeos. Vivió alerta cuando asomaron los primeros frutos: alentando a los jóvenes, aplaudiéndolos, contagiándolos de su manía de estudiar y enseñar." (1961-2, Tomo 6: 419).

atraso de los planes de estudio vigentes —"yo que acababa de pasar mi último examen de preparatorios en la Universidad, no sabía quién era Darwin" (1875: 3)— y se ubica en el centro de una disputa pública con Germán Burmeister, director del Museo Público de Buenos Aires, que Holmberg siguió hasta su muerte y de la que participaron en otros momentos, y con menos virulencia, Miguel Cané, Pedro Goyena y José Manuel Estrada entre los antidarwinistas y Eduardo Wilde, José María Ramos Mejía y Sarmiento entre los defensores de la postura darwinista de Holmberg. En 1877, año de la publicación en español del *Origen de las Especies* de Charles Darwin, algunos socios de la Sociedad Científica Argentina propusieron, según Marcelo Monserrat, la candidatura de Darwin como tercer socio honorario de la institución. Los dos primeros eran Guillermo Rawson (1874) y Germán Burmeister (1875), uno de los más enconados detractores de Darwin en el país. El científico inglés aceptó y se transformó así en socio honorario de una institución científica argentina dos años antes de ser aceptado como tal en la Académie des Sciences de París, honor que tuvo en 1879 tras varios rechazos previos (Monserrat 1974: 595-598)¹³. La intervención en el debate de la Sociedad Científica Argentina es un indicio del modo peculiar en que las instituciones científicas participaban e incidían en las discusiones culturales del momento. La mayor parte de la discusión

¹³ Darwin había viajado por el territorio pampeano-patagónico, entre 1831 y 1836, y en base a sus observaciones y los datos relevados había desarrollado un cuarto de siglo más tarde la mayor parte de su teoría. Mantuvo además una intensa relación epistolar con el médico Javier Muñiz, reconocido como el primer naturalista argentino. Los avatares del viaje de Darwin pueden consultarse, entre otras fuentes, en Prieto 1996: 27-95.

que, entre 1883 y 1884, se desarrolló en el Parlamento por la promulgación de ley N° 1420 reconoce uno de sus hitos fundadores en este reconocimiento darwinista de la Sociedad Científica Argentina, que permitió difundir un debate hasta entonces reservado casi al ámbito científico¹⁴. El homenaje a Darwin que organizó el Círculo Médico Argentino en 1882, a un mes de su muerte, amplió aun más el horizonte de expectativas críticas. Los dos oradores fueron Holmberg y Sarmiento, este último todavía una de las figuras de mayor prestigio político e intelectual en el país. Holmberg utilizó la oportunidad para enumerar allí las ventajas del credo darwinista y justificar de ese modo las expediciones militares comandadas por Julio A. Roca a la región pampeano-patagónica¹⁵.

Estas expediciones, otro de los núcleos de emergencia del papel dominante de la ciencia en relación con el poder estatal, también habían surgido a partir de un órgano institucional. La Academia de Ciencias de Córdoba, creada bajo la dirección de Germán Burmeister con un cuerpo de profesores extranjeros traídos especialmente para cumplir funciones de docencia e

¹⁴ "El darwinismo tiene su más elevada representación, diría, mejor, monumental, en el Museo de La Plata que dirigen Moreno y Ameghino. Nuestros naturalistas son casi todos darwinistas, no obstante la autoridad conservadora del Director del Museo Nacional de Buenos Aires. Esta rebelión explicable y justificable de nuestros jóvenes naturalistas, reformistas y transformistas, prueba claramente su incontestable talento de iniciativa científica, cualidad distintiva de los pensadores modernos." (Scalabrini [1888] 1967: 176).

¹⁵ Cfr. el siguiente fragmento del discurso pronunciado por Holmberg: "...todas las opiniones de Providencia, justicia, equidad, fraternidad, que no son más que opiniones diversamente arraigadas en cada uno, se estrellan en presencia de la manifestación común, que es, en cierto modo, la ley natural; —y los blancos, los civilizados, los cristianos, armados de remington, acabamos con los Indios, porque la *Ley de MALTHUS* está arriba de esas opiniones individuales, que pueden ser excelentísimas, pero que, sea porque falte aún mucho para que la humanidad esté civilizada, sea por cualquier otra causa, no se hacen carne— y así, luchando también nosotros por la vida, con buenas ideas, con buenas armas, con buenos recursos, no hacemos más que poner en juego nuestras ventajas." (Holmberg 1882: 66).

investigación, fue la institución organizadora de las numerosas expediciones científico-militares exploratorias de los territorios desconocidos en estrecha relación con los intereses geopolíticos del estado nacional. La Academia, fundada en 1874, no había prosperado en el ámbito de la universidad cordobesa y en 1878, cuatro años después de su formación inicial, se transformó en la Academia Nacional de Ciencias. La nacionalización de la institución creada inicialmente para "instruir a la juventud en las ciencias exactas y naturales y formar profesores que puedan enseñar esas mismas ciencias en los colegios de la República" (Babini 1954: 118-9), conllevó un desplazamiento desde los objetivos pedagógicos iniciales hacia las funciones políticas inherentes a un organismo estatal: la Academia Nacional de Ciencias se creó "como corporación científica sostenida por el gobierno de la Nación para servir de consejo consultivo al gobierno en los asuntos referentes a las ciencias". La consecuencia inmediata fue el desplazamiento del acento puesto en los estudios físico-matemáticos, que la caracterizó desde su fundación hasta 1878, por los estudios de ciencias naturales (Babini 1954: 118-9), que, sin duda, poseían distinto valor estratégico para el gobierno de la nación en vista de las campañas expedicionarias que se estaban organizando para la expropiación al nativo del vasto territorio de la llanura pampeana.

En una carta enviada, en 1879, al entonces Ministro de Guerra y Marina, Julio A. Roca, la Academia de Ciencias, a través de su presidente Oscar Doering, intenta convencer a los representantes del poder político de la necesidad de realizar también una "conquista" científica del país en forma

paralela a la conquista militar¹⁶. Roca avizora, entonces, los beneficios de contar con un aval científico que justifique la empresa "ante nosotros y lo mismo en el exterior" y convence al Ministro de Guerra para formar una Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro¹⁷. El corrimiento vertiginoso de la frontera sur —en menos de cinco años se avanzó desde el noroeste de la pampa húmeda hasta la zona precordillerana—, y los avances sobre la frontera norte que incorporaron al conocimiento de los naturalistas también la vasta zona geográfico-natural del bosque chaqueño, impulsaron el desarrollo institucional de los estudios naturales y geológicos comenzados dos décadas antes por los viajeros europeos interesados en la naturaleza patagónica y aportaron elementos fundamentales para la justificación de la campaña militar. Roca, en su parte al Ministro de Guerra, se apropia de las adquisiciones científicas que él mismo había desalentado en la etapa de organización de la expedición y las presenta como

¹⁶ "Teniendo conocimiento de la gran expedición proyectada para asegurar las fronteras, me dirijo a V.E. a nombre de la Academia, con el propósito de hacer presente a V.E. cuán interesante sería para la ciencia y provechoso para el país, si fuese posible formar colecciones zoológicas, botánicas y mineralógicas de los objetos nuevos [...] Si no hubiere inconvenientes para que fueran coleccionados los objetos raros que se encuentran y V.E. se sirviere hacer indicaciones a este respecto a los jefes de esta expedición, con ello se haría un gran servicio al país, como también a la ciencia". Carta de Oscar Doering fechada el 31 de enero de 1879. Reproducida en Cáceres Freyre 1979: 96-97.

¹⁷ El informe final presentado por el general Roca al Ministro de Guerra, coronel Luis María Campos, da cuenta de este interés: "...debemos reportar el beneficio de los conocimientos importantes que en estas regiones, nuevas a la investigación científica se adelantarán con la exploración pericial que han venido haciendo los sabios profesores del Instituto de Córdoba [...] prometen deducciones preciosas, clasificaciones nuevas, resultados que por sí solos podrían dar importancia a la expedición, ante nosotros y lo mismo en el exterior". Citado en Santos Gollán 1979: 89.

uno de los logros de la campaña, completando así una argumentación que Sarmiento había impulsado cuarenta años antes:

Ha ganado la ciencia en las adquisiciones importantes hechas por la Comisión de sabios que nos han acompañado. Ha abierto nuevos horizontes al comercio y a la población presentándole territorios dotados de todas las propiedades productoras, sacándolos de las mistificaciones, de la ignorancia que los presentaba como yermos e inútiles y aun repulsores de toda industria y de toda acción del hombre civilizado (Santos Gollán 1979: 89).

Se reitera, entonces, la asociación entre el desarrollo de las ciencias naturales y la expansión territorial que ha descrito Mary L. Pratt en su ya clásico estudio de 1992. Pero, junto a las ciencias naturales, se advierte que también la medicina —en tanto biología antropocéntrica— ocupó un lugar prominente en la generación del discurso social, ya que poseía los principios conceptuales que la razón del grupo hegemónico en el país consideraba idóneos para organizar una explicación de la realidad social acorde con su proyecto. La nación vislumbrada desde el poder como realidad posible, era una nación por construirse: la inserción en el mercado internacional comenzaba a gestarse, las masas inmigratorias que aportarían la mano de obra indispensable para la incorporación al circuito económico transoceánico estaban arribando al país y la ocupación productiva de los territorios enajenados al nativo no se había concretado aún. En este marco de expectativa histórica, la realidad era percibida como una situación problemática que el grupo ilustrado no sólo debía transformar delineando estrategias para consolidar un estado nacional, sino

también dando soluciones a problemas cotidianos para los cuales las ciencias, y la medicina en especial, ofrecían valiosos instrumentos conceptuales.

La sociedad porteña recibió, entre 1869 y 1914, el mayor número de población europea migrante. La incorporación de los nuevos habitantes al ejido urbano y a la trama social, vigente sin cambios profundos desde la época colonial, produjo importantes alteraciones en el orden establecido. En los primeros años de inmigración, la tasa de mortalidad se ubicó, en el espacio urbano, alrededor del 30%, cifra comparable a la de Europa occidental en el siglo dieciocho (Bourdé 1977: 148). Aguas contaminadas, servicios de cloacas inexistentes, sólo dos hospitales reducidos para la atención de doscientos mil habitantes, acumulación de basura en las calles y las consecuentes epidemias, fueron algunos de los problemas que ubicaron al médico y al hombre de ciencia en el centro de convergencia de las expectativas sociales. Como han señalado Kohn Loncarica y Agüero, las epidemias "más de una vez obraron como acicate para la resolución rápida de medidas sanitarias que la lenta burocracia tenía paralizadas" (1985: 136-7)¹⁸. Cinco epidemias diezmaron la ciudad durante dos décadas: en 1867 se produjo la primera epidemia de cólera y, en 1887, la última. Tan sólo en la epidemia de fiebre amarilla de 1871 murieron catorce mil de los doscientos mil habitantes de la ciudad. Torcuato de Alvear, intendente

¹⁸ En 1873, dos años después de la gran epidemia de fiebre amarilla, se creó en el país la cátedra de Higiene Pública cuyo primer profesor fue Guillermo Rawson. En 1883 y por iniciativa de José María Ramos Mejía se creó la Asistencia Pública de la ciudad de Buenos Aires, institución que cumplió una importante labor durante la epidemia de 1886. Durante la misma, Francisco A. Sicardi estuvo a cargo del Lazareto improvisado en el barrio de Flores.

entre 1879 y 1887, llamó a colaborar con el poder político a los médicos higienistas de la Facultad de Medicina—Guillermo Rawson, Emilio Coni, José María Ramos Mejía, entre otros. El objetivo era organizar un plan de saneamiento y equipamiento hospitalario que permitiera solucionar los problemas de higiene que acosaban a la población a la vez que facilitarían la inserción de la ciudad portuaria en la economía mundial. El éxito del plan aplicado—la tasa de mortalidad disminuyó un 50%—produjo el afianzamiento de la higiene y de los higienistas en el centro de la escena. "Ramos Mejía—por ejemplo— fue investido por la Nación de poderes extraordinarios que configuraban una verdadera dictadura sanitaria" (Kohn Loncarica y Agüero 1985: 137). El problema de la salud pública, un deber del Estado, se asoció al de la conveniencia económica¹⁹ y, en consecuencia, los estudiosos del área de salud comenzaron a disputar a los juristas la idoneidad para dar una explicación de las causas y una alternativa de solución al problema de la deficitaria incorporación del inmigrante a la sociedad receptora portuaria²⁰.

¹⁹ "El trabajo, la riqueza, la prosperidad de los pueblos, en una palabra, están siempre en proporción con la mayor suma de salud de cada individuo". (Podestá 1878: 35).

²⁰ Manuel Podestá, ya en 1878, sostenía que los médicos estaban en mejores condiciones que los legisladores para disminuir el pauperismo, uno de los graves problemas que enfrentaba la ciudad portuaria dada la multiplicación de su población y la ausencia de un desarrollo industrial equivalente a la explosión demográfica: "Una gran cuestión de Economía Política, en armonía con este capital que represente al trabajo, está basada en la disminución del pauperismo, que pesa como una calamidad en las sociedades más civilizadas.

¿Dejaremos el campo al legislador para que atienda á esta necesidad, meditando seriamente sobre los medios de borrar esta palabra, haciendo desaparecer las condiciones precarias de esos desgraciados?

Pero el médico, que estudia la organización humana y que tiene siempre un consuelo para el que sufre, tiene también los medios de encontrar la solución del problema estudiando el grupo de enfermedades que casi fatalmente se ensañan en este gremio social. [...]

Se produjeron, entonces, varios movimientos simultáneos en el área de incumbencia de los estudios médicos. A un desplazamiento desde lo individual hacia lo social, desde la patología del caso hacia las enfermedades sociales y morales, desde la cátedra universitaria hacia la acción en el conventillo o en el Hospital de Hombres, le siguió una redefinición de los alcances y compromisos de la profesión médica que significó un desplazamiento desde la figura del clínico hacia la figura del "intelectual-científico". Este último desplazamiento permitió el surgimiento de un modelo de intelectual que perdurará hasta avanzado el siglo veinte.

En la medida en que el problema de la nacionalidad, cuestión que en Argentina fue inseparable del problema de la inmigración, comienza a pensarse desde el horizonte epistemológico de las ciencias médicas —entre muchas otras cosas, una nación implicaba ciudadanos argentinos sanos, es decir, aptos para la producción y el trabajo—, los médicos amplían notablemente su campo profesional. Para unos, resultaba necesario subsanar los problemas derivados de las enfermedades hereditarias y los males congénitos incorporados al país a través de "los rezagos fisiológicos de la vieja Europa" (Argerich [1884] 1984: 14). Para otros, era necesario procurar condiciones de higiene para el desarrollo adecuado de los hijos de inmigrantes, "depositarios del sentimiento futuro de la nacionalidad" (Ramos Mejía 1889: 310). Una u otra alternativa

El médico encuentra también los medios de evitar esos males vigilando la causa que los produce y agregando al código que traza el legislador, el apéndice más indispensable para utilizar todas las fuerzas del gran motor del progreso." (Podestá 1878: 35-6).

presuponía el rol activo de los médicos clínicos, higienistas y naturalistas en el espacio político finisecular, no sólo como planificadores de una propuesta de saneamiento urbano, evidentemente necesaria, sino también como copartícipes del proyecto político de construcción de la nacionalidad. Debido a la temprana organización universitaria de los estudios médicos —la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, por ejemplo, no se creó hasta 1891 después de varios departamentos e institutos anteriores que no prosperaron— la Facultad de Medicina atrajo a este campo del saber no sólo a los interesados directos, sino también a un nutrido grupo de naturalistas y geólogos que encontraron en esta institución un ámbito propicio para iniciar sus investigaciones. Por entonces, Eduardo Wildé, ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública en 1885, alababa en su informe al Congreso de la Nación el avance de los científicos en el escenario político y en la *res publica*:

La política, gran escenario a que aspiraban a subir todos los que se sentían con aptitudes para dirigir los destinos de la Nación, no ofrecía facilidades sino a los versados en derecho. Durante los primeros años de nuestra organización, eran los abogados quienes exclusivamente ocupaban los puestos políticos. Los médicos encontraban aplicación a sus talentos en la práctica de su profesión y si no eran excluidos de la política totalmente, su falta de preparación en general para las funciones que la vida administrativa reclama los mantenía a distancia del gobierno.

Data de épocas próximas el momento en que los médicos han extendido su esfera de acción, preparándose para el estudio de materias extrañas a su profesión para actuar en las Cámaras y en el gobierno, verificándose en esto un verdadero adelanto²¹.

²¹ Memoria presentada al Congreso Nacional... por el Ministro de Justicia, Culto de Instrucción Pública. 1885, XCIII. Citado en Tedesco [1970] 1982: 73-4.

Este avance de los médicos y científicos en general sobre otras esferas de la actividad cultural y social implicó también una ampliación del espectro de inserción institucional de los médicos y naturalistas: entidades como el Centro Científico Literario, el Círculo Científico y Literario, el Instituto Frenopático o la Academia Argentina de Ciencias y Letras eran formaciones culturales que aglutinaban el interés por las ciencias y la intensa actividad literaria de la mayor parte de sus miembros.

José Ingenieros recuerda dos centros de encuentro donde alternaban médicos, escritores, científicos e intelectuales de varias disciplinas: las reuniones de El Ateneo²² y los almuerzos en el Instituto Frenopático dirigido por José María Ramos Mejía. Estos últimos, desarrollados en un ambiente que de acuerdo con sus actas fundacionales se dedicaba a la investigación del funcionamiento cerebral, se transformaron desde sus inicios en un centro de irradiación de la actividad literaria del momento:

...se convirtieron en ágapes de intelectuales y mundanos. Desde el viejo poeta Lamberti hasta los más jóvenes, muchísimos desfilaron por la mesa del Instituto: Lugones, Díaz Romero, Ghirardo [...] y otros hombres de letras y de sociedad, alternando con el grupo de médicos que fuimos sus discípulos inmediatos. En los últimos años el almuerzo del Instituto —matizado por concurrentes más mundanos— se convirtió en

²² "Junto a los hombres reposados, no muy sensibles a la predicación de Rubén Darío —Obligado, Sívori, Vega Belgrano, Quesada, Oyuela, Martinto, Julio Jaimes, Lamberti, Piñero, Osvaldo Saavedra, Holmberg, Rivarola, Dellepiane, Matienzo, Argerich— estaban los que ya tenían un nombre hecho, casi todos favorables a las tendencias modernistas —Escalada, Jaimes Freire, Leopoldo Díaz, Estrada, los Berisso, Soussens, Payró...." (Ingenieros 1961-2, Tomo 6: 435).

número obligado para los intelectuales y conferencistas europeos que vinieron al país...²³

El Círculo Científico Literario, cuyo nombre aunaba los intereses duales de sus protagonistas, también fue un centro de encuentro de preocupaciones dispares cuyo denominación común era la escritura. Martín García Mérou recuerda:

Allí se encontraba la flor y nata de la nueva generación literaria; allí se hablaba y discutía de *omni re scibili* con igual audacia y suficiencia; allí se codeaban todas las profesiones y todas las creencias, en una confusión pintoresca...²⁴

También un catálogo de las revistas publicadas en los últimos años del siglo da cuenta del enfoque unificador de la ciencia y la literatura que puede rastrearse ya en las primeras revistas conocidas. La precursora publicación de Miguel Navarro Viola, *Revista de los Estados del Plata sobre Legislación, Jurisprudencia, Economía Política, Ciencias Naturales y Literatura*, publicada entre 1854 y 1855, presentaba este enfoque abarcador de los distintos campos del saber que prevaleció más tarde en diversas publicaciones periódicas²⁵. Las

²³ Ingenieros 1961-2, Tomo 6: 436. "Uno de los comensales, Enrique García Velloso, había estrenado algunos años antes, en 1897, en el teatro Olimpia de Buenos Aires, un sainete lírico, con música de Eduardo García Lalanne, que se titulaba precisamente *Instituto Frenopático*." (Karnia 1967: 211)

²⁴ "El *Círculo Científico Literario* era el heredero directo de la sociedad *Estímulo Literario* que acababa de morir [...] Bautizado primeramente con el nombre de *Sociedad Ensayos Literarios*, aquel centro nació en los claustros del Colegio Nacional, en una de cuyas clases se reunía los domingos. Publicó una revista, hoy difícilísima de encontrar, que he visto con estupefacción en casa de Adolfo P. Carranza. Después de un corto tiempo de vida próspera, el fatal destino que parece perseguir a todas nuestras asociaciones del mismo género llevó a la sociedad a un paso de la tumba. Felizmente, su muerte no fue sino aparente... y después de algún tiempo de letargo, volvió a renacer bajo su nuevo nombre, *Círculo Científico Literario*....". (García Mérou [1891] 1982: 56).

²⁵ Graciela Silvestri y Jorge F. Liernur observan, por ejemplo, que "Hasta la década del '90 los problemas científicos y técnicos de la electricidad se habían difundido en revistas de cultura general en forma íntimamente tramada con los discursos culturales y políticos, construyendo de este modo un cuerpo de ideas

revistas, por motivos que van desde la apropiación de modelos europeos prestigiosos y la todavía precaria organización de los ámbitos del saber inherentes a cada disciplina hasta ineludibles razones de mercado editorial²⁶, tendían a incluir en sus páginas la vida de los insectos, el último poema romántico y una clase de clínica quirúrgica²⁷.

Entre 1870 y 1900, la amplitud de campos temáticos se circunscribió, en los títulos, a la unión de la ciencia y la literatura. Así, en 1875, comenzó a aparecer la *Revista científico-literaria*; en 1879, la *Revista de ciencias, artes y letras*; en 1883, la *Revista Científica y Literaria* y, en 1890, *La Crítica científica, literaria y artística*.

En 1882, Ernesto Quesada se quejaba de la carencia de revistas dedicadas a las letras argentinas²⁸. En el mismo período prosperaban, en cambio, las publicaciones dedicadas a la ciencia junto a la literatura. El

homogéneo y unitario. (...) Existía un manifiesto interés de los hombres de la cultura y la política en los adelantos técnicos y científicos, directamente funcionales en muchos casos para su proyecto de organización nacional." (1993: 22).

²⁶ "En los países de origen latino en el Nuevo Mundo, es imposible aclimatar las publicaciones periódicas del carácter de *Revistas*: —hay apenas suscriptores suficientes, pero ni hay librerías-editoriales que tomen con calor semejante empresa, ni se encuentra otro eco en el público que el de una indiferencia realmente criminal." (Quesada [1882] 1893: 119).

²⁷ Recuérdese la descripción de Cané del movimiento intelectual en la década anterior: "Son tan raras las manifestaciones intelectuales entre nosotros, hay una indiferencia tan profunda por todo lo que se aparta del trámite vulgar de la vida positiva, que cada ensayo literario o científico que vemos, nos produce una sensación agradable, a la que no es ajeno cierto sentimiento de respeto hacia aquel cuyo amor al culto de lo bello le da el valor suficiente de publicar un libro en Buenos Aires, que es lo mismo que recitar un verso de Petrarca en la rueda de la Bolsa." ([1875] 1940: 99).

²⁸ "Las sociedades literarias que antes existían, y que publicaban interesantes revistas, como la *Revista Literaria* del "Círculo Científico Argentino", parece que han enmudecido de algún tiempo a esta parte (...) no hay verdaderamente publicaciones destinadas a fomentar las letras argentinas". ([1882] 1893: 135-9)

programa de presentación de la *Revista Científica y Literaria* de Calixto Oyuela, en 1884, es muy explícito sobre las razones por las cuales el mercado editorial justificaba dicha convivencia:

Unimos en nuestra Revista las ciencias a la literatura, a fin de ponerla en concordancia con la índole y gustos de la época presente, y hacerla más interesante y amena a mayor número de lectores. (...) preocupados como estamos, casi exclusivamente, de los adelantos materiales (malamente llamados positivos, como si los intelectuales no lo fuesen también, y en mayor grado), no hemos llegado todavía al grado de cultura indispensable para que se despierte en nosotros el aprecio puro y desinteresado de lo que en sí no lleva un provecho inmediato, material y palpable. De aquí que sea más fácil la vida de las revistas científicas que la de las puramente literarias..."

La confesión de Oyuela recuerda ineludiblemente el desarrollo inusitado del interés científico en la ciudad de Buenos Aires, anunciado unos años antes por Eduardo L. Holmberg, y aporta elementos explicativos sobre la exitosa inserción del naturalismo en el espacio cultural de la ciudad de Buenos Aires²⁹.

El 3 de agosto de 1879, el folletín del diario *La Nación* comenzó a publicar la traducción de *L'Assommoir* de Emile Zola. Al día siguiente, tal fue el escándalo desatado, que la publicación se suspendió "por falta de espacio".

Seis meses más tarde, sin embargo, el médico Luis B. Tamini publica en el

²⁹ Claude Cymerman ha registrado en la ciudad de Buenos Aires "tan sólo para el período 1879-1889, doscientas veinte referencias periodísticas que, sin pretender a la exhaustividad, señalan los principales hitos de lo que fue el entusiasmo del público por el naturalismo y que remiten a las batallas que tuvo que sostener antes de imponerse. De las doscientas veinte referencias repertoriadas, unas treinta atañen a la polémica sobre las tesis naturalistas, más de ciento veinte remiten a Zola, unas sesenta a Daudet, Maupassant y otros naturalistas y ocho a los discípulos o epígonos argentinos" (1992: 619-620). Tan sólo en *La Nación*, la compilación 32/35 de la *Bibliografía Argentina de Artes y Letras* registra ochenta y cinco entradas sobre Zola. Una selección de los artículos publicados sobre el naturalismo puede consultarse en Frugoni de Fritzsche.

mismo diario una serie de notas sobre el naturalismo en las que se describe la circulación porteña de algunos libros de Zola:

Echad una mirada sobre nuestra juventud (...) Ella es la que ha devorado a *Naná*. En estos momentos andan febrilmente por sus manos 1.500 ejemplares (...). Esta boga de un libro en Buenos Aires insólita, que ni *Los Consuelos* de Echeverría conocieron, responde también al magnetismo que ejerce París sobre nosotros...

Antonio Pagés Larraya coincide en señalar "la sugestión nunca aminorada de la literatura francesa" como una de las causas del auge naturalista en la ciudad de Buenos Aires junto a "la falta de una tradición narrativa lo suficientemente robusta" y, sobre todo, "la coincidencia entre el advenimiento del naturalismo y una mutación profunda en el orden social" ([1947^b] 1994: 98). La relación entre estos dos últimos procesos sociales que Pagés Larraya define como una "coincidencia" parece ser más bien una relación de implicación directa: el éxito de la novela naturalista no puede ser entendido sino en el marco de la nueva red cultural surgida de la urbanización vertiginosa de Buenos Aires, la multiplicación demográfica, las campañas masivas de alfabetización y el desarrollo de la prensa.

El naturalismo, como señalaba Benigno Lugones en 1879, proponía la novela como una "anatomía normal y patológica de la vida social". Literatura, enfermedad y "olor a pueblo" se unían bajo la mirada pedagógica de los médicos escritores³⁰ que habían desplazado los idilios románticos de los folletines de la

³⁰ "Es posible que se diga que el olor a pueblo, de las novelas naturalistas es demasiado nauseabundo. Tanto mejor: seremos como el cirujano que revuelve su mano en la inmundicia de la carne putrefacta y se inclina sobre la úlcera pestífera para estudiarlas profundamente. El naturalismo será la anatomía normal

época y habían logrado atraer a la juventud que devorara *Naná*³¹. La atracción que suscitaban las narraciones naturalistas permitía a los médicos afianzar su nexo con los sectores populares a la vez que convertía las ficciones en una herramienta útil para la educación de los *argentinos* recientes: "¡Afuera la logorrea insulsa, el verso hueco y la literatura belleza! Los libros son buenos, cuando son útiles. La belleza es un esplendor efímero. Lo que educa y perfecciona sirve." (Sicardi [1898], II: 100). Los enunciados de lo bueno y de lo útil, de lo que educa y perfecciona, repetidos una y otra vez en los textos de la época, evocan la intención pedagógica asignada a la ciencia y sobre todo a la divulgación científica. "Yo no escribo para médicos ni para sabios, decía Podestá, —los primeros leen poco, los segundos saben demasiado— escribo para las jentes (*sic*)" (1889: iv). También Holmberg optaba por lo útil y por lo práctico al ordenar su *Repertorio de la Flora Argentina*: "La obra que, con este título, ofrezco a mis compatriotas, es útil y práctica. (...) Está escrita en castellano para que puedan aprovecharla los que no hayan tenido oportunidad de adquirir otros idiomas de las naciones ilustradas." (1902: 7). La ciencia y su divulgación ocuparon, en consecuencia, un lugar preponderante entre las

y patológica de la vida social: habrá olor a cadáver, efluvios asquerosos, emanaciones repugnantes, veremos caminar al gusano y derramarse las colecciones purulentas; pero estas repelentes pesquisas, hechas a través del cieno y de la podredumbre, entre los olores cadavéricos de las fermentaciones de la muerte, nos darán el secreto de las enfermedades, indicándonos sus remedios, al señalarnos las causas que las producen..." (Benigno Lugones 1879).

³¹ El mismo cambio, pero en otro registro temático, testimonia Podestá: "Qué cara presentará, amigo Vedia, el pobre autor burlado que en vez de bellezas literarias, de descripciones amenas, de idilios pintados con ayuda de la luna, siempre complaciente para asistir a esas escenas, y del arroyo cristalino, y del sauce llorón, y de la orilla encantada, etc., se encuentra con precios corrientes, con la suba del oro, la bondad de las cosechas, los miles de inmigrantes y las quiebras de la Bolsa, etc., etc.!" (Podestá 1889: 11).

prácticas escriturarias a fines de siglo pasado. Como ha observado Jorge Salessi:

Como funcionarios estatales estos científicos literatos [antes ha citado a Vega, Wilde, Coni, Ramos Mejía e Ingenieros] fueron grandes publicistas (utilizando un término que usaban ellos mismos)³² y supieron desarrollar y aprovechar una compleja tecnología de producción y difusión de discursos mediante la escritura, traducción y publicación de reseñas, artículos, libros y revistas, muchas veces financiadas por el Estado a través de las agencias oficiales que ellos administraban. (1995: 128)³³

"Centenares de libros, de folletos, de opúsculos, de conferencias, de textos escolares" (Cáceres Freyre 1979: 122) publica tan sólo Holmberg. Esta profusión de tipologías discursivas implicaba también una profusión de los canales de circulación. Revistas, libros y sobre todo los periódicos contaban entre sus páginas a los más renombrados científicos de la época. La prensa ocupaba un lugar prominente, no sólo en la divulgación de los temas científicos, sino que también tomaba parte de los intensos debates que ocupaban el espacio intelectual del momento³⁴. El diario era el polo enunciador complementario de

³² Salessi remite a Ernesto Quesada, "La vocación de Ingenieros", *Nosotros* 199 (1925): 437.

³³ *Cfr.* con la opinión de Pagés Larraya: "De todas esas obras surge la impresión de un tejido común, de una escritura cuyas diversas corrientes se intercomunican sin cesar. Nos domina la impresión de un continuo, de un vasto sintagma. La literatura fue vista entonces como un terreno compartido. Ni siquiera se planteó la diferenciación entre artes mayores y creativas y artes menores o didácticas (...) El discurso cuyo objeto era el libro no se escindía del discurso poético o narrativo." (1982: 682).

³⁴ "Muchos fueron los debates, las discusiones, las polémicas, a veces muy duros y urticantes, abiertos a cuestiones no siempre literarias que caracterizan al movimiento crítico del 80. (...) Las discusiones literarias, las polémicas sobre libros y autores fueron muchas y encendidas." (Pagés Larraya 1982: 680).

las instituciones y representaba la posibilidad cierta de un público lector que estaba aún en proceso de configuración.

Es en *La Tribuna* donde Leopoldo Lugones discute con Luis Agote las teorías biológicas que sustentaba *Las multitudes argentinas* de Ramos Mejía; en *El Tiempo*, donde el mismo Lugones contrasta las de *Nelly* de Holmberg y en *La Nación*, donde Norberto Piñero se enfrenta con Podestá sobre los alcances de la psicología experimental. Como decía Holmberg en 1875: "La prensa diaria (...) suele dedicar un lugar preferente en sus columnas a todo artículo de aquel género [se refiere al científico], y tiene razón, porque el conocimiento de la Naturaleza física debe preceder al de cualquier género." (71).

En el marco de estos rasgos del *movimiento intelectual argentino*, leeremos en los próximos capítulos algunas de las narraciones cuyos argumentos, aunque ficcionales, fueron objeto, sin embargo, de encendida discusión no ficcional. Comenzaremos por las llamadas "fantasías científicas" del prolífico Eduardo L. Holmberg.

CAPÍTULO SEGUNDO

Las fantasías científicas

LAS FANTASIAS CIENTIFICAS DE EDUARDO L. HOLMBERG

Entre la ciencia y la fantasía, los textos de Eduardo Ladislao Holmberg, han provocado desde su publicación lecturas encontradas de los conflictos cognitivos de su época. Desde los primeros comentarios, se observó su predilección por los temas considerados extraños y, al mismo tiempo, se elogió su capacidad para aunar ciencia y literatura³⁵. Una y otra observación fueron valoradas como desvíos respecto de las convenciones de su época y contribuyeron a configurar su imagen de "genio exótico en nuestra civilización"(García Mérou [1891] 1982: 129) al mismo tiempo que colocaron su obra en la categoría de precursora de la literatura fantástica en Argentina³⁶.

No es nuestra intención discutir el lugar que ocupan su figura y su producción en la historiografía literaria sino indagar, más bien, en la conflictiva interacción de los saberes científicos, pseudocientíficos y literarios en algunos de sus textos ficcionales, *Dos partidos en lucha* de 1875, *Horacio Kalibang* y *los autómatas* de 1879, las tres narraciones de

³⁵ Las escasas lecturas críticas que ha suscitado hasta ahora la obra de Holmberg, han intentado elucidar en sus textos diferentes aspectos de la relación epistemológica y retórica entre ciencia y literatura. Desde el estudio fundador de Antonio Pagés Larraya, se intentaron dos vías de aproximación. Una, ha abordado los textos literarios de Holmberg con el objeto de explicar aspectos de la historia de la ciencia. Otra, ha analizado la fusión de la ciencia y de la literatura en los textos considerados fantásticos con el objeto de explicar aspectos de la historia de la literatura. En la primera corriente de opinión, Marcelo Monserrat dedicó varios estudios al análisis de la recepción literaria del darwinismo en Argentina. En la segunda corriente, Stella M. Ballarini, Angela B. Dellepiane y Gioconda Marún produjeron una serie de publicaciones en torno de los cuentos, dedicando especial atención a las relaciones entre ciencia, literatura y ficción.

³⁶ Así aparece en la *Antología de la literatura fantástica argentina* de Haydée Flesca (1970); también en Yates (1974: 213-220), en Hahn (1982: 46-59) y en Martínez (1980: 409-432).

1896: *La bolsa de huesos*, *Nelly* y *La casa endiablada*, y un conjunto de textos que consideramos parte de los procesos de producción y de reconocimiento de los mismos. A partir de este corpus, analizaremos cómo, entre el "juguete literario" anunciado en *la fantasía científica* de 1875 —*Dos partidos en lucha*— y el "juguete policial" —*La bolsa de huesos*— propuesto en 1896, la literatura, en sus múltiples modalizaciones, configura un espacio híbrido, en el cual Holmberg apela a la matriz ficcional como estrategia de mediación y de negociación entre los saberes en pugna en el discurso social de la época.

Una breve nota de Miguel Escalada condensa, en 1896, las apreciaciones de sus contemporáneos y consolida, al mismo tiempo, la mirada que signará las lecturas de Holmberg hasta avanzado el siglo veinte:

Sabe de ciencia como sabe de literatura. Analiza un coleóptero con igual habilidad que habla de Homero, o diserta sobre Esquilo (...) Narra la vida de las arañas, tan intensa y sabiamente como recita la *Iliada* de memoria.³⁷

La producción de Holmberg abarca, por cierto, un espectro tan amplio como variado: manuales de divulgación científica conviven con repertorios taxonómicos de la flora y de la fauna, con cuentos *fantásticos*, con novelas policiales y con textos de divulgación escolar. Según Antonio Pagés Larraya, "más de dos centenares de artículos, libros y monografías documentan" la actividad científica (1957: 15). Por otra parte, Gioconda Marún —quien está preparando un volumen con las obras inéditas de Holmberg recogidas en periódicos y revistas de la época (1994: 64-66)—

³⁷ Respecto de la persistencia de esta matriz, *cfr.* la opinión de Antonio Pagés Larraya en 1957: "Sus obras científicas se nutren con la imaginación del artista, y el hombre de letras recibe sugerencias de su contacto con la naturaleza" (19).

ha registrado más de cincuenta textos ficcionales³⁸. Si bien este poligrafismo puede ser considerado una característica común en ámbitos en los cuales el dominio de lo literario aún no ha sido completamente establecido, la cantidad y variedad de modalidades, tipos y géneros abordados por Holmberg, sumada a su condición de científico, hace de su figura un caso igualmente excepcional. Desde una taxonomía de los arácnidos hasta un cuento policial, desde un repertorio en latín hasta un poema nativista, desplegó un enorme caudal de estrategias discursivas, retóricas y lingüísticas en la representación de una realidad considerada, al menos, extraña. En la mayoría de sus textos, la exasperada repetición y la combinación contradictoria de los semas *ciencia*, *fantasía* y *juego* alertan, en efecto, sobre la precariedad de los límites y la permeabilidad de los márgenes de las nociones de realidad e irrealidad difundidas por la norma positivista. Al mismo tiempo, ponen en evidencia las zonas de contacto, los deslizamientos y las intersecciones entre algunos discursos que merodeaban los límites de las escasas disciplinas científicas de la época. Por esta razón, creemos que, desde el darwinismo hasta la frenología, la mecánica cerebral, la telepatía, el hipnotismo y la dactiloscopia, entre otros, un conjunto de saberes considerados en la época pseudocientíficos dirimen un espacio de legitimidad ficcional en los *juguetes* literarios y científicos de Holmberg. Esta estrategia de legitimación ficcional de los saberes pseudocientíficos lo ubica en una posición excéntrica en la configuración del canon de la

³⁸ No coincidimos con Antonio Pagés Larraya en su afirmación de que: "paralelamente a esas actividades [las científicas] iría desarrollándose en él la otra cara de su personalidad: la que alternaba la ciencia con la ficción como una forma activa del reposo." (1957: 14). Entendemos, por el contrario, que la producción ficcional de Holmberg, lejos de ser "una forma activa del reposo", encierra algunas de las claves de interpretación del resto de la obra.

literatura argentina, al mismo tiempo que desplaza sus textos hacia el margen de la norma literaria.

El curioso juguete darwinista

Dos partidos en lucha, Fantasía científica, fue editada en 1875 por la Imprenta de El Argentino y fue la primera publicación ficcional de Holmberg³⁹. La obra se inicia con un capítulo que explica retrospectivamente el interés del protagonista en las ideas del científico Charles Darwin. En un viaje de exploración por la costa patagónica, el joven Ladislao Kaillitz descubre, en 1872, algunos restos oxidados junto a una inscripción que lo desconcierta: "Charles Darwin 1835". No sabía entonces quién era el naturalista inglés pues su teoría, según comenta el narrador, aún no se había difundido en la Universidad. En ese viaje, Kaillitz recoge una serie de restos pétreos y fósiles que, cuando regresa a Buenos Aires, entrega a Pascasio Grifritz, el único coleccionista enfervorizado con las hipótesis darwinistas. El encuentro con Grifritz ocupa dos capítulos y da lugar, primero, a una minuciosa descripción de la colección de vegetales y animales atesorados por este naturalista —y clasificados según el moderno principio del *perfeccionamiento gradual de las especies*— y, segundo, a una descripción del espacio científico de la ciudad de Buenos Aires: Kaillitz explica, entre otras cosas, la razón por la cual los restos recogidos en su viaje patagónico fueron entregados a Grifritz y no a [Francisco P.] Moreno;

³⁹ Un completo estudio bio-bibliográfico de Holmberg puede leerse en el Estudio Preliminar de Antonio Pagés Larraya a la edición de los *Cuentos Fantásticos* (Buenos Aires, 1957).

describe irónicamente al Director del Museo de Buenos Aires, Germán Burmeister; dialoga con Grifritz sobre la conveniencia o no de publicar libros científicos en esta ciudad, y también sobre las relaciones epistolares entre los conocidos naturalistas Alejandro de Humboldt, [Aimé] Bompland y el mismo Grifritz. Estas cartas, junto a la cantidad, variedad y calidad de las muestras naturales recogidas por el *sabio* sumada a la precisión de la innovadora metodología utilizada para clasificarlas, brindan el perfil de Pascasio Grifritz, quien, en el Congreso Científico que ocupa el núcleo desencadenante de la trama, representará al bando de los darwinista, ubicado en el lugar de la autoridad científica. En cambio, los líderes del otro bando de la contienda, Francisco P, Paleolítez y Juan Estaca, aparecen denigrados, desde el capítulo tercero, en razón de su adscripción al principio de la *invariabilidad de las especies* sostenido por Georges Cuvier, pero también debido a sus trayectorias, posiciones y disposiciones en el espacio científico de la época y de la ciudad. De Paleolítez se dice que había alcanzado su posición actual "a la manera de un helecho que crece a la sombra de un corpulento roble" (1875: 17), comentario que pone en evidencia una trayectoria muy diferente de la de Grifritz quien, como ya se dijo, era reconocido por su originalidad intelectual y no por su parasitismo. De Estaca, simplemente se observa que su apellido describe con fidelidad sus aptitudes intelectuales. Presentados entonces los personajes durante los primeros cinco capítulos, en el sexto la narración se concentra en los avatares del Congreso Científico Argentino que, durante dos sesiones realizadas a partir del 20 de junio de 1874, discute las teorías científicas representadas en la ocasión por los darwinistas, cuyo líder es Grifritz, y los rabianistas, conducidos por Paleolítez, Estaca y Timoteo Rabian.

El debate es presentado a través de la voz de Ladislao Kaillitz, pues el autor desdobra la instancia narrativa entre un narrador no-ficticio, Eduardo Ladislao Holmberg, y un narrador ficticio, Ladislao Kaillitz. El primero era ya un joven con reconocidas inquietudes naturalistas en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires. En 1872, había realizado su primer viaje expedicionario al Río Negro con el patrocinio de la Sociedad Científica Argentina⁴⁰ y, en 1874, había publicado un trabajo sobre arácnidos (Monserrat 1993: 37). En consecuencia, al comentar la aparición de *Dos partidos en lucha*, Miguel Cané se enorgullece más por la competencia científica de Holmberg que por sus aptitudes literarias. "Generalmente ignorantes en ciencias naturales, —decía Cané— hemos sentido un movimiento de orgullo al ver que un joven como nosotros se agita en el campo de la ciencia, fácil y libremente, hasta el punto de basar en axiomas científicos las fantasías de su espíritu." (*Ensayos* [1875] 1940: 101). Este narrador no-ficticio es quien pacta la lectura ficcional y literaria del texto al enmarcarla en las convenciones de ficcionalidad y las normas de literariedad vigentes en la época. En las "Dos Palabras" iniciales el narrador dice:

El Sr. D. Ladislao Kaillitz (Darwinista) autor verdadero del juguete literario que someto a las inevitables apreciaciones de un lector más o menos apasionado para la crítica, no está actualmente en Buenos Aires. [...]

⁴⁰ "Mientras Holmberg iniciaba en 1869 sus estudios preparatorios en la Universidad, otro joven apenas menor que él, Florentino Ameghino, era destinado a Mercedes como ayudante primero en la escuela elemental y comenzaría allí una larga serie de exploraciones [...] Pocos años después, en 1873, comienzan las expediciones de un primo de Holmberg, Francisco Pascasio Moreno, primero a Carmen de Patagones y más tarde a la desembocadura del río Santa Cruz [...] También Holmberg, recién cumplida la veintena, viaja en 1872 al Río Negro patrocinado por la novel Sociedad Científica Argentina. De este modo, la historia iría tejiendo su fina urdimbre alrededor de nuestros tres grandes naturalistas Ameghino, Moreno y Holmberg." (Monserrat 1993: 37).

El segundo narrador, entonces, D. Ladislao Kaillitz (Darwinista), —el "autor verdadero" según el recurso tradicional utilizado en la dedicatoria— asume un rol textual correferencial con el rol social del autor, es decir, "el Sr. D. Ladislao [Holmberg (Darwinista)". Pagés Larraya ha rastreado los numerosos puntos de encuentro ficcional entre Ladislao Holmberg y Ladislao Kaillitz a lo largo de la extensa producción textual del primero⁴¹. Como Holmberg mismo, el Kaillitz que firma *Dos partidos en lucha*, el que acompaña a *El tipo más original*, el de *Filigranas de cera* y el de *La ciudad imaginaria* son darwinistas.

Hacia 1875, ese saber comenzaba, en el Río de la Plata, a alentar los debates entre los naturalistas. Según Marcelo Monserrat, "...habían transcurrido diez años de la publicación de *The Origin...* y comenzaba a percibirse en la Argentina el eco de las polémicas europeas" (1993: 34). Para Gioconda Marún, Domingo F. Sarmiento se había adelantado varios años en la defensa del evolucionismo pues, en 1868, había escrito: "La teoría de Darwin es argentina y me propongo nacionalizarla por Burmeister" (1994: 12-13). Sin embargo y a pesar de la intención de Sarmiento, la figura de Carlos Germán C. Burmeister, director del Museo Público de la ciudad de Buenos Aires desde 1862, se convirtió, paradójicamente, en el polo negativo de irradiación de la polémica⁴². En el

⁴¹ "El Kaillitz es sólo una variante del apellido Kannitz de sus antepasados. En la obra dedicada al abuelo de nuestro autor, Eduardo Kannitz Barón de Holmberg, el doctor Luis Holmberg ha estudiado con precisión las deformaciones y variantes del apellido Kannitz (Luis Holmberg, *Holmberg, el artillero*, Buenos Aires: Francisco Colombo, 1946, p. 3 l). Casi diez años después utiliza este nombre como seudónimo para un 'artículo fantástico para mañana' intitulado 'La Ciudad Imaginaria' que se publicó en *La Crónica* el 14 de abril de 1884. [...] También el cuento "Filigranas de cera" está firmado con el nombre de Ladislao Kaillitz. " (Pagés Larraya 1957: 4 1, nota 62).

⁴² Miguel de Asúa (1989) ha documentado pormenorizadamente las relaciones entre Burmeister y las autoridades del Estado nacional.

otro, Eduardo L. Holmberg sorprendió por su precursora virulencia⁴³. Tenía veintitrés años cuando publicó su fantasía darwinista.

El título, *Dos partidos en lucha*, describe la organización argumental de la obra⁴⁴, la inscribe en la tradición genérica del debate y convoca al lector "más o menos apasionado por la crítica", ya que la polarización entre *Dos partidos* aporta un elemento de seducción a una contienda científica que, dadas las circunstancias de la época, alcanza connotaciones de partidismo político⁴⁵. En efecto, el lector interesado en los avatares de las polémicas cotidianas podría sentirse atraído y seducido no sólo por los elementos de la argumentación sino también por la posibilidad de establecer nexos con las prácticas políticas recientes. En el capítulo II, dedicado a "pintar la situación de las cosas y de los ánimos, después de iniciar al lector en los antecedentes de la lucha (1874)" se establece irónicamente la relación entre la nostalgia por las luchas entre mitristas y alsinistas y la inusual convocatoria a un *meeting científico*:

Como los colores de los partidos políticos se
habían fundido en el celeste y blanco de la unidad nacional

⁴³ Respecto de la polémica generada por el darwinismo en varios centros intelectuales de la época, *cfr.* la opinión de Sala Catalá, sobre la situación española: "Desde la publicación en 1859 de *Origin of Species*, por Charles D., la ciencia biológica del siglo llegó a la más exacta formulación de sus pretensiones metodológicas: la explicación unitaria de la Historia Natural, de la Morfología así como del pasado fósil y del Hombre. No debe extrañar pues que abriese un período extraordinariamente polémico que trascendió con mucho la autorizada opinión de los científicos, invadiendo todas las restantes prácticas culturales de la época." (1987: 17).

⁴⁴ "¿Cuál es la trama que alimenta los catorce capítulos de *Dos partidos en lucha*? Holmberg aprovecha los convulsos momentos políticos por los que pasan la ciudad y la nación —las elecciones presidenciales del 12 de abril en las que el mitrismo ha triunfado holgadamente en Buenos Aires frente a la victoria de Avellaneda-Acosta en casi todo el interior, la reunión del Colegio Electoral donde estos últimos obtienen 146 votos contra 79, y la rebelión mitrista que será finalmente derrotada en diciembre— para urdir sobre ellos un doble tejido de equívocos políticos y culturales." (Montserrat 1993: 38).

⁴⁵ "La primera trampa que Holmberg tendió a su lector se halla en el título *Dos partidos en lucha*, equívoco si los hay dadas las circunstancias políticas por las que atravesaba la Argentina en el momento en que el libro hace su aparición." (Dellepiane 1990: 463).

después de resolverse las luchas electorales con el casi nombramiento del nuevo presidente de la República, el pueblo, que sólo se considera satisfecho cuando hay lucha como consecuencia de la diversidad de ideas sobre un punto cualquiera, resolvió adoptar una resolución suprema. (...) *un meeting* [para ...] formar un Congreso Científico en cuyo seno se discuta los altos principios de la ciencia, la cual será hoy nuestro norte; ya que la paz es nuestro sur. (1875: 11-5)

La presentación de la pugna en torno de la explicación científica de la realidad entre darwinistas y rabianistas se entrelaza así con los hechos políticos de la época. Hilda Sabato ha analizado recientemente las redes que, en este período, fortalecen la sociedad civil a la vez que contribuyen a configurar la esfera pública. En este entramado se hace visible, según Sabato, la vinculación entre la expansión de la prensa y las innumerables movilizaciones que convocaban a la gente en torno de banquetes, actos, manifestaciones y, sobre todo, mítines. El Congreso Científico de *Dos partidos en lucha*, surge, precisamente, de la convocatoria a un *meeting* en la famosa Plaza de la Victoria y sus avatares son divulgados, comentados y discutidos por "la prensa bonaerense", dividida también "en dos bandos: darwinistas y rabianistas", pero sobre todo por los "boletines, un elemento de difusión de noticias cuyo poder no tiene igual" (1875: 48-51). Las luchas políticas producidas en los meses anteriores a la publicación de la obra y los mecanismos de convocatoria y movilización, que formaban parte de los hábitos sociales más difundidos en la época, son utilizados entonces para la ficcionalización de la polémica científica. De este modo, el texto prefigura un horizonte de lectura polémico acorde con las múltiples intersecciones entre ciencia, literatura y política en el campo intelectual rioplatense⁴⁶. De

⁴⁶ La compleja relación entre ciencia y política en la Argentina ha sido analizada desde puntos de vista diferentes en Mayo y García Molina 1988; Terán 1979; Salessi 1995 y Vezzetti 1985, entre otros.

hecho, un *meeting* premeditadamente equívoco⁴⁷ y una tribuna usurpada por un orador que sólo sabe dominar a las masas configuran una escena de ilegitimidad científica para un debate ficcional con pretensiones de científicidad. Si acordamos con Pierre Bange en que "l'argumentation dans un texte littéraire ne vise pas à obtenir l'adhésion à une vérité référentielle. Elle vise au contraire à un questionnement du modèle admis ou l'adhésion à un modèle alternatif d'interprétation." (1981: 108), este primer texto ficcional de Holmberg aportaría interesantes sugerencias sobre algunas de las estrategias fundacionales de la circulación, difusión y recepción de los saberes científicos en Argentina.

El subtítulo, por lo común un término que alude a la identificación genérica de la obra, amalgama en este caso dos nociones —*Fantasia científica*— que habían adquirido una fuerte connotación contrastante con el auge del pensamiento positivista. Si bien desde el mito hasta la llamada ciencia ficción, una gran variedad de géneros pueden ser considerados parte integrante o próxima al extenso dominio de lo fantástico, es hacia mediados del siglo diecinueve cuando la *fantasía* o el *fantasy* alcanza un espacio de visibilidad inusitado en la literatura europea del período⁴⁸. Junto al desarrollo de la narrativa realista se produjeron numerosos textos que indagaban los bordes y los márgenes de la realidad y que fueron considerados

⁴⁷ "Fuera discutido, fuera premeditado, la invitación sólo contenía estas breves palabras: *Gran meeting-Plaza Victoria-5 de junio 74-Urgente*. En el teatro, en los paseos, en el café, en las Facultades superiores e inferiores, en los palacios y en las casas de inquilinato, —donde a veces suele discutirse grandes cuestiones todos preguntaban cuál sería el objeto de aquella convocatoria; —las criadas que iban al mercado, los changadores que volvían con ellas, y hasta los niños que iban a la escuela, sólo tenían una expresión en los labios:

—'Che! ¿para qué será el metin?'. (*Dos partidos en lucha* 12).

⁴⁸ "Durante el siglo diecinueve los cuentos fantásticos proliferaron como la versión opuesta de la narrativa realista: la literatura de lo fantástico es 'nada más que la consciencia desasosegada del positivismo del siglo diecinueve' (Todorov). Es todo lo que no se dice, todo lo que no se puede decir a través de formas realistas." (Jackson [1981] 1986: 23).

como *fantásticos*. Entre los más evocados o citados por Holmberg, se destacan los cuentos de Edgar Allan Poe, los sugestivos relatos de episodios sobrenaturales de Ernst T. A. Hoffmann y las ficciones científicas de Camille Flammarion y Jules Verne. En todos ellos, una diversidad de explicaciones consideradas pseudocientíficas por el positivismo —frenopáticas, teosóficas y/o espiritistas— disputan una configuración alternativa de lo real y delinean los márgenes del discurso científico al abrir la percepción al inmenso mundo de lo todavía no descripto, clasificado, catalogado ni explicado, al mundo de lo no-real, pero posible. En efecto, la *fantasía* se construye en relación con los límites de lo real y la percepción de lo real se construye, a su vez, en relación con los códigos socioculturales que sustentan las nociones de verdad, falsedad, facticidad, posibilidad e imposibilidad en una comunidad dada. En esta doble articulación, el conjunto de conocimientos que pragmáticamente constituye la ciencia, es decir, aquel que ha sido reconocido como tal por las diversas instancias de control y legitimación del discurso científico, sustenta el entramado de saberes, creencias y certezas que conforman lo real. Según las dos vertientes del pensamiento positivista que alcanzaron mayor divulgación en el Río de la Plata, el comtiano y el spenceriano, los saberes que alcanzaban, en este período, el umbral de cientificidad podían resumirse en las siguientes disciplinas: matemáticas, astronomía, física, química, fisiología y física social⁴⁹.

En sus márgenes proliferaban las *fantasías* científicas. Es decir, las obras en las que la convivencia de hechos *normales* o *anormales* según los códigos científicos y socioculturales vigentes era problemática. Y en las

⁴⁹ Así aparecen enunciadas en el *Curso de filosofía positiva* de Augusto Comte, considerado uno de los pensadores con mayor influencia sobre las ideas de la época. Cfr. Trias 1985:98-101.

cuales lo fantástico aparecía más como una problematización de lo científico que de lo *natural* (Todorov 1973), de lo *real* (Vax 1974; Bessière 1974; Reisz de Rivarola 1979) o de lo *normal* (Barrenechea 1979). En efecto, en la obra de Holmberg fantasía no se opone a realidad sino que sólo se opone a determinado efecto de cientificidad ubicado en el dominio del discurso:

Aquel [Burmeister] dice que este [Darwin] es un fantástico y un visionario; —a tal punto, que jamás le oiréis decir «La Teoría de Darwin», sino «La Fantasía de Darwin». (1875: 10)

De igual modo, en la opinión de Cané que comentamos antes, —"un joven como nosotros se agita en el campo de la ciencia, fácil y libremente, hasta el punto de basar en axiomas científicos las fantasías de su espíritu— "las desvalorizadas "fantasías de su espíritu" se oponen también a la ponderación positiva de los "axiomas científicos".

Según Eliseo Verón la cientificidad es sólo "el efecto de sentido por medio del cual se instaura, en relación con un dominio determinado de lo real, lo que se llama el *conocimiento científico*, y este efecto de conocimiento que llamamos *cientificidad* puede aparecer en los discursos que son producto de la práctica llamada científica, pero no es fatal ni necesario que ello ocurra"⁵⁰. Si así fuese, podría decirse entonces que el darwinismo alcanza en el discurso literario, específicamente en *Dos partidos en lucha*, un efecto de cientificidad que todavía le era vedado alcanzar en las prácticas y en los discursos producidos por las ciencias en la ciudad de Buenos Aires.

⁵⁰ " En otra palabras: sería ingenuo creer que todo discurso producido por los 'hombres de ciencia' es conocimiento científico (lejos de ello). A la inversa, el efecto de sentido 'cientificidad' puede aparecer en discursos que no fueron producidos por el sistema productivo de las ciencias." (Verón 1987: 22).

Para Marcelo Monserrat "lo insólito es que la primera profesión explícita del credo darwinista fuese expresada a través de una obra de ficción escrita por un estudiante de medicina de veintidós años." (1974: 592). En otras versiones, ha matizado esta misma idea: "... a partir de 1875, la cuestión del evolucionismo ingresará en su segunda etapa con la aparición ese mismo año de un curioso espécimen literario, la fantasía científica titulada *Dos partidos en lucha...*" (Biagini 1985: 213). El asombro de Monserrat en torno de lo que él mismo ha llamado "La recepción literaria de la ciencia en la Argentina" soslaya la estrategia discursiva que el mismo Darwin había iniciado, y que Holmberg sólo prolonga hasta colocar su obra en el límite mismo entre discurso científico y discurso literario: la literatura podía también lograr un *efecto de científicidad*. "No era extraño —dice Ángela Dellepiane— que la teoría darwiniana apareciera en una obra de ficción porque, con excepción de la biología misma, la literatura ha sido el área en la cual las ideas evolucionistas han ejercido su más perdurable y aún hoy continuada influencia" (1990: 461)⁵¹.

George Levine observa, por ejemplo, cómo Darwin en *The Origin of Species* también había logrado eludir directa o indirectamente a las autoridades científicas y religiosas de su época a través de un uso del lenguaje que le permitió violar todas las reglas. La estrategia elegida fue deslizarse "from science into something very close to lyric"⁵². Según Levine:

⁵¹ "Hay otro punto que destacar con respecto a este objetivo perseguido por Holmberg (enamorado como estaba de las ideas de Darwin), de vulgarizar, de difundir estas ideas: hacia mediados del siglo XIX los científicos compartían con escritores y educados lectores un lenguaje común. (...) Los textos de Darwin y otros podían leerse, en verdad, como textos literarios. (...) Esto es, que la ecuación «literatura-ciencia» era prácticamente natural para la época y, muy especialmente, para los propósitos educativos y divulgadores que perseguía Holmberg." (Dellepiane 1990: 462-3).

⁵² "We need not deny the special authority his theory and science have for us, or acquiesce ni recent criticism's often easy celebration of fictionality and indeterminacy, but we

The Darwinian revolution really begins in a burst of metaphor, allegory, analogy, ambiguity, and rhetorical innovation. (...) Working with an overdetermined language, he [Darwin] yet made a case for the undefined, imperfect, infinitely changeable, unpredictable, and random nature of Nature, even suggesting that life itself is dependent on these qualities. He thus eased the way for a recognition of the inadequacy of any single representational language, and began—or at least significantly furthered—one of the mayor enterprises of modern thought, the denaturalizing of our conceptions of nature (and of the phenomena of culture and thought regarded as 'natural'). (1984: 34)

En el caso de la *fantasía científica* de Holmberg, las estrategias desnaturalizadoras darwinianas descritas por Levine, y consideradas hoy casi tan relevantes como la teoría misma⁵³, se extreman en la ficcionalización de la polémica científica. Ya no se trata sólo de la postulación de argumentos contradictorios, de la espectacularización del modo condicional o de la inconclusividad de las hipótesis y de los argumentos, como en el caso darwiniano. En el texto de Holmberg, la teoría evolucionista toda es un objeto ficcional, un "juguete literario" a través del cual es posible enunciar con rasgos de científicidad lo no enunciable en las modalidades discursivas producidas por las disciplinas científicas de la época.

En el mismo año de la publicación de *Dos partidos en lucha*, Holmberg comenta en la introducción al *Maravilloso viaje del señor NicNac*: "En nuestro tiempo las ideas serias no cumplen su destino sino

cannot deny that this book [*The Origin of Species*] reads very much like a rhetorical construction, a great imaginative fiction, and seems to put itself at risk". (Levine 1984: 33).

⁵³ "Historians of science are beginning to focus on this aspect of Darwin's rhetoric, seeing it not as a mere vehicle of the theory but a part of the evidence in its favour. One must notice that Darwin's authority is built on his almost perverse mode of persuasion: in *The Origin*, he consistently affirms his failure to make his case conclusively or to produce the clinching piece of evidence; he abundantly recognizes the most powerful possible objections to the theory; he avoids precise definitions of his major terms; he sets his most important points in the conditional mode [...]" (Levine 1984: 35).

envueltas en el manto de la fantasía." (Pagés Larraya 1957: 62). Un año después, insiste con la distinción entre "fantasías" como medio para alcanzar la "verdad", las "ideas serias":

Las fantasías, en sí, no son un elemento hostil, en manera alguna, antes bien son un medio efficacísimo de presentar la verdad en nuestro tiempo. (*La Ondina del Plata*, 18 de junio de 1876, p. 300)

Por esta razón, quizá, en su fantasía científica, una de las isotopías más notorias opone el discurso considerado científico y el discurso considerado fantástico como estrategias de representación de los conocimientos alcanzados por la ciencia. En un polo enunciativo, el de la ciencia y el de las instituciones con ella relacionadas, Holmberg ubica a Germán Burmeister. El capítulo II de *Dos partidos en lucha*, el que "inicia al lector en los antecedentes de la lucha", lo describe como un "sabio demasiado sabio", famoso por sus "relaciones particulares" y, en segundo orden, por sus obras⁵⁴. A esta figura de Burmeister, estereotipo del científico encerrado "en su necrópolis admirable" y de un discurso científico que causa un "secreto pavor"(8), Holmberg opone una modalidad discursiva inspirada "por el deseo de comunicar a los que saben y a los que no saben"(7), cuyo modelo más evidente es la práctica y el discurso científico de Charles Darwin, quien era, según Burmeister, "un fantástico y un visionario"⁵⁵.

⁵⁴ "La fama de aquel sabio era universal, no sólo por sus relaciones particulares, —las que, hablando en general, son las que más contribuyen a hacer resonar en el aire las notas de la trompeta de la diosa codiciada,— sino también porque sus obras siempre habían sido leídas por todos aquellos que anhelaban conocer los orígenes del planeta que habitamos y todas las cuestiones de ciencia natural que con este se relacionan." (Holmberg 1875: 7).

⁵⁵ *Cfr.* también la cita anterior: "—Pero, vamos a la cuestión, ¿es o no célebre Darwin? —¿Y quién podría dudarlo? Dicen que es un *fantástico* y un visionario, aunque no sé en que se apoyan para decirlo [...]" (*Dos partidos en lucha* 4).

De este modo, *ciencia* institucional se opone *fantasía* visionaria. Una y otra comparten un mismo objeto de discurso, "el conocimiento de la Naturaleza física"(71), pero difieren en su estilo. Según las palabras pronunciadas por Paleolítez en el Congreso Científico, la teoría sostenida por los rabianistas es "exacta como las matemáticas" y "rechaza toda ficción por cuanto es matemática". Concluye entonces que "Los sabios profundos, *los que no somos poetas*, admitimos y sostenemos el Rabianismo". Irónicamente, Holmberg hace reconocer, entonces, a Juan Estaca —quien no sería tan *estaca* como su nombre indica— que "Humboldt, Goethe y otros muchos han sido sabios profundos y sin embargo se manifiestan poetas y Darwinistas en extremo" (1875: 54-5). Ambas condiciones no parecen ser, entonces, contradictorias. En la propuesta ficcional de Holmberg, *poesía* y *ciencia* pueden confluír en una misma *fantasía* que contribuye a divulgar las ideas científicas innovadoras que, de otro modo, permanecerían ocultas. Las obras producidas por la ciencia —dice el narrador— "por su carácter eminentemente *científico* (sinónimo a veces de intrincado y oscuro) no pueden tener la circulación que debieran."(1875: 70). Las otras, en cambio, son las que han logrado acrecentar el interés por la ciencia en la ciudad de Buenos Aires:

... podemos decir, sin temor de ser exagerados, que el gusto científico se desarrolla aquí inmoderadamente. (...) Muchas causas han influido para ello, entre las cuales sólo citaremos la lectura de las obras de Flammarrion, las de Figuiet y de algunos otros que poniendo la ciencia al alcance de todas las inteligencias, despiertan paulatinamente el gusto por ellas. (...) No debemos olvidar tampoco dos nombres que todos conocemos entre nosotros, y que quizá son los que más han favorecido el gusto por la lectura de obras de ciencia: Julio Verne y el Capitán Mayne Reid. (Holmberg 1875: 69-70)

Entre los dos estilos discursivos, Holmberg ha optado, en consecuencia, por el que considera más apropiado para la divulgación de la

ciencia. Ha optado por la ficción, por *la fantasía*. Si tal como postulan las "Dos Palabras" iniciales de la obra, "Es incuestionable que el estilo es el hombre y en ninguna parte se podría hallar un hombre más caracterizado por su estilo que en *Dos partidos es lucha* del Sr. Kaillitz, Darwinista", no puede asombrarnos que la *fantasía* haya sido el género discursivo elegido por Holmberg para divulgar la teoría darwinista. La retórica característica de la ficción literaria había sido determinante, según Levine, en la configuración de la revolución darwinista y, de acuerdo con esta estrategia, Holmberg creía que "En nuestro tiempo las ideas serias no cumplen su destino sino envueltas en el manto de la fantasía." (Citado en Pagés Larraya 1957: 62).

Del traumatismo a los autómatas

Cuatro años tarde, en 1879, José María Ramos Mejía presentó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires su tesis para optar por el grado de doctor: *Apuntes clínicos sobre el traumatismo cerebral*. El trabajo de Ramos Mejía, dirigido por Eduardo Wilde, intentaba ofrecer una nueva clasificación de los accidentes nerviosos producidos por el traumatismo cerebral según sus propias observaciones clínico-experimentales. A partir de la percepción de que "las cuestiones relativas al traumatismo del cerebro han sido y son todavía uno de los problemas más discutidos de la cirugía" (11), el autor configura un cuadro de oscuridad y penumbra científica en el cual su metodología de trabajo, la experimentación clínica, ocupa el polo de la luz en abierta confrontación con la mayor parte de las teorías vigentes.

En el mismo año, Holmberg publicó y dedicó a José María Ramos Mejía,

*Horacio Kalibang o los autómatas*⁵⁶ —una “interesante fantasía científica”, según el *Anuario Bibliográfico* de Alberto Navarro Viola (1879: 243)—. Como ya había explicado Holmberg en oportunidad de publicarse *Dos partidos en lucha*, la fantasía es una modalidad discursiva apta para intervenir en el debate científico. También como en el caso anterior, ya en la dedicatoria se expone la intención polémica de la intervención:

Acabas de publicar un libro, delicia de los materialistas, adeptos de una escuela formidable que va derrumbando muchas informalidades de los que se glorifican de la estación bípeda y de cierta tercera circunvolución en el lóbulo izquierdo del cerebro.

Te miro, por ello, no ya con el cariño del antiguo amigo, sino con el respeto del discípulo, y me glorifico tanto más al dedicarte, como un homenaje, este juguete discutible, cuanto que pienso en el gran número de los que habrán escupido los venenos de su alma sobre tus páginas de luz.

Puedes creer en mi sinceridad y leer el *Horacio Kalibang* para convencerte. Los que solemos escribir obras de este género no dejamos de dar a algunos de los personajes siquiera sea un rasgo de nuestro propio carácter.

Eduardo Ladislao Holmberg⁵⁷

Materialistas y espiritualistas se enfrentan, aparentemente, en este “juguete discutible” que describe la dedicatoria. El libro que Ramos Mejía acababa de publicar para “delicia de los materialistas” no era otro que su tesis sobre el traumatismo cerebral, cuyos postulados habrían provocado la reacción

⁵⁶ “Una amistad muy honda ligó a Holmberg con José María Ramos Mejía (1849-1914). En una fotografía aparece Holmberg a los dieciocho años de edad, al lado de Ramos Mejía, cuando ambos eran estudiantes de medicina. Una calavera, símbolo del más allá insondable, de la fragilidad de las cosas, es contemplada por estos Hamlets porteños. Apasionaban por entonces los estudios neurológicos, y, como ocurre siempre con las grandes corrientes científicas, extendieron sus sugerencias al arte; los relatos de fondo científicista sucederían a las vagarosas fantasías románticas. (...) Ramos Mejía estaba destinado a impulsar extraordinariamente los estudios psicopatológicos en el país; Holmberg, a estilizarlos literariamente, con fervor o ironía.” (Pagés Larraya 1957: 35)

⁵⁷ Citamos según la versión de Antonio Pagés Larraya en *Cuentos Fantásticos* 1957: 147-167.

del “gran número de los que habrán escupido los venenos de su alma” sobre las “páginas de luz”. La dedicatoria presenta, entonces, la fantasía científica como un “homenaje” reparador frente a las reacciones adversas que había generado el trabajo del “antiguo amigo”, y no oculta que la ficción le permitirá escenificar la tensión polémica producida en el movimiento intelectual de la ciudad. El último párrafo permite sospechar, sin embargo, que Holmberg tampoco adhería sin condiciones a los postulados materialistas sostenidos por su amigo. El pedido de que crea en su sinceridad —“Puedes creer en mi sinceridad y leer el *Horacio Kalibang* para convencerte”— deja entrever, más que una profesión de fe, cierto distanciamiento respecto de la posición materialista de Ramos Mejía. Si Holmberg consideró necesario hacer explícito que la función pragmática de la *fantasía científica* era “convencer(te)” y, por extensión, persuadir de su adhesión al mecanicismo, puede inferirse que su posición no estaba, al menos, definida con nitidez y que su ficcionalización contribuiría, una vez más, a representar literariamente saberes de dudosa o discutible legitimidad en el ámbito científico. De este modo, así como en el prefacio de *Dos partidos en lucha*, el naturalista había establecido una relación directa entre argumentación, novela y comunicación intelectual —“y con esa avidez del que lee por conocer el argumento de una novela, entré en comunicación intelectual con el Sr. D. Ladislao Kaillitz, Darwinista.”—, en *Horacio Kalibang* la ficción vuelve a transformarse en la estrategia más adecuada para lograr la discusión de la tesis propuesta.

Ambas obras están organizadas, en efecto, en torno del debate de ideas,

pero mientras la trama narrativa de la primera engarza de modo muy débil una serie de núcleos de escasa relación argumental, *Horacio Kalibang*, en cambio, alcanza una lograda unidad narrativa. En unas pocas escenas que ambientan la vida sosegada de una típica familia alemana de mediados del siglo diecinueve, se narra cómo las delicias de la vida burguesa pueden ser abruptamente destruidas por uno de los pilares que las sostiene. Una familia, cuyos miembros profesan, en su mayoría, las ideas materialistas propuestas por el padre —el burgomaestre Hipknock—, descubren durante una cena familiar que el autómatas Horacio Kalibang, a quien creían un desarrollo extraordinario de una “ciencia sin límites”, es, en realidad, tan sólo uno más entre todos ellos, quienes —sin saberlo hasta el fin del relato— también son autómatas. El materialismo burgués, que había entusiasmado a los Hipknock con las posibilidades del mecanicismo cerebral, es presentado no sólo en su faz positiva, sino también en sus límites desasosegantes. Así como el mecanicismo había hecho posible la creación de autómatas, su extensión omnímoda al ámbito de lo familiar configura un cuadro siniestro que genera un debate en torno de lo que puede considerarse real o irreal, normal o extraño, posible o imposible de acuerdo con el marco cognitivo común. Para este debate, la historia de los autómatas que, según la tradición iniciada por E. T. Hoffmann, invaden la vida cotidiana del Burgomaestre Hipknock y de su familia, aporta la anécdota necesaria para la discusión sobre los posibles alcances de los descubrimientos sobre mecánica

cerebral⁵⁸. La trama argumental se reduce, entonces, a la contraposición de las diferentes posiciones ideológicas en torno de estos avances científicos en tres niveles de ficcionalización.

En uno, se narra la historia de la relación entre Hipknock y Horacio Kalibang; en otro, intertextual, la historia de los arquetipos de la expansión colonial europea; en el otro, la de las tensiones y luchas entre algunas de las figuras más prominentes de un campo científico en proceso de formación. En los tres niveles, las historias narradas aluden a conflictos cognitivos, a saberes que luchan entre sí para dar una explicación totalizadora de lo real, a saberes científicos que llevan en sí mismos el núcleo de su propia subversión.

En la primera historia, la discusión no parece estar centrada en la verosimilitud y legitimidad de los postulados mecanicistas, sino más bien en los riesgos de su extensión al ámbito de lo cotidiano. Dos reuniones familiares en la casa del burgomaestre Hipknock sirven de escenario para la presentación de los diferentes argumentos explicativos en torno de "Horacio Kalibang, el hombre que ha perdido su centro de gravedad" (151). Entre una y otra escena, una inicial y una final, media la demostración experimental del argumento sostenido por el Burgomaestre a través de una visita a la fábrica de autómatas

⁵⁸ Respecto del tópico de los autómatas y de su uso en la literatura finisecular, *cfr.* la clásica observación de Sigmund Freud: "«Uno de los procedimientos más seguros para evocar fácilmente lo siniestro mediante las narraciones, escribe Jantsch, «consiste en dejar que el lector dude de si determinada figura que se le presenta es una persona o un autómata. Esto debe hacerse de manera tal que la incertidumbre no se convierta en el punto central de la atención, porque es preciso que el lector no llegue a examinar y a verificar inmediatamente el asunto, cosa que, según dijimos, disiparía fácilmente su estado emotivo especial. E. T. A. Hoffman se sirvió con éxito de esta maniobra psicológica en varios de sus *Cuentos fantásticos*." (Freud [1919] 1973: 20).

de Oscar Baum, en compañía de su "pariente y amigo": la voz narradora de Fritz.

En la primera reunión, la discusión pone en escena a cinco personajes, cada uno de los cuales sostiene un tipo diferente de argumentación sobre la inquietante presencia de Kalibang. El burgomaestre Hipknock cree, desde el materialismo, que "todo es concebible (...) pero no todo es posible" (148). Su sobrino, el Teniente Hermann Blagerdorff, piensa, en cambio, que "existen fenómenos extraños que la ciencia humana no explica y que tal vez no podrá nunca explicar" (148). Entre uno y otro, aparece la voz narradora de Fritz, develado más tarde como un autómeta fabricante también de autómetas, quien esboza explicaciones científicas alternativas sobre el hecho observado. El cuadro se completa con Luisa, la hija del Burgomaestre, destinada a obedecer el "automatismo orgánico" (166) y, por último, con Horacio Kalibang, un autómeta que no es "un mito" (152).

Cada uno de ellos representa una focalización diferente del núcleo gnoseológico primario que desencadena el relato: Horacio Kalibang no sólo es una posibilidad sino que su existencia ha sido constatada experimentalmente. En la medida en que lo extraño, como ya dijimos, se configura en relación con el conjunto de hechos y fenómenos que una comunidad considera posibles e imposibles según un marco cognitivo común, la "aterradora realidad" (148) de Horacio Kalibang delinea una zona de conflicto cognitivo en la que es posible explorar los alcances y los límites de las explicaciones científicas de la época.

Ya desde el sintagma inicial de la narración el lector es ubicado en el

medio de una discusión que intenta dirimirse según criterios de veracidad o falsedad científica: "—... Es completamente falso —dijo el burgomaestre" (147). Del resto del relato se infiere que la proposición omitida —y presupuesta en los puntos suspensivos— debió de ser un enunciado no materialista que intentaba dar cuenta de la perturbadora presencia de Horacio Kalibang, un producto de los desarrollos hipotéticos del conocimiento de la mecánica cerebral. En efecto, su enunciador, el Teniente Hermann Blagerdorff, postula —en evidente confrontación con las ideas del Burgomaestre— su aceptación de lo extraño y de lo terrorífico más allá de los límites alcanzados por la explicación científica. Cuando se comenta que Oscar Baum estaba "en vísperas de fabricar un cerebro con funciones propias" (158), este posible desarrollo del mecanicismo impulsa al Burgomaestre, en primera instancia, a exaltar su fervor materialista: "se quedó (...) entregado a reflexiones que por cierto no eran muy favorables, ni a los espiritualistas ni a los clericales" (159). Más tarde, ante la comprobación experimental de la existencia de los autómatas, el entusiasmo inicial sobre las bondades del materialismo se diluye en percepciones de desasosegado terror: "si son ellos los autómatas o si lo somos nosotros, no lo sé" (164). Según Oscar Baum, el fabricante de autómatas, las posibilidades de la mecánica eran ilimitadas:

La mecánica, señor Burgomaestre, es una ciencia sin límites, cuyos principios pueden aplicarse no sólo a las construcciones ordinarias y a la interpretación de los cielos, sino también a todos los fenómenos íntimos de la materia cerebral.

— Es mi opinión.

— ¿Qué es el cerebro, sino una gran máquina, cuyos exquisitos resortes se mueven en virtud de impulsos mil y mil veces

transformados? ¿Qué es el alma, sino el conjunto de esas funciones mecánicas? La acción físico-química del estímulo sanguíneo, la transmisión nerviosa, la idea, en un carácter imponderable e intangible, no son sino estados diversos de una misma materia, una y simple sustancia, inmortal y eternamente indiferente, al obedecer a la fatalidad de sus permutaciones, que producen un infusorio, un hongo, un reptil, un árbol, un hombre, un pensamiento, en fin. (161)

Sin embargo, tras la lectura de la escena final, se advierte que esta exposición académica del núcleo de la tesis mecanicista —que presumiblemente reproduce el conjunto de enunciados considerados posibles y verosímiles en la época—, ha sido hecha por un autómatas que se ha presentado alternativamente como el primo Fritz, como Oscar Baum o como el narrador. Esta contaminación de la instancia de enunciación cuestiona la verosimilitud de lo enunciado y alerta sobre la precariedad de los criterios de validación del materialismo emergente: un autómatas es quien lo enuncia (Oscar Baum) y un autómatas quien lo valida (el narrador Fritz). A partir de la revelación final de que Oscar Baum es un autómatas y de la sospecha de que cada uno de los que lo rodean puede también serlo, los fundamentos del materialismo aparecen socavados en la base misma de su formulación, y se ponen en evidencia las múltiples fisuras y contradicciones de la tesis sustentada inicialmente por Hipknock.

La presencia del autómatas parece condensar, por un lado, el desasosiego ante una teoría que comenzaba a incidir provocativamente en el marco cognitivo hasta entonces compartido por el grupo letrado de la ciudad de Buenos Aires y, por otro, la inseguridad ante su posible extensión hacia

aplicaciones aún no suficientemente exploradas⁵⁹. El texto no se limita entonces a ficcionalizar el obvio enfrentamiento entre materialistas y espiritualistas, entre Hipknoch y el teniente Hermann Blagerdorff⁶⁰, sino que representa las adhesiones, resistencias y negociaciones provocadas por la aparición en la periferia de un saber también periférico respecto de los disciplinas dominantes en el espacio intelectual de la época. Y en este sentido, la historia intertextual sobre el contacto iniciado en el siglo XV entre dos culturas epistemológicamente diferentes, entre europeos y americanos, entre Próspero y Calibán, provee el sustrato discursivo para la representación ficcional de las contradicciones intrínsecas a la difusión de la hipótesis materialista.

Como el del contacto entre europeos y americanos, el conflicto cognitivo escenificado por la difusión de las teorías materialistas, en la segunda mitad del siglo diecinueve, era de muy larga data. Sin entrar a revisar el proceso que puso en relación cosmovisiones conflictivas ya extensamente abordadas por la crítica, es posible observar, en cambio, cómo ambos procesos —el del contacto entre europeos y americanos y el del contacto entre los

⁵⁹ "El fantasy siempre proporcionó un indicio en cuanto a los límites de una cultura, mediante el énfasis en los problemas de categorización de lo «real», y la situación del «yo» respecto de esa noción dominante de «realidad». (...) El concepto de mal, que generalmente se atribuye al otro, es relativo; se transforma conforme a los cambios en los miedos y valores culturales. (...) El extranjero, el forastero, el intruso, el marginado social, alguien que habla una lengua desconocida o actúa de una manera desconocida, alguien cuyos orígenes se ignoran o que tenga poderes extraordinarios, tiende a ser excluido como el otro, como el mal. La calidad de extraño precede a su identificación como el mal; el otro o la otra se definen como el mal precisamente a causa de su diferencia y su presunto poder para perturbar lo conocido y familiar." (Jackson [1981] 1986: 49-50).

⁶⁰ En discordancia con este argumento, algunas lecturas críticas anteriores advierten sólo un enfrentamiento entre materialistas y espiritualistas. Oscar Hahn, por ejemplo, opina: "Según Holmberg, los únicos autómatas —en el sentido figurado y negativo de la palabra— son los que abusan de la buena fe de los demás, promoviendo las doctrinas irracionalistas". (1978: 57).

saberes científicos vigentes a fines del siglo pasado en la ciudad de Buenos Aires— han confluído en el debate suscitado por las hipótesis sobre la mecánica cerebral expuestas por Ramos Mejía en 1879.

Por cierto, no es *Horacio Kalibang* el primer texto que evoca en el Río de la Plata referencias historiográficas para dilucidar una discusión científica o viceversa. *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, publicado un año antes por el mismo José María Ramos Mejía, es quizá el ejemplo más notable de esta tendencia a buscar en la autoridad del discurso de la historia un modo adecuado de explicar, ejemplificar y difundir las novedades científicas. Un año más tarde, Holmberg apela a un encuentro histórico de mayor trascendencia aún para discutir las posibilidades de aplicación del mecanicismo en la explicación de lo real. La referencia al mito de Calibán en relación con el autómatas Kalibang, además de la cita explícita de *La Tempestad* de William Shakespeare⁶¹, pone en relación a Próspero con Calibán, el compendio del saber europeo de su época con el nativo americano; permite imaginar, por extensión, la paradójica complejidad de los descubrimientos experimentales sobre la mecánica cerebral enmarcados en desiguales relaciones de poder científico y dominio cultural.

En la misma época, la historia de Calibán había comenzado a adquirir un renovado interés a partir de las reelaboraciones de Daniel Wilson (*Caliban: The Missing Link*, Londres, 1873) y de Ernest Renan (*Caliban, suite de La*

⁶¹ "¿Conoce usted a Horacio Kalibang? / —Un personaje de nombre muy parecido figura en

Tempête, París, 1878). La primera relacionaba *La Tempestad* con las teorías de Darwin y de Linneo⁶². La segunda, escrita tras los sucesos de la Comuna de París, resaltaba la rebelión de Calibán⁶³. La versión de Holmberg que estamos analizando no aparece citada, curiosamente, en ninguno de los trabajos que intentan historiar y analizar los avatares del mito calibanesco. Emilio Carilla (1994: 263) consigna una cita de Rubén Darío en la edición de *Los raros* de 1896, y Roberto Fernández Retamar (1973: 32-3), la de un discurso pronunciado en 1898 por Paul Groussac, como las primeras apariciones del mito de Calibán en América. En 1995, Fernández Retamar mencionó también la alusión de Darío a Calibán. Sin embargo, a pesar de la notable producción crítica en torno de la figura de Calibán y su representación mítico ficcional en el área americana, hasta ahora no hemos leído referencia alguna sobre este texto de Holmberg⁶⁴. Un texto que, como hemos dicho, se anticipa veinte años en la apropiación americana de los estereotipos de la dominación cultural europea.

El entramado intertextual es casi transparente. En cuanto a los personajes, Próspero tiene su correlato en Hipknock; Ariel, en Fritz u Oscar Baum; Fernando, en Hermann; Miranda, en Luisa; y, obviamente Calibán en el

La Tempestad de Shakespeare." (Holmberg 1957: 151).

⁶² Cfr. "(...) Wilson contended that Shakespeare had preempted some Darwin's best insights by creating «a novel anthropoid of a high type». Amassing evidence from the play, Wilson deduced that Caliban would have been black, had prognathous jaws, and manifested a low stage of cultural advancement. Wilson's text shuttles between *The Tempest*, Darwin, and Linnaeus and is interlarded with detailed brain measurements of gibbons, baboons, chimpanzees, and a range of ethnic groupings." (Nixon 1987: 561).

⁶³ Cfr. el análisis realizado por Roberto Fernández Retamar (1973: 29-31).

⁶⁴ Notamos esta ausencia en nuestro artículo "Otro Calibán: *Horacio Kalibang o los autómatas*".

homofónico Kalibang. También las reuniones familiares en torno de la comida son el escenario común en una y otra historia.

En cuanto a la trama, tanto Hipknock como Próspero poseen un caudal de saberes todopoderosos en los que confían como fuente de explicación e incluso de modificación de lo real. Próspero ha obtenido de sus libros y de su biblioteca, que aprecia más que su ducado, el poder que le permite controlar los espíritus que actúan, serviciales, bajo su mandato. Tanto Ariel como sus ayudantes son espíritus que Próspero controla después de haberlos liberado de la esclavitud merced a su saber, a su *Art*. Este saber, como el materialismo que profesa Hipknock, se origina en un centro de referencia intelectual —en la Italia renacentista uno, y en la Alemania decimonónica el otro— y no es compartido por el resto de los personajes, entre quienes provoca más sospecha y temor que interés.

La relación con sus respectivas hijas —Miranda y Luisa— está basada precisamente en esta jerarquía de conocimiento y poder patriarcal que reduce el lugar de la mujer al de un ser no pensante, aunque con diferentes matices en uno y otro texto. Mientras que Próspero se jacta de haber sido el único y máspreciado maestro que Miranda pudo haber tenido; leemos, en el texto de Holmberg, que la hija de Hipknock está en "la edad más deliciosa para una mujer, porque (...) su cabeza goza del más etéreo y divino de los vacíos" (149), es decir, puede prescindir inclusive de la educación patriarcal que en el texto de

que Roberto Fernández Retamar anotó y publicó en *Casa de las Américas* (Salto 1997: 33).

Shakespeare aparece como uno de los valores fundadores de la relación entre el progenitor y su hija. Por extensión, los futuros yernos —Fernando y Hermann— también ocupan el lugar de la no razón. Fernando, el de los príncipes italianos que habían desterrado a Próspero y Hermann, el del espiritualismo.

Esta jerarquía del saber que aúna en una sola persona —Próspero/Hipknock— la posibilidad del conocimiento y, en consecuencia, el poder del control sobre las diversas instancias de lo real, contiene, al mismo tiempo, su propia paradoja. Una extensión de ese saber todopoderoso acabará por socavar las bases mismas del saber. Próspero le había otorgado a Calibán la posibilidad de hablar en su lengua, pero, a través de esta lengua, quien hasta entonces era considerado un siervo despreciable, comienza su inquietante rebelión:

You thought me language; and my profit on't
Is, I know how to curse. The red plague rid you
For learning me your language. (Shakespeare I.ii, 365-7)

En la primera historia, las ideas materialistas de Hipknock son usadas por Fritz u Oscar Baum para la fabricación de un autómeta —Kalibang—, quien, como Calibán, también es un esclavo surgido a partir del desarrollo de las ideas sustentadas por el amo⁶⁵. Así como Calibán utiliza la lengua dada para intentar subvertir el orden de dominación establecido, también Kalibang utiliza las posibilidades de la mecánica para poblar el mundo de innumerables autómetas y burlar así las certezas cotidianas de Hipknock. En la escena final,

⁶⁵ La fabricación de autómetas y las derivaciones monstruosas de los experimentos científicos aparecen en muchas ficciones europeas de la época. Roslynn D. Haynes ha rastreado, por ejemplo, la tradición de autómetas y monstruos que reconoce su origen en *Frankenstein* publicado por Mary Shelley en

en la que "la casa del burgomaestre Hipknock se llenaba de gente, para festejar un gran día de familia" (165), no se sabe cuántos de todos los personajes son autómatas si es que no lo son todos. Kalibang se ha apoderado del lenguaje materialista del amo para reclamar el espacio que le fuera arrebatado, y ha cumplido con la amenaza de su célebre antecesor: ha poblado el mundo de Kalibanes⁶⁶. A partir de esta comprobación final, el narrador concluye que "El lector tocará los demás resortes" (167)⁶⁷. Es decir, deberá valorar, ponderar y evaluar los alcances de la exposición de la tesis materialista que había hecho Oscar Baum, el autómatas creador de todos los otros autómatas: "La mecánica (...) es una ciencia sin límites" (161).

Esta confianza irrestricta en el mecanicismo cerebral había sostenido la tesis que Ramos Mejía acababa de publicar. Como ya señalamos, la relación entre Holmberg y Ramos Mejía se había gestado cuando eran estudiantes en la Facultad de Medicina. En 1875, Ramos Mejía había fundado el Círculo Médico Argentino, que contaba a Holmberg como uno de sus más fervientes impulsores, y tenía el objeto explícito de polemizar sobre la orientación de los estudios médicos con las autoridades de la Universidad de Buenos Aires⁶⁸.

1816 y en la cual también podría inscribirse este Kalibang de Holmberg (Haynes 1994: 270-1).

⁶⁶ *Cfr.* "Thou most lying slave,/ Whom stripes may move, not kindness; I have used thee,/ Filth as thou art, with human care, and lodged thee/ In mine own cell, till thou didst seek to violate/ The honour of my child. CALIBAN Oh ho! Oh ho! Would't had been done!/ Thou didst prevent me; I had peopled else/ This isle with Calibans." (Shakespeare I.ii, 346-353).

⁶⁷ La participación del lector para completar el sentido del texto es precisamente una de las claves del discurso polémico: "Al lector se le atribuye el rol de juez, apelándose de este modo a su sentido común, a su razón, y a su sistema de valores." (Rita de Grandis 1993: 48).

⁶⁸ En oportunidad de un aniversario de la creación del Círculo Médico Argentino, Ramos

Veinte años más tarde, Holmberg frecuentaba todavía los almuerzos de intelectuales que Ramos Mejía organizaba los viernes en el Instituto Frenopático Argentino. Tanto a uno como a otro "la producción literaria le interesaba tanto como la científica"⁶⁹. Sin embargo, el primero no escribió ficciones literarias, mientras que Holmberg, ya en 1875, había promovido el debate de las hipótesis darwinistas con su fantasía científica *Dos partidos en lucha* y el texto lo había enfrentado públicamente con Carlos Germán Conrado Burmeister, acérrimo defensor de la tesis creacionista. Holmberg, como ya dijimos, había dedicado el capítulo segundo de su fantasía a ironizar sobre el "sabio, demasiado sabio quizá", e intentado impulsar, en consonancia con la lucha de su amigo Ramos Mejía la renovación de los planes de estudio de la Facultad de Medicina, que omitían, para su estupor, las ideas darwinistas. Este entrecruzamiento de intereses y de posiciones en el espacio intelectual puede intuirse en la configuración discursiva del burgomaestre Hipknock, a quien se le dedica un retrato moral que ocupa un apartado completo de los siete que organizan la narración según las estrategias características del discurso polémico. Burgomaestre Hipknock parece, por una parte, un nombre que alude

Mejía reseña sus logros: "Este Círculo Médico, que pasa casi desapercibido en medio del bullicio atronador en que se revuelven los habitantes de esta capital, encierra en las humildes páginas de su historia casi una epopeya, porque resume en ella el esfuerzo vigoroso de una generación que en medio de la hostil indiferencia de los viejos augures, luchó con éxito relativo por la reforma de la enseñanza superior, venciendo tradiciones obstruccionistas que habían detenido la marcha de la universidad en plena era colonial." (1893: 37).

⁶⁹ Recuerda José Ingenieros: "Ramos Mejía, aunque Presidente del Departamento Nacional de Higiene (1893-1899), conservaba inalterada su afición a las letras. La producción literaria le interesaba tanto como la científica y tenía por los jóvenes poetas esa cariñosa debilidad que lo distinguió hasta la hora de su muerte." (Ingenieros 1961-2, VI: 435).

irónicamente, como la mayoría de los imaginados por Holmberg, a alguno de sus adversarios de la época. El narrador se encarga de comentar jocosamente que el tío “lleva este nombre —Hipknock—, debido a la circunstancia de haberse atragantado con un hueso uno de sus antepasados, en tiempo de Carlos V”. Respecto de “Burgomaestre”, no parece osado conjeturar que sea una traducción del apellido Burmeister, su ilustre enemigo público, ya que el primero, como también el otro, “es uno de aquellos hombres que siguen con toda su alma los progresos del materialismo en Alemania” (154), pertenece a numerosas sociedades científicas⁷⁰, es visitado por los sabios “que de cuando en cuando pasan por el pueblo” (156)⁷¹ y “no cuadrará jamás el círculo” (156)⁷². La constante apelación a las ideas de los adversarios mide la legitimidad de los postulados del Burgomaestre articulados entre las visiones contrastantes de “todos los que lo hemos tratado” (154), por una parte, y la de sus enemigos, por otra⁷³.

⁷⁰ En *Dos partidos en lucha*, Holmberg ya se había referido irónicamente a la posición de Burmeister en el campo intelectual de la época: “La fama de aquel sabio era universal, no sólo por sus relaciones particulares—las que, hablando en general, son las que más contribuyen a hacer resonar en el aire las notas de la trompeta de la diosa codiciada— sino también porque sus obras siempre habían sido leídas por todos aquellos que anhelaban conocer los orígenes del planeta.” (1875: 7).

⁷¹ También en *Dos partidos en lucha*, se lee una referencia similar: “Los sabios extranjeros que cual aves de paso y muy de tarde en tarde visitaban la ciudad de Buenos Aires, no dejaban de ir a saludar al ilustre personaje.” (1875: 8)

⁷² En relación con los cambios en la Facultad de Medicina promovidos por el alumno José María Ramos Mejía, González Leandri comenta: “el mayor problema a que estuvo sometida la vieja élite de catedráticos médicos estuvo representado por las pugnas facciosas tan frecuentes en su seno. Se trataba de una lógica de funcionamiento que no era exclusivamente suya, sino que obedecía a lo que sectores de la opinión definían como la “política de los círculos” y cuyo predominio inevitable le quitó a la élite capacidad de reacción frente a las demandas externas”. (1997: 38-39, nota 11)

⁷³ “Es un hereje, un condenado, un miserable, un canalla, un estúpido, un ignorante y todo lo que la indignación irracional puede sugerir a sus enemigos, que tales blasfemias le envían desde

En el lugar de "los que lo hemos tratado" (154) se ubica evidentemente la figura del narrador, autorreferida como "el fiel retratista" y como el "pariente y amigo" del Burgomaestre, es decir, como el narrador y como Fritz, uno de los personajes. En estas dos funciones de narrador y de personaje, la voz de Fritz opera casi siempre a través de una matriz discursiva formada por una inicial adhesión a lo enunciado por el Burgomaestre seguida de un distanciamiento irónico que subvierte el enunciado primero. "El burgomaestre tenía razón. —se lee en el primer párrafo— Era aquel un bocado exquisito, que todos juzgaron con rigor, sin poder llegar a otro resultado que el de declarar que era exquisito, con lo cual puede afectarse igualmente a una linda mujer y a un rico jamón de Pomerania". (148). Es evidente que la aserción "El burgomaestre tenía razón. Era aquel un bocado exquisito" es un argumento de adhesión que permite observar la correspondencia entre la conciencia modelizante del narrador y la del protagonista. En la observación que le sigue, en cambio, el narrador sigue siendo el mismo pero su focalización de lo "exquisito" ha variado. La distancia hermenéutica que se produce adquiere un valor irónico y subvierte el carácter asertivo de la primera enunciación.

En su función de personaje, Fritz repite esta estrategia de discurso en el nivel macronarrativo. En una primera instancia, adhiere a las ideas materialistas del Burgomaestre. Sin embargo, una serie de indicios comienza a gestar un proceso de diferenciación irónica —aprecia la música, la literatura, puede

pensar mientras los otros personajes sólo sienten terror— que culminará con la subversión final de todas las categorías del relato: Fritz, el narrador homodiegético es un autómeta. A partir de esta revelación, que socava las bases mismas del relato, es decir, el pacto de lectura implícito que presupone la existencia de una fuente de discurso fiable, se subvierten todas las otras instancias de la narración y se abre un espacio de discusión sobre los saberes que la autoridad del narrador ha sostenido hasta ese momento.

Por último, esta estrategia hermenéutica de Fritz parecería tener también su correlato en la historia del otro Calibán. Según Fernández Retamar:

No hay verdadera polaridad Ariel-Calibán: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Sólo que Calibán es el rudo e incontestable dueño de la isla, mientras que Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, es en ella, como vieron Ponce y Césaire, el intelectual. (1973: 57-58).

En este sentido, Fritz podría tener su correlato en Ariel y también en Holmberg. Los dos primeros actúan como "espíritus" positivos. Habiendo sido creados como una derivación de los saberes que poseen cada uno de sus amos —Próspero / Hipknock—, están ahora a su servicio y colaboran con ellos en el proceso experimental que les permitirá demostrar sus hipótesis previas. Así como Ariel prepara y ejecuta el engaño para lograr la rendición de los europeos ante Próspero, Fritz acompaña a Hipknock en la visita a la fábrica de autómetas, donde puede comprobar la materialización de sus teorías mecanicistas. También ambos logran su libertad una vez cumplidos sus servicios: los dos desaparecen. Así como Ariel, el espíritu positivo, domina y controla a Calibán —aunque

ambos son siervos de Próspero—, Fritz u Oscar Baum, su otro nombre, es quien ha creado y controla a Horacio Kalibang, aunque los dos son productos tecnológicos del desarrollo de las ideas de Hipknoch.

Hasta aquí, la relación intertextual entre Ariel y Fritz. Respecto de la posible relación entre Fritz y Holmberg, quizá convenga recordar que en un medio permeado tanto por sugerencias esotéricas como por intuiciones espiritistas⁷⁴, la recepción de los postulados sobre la mecánica cerebral no debió de hacerse sin controversia⁷⁵. En la fecha de publicación de este texto, la polémica materialistas *versus* antimaterialistas comenzaba a atravesar el ámbito cultural de la ciudad de Buenos Aires como extensión y ampliación del debate que todavía protagonizaban Holmberg y Burmeister en torno del darwinismo. En este contexto, Fritz podría haber representado al mentor (como naturalista) y discípulo (como médico) que Ramos Mejía habría tenido en Holmberg —relación documentada ya en varias fuentes paratextuales— pero, al mismo tiempo, como el personaje de Ariel en *The Tempest*, representaría también algunos rasgos del pensamiento crítico del intelectual moderno⁷⁶.

⁷⁴ "En torno a 1870, el malagueño Justo de Espada comenzó a realizar gestiones en Buenos Aires para constituir una sociedad de espiritismo, actividad que hacía furor ya en Europa y los Estados Unidos. Al poco tiempo surgieron varias corporaciones dedicadas a tales experiencias, cuyas alternativas ha seguido Cosme Mariño en su obra *El espiritismo en la Argentina*". (Pagés Larraya 1957: 41).

⁷⁵ *Cfr.* la opinión de Noé Jitrik sobre los alcances de esta controversia: "Holmberg, con sus *Cuentos fantásticos*, inicia una línea muy fecunda en la que un campo antes considerado del puro dominio del espíritu, ahora es visto como materia mensurable; los viejos fantasmas, espíritus errantes, son resultado de procesos, el espiritismo sustituye al espiritualismo y eso es objeto de preocupación, bastante sardónica por cierto, en un hombre que es científico naturalista, escritor y hombre de mundo." (Jitrik [1968] 1982: 81).

⁷⁶ Analía Capdevila ha anticipado esta hipótesis: "Alguien creyó erróneamente que el

En su triple condición de narrador, focalizador y personaje, Fritz enfrenta el obstinado materialismo de Hipknock: esboza explicaciones alternativas, ofrece indicios meta-narrativos, se ubica en una necesaria distancia hermenéutica y alerta también sobre los riesgos de la creencia en las bondades ilimitadas del mecanicismo. Como Fritz, Holmberg asume la función de escribir *fantasías científicas* que, dentro de un marco epistemológico favorable a las ideas materialistas, se distancien lo suficiente como para provocar una interpretación alternativa del mismo modelo sin atentar contra el modelo mismo⁷⁷. Como ha señalado Athena Vrettos: "In certain circumstances, contradictions could function as ideological release points, paradoxically enabling dominant social paradigms to retain their boundaries of authority by licensing and containing superficial ideological divisions." (1995: 12).

El autómatas Kalibang —un desarrollo de las hipótesis mecanicistas sobre el funcionamiento cerebral— no impugna la tesis materialista, pero sí advierte el alcance siniestro de su propia formulación, y al mismo tiempo alerta sobre la precariedad de los límites y la permeabilidad de los márgenes de las nociones de realidad e irrealidad difundidas por la norma positivista. La literatura configura entonces un espacio híbrido, en el cual lo fantástico aparece como una

escritor se identificaba allí con el burgomaestre Hipknock, acérrimo materialista e investigador en el relato. Sin embargo, reconocemos a Holmberg en Fritz o en Oscar Baum, «fabricante de autómatas», capaz de interpretar dos personajes al mismo tiempo, y de montar una farsa que consiste en sembrar al mundo con sus máquinas infernales." (1989: 22).

⁷⁷ Según Bange, a quien habíamos citado a propósito de las estrategias ficcionales de *Dos partidos en lucha*, en el texto literario la argumentación no se orienta a obtener la adhesión a una verdad referencial —las virtudes de la mecánica, en este caso— sino a un cuestionamiento a un modelo admitido o a la adhesión a un modelo alternativo de interpretación.

estrategia de mediación y de negociación entre los saberes en pugna en el discurso social de la época, como “un medio efficacísimo de presentar la verdad de nuestro tiempo”⁷⁸. Lo que no puede ser admitido en los textos científicos sin caer en la sospecha de irracionalidad —la incertidumbre o el desasosiego sobre los límites que merodean la tesis materialista dominante— es discutido, en cambio, en la *fantasía* científicista que se escribe y se lee al mismo tiempo que los textos mecanicistas. Tal como el primer Calibán discute los presupuestos ideológicos del proyecto imperial europeo y pone en evidencia las fisuras y contradicciones de la ideología que lo sustenta, el otro Kalibang alerta sobre los riesgos de la aceptación ingenua de las teorías y estrategias que, como el materialismo mecanicista, han contribuido a sostener y consolidar el paradigma dominante. Uno y otro ponen de manifiesto las posibilidades y los límites de los saberes y de los discursos que les dieron origen.

⁷⁸ Ya citamos con anterioridad la nota publicada en *La Ondina del Plata*, 18 de junio de 1876, p. 300.

La sugestión del policial

En 1896, la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco publicó en Buenos Aires tres novelas de Holmberg: *La casa endiablada*, *La bolsa de huesos* y *Nelly*. Según Martín García Mérou: "La falta de atmósfera propicia para la creación y desenvolvimiento de obras de este género impidió que [Holmberg] desarrollara plenamente la vertiente de la fantasía científica iniciada en 1875." ([1891] 1982: 230). Es cierto que en las obras de Holmberg hasta ahora conocidas no se vuelve a encontrar un texto tan abiertamente polémico en sus temas y en sus estructuras narrativas y discursivas como *Dos partidos en lucha* y *Horacio Kalibang y los autómatas*⁷⁹. Sin embargo, las tres novelas de 1896 mantienen también la misma matriz constitutiva de las producciones primeras: la incorporación de saberes científico, técnicos y pseudocientíficos. En *La casa endiablada* se dirimen aspectos de la sugestión, del espiritismo y de las nuevas técnicas dactiloscópicas; en *La bolsa de huesos*, la frenología permite dilucidar un enigma policial y en *Nelly*, las sugestiones telepáticas e históricas abruma a un joven inglés.

⁷⁹ Un registro actualizado de las obras literarias registradas hasta el momento, algunas de las cuales todavía están inéditas, puede consultarse en las páginas 64 a 66 de la edición de Gioconda Marún de *Olimpio Pitango de Monalia*.

Esta última novela, *Nelly*, fue anunciada como folletín de *La Prensa* el 27 de enero de 1896 con unas "palabras de introducción" firmadas por Joaquín V. González⁸⁰. En uno de los párrafos centrales de estas palabras podemos observar la relación contradictoria y, al mismo tiempo, complementaria que se establece entre la ciencia ortodoxa y las "novísimas ciencias psico-físicas":

... el lector llega deslumbrado, enceguecido por la riqueza del elemento imaginativo, la variedad de los tipos y los cuadros, movidos muchas veces por magia diabólica, aprendida en los misterios de Walpurgis⁸¹, y por la pericia con que el autor [Holmberg], hombre de toda ciencia, ha sabido aprovechar los recursos artísticos de las novísimas ciencias psico-físicas, que en los nebulosos tiempos de Raimundo Lulio habrían hecho creer en la presencia substancial de Lucifer.

Entre la "pericia" del "hombre de toda ciencia" y la "magia diabólica" que mueve los cuadros, se observa la conjunción de dos modos de ver y de narrar que, aunados, "deslumbran" y "enceguecen" al lector. Hacia 1895, Holmberg aparecía ya como uno de los más prolíficos autores de textos taxonómicos que intentaban ordenar lo real a partir de la exhaustiva descripción, clasificación y catalogación de las especies de plantas, arácnidos o himenópteros

⁸⁰ *Nelly* se publicó como folletín en *La Prensa*, entre el 27 de enero y el 6 de febrero de 1896.

⁸¹ Referencia quizá a la conferencia dictada por Holmberg el 28 de julio de 1885, *La noche clásica de Walpurgis*, publicada por *La Nación* en el mismo año. Gioconda Marún (1994: 19-21) comenta su contenido en relación con el texto previo de Miguel Cané sobre *Dos partidos en lucha*.

del país⁸². En una sociedad en la cual lo que podía verse, y por lo tanto describirse, equivalía a lo real, la tarea de hacer enunciable a través de repertorios, *delectus* o cuadros sinópticos lo visible de la naturaleza del país, no era más que la traducción de la mirada en un tipo de discurso que tenía un modo particular de registrar y convertir los datos de la mirada en datos de la ciencia.

En este sentido, la mención de González sobre el probable "deslumbramiento" y "enceguecimiento" del lector que producía la lectura de *Nelly* pone en evidencia el lugar crucial que ocupaban el ojo, la luz y, también, la mirada dentro de los tópicos de la época. Ver y hacer ver a través de un tipo de discurso que reprodujera lo más fielmente posible la mirada de un observador sabio parece haber sido una de las razones explícitas de la furia constructora de tablas, catálogos y repertorios de lo real a fines de siglo. Desde la Edad Media los saberes que se consideraban científicos se habían ordenado en listas que reproducían un cierto orden de la mirada sobre lo real —así los tratados

⁸² Cfr. los siguientes textos de Eduardo L. Holmberg: *Arácnidos de la Pampa austral y de la Patagonia septentrional (Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro*, Buenos Aires, 1881); "Géneros y especies de Arácnidos Argentinos", *Sociedad Científica Argentina*, 1881; "Observations à propos sous-ordre des Araignées Territiales", *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, IV, 1882; *Repertorio de la flora argentina*, Buenos Aires, 1902; *Delectus Hymenopterologicus Argentinus*, Buenos Aires, 1903; *Amarilidáceas argentinas indígenas y exóticas cultivadas*, Buenos Aires, 1905; *Las especies argentinas de Coellioxys*, Buenos Aires, 1916; *Clave analítica de las familias de las plantas confeccionada sobre el original de La Maoût y Decaisne*, Buenos Aires, 1917.

fisionómicos, por ejemplo⁸³—. Pero es en el siglo dieciocho, en Europa, y avanzado el siglo diecinueve, en Argentina, cuando esta tipología discursiva fundada en la mirada se expande en relación directa con las expediciones científicas a los territorios que comenzaban a ocuparse. Esta importancia de la mirada, como se verá, fue crucial en las ciencias médicas y en la construcción ficcional de figuras de médicos. Holmberg documentó a través de este tipo de textos la mayor parte de los viajes expedicionarios que realizó. En la medida en que los tipos, los cuadros y las tablas hacen posible, por su diseño gráfico, la ilusión de abarcar a través del ojo todo lo conocido y conocible, en 1881, por ejemplo, Holmberg había dado a conocer, junto con el Censo Provincial, una *Ojeada sobre la flora de la provincia de Buenos Aires*. Un año antes, en 1880, había explicado en la dedicatoria de la tesis de doctorado sobre el fosfeno⁸⁴, presentada en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, que su preocupación por los órganos de la visión se debía a cierta "fantasía juguetona" de la niñez. A partir de esta fantasía intentará demostrar que "La antigua

⁸³ Cfr. la observación de Jean-Jacques Courtine: "L'écriture des traités de physiognomonie a été en effet conçue, depuis l'origine, sur le modèle d'une typologie. Et cette écriture en termes de types, listes et tableaux y est l'agent particulier d'une conversion d'un regard sur le corps en discours sur le corps." (1987: 108).

⁸⁴ Cfr. la definición de Holmberg: "El fosfeno es un disco de luz, es un anillo abierto, cerrado, con aureola o sin ella, con nubécula central, o sin nubécula, simplemente luminoso, o policromático, fijo o movable. En cualquiera de estos casos, siempre se distingue ante todo y como primer fenómeno, la luz blanca, cualquiera sea su grado. Esto es indiscutible, la experiencia lo demuestra a cada paso." (1880: 32-33).

y popular frase "ver estrellas" no tiene otro origen que el fosfeno."(1880: 11)⁸⁵
y a través de un estudio que tuvo escasa repercusión en el ámbito científico se
acercará a una problemática ampliamente estilizada en su producción ficcional⁸⁶.

Leemos en *La bolsa de huesos*:

...se despierta en mi cerebro [el del narrador naturalista
expedicionario] una idealidad extraña que se parece por algo al
misticismo, y me salta en la memoria, como una liebre fosfo-
rescente,⁸⁷ aquella estrofa de Echeverría:

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar. (*La bolsa de huesos* 173-4)

En el medio de una escena de contracción a la clasificación "microscópica" de los materiales recogidos en una expedición, surge el eco del fosfeno como una "liebre fosforescente" que quiebra el orden establecido y abre un espacio para la imaginación ficcional, ni más ni menos que "las armonías del viento" de *La Cautiva* de Esteban Echeverría. La cita permite observar,

⁸⁵ Sería interesante analizar esta analogía de Holmberg en relación con el interesante análisis de Marie-Christine Pouchele-Peter sobre las persistencia de las representaciones populares de la enfermedad. (Peset 1984: 117-128).

⁸⁶ Véase la polémica sobre el valor de su tesis mantenida por Holmberg y Antonio Piñero en *El Tiempo*, 15 al 17 de enero de 1907.

⁸⁷ Cfr. la analogía entre liebre *fosforescente* y pavo real=fosfeno desarrollada en la primera parte de su tesis: "... lo primero que ocurre, cuando se observa el fosfeno, es la semejanza que existe entre él y las ocelas [del pavo real]. Pocas personas he hallado que no dieran una respuesta satisfactoria cuando se les preguntaba si habían observado un *ojo de pavo real* al comprimir el bulbo ocular. La antigua y popular frase "ver estrellas" no tiene otro origen que el fosfeno." (Tesis *El fosfeno* 11)

entonces, la doble articulación discursiva de la mirada en los textos de Holmberg. Por una parte, parece asumir los rasgos discursivos de la visión naturalista: observar, ordenar, clasificar, catalogar. Por otra parte, sin embargo, parece advertir los sugestivos poderes ficcionales que la visión encubre:

No basta para un entendimiento positivista la vislumbre
de los grandes fenómenos internos. Se anhela alcanzarlos.
Llega un momento en que un rayo de luz baña la inteligencia,
presentándole primero el fosfeno del cerebro. Pero es tan sutil!
es tan ligero! Quién sabe! (Holmberg 1880: 39)

El racionalismo positivista parece alternarse así con las imágenes irracionales y sugestivas. Cuando Leopoldo Lugones comenta la publicación de *Nelly* señala también que: "La novela citada, no puede ser más real ni más lógica. Esa telepatía, esas materializaciones, han sido palpadas, vistas, oídas, pesadas, fotografiadas, constatadas, interrogadas." (*El Tiempo*, 14 de septiembre de 1896). Lugones extrae un elemento ficcional del relato con una marca de misterio —en este caso, la "telepatía"— y lo pondera en relación con las pautas del método clínico experimental —palpar, ver, oír, pesar, fotografiar, constatar y, al fin, interrogar—. Podemos decir que lee los valores de la argumentación "lógica y real" en la ficción y, al mismo tiempo, los valores ficcionales en la argumentación racional: "Sin creer en el *arte científico* de Sully-Prudhomme, es para mí indudable que la ciencia al avanzar ensancha el

campo de las aspiraciones artísticas"⁸⁸.

Tanto en el comentario anterior de Joaquín V. González como en el de Leopoldo Lugones, dos figuras que ocupaban posiciones notoriamente disímiles en el espacio intelectual de la época⁸⁹, se puede observar la alternancia entre dos aproximaciones conflictivas que, con ciertos matices, eran valoradas ambas positivamente: una, *racionalista* y otra, *irracionalista*.

Esta aparente paradoja podría explicarse, según las hipótesis de Carlo Guinzburg, en la medida en que se observe cómo "hacia fines del siglo pasado —más precisamente en la década 1870-1880— comenzó a afirmarse en las ciencias humanas un paradigma indiciario basado justamente en la sintomatología" (1983: 65) y, cómo en los orígenes de ese paradigma se podrían rastrear las huellas irracionales de la magia junto a las racionales del método clínico⁹⁰.

⁸⁸ "¿Quién ha descubierto la música de los colores sino la ciencia? ¿Quién ha dicho que el espectro solar es una orquesta? Cuando Rubén Darío dice que la banda de Iris tiene siete rayos como la lira siete cuerdas, pronuncia una verdad; y más aún: pudo decir científica y artísticamente que la banda de Iris es una lira, una grande y sublime lira: la lira del Sol." Leopoldo Lugones, *El Tiempo*, 14 de septiembre de 1896.

⁸⁹ La posición inicial de Lugones ha sido analizada por Gwen Kirkpatrick, "Lugones's *modernista* inheritance", *The Early Poetry of Leopoldo Lugones (1893-1909): Modernismo's discordant legacy* (Mimeo.) y, más recientemente, por María Teresa Gramuglio, "Comienzos en fin de siglo: Leopoldo Lugones", *Revista Interamericana de Bibliografía* XLV. 3 (1995): 279-290.

⁹⁰ De este modo, puede delinearse una analogía entre los métodos utilizados a fines del siglo pasado por Giovanni Morelli para distinguir entre rasgos auténticos y falsos en una pintura; los de Sigmund Freud para observar los gestos del inconsciente y los del detective Sherlock Holmes, el personaje de Arthur Conan Doyle. "En los tres casos, —dice Guinzburg— huellas tal vez infinitesimales permiten captar una realidad más profunda, de otro modo intangible. Huellas: más precisamente, síntomas (en el caso de Freud), indicios (en el caso de Sherlock Holmes), signos pictóricos (en el caso de Morelli)." (1983: 64). En los tres casos, se pueden observar también las bases de la sintomatología médica que permite vislumbrar e interpretar a través

Como expuso Holmberg en la dedicatoria de *La bolsa de huesos*, es el método clínico el que lo autoriza para llevar adelante una pesquisa policial que finalmente se traducirá en una narración novelesca:

"[...] soy yo, doctor en medicina de la Facultad de Buenos Aires, quien hace la pesquisa; son el derecho y el deber del secreto médico que abren ante mi curiosidad un corazón al que aplico el remedio" (1957: 170)

La mirada médica, la mirada detectivesca y la mirada literaria aparecen unidas por un único modelo epistemológico que se remonta a la milenaria actividad cazadora de los hombres: perseguir las huellas y reconstruir las formas invisibles de los rastros son las bases del patrimonio cognoscitivo de la humanidad caracterizado por "la capacidad de remontarse de datos experimentales aparentemente omisibles a una realidad compleja no directamente experimentable" (Guinzburg 1983: 66). Pero este primer paradigma indiciario, surgido de la actividad venatoria de los hombres, coincidiría también con el paradigma adivinatorio implícito en los primeros textos mesopotámicos. "Ambos presuponen el minucioso reconocimiento de una realidad tal vez ínfima para descubrir los rastros de eventos no directamente experimentables por el observador" (Guinzburg 1983: 67) y comparten la actitud cognoscitiva y las

de la mirada experta del médico una enfermedad a simple vista inaccesible. Como ha señalado también Foucault: "La formación del método clínico está vinculada a la emergencia de la mirada del médico en el campo de los signos y de los síntomas." ([1963] 1987: 132).

mismas operaciones intelectuales —análisis, comparaciones, clasificaciones—.

Ambas están ligadas también por una misma "actitud orientada hacia el análisis de casos individuales, sólo reconstruibles a través de huellas, síntomas, indicios" (Guinzburg 1983: 68). Es así como un mismo paradigma sintomático o indiciario une en su origen la razón y la magia, lo racional y lo irracional.

Este paradigma, articulado a lo largo de los siglos en disciplinas diversas —medicina, historia, arqueología, geología, astronomía física, paleontología, jurisprudencia, en suma, todas aquellas disciplinas que hacen profecías prospectivas y retrospectivas— alcanza en el siglo diecinueve un desarrollo apenas vislumbrado en los siglos anteriores a partir del auge de la medicina clínica y de sus saberes conexos⁹¹. Los médicos que ven, interpretan, comparan, clasifican y, finalmente, narran hacen del paradigma indiciario —racional y mágico al mismo tiempo— un modo de aprehender los elementos racionales e irracionales que conforman lo real. Como señaló Lugones en su

⁹¹ Cfr. "La concepción de lo real como yuxtaposición de «reinos» (vegetal, mineral, animal, de «clases» o, utilizando otro vocabulario, como yuxtaposición de «mundos» (ver en el vocabulario del siglo XIX: mundo, gran mundo, mundano, *demi-mondaine*, etc.), está apoyada, durante la gran época descriptiva del siglo XIX, sobre un recorte jurídico en «casos» (*La Gazette des tribunaux*, y sus colecciones de «policiales» e infracciones al Código, y continuadora de una fértil tradición de colecciones de «juicios» y «crónicas» criminales, aparece con éxito a partir de 1826) y un recorte médico y antropológico (lista de los «temperamentos» de Bossu, por ejemplo). De ahí surge, y como una especie de prolongación de los «retratos» y los «caracteres» del siglo XVII, la moda, en la primera mitad del siglo XIX, de las «Fisiologías» o de las «morfologías», grandes textos descriptivos que sobredeterminan estos distintos tipos de clasificaciones (médicas, jurídicas, antropológicas, etc.)". (Hamon 1991: 66).

comentario sobre *Nelly*, los hombres de ciencias comenzaban a preocuparse, aunque todavía con una pizca de ironía, de los fenómenos irracionales que hasta entonces habían soslayado⁹². Comienzan entonces a seguir los indicios, identificar los síntomas e interpretar los signos que permitan configurar una narración que los abarque y los explique.

Los tres textos que Holmberg publicó en 1896 —*La casa endiablada*, *La bolsa de huesos* y *Nelly*— parecen seguir este modelo epistemológico. Si bien los tres fueron publicados en el mismo año, Holmberg se ha encargado de aclarar, en la dedicatoria de *Nelly*, cuál ha sido el orden de producción de las tres obras:

Cierto día, en 1893, la voluntad dijo: «¡Escribe y escribe como los demás; ¡es necesario someterse a los preceptos!», y di comienzo a *La casa endiablada*; pero los preceptos la hicieron dormir un año, después del segundo capítulo, hasta que la espontaneidad triunfó y la terminé.

Pero quedó algo, y a principios de 1895 escribí *La bolsa de huesos*.

Pero también quedó algo.

Nelly flotaba. (Holmberg 1957: 240)

⁹² "Fundada en un caso de telepatía, esta novela tiene para un reducido grupo de afiliados a los misterios teosóficos y espiritistas, un valor real: la atención manifiesta con que los hombres de ciencia comienzan a preocuparse de los fenómenos cuyo origen moderno es la mesa parlante, preocupación seria, aunque condimentada por la indispensable pizca de ironía que el materialismo ortodoxo no puede librarse de arrojar sobre los más graves problemas planteados por la Ciencia Esotérica." (Lugones 1963: 42).

Son fenómenos de la misma familia

Según la clásica opinión de Pagés Larraya, "*La casa endiablada* tiene para nosotros tres motivos de interés: es su primera obra de imaginación a la que traslada nuestra realidad ciudadana; es la primera novela policial escrita en el país, y finalmente, es la primera en la literatura universal en que se descubre un delito por el sistema dactiloscópico..." (1957: 80). Estos tres motivos giran, de un modo u otro, en torno de las matrices indiciarias antes citadas.

El traslado a la ficción de "nuestra realidad ciudadana", que a pesar de la afirmación de Pagés Larraya ya había sido uno de los temas ficcionales de *Dos partidos en lucha*, supone la presencia de un descriptor que rastree, interprete y transforme en signos las huellas de esa realidad. Hacia 1896, Buenos Aires contaba ya con una población estimada en 695.797 habitantes (Bourdé 1977: 145) y desde fines de la década del sesenta la ciudad daba "la impresión de estar desbordada por su propio crecimiento" (Liemur 1993: 184). El constante flujo migratorio interno y externo sumado a algunas otras variables demográficas había convertido la gran aldea en una urbe que—tal como se lee en *La casa endiablada*— cuenta con "hilos de telégrafo, miles de personas y toda clase de vehículos recorriendo sus calles". Holmberg documenta esta irrupción fascinante de lo moderno⁹³, pero, con la mirada del

⁹³ Cfr., por ejemplo, la siguiente descripción de las contradicciones de la vida urbana: "¡esto parece imposible! (...) a dos pasos de Buenos Aires, capital de la República, con frente a una calle que recorren

sabio naturalista y descriptor, busca tras las huellas de la modernidad también las signos del pensamiento mágico tradicional.

En este sentido, el enunciado casa endiablada reúne en sí mismo las dos líneas isotópicas del relato: por un lado, la línea de la casa, "de modesta apariencia" y similar a muchas otras "en los alrededores de Buenos Aires"⁹⁴. Un lugar tradicional, modesto y, según Holmberg, digno de un argentino: "sería un argentino falsificado y un mal porteño, si no supiera amoldarme a los palacios y a las cabañas." (LCE 317). Desde este lugar, que en sus vaivenes constructivos —de "tugurio" (LCE 321) a "chalet" (LCE 319)— condensa los avatares de un sector de la sociedad que comenzaba a desplazarse hacia el

diariamente miles de personas a pie, a caballo y en toda clase de vehículos, rodeada por palacetes de gente rica e ilustrada; una casa desde la cual pueden verse numerosos hilos de teléfono y del telégrafo, en una barranca pintoresca desde la que se distinguen los árboles del Parque 3 de Febrero y los carruajes que lo recorren por centenares diariamente; con las vías inmediatas del Ferrocarril del Norte, del Pacífico y del Rosario; la bahía con su enjambre de embarcaciones de todos los países; el hipódromo, y donde se oye sin cesar el ruido de las cornetas del tramway a Belgrano... ¿es posible una superstición semejante?" (LCE 309). Citamos de acuerdo con la edición de Pagés Larraya (1957: 305-393)

⁹⁴ Obsérvese el *exceso de saber* puesto de manifiesto en la descripción de la casa: "El edificio tenía una planta sencilla y muy común en los alrededores de Buenos Aires: tres piezas corridas, de las cuales era la mayor la del centro, y otras dos hacia el frente que limitaban un corredor de la misma extensión que la pieza central, y que miraba casi al norte, de tal modo que el caballete del tejado corría sensiblemente de este a oeste. Dos columnas de material, prismáticas, simples, sin vestigio alguno de adornos arquitectónicos, ni de estilo, sostenían una gruesa viga de urunday, en la que se apoyaba el alero del tejado para el corredor, y entre cada una de ellas y el aposento inmediato había una pared sencilla, de menos de un metro de alto, y que constructores con más ideas y recursos reemplazan por una balastrada. Una vereda de dos metros, de ladrillo común, circundaba todo el edificio, el cual, necesario es no elvidarlo, se encontraba sobre la barranca. A pocos pasos, veíanse las habitaciones de servicio, un palenque y un antiguo corral desocupado hacia mucho, y en el que crecían, con apariencias tropicales, la quinua, la cepa-caballo, el abrojo, el chamico, el yuyo colorado y una gruesa tuna. Allí cerca, un palomar seco, y formando un cuadro, higueras y duraznos. Por la parte del frente..." (LCE 306-7).

norte⁹⁵, es desde donde el protagonista —el señor Luis Fernández y Obes— sigue e intenta develar las huellas de lo *endiablado* que el imaginario popular y femenino había enclavado en su propia casa. Por otro lado, la segunda isotopía engarza en el abismo de lo otro, de lo siniestro que irrumpe en la seguridad de lo cotidiano, un conjunto de saberes considerados pseudo-científicos por el narrador. Estos saberes que deberán ser cotejados con los que sostienen las dos voces protagónicas del relato —la del narrador y la de Luis Fernández y Obes— son sustentados por los *otros*: un negro, un italiano, un gaucho y una mujer son, por orden de presentación en la ficción, las voces que creen en el origen mágico o espiritual de los ruidos que se escuchan en la casa endiablada⁹⁶.

La demostración de la inconsistencia epistemológica de estos otros saberes conducirá al protagonista a rastrear las huellas de dos *casos*: uno, con connotaciones policiales; el otro, cognitivas. El primero, el del crimen de Nicolás Leponti, será resuelto con el auxilio de la modernísima técnica

⁹⁵ "En los años 1890 y 1900, los criollos abandonan un centro completamente remodelado y se instalan preferentemente en el viejo pueblo de Flores o en los elegantes barrios de Palermo." (Bourdé 1977: 172).

⁹⁶ La percepción espiritista de los ruidos se había desarrollado extraordinariamente en las décadas anteriores. *Cfr.*, por ejemplo, la experiencia estadounidense: "In 1848 two daughters of John D. Fox of Hydesville, New York, insisted that they had heard rappings which they said originated with the spirit of a peddler who had been slain and interred in the cellar of their cottage. The girls responded to the peculiar noises with raps of their own and were soon "conversing" with the world of spirits. They left their rural home and, joined by a third sister, became objects of great curiosity as they performed before large audiences in Rochester and New York City." (Delp 1987: 100).

dactiloscópica inventada sólo cinco años antes⁹⁷; el segundo, el de los ruidos y las voces escuchadas en la casa, no alcanzará resolución alguna sino que, de acuerdo con una de las pautas básicas de esta "forma simple", ponderará las normas en conflicto y derivará la resolución del caso al marco cognitivo del lector implícito (Jolles [1930] 1971: 174). Es éste quien deberá de valorar y ponderar el caso según las diversas explicaciones ofrecidas por los diferentes personajes. Según las teorías de William Crookes y Alfred Russell Wallace, que la novia y los amigos del protagonista manifiestan conocer muy bien, los ruidos podrían ser explicados como una manifestación de las llamadas "fuerzas psíquicas". En cambio, de acuerdo con la hipótesis de la sugestión colectiva sostenida por el comisario, los ruidos podrían haber sido sólo el efecto de una sesión de hipnosis tal como la descrita por Gustave Le Bon un año antes⁹⁸. O bien, los ruidos podrían haber sido —según la tesis materialista del personaje principal— un producto inesperado del aparato construido según los últimos

⁹⁷ "La identificación de los criminales habituales o reincidentes fue una preocupación central de las nuevas ciencias sociales de fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte. En 1891, Juan Vucetich, un investigador de la policía argentina, inventó la tecnología de identificación dactiloscópica y la utilizó para el control y vigilancia de esos criminales." (Salessi 1994: 80-81).

⁹⁸ "Un psicólogo ingenioso, M. Davey, nos proporciona un ejemplo curioso por demás, relatado hace poco por los *Annales des Sciences psychiques*, y que merece ser relatado.

Había convocado M. Davey una reunión de observadores distinguidos, ante los cuales M. Wallace, dejando a cada uno examinar los objetos y señalarlos en forma que cada cual quiso, ejecutó todos los fenómenos del espiritismo: materialización de espíritus, escritura sobre pizarras, etcétera, etc. Cuando hubo obtenido de aquellos distinguidos observadores relaciones escritas, afirmando que los fenómenos observados no podían haber sido obtenidos sino por medios sobrenaturales, les reveló que todos eran resultado de simples supercherías. (...) Este no es sino el poder del hipnotizador sobre el hipnotizado. Pero cuando vemos que este poder se ejerce sobre espíritus superiores, y por serlo, previamente desconfiados, se concibe hasta qué

avances tecnológicos para asustar a sus amigos espiritistas⁹⁹. Por último, según los saberes de los sectores populares —gauchos, negros y napolitanos— los ruidos podrían haber sido producidos por el diablo.

Una y otra posibilidad de explicación del hecho considerado extraño remite a un marco epistemológico a partir del cual esa explicación adquiere validez y legitimidad: el llamado espiritismo, las teorías contemporáneas sobre la sugestibilidad, el materialismo positivista y su consecuente desarrollo de la técnica o la magia diabólica de la que habla Joaquín V. González en la introducción a *Nelly*. Entre uno y otro marco, el auge contemporáneo de la idea de sugestión actúa como matriz indiciaria de un complejo entramado de redes conceptuales. La posibilidad de que un individuo o principio superior —espíritu, diablo o ciencia— pudiera incidir sobre la voluntad de otro u otros hacía aparecer como "fenómenos de la misma familia" un conjunto de saberes notoriamente dispares:

- ... no creo en los espíritus, ni en los ruidos psíquicos [dice el protagonista de *La casa endiablada*]
- Pues tendrás que creer, como crees ahora en la sugestión y en el hipnotismo.
- Eso nada tiene que ver con los espíritus.
- *Son fenómenos de la misma familia.* (321). El énfasis es

punto sea fácil ilusionar a las muchedumbres ordinarias. Los ejemplos análogos son innumerables." (Le Bon [1895]1911: 52-53).

⁹⁹ "La inclinación de los hombres cultos a fines del siglo XIX a asustarse a sí mismos y a sus públicos resulta impresionante. Temían a espectros que ellos mismos habían pintado en la pared. Para una época que se enorgullecía de su ciencia, sea pura o aplicada, las décadas de 1860 y 1870 en adelante, creyeron más perniciosas verdades a medias y desatinos puros, que sus predecesoras..." (Gay [1986] 1992: II, 328).

nuestro.

En efecto, los desarrollos de Jean-Martin Charcot sobre las ventajas terapéuticas de la sugestión y de la hipnosis en el tratamiento de la histeria —una de las más controvertidas enfermedades finiseculares— habían esbozado una serie de especulaciones en torno de los alcances y la difusión del fenómeno de la sugestión desde la medicina clínica hacia otros campos del saber. A. Cullère señalaba, ya en 1888, que:

El descubrimiento de la sugestión hipnótica ha sido el punto de partida de toda una literatura que se ha dedicado a utilizar, ya en forma episódica, ya como elemento principal, las conquistas del hipnotismo moderno. Los novelistas se han apoderado especialmente de la posibilidad de sugerir la perpetración de un crimen, y adelantando en este punto la realidad de los hechos vistos y observados, han explotado una mera hipótesis. (Cullère 1888: 368).

Mientras los materialistas —entre ellos los protagonistas de los tres relatos de Holmberg— no podían dejar de aceptar una teoría que provenía de la prestigiosa escuela médica francesa¹⁰⁰, los espiritualistas y espiritistas, por su parte, encontraban a su favor la posibilidad de dar una explicación científicamente aceptable a sus tan vituperadas intuiciones sobre los fluidos y las fuerzas psíquicas.

¹⁰⁰ Sobre el prestigio del campo académico francés, Horacio Piñero comenta en oportunidad de un viaje a la Sorbona en 1903: "En el terreno científico, señores, seguimos [los argentinos] de cerca el ejemplo de esta Francia científica que se llama *el cerebro del mundo*. *Intelectualmente*, somos en realidad franceses; vivimos auscultando vuestro progreso, escuchando vuestras lecciones en todas las manifestaciones de la *inteligencia*. (...) Nuestros médicos —solamente en Buenos Aires somos 1.000—, ingenieros, abogados, doctores en letras, *todos* conocemos y traducimos regularmente vuestra lengua; puedo deciros, entonces, somos vuestros alumnos, *tenemos el mismo espíritu*." (Reproducido en Vezzetti 1988: 44-45).

Los entrecruzamientos conceptuales producidos por una noción que provenía de teorías de índole espiritual tanto como de explicaciones mecanicistas de la fisiología del cerebro tuvieron en el espacio cultural rioplatense —como en el resto de las metrópolis culturales de la época¹⁰¹— respuestas dispares. Hacia 1896, el protagonista de *La casa endiablada*, Luis Fernández y Obes, comentaba la extensión irónica que había alcanzado la idea de sugestión:

... fuera del mundo médico, la idea de las sugestiones basta para explicar los fenómenos que no se comprenden, es muy fácil adoptarla como clave universal; (...) los pensamientos inoportunos, los actos instintivos, las casualidades... todo es sugestión; de ésta se pasa a las fascinaciones, al fakirismo, al espiritismo... (LCE 379)

El comisario acababa de explicar a través de la sugestibilidad de Isabel los ruidos producidos en la "mesa parlante" y Luis Fernández había avalado la hipótesis sugestiva del policía. Una vez retirado éste, las elucubraciones del protagonista discuten entonces la explicación alcanzada: el sintagma final del párrafo antes citado es "¡Al diablo con la sugestión!" (LCE 379). Parece evidente que además del enfrentamiento entre dos tipos de autoridad discursiva —la del médico y la del policía— se puede percibir en esta mirada escéptica de

¹⁰¹ Comparativamente puede observarse la recepción de estos cambios en la medicina inglesa de la época: "Practitioners of Victorian medicine were thus forced to confront spiritual and ontological issues that had formerly been the province of organised religion and philosophy, and their responses to this challenge were by no means consistent or unified. Although some scientists and physicians dismissed all forms of spirituality and spiritualism as either a remnant of the irrational past or a sign of contemporary charlatanism, others sought empirical answers to spiritual questions." (Vrettos 1995: 54).

Luis Fernández y Obes un cuestionamiento sobre los alcances y los límites de un concepto que la medicina había extrapolado de la mimesis artística sin restarle un ápice del misterio tradicional (Vrettos 1995: 91-96). Por el contrario, podría establecerse un paralelo analógico entre el poder ancestral de la mirada adivinatoria que durante siglos había practicado la sugestión y esta nueva mirada que medicalizaba un área primariamente ligada a lo espiritual, a lo psíquico e, inclusive, a lo moral.

Es así como la sugestibilidad, situada en el cruce mismo de varias coordenadas epistemológicas, podía ser aplicada tanto a la cura de la histeria como a la demostración del origen de los ruidos escuchados en una sesión espiritista. "En una época mecanicista, como era aquella de fines del siglo XIX," —comenta Ortiz de Zárate— "así como para explorar la función de los nervios el estímulo eléctrico parecía —y parece aún— el más parecido al estímulo fisiológico, para explorar los fenómenos psíquicos la hipnosis y la sugestión parecían ser los métodos más fisiológicos." (1994: 57). Pero, al mismo tiempo, la sugestión había estado ligada desde tiempos remotos a la interpretación de fenómenos de índole espiritual y artística. Definida por José Ingenieros como "una presión moral que una persona ejerce sobre otra" (1904: 104), abarcaba según el mismo autor varios fenómenos: la obediencia a una acción moral venida de otra persona, la tendencia a la imitación, la existencia de una idea preconcebida que paraliza el sentido crítico y los fenómenos subconscientes producidos durante un estado de distracción ([1904] 1988: 104).

Esta diversidad de fenómenos de índole y condición muy diferente unos de otros, transformaba la sugestión en una matriz ubicua en el pensamiento de la época. En 1899, por ejemplo, José María Ramos Mejía había publicado *Las multitudes argentinas*, un ensayo sobre la influencia de la sugestión en la formación de las muchedumbres. Con el antecedente reconocido de la *Psicología de las multitudes* de Gustave Le Bon, publicado en París en 1895 y leído admirativamente en Buenos Aires casi al mismo tiempo, Ramos Mejía se proponía aunar sus conocimientos de fisiología cerebral y de biología haeckelina para explicar la función de las multitudes en la historia americana y, particularmente, la argentina. Según la tesis de Le Bon aceptada y expandida por Ramos Mejía: "...la muchedumbre se encuentra frecuentemente en estado de atención expectante que hace fácil la sugestión." (Le Bon [1895] 1911: 47). Es decir, la sugestibilidad era para los dos autores una característica constitutiva de la multitud que "no es lo que llamamos comúnmente *el pueblo* (...) Es, más bien, el conjunto de individuos en quienes la sensibilidad refleja supera a la inteligencia y que en virtud de esa disposición especial se atraen recíprocamente con mayor fuerza de asociación" (*Las multitudes...* [1899] 1952: 149). En la medida en que la idea de sugestión convocaba subsidiariamente una constelación de enunciados de escasa legitimidad científica en la época —"sensibilidad refleja", "atracción recíproca" o "fuerza asociativa"— es posible observar en *Las multitudes argentinas* una serie de intersecciones entre los diferentes dominios configurativos de la sugestibilidad que recuerdan las hipótesis explicativas sobre los ruidos representadas en *La*

casa endiablada. Ramos Mejía, quien ya tenía "bien ganada una sólida reputación científica" (Lugones [1899] 1963: 133) de médico mecanicista, se desliza, sin embargo, en varios fragmentos de este texto desde el resonador de ondas descubierto por el físico alemán Heinrich Hertz hasta la teoría ocultista de los fluidos energéticos en el intento de enmarcar en cierto horizonte de legitimidad científica el concepto de sugestión¹⁰². La equiparación paralelística de las indiscutibles ondas hertzianas —uno de los hallazgos que más eco tendría en el imaginario científico de la época¹⁰³— con los fluidos energéticos, que explican la influencia de las ideas de una persona sobre las otras, coloca la controvertida idea de la sugestión en el mismo nivel que un fenómeno de alcance y validez científica general como el de la síntesis de la luz¹⁰⁴.

¹⁰² Cfr. el siguiente fragmento: "Una idea o un sentimiento, mueven a un pueblo con el empuje de cualquier otra fuerza, puesto que ellos mismos lo son. (...) La idea también es energía, y, como ella, no se pierde sino que se transforma. Se insinúa en su *medium* cerebral como la luz en el suyo: el éter lumínico que llena el universo. Ella también, puesto que es fuerza, ha de tener como las demás, sus líneas eléctricas y magnéticas *sui generis*, sus fluidos que, siguiéndolas, salgan de los cuerpos magnetizados para llenar el espacio y hacer sentir sus efectos a gran distancia. No está lejos el día en que, por análogos aparatos a los que HERTZ usara para demostrar experimentalmente la existencia del éter, aquel maravilloso y sensible resonador, por medio del cual hizo la síntesis de la luz, se demuestre la posibilidad de que el pensamiento se transforme y se transmita por parecidos procedimientos." (*Las multitudes...* 143-144).

¹⁰³ Cfr. la hipótesis ficcional de *La fuerza omega* de Leopoldo Lugones: "Es un gran hallazgo, ciertamente, pero no superior a la onda hertziana o al rayo Roentgen. A propósito, yo he puesto también un nombre a mi fuerza (...) la he llamado la fuerza Omega." (*Las fuerzas extrañas* [1906] 1981: 54).

¹⁰⁴ Teresa Alfieri ha señalado las relaciones entre estas hipótesis de Ramos Mejía y las del *Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones* de Leopoldo Lugones (1987: 132-133). Por otra parte, una ya abundante bibliografía analiza también las relaciones entre este *Ensayo* y las ideas de Helena Petrovna Blavatsky.

En cambio, una década más tarde y ya avanzado el proceso de configuración del objeto de los emergentes estudios psicológicos¹⁰⁵, José Ingenieros descartaba toda contaminación entre dominios materialistas y espiritualistas en la explicación de la sugestibilidad:

... todas las doctrinas espiritualistas, otrora aducidas y discutidas como genéticas de estos fenómenos, han quedado completamente fuera de discusión; dígase lo mismo de las doctrinas que podrían llamarse fluidistas, presuponiendo la existencia de un fluido que pasaba del hipnotizador al hipnotizado. No se requiere ningún fluido, ni transmisión de sustancia alguna; ni siquiera está probada la hipótesis de acciones dinámicas a distancia, alejada por la sugestión mental o telepsiquia. En los fenómenos hipnóticos nada hay que se encuentre fuera de la fisiología cerebral, no obstante carecer de explicación definitiva algunos de ellos. (Reproducido en Vezzetti 1988: 101).

Desde el momento mismo de su configuración en el ámbito de la medicina, el tema de la sugestión había alcanzado un estatuto particularmente polémico que había enfrentado a la escuela de La Salpêtrière, dirigida por Charcot, y la escuela de Nancy, dirigida por Hippolyte Bernheim. Para Charcot, hipnosis y sugestión eran aspectos de un mismo proceso y la sugestibilidad era propia de los histéricos. Para Bernheim, en cambio, la sugestión era común a todas las personas con diferentes grados (Ortiz de Zárate 1994: 73). En la

¹⁰⁵ "En un período que se asume como propiamente fundacional, que se corresponde con la creación y desarrollo de las cátedras universitarias de psicología, la fundación de la sociedad científica, las primeras publicaciones, la participación en congresos y los primeros contactos internacionales, dos artículos de José Ingenieros (1909 y 1919) —*La psicología en la República Argentina y Los estudios psicológicos...*— vienen a cumplir esa función constituyente del pasado, que comienza por pensar la psicología del siglo XIX." (Vezzetti 1988: 15).

medida en que Charcot era el médico más famoso de París y sus clases de los martes a la tarde se habían transformado en una de las atracciones de la ciudad, no sorprende que las discusiones sobre la relación entre hipnosis, histeria y sugestión articularan la mayor parte de los debates a fines del 1800¹⁰⁶.

Como ha observado Athena Vrettos en su análisis de la cultura victoriana, la importancia del uso de la sugestibilidad en el siglo diecinueve no radica sólo en el énfasis de la discusión sino en que el debate formaba parte de "a widespread cultural narrative that linked (and gendered) concerns about cognition, imitation, visual authority, and collective or crowd behaviour." (1995: Nota 4, 203). La sugestión implicaba una desigual relación de poder entre los dos términos del dispositivo terapéutico: el sugestionador ostentaba la autoridad visual y cognitiva necesaria para sugestionar a una serie de "sensitivos", "neuróticos" e, inclusive, al "cerebro más palurdo"¹⁰⁷ quienes, a su vez, poseían "un poder contagioso tan intenso como el de los microbios" (Le Bon [1895] 1911: 152). Es así como en *La casa endiablada* tanto el negro, el napolitano y el gaucho, que citamos inicialmente como *otros*, configuran una

¹⁰⁶ Respecto de la fama de Charcot en el Río de la Plata y de las complejas interrelaciones entre uno y otro campo médico, el biógrafo de Luis Güemes comenta que: "cuando los ricos argentinos iban a consultar al más eminente médico de su tiempo, al Dr. Charcot, este les decía: «Uds. tienen en Buenos Aires un médico que sabe tanto como yo; es el Dr. Güemes». (Speroni 1944: 209-210).

¹⁰⁷ "Constituyen los principales núcleos de la *multitud*: los sensitivos, los neuróticos, los individuos cuyos nervios sólo necesitan que la sensación les roce apenas la superficie, para vibrar en un prolongado gemido de dolor o en la vigorosa impulsividad, que es la característica de todas las muchedumbres.

Por eso éstas son impresionables y veleidosas como las mujeres apasionadas, puro *inconsciente* (...) La *ilusión*, que es la gran deformadora de las cosas, y la *alucinación*, que es capaz de crear mundos de

serie de personajes caracterizados por su incapacidad para hacer prevalecer el pensamiento sobre los sentidos reflejos y por ser potenciales sujetos de multitud, serán fácilmente sugestionados por los atributos cognitivos de un joven varón de ascendencia patricia, Luis Fernández y Obes.

La primera hipótesis sobre la sugestión presentada en el relato es la del origen diabólico de los ruidos. Un grupo de verduleros italianos que apuran los caballos al pasar, un vigilante que se santigua al huir de la casa y un napolitano que se niega a detenerse en el lugar son los primeros indicios de una interpretación diabólica de la realidad por parte de individuos que en virtud de su condición racial, étnica, social o moral eran susceptibles de ser sugestionados y de actuar en consecuencia como sujetos de multitud¹⁰⁸. En oposición a los saberes tradicionalmente pseudo-científicos de los sujetos que componen estas multitudes urbanas, Luis Fernández apela a sus conocimientos materialistas para explicar científicamente la llamada "maldición", ya que la policía había agotado sus recursos en una pesquisa anterior que no había alcanzado resultado algu-

la nada, aun en el cerebro más palurdo, son a menudo el recipiente en que terminan sus exaltaciones peculiares." (*Las multitudes...* 55-57).

¹⁰⁸ "Para que haya multitud, es menester que exista, pues, comunidad de estructura, cierta facilidad de contagio, favorecida por analogías fisiológicas, cierta inminencia moral, para que, producida una impresión, todos la reciban con igual intensidad y trascendencia." (*Las multitudes argentinas...* 58). En relación con esta *predisposición*, Le Bon ya había establecido que la raza "es el más poderoso de los factores susceptibles de determinar los actos humanos; y también ejerce su acción en los caracteres de las muchedumbres. (...) El alma de la raza domina, pues, enteramente el alma de la multitud, y es el *abstractum* poderoso que limita sus oscilaciones." (Le Bon [1895] 1911: 189-191).

no¹⁰⁹. En esta tarea de pesquisante logra dilucidar el *caso* de la desaparición de Nicolás Leponti. Los culpables del crimen resultan ser el 539 y el 17, es decir, dos individuos tan anónimos que la única descripción posible parece ser el número de su identificación en la institución policial, para el primero, y el número de la cama de hospital en la que estuvo internado, para el segundo. El 539, un criollo de las sierras de Tandil, poseía una predisposición racial que lo hace fácilmente sugestionable por las "chispas" que salen de los ojos del 17¹¹⁰.

Ambos responden al prototipo de individuo de multitud que propondría, varios años más tarde, Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas*:

... la regla general es que [la multitud] esté constituida por individuos anónimos; (...) Individuos sin nombre representativo en ningún sentido, sin fisonomía moral propia: *el número de la sala de hospital, el hombre de la designación usual en la milicia*, ése es su elemento. El verdadero hombre de la multitud, ha sido entre nosotros, el individuo humilde, de conciencia equívoca, de inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervioso relativamente rudimentario e inadecuado, que percibe por el sentimiento, que piensa con el corazón y a veces con el vientre: en suma, el hombre cuya mentalidad superior evoluciona lentamente, quedando reducida su vida cerebral a las

¹⁰⁹ Jorge Salessi ha estudiado la conflictiva convivencia de médicos y policías en la fundación de la criminología argentina hacia el 1900. *Cfr.* "Los médicos en la policía y el tratamiento de los vivos" (1995: 148-156).

¹¹⁰ Según Ramos Mejía no todos los sujetos eran sugestionables: "La multitud no es lo que llamamos comúnmente *el pueblo* (...) Es, más bien, el conjunto de individuos en quienes la sensibilidad refleja supera a la inteligencia y que en virtud de esa disposición especial se atraen recíprocamente con mayor fuerza de asociación, como diría GALL, que los que con mejor control cerebral resisten a ella por predominio del razonamiento. (...) Los apáticos, los temperamentos apagados, o los que con razón suficiente para asegurarse la independencia del espíritu no dejan predominar al sentimiento, los que viven del pensamiento y bajo el influjo de propias o ajenas convenciones intelectuales, no son generalmente sujetos de multitud. Se necesita, pues, una impresionabilidad especial, una susceptibilidad de cierta indole elemental..." (*Las multitudes...* 149-150).

facultades sensitivas. ([1899] 1952: 57-58). El énfasis es nuestro.

Hemos resaltado en esta cita el núcleo de coincidencia entre la hipótesis ficcional de Holmberg y la hipótesis científica de Ramos Mejía, que parece mostrar, una vez más, los desplazamientos y las intersecciones entre las tesis ficcionales y científicas de estos dos autores. Ha sido un lugar común de la crítica el señalar, por ejemplo, la relación entre las ideas sobre la psicología de las multitudes de Gustave Le Bon y el texto sobre la formación de las multitudes argentinas de Ramos Mejía (Vezzetti 1985: 111-125; Alfieri 1987: 129-136). No ha sido observada, en cambio, esta primera discusión de la tesis de Le Bon realizada por Holmberg a sólo un año de la publicación del texto original que prefigura la que sostendrá Ramos Mejía tres años más tarde.

Según Le Bon, para la formación de una multitud era suficiente la reunión de tan sólo algunos individuos independientemente de su condición social o moral. Según Ramos Mejía, en cambio, "se necesitan especiales aptitudes morales e intelectuales, una peculiar estructura para alinearse en sus filas [en las de la multitud], para identificarse con ella, sobre todo. Difiero en esto de Le Bon y de otros..." confiesa (*Las multitudes...* 55-57). He aquí el núcleo del conflicto cognitivo que planteaba la idea de la sugestibilidad y, por extensión, la de la configuración de las multitudes: ¿la sugestibilidad es una neurosis susceptible de surgir sólo en los histéricos como afirmaba la escuela de

la Salpêtrière o es un proceso mayor que engloba toda influencia de una psiquis sobre otra o sobre sí misma como postulaba la escuela de Nancy?¹¹¹. Por extensión, ¿qué relación existe entre la sugestibilidad, los "desórdenes cerebrales contagiosos" descritos por Le Bon, y la formación de muchedumbres o multitudes peligrosas para el orden social? Por último, ¿cuál es la función asignada a las minorías ilustradas en el control y el gobierno de estas multitudes? Es evidente en las ficciones de Holmberg que los ruidos diabólicos o espirituales no sólo se escuchan en la casa endiablada sino que también "a los pocos meses, en lo mejor del invierno, hubo algo más que un ruido de todos los diablos, durante tres días, en la plaza Lavalle y sus alrededores" (*LCE* 393). La alusión explícita a los ruidos producidos durante el movimiento social que culminó en 1890 con la renuncia de Miguel Juárez Celman enlaza en la misma red semántica los ruidos diabólicos escuchados en la casa, que serán explicados por medio de la teoría de la sugestibilidad de los individuos racialmente predispuestos, con los ruidos diabólicos producidos por la multitud, explicables también por la misma teoría¹¹². Y he aquí otro modo en que aparece la ciudad en estos textos: con la revuelta política urbana.

¹¹¹ Sobre el nivel de oposición alcanzado en este debate, Ingenieros registra la polémica acotación de Bernheim: "Una palabra más —agrega Bernheim— sobre Escuela de Nancy y Escuela de Salpêtrière. Ambas expresiones son viciosas; en literatura o en arte hay escuelas diversas, en ciencia, hay una sola escuela: existen doctrinas verdaderas y doctrinas falsas. La Escuela de Salpêtrière se ha equivocado..." ([1904] 1988: 103).

¹¹² No menos interesante es observar que los ruidos "espirituales" provocan el desplazamiento de uno de los gobiernos más positivistas de la época: "La llegada al poder de Juárez Celman en 1886 fijó, probablemente, el punto más alto de la influencia spenceriana en la política económica y religiosa del gobierno

Es así como es posible leer en *La casa endiablada* el entramado de relaciones discursivas entre una minoría de varones patricios que ostentan, a un mismo tiempo, el poder de la mirada que sugestiona y el saber que explica esa sugestibilidad y una multitud de individuos sugestionables que forman las mayorías patologizadas y criminales de gauchos, negros e italianos¹¹³.

La segunda hipótesis sobre la sugestión presentada en el relato es la del origen espiritual de los ruidos. Isabel, la novia del protagonista, y algunos jóvenes amigos son los personajes que sostienen esta hipótesis que será contrastada con los saberes positivistas de Luis Fernández y Obes¹¹⁴. Isabel había ocupado en la primera parte del relato tan sólo la posición de mujer evocada por la voz masculina quien le había otorgado los atributos tradicionales

argentino (...) Su biógrafo comenta al respecto: «Juárez Celman tenía admiración por los investigadores científicos. Hombre de su tiempo, las ciencias de la naturaleza ocupaban las más altas de las jerarquías». «No concibo nada de lo que escapa a la razón o a la experiencia» había dicho cierta vez." (Mayo y García Molina 1988: 8-9).

¹¹³ Cfr. la opinión precursora de Alejandro Korn: "Dos elementos distintos etnológicamente componen entre nosotros la población criminal: los indígenas y los extranjeros. Predomina entre los primeros el habitante de nuestra campaña, el gaucho con sus inclinaciones a la vagancia, acostumbrado a trazar su camino a punta de cuchillo. (...) El extranjero desde luego viene impregnado con los vicios de la civilización europea, alentado por el afán de lucro, que llevado al exceso produce la exaltación de las pasiones egoístas y el crimen." (1883: 28). También citado en Vezzetti 1985: 116.

¹¹⁴ Entre ellos Kasper —el hermano de Isabel y el mejor amigo del protagonista— era quien hablaba "mucho de Slade, de Crookes, de Wallace, de Gibier, de la Constancia" (LCE 326). No pueden dejar de ser observadas las múltiples similitudes entre los rasgos biográficos de Kasper y los de Holmberg mismo. Cfr. "Kasper era espiritista. Porteño universitario, con veinticinco o veintiséis años en 1889, y, lo que es más para el caso, rico, parece inútil hacer mención de que su biblioteca era selecta en aquel entonces. Dominaba con excelente criterio, y espíritu elevado, las obras de los clásicos griegos y latinos; sentía el perfume místico y virginal del *Ramayama*, y su opinión era estimable por sus iguales cuando se conversaba de Corneille, de Shakespeare, de Schiller o de Goethe; discutía con Luis Drago las opiniones de Lombroso, y hasta se jactaba de haber sido echado del Museo, con cajas destempladas, por Bürmeister, porque pensaba que Darwin y Newton tenían razón." (LCE 325).

del silencio, el recato y la angelicalidad. En la segunda parte, se produce un desplazamiento desde esta posición convencional de Isabel hacia la nueva posición que la clínica estaba otorgando a la mujer: la de sujeto paciente y medicalizado. Como ha señalado Elaine Showalter: "In the imaginative as well as the medical literature of the *fin de siècle*, the woman becomes the case study as well as the case, an object to be incisively opened, analysed, and reassembled by the male writer." (1990: 128). Así, la única mujer del relato será el objeto de escudriñamiento patológico de la sugestión: cuando Isabel aparece en la casa endiablada como la *medium* que intentará explicar el origen espiritual de los ruidos extraños, el protagonista asume la autoridad de la mirada clínica masculina, que le permite analizar en su novia la sintomatología de un *caso* de neurosis femenina. Según los saberes del protagonista, Isabel ha podido reproducir en la "mesa parlante" los golpes del aparato antes de que los golpes mismos se produjeran porque fue víctima de la sugestión del comisario y de su novio. Es decir, las dos miradas que ostentaban la autoridad de las pesquisas clínica y policial actuaron sobre la mujer para transformarla en no más que una mediadora entre sus voluntades de elucidación del crimen y la broma preparada para los amigos espiritistas. Tanto los amigos como Isabel son, por otra parte, víctimas fáciles de la sugestibilidad ya que, según Le Bon, la femineidad era una condición inherente a las multitudes¹¹⁵.

¹¹⁵ "Las muchedumbres son femeninas, a veces; pero las más femeninas de todas, son las muche-

Una infeliz neurótica

Similares isotopías narrativas aparecen también en *La bolsa de huesos* y en *Nelly*. En la primera de estas ficciones, por ejemplo, el caso de Clara no sólo plantea un dilema entre diferentes campos del saber —¿pueden la química o la fisiología no conocer ni estar en condiciones de detectar un veneno femenino y popular?— sino un conflicto ficcional —aunque no ficticio— entre la legitimidad de la intervención médica o de la intervención legal para resolver un caso de orden evidentemente policial.

Una carta prólogo dedicada a Belisario Otamendi, "jefe de la oficina de pesquisas de la policía de Buenos Aires", antecede el inicio del cuento¹¹⁶. Se cotejan allí dos tipos de opiniones sobre el desarrollo de la historia: los policías, por una parte, han considerado execrables los dos últimos capítulos en los cuales se ponderan los valores de la medicina legal por sobre la acción de los jueces y han preferido, en cambio, el final punitivo de *La casa endiablada*; los médicos, por otra parte, han opinado que la resolución dada al caso está de acuerdo con la idiosincrasia médica del narrador: "«Usted no es empleado de

dumbres latinas." (Le Bon [1895] 1911: 46).

¹¹⁶ Citamos según la edición de Pagés Larraya (1957: 169-236).

la policía; usted tiene el derecho de no llevar sus personajes a la cárcel»." (LBH 170). Una y otra lectura privilegia en la ficción la tesis que sostiene el narrador desde su posición en el campo del saber más que en el campo literario, y promueve la discusión sobre zonas de pertinencia y legitimidad de la intervención discursiva en la trama social. Entre una y otra postura, la ficcionalización del caso le permite al narrador que, como Holmberg mismo, es médico, naturalista y explorador, negociar saberes, prácticas y sentidos. "Desfiguro los nombres, dejo al médico, y permito que cada cual le dé el nombre que quiera. Unos dirán que es novela, otros que es cuento, otros narración, algunos pensarán que es una pesquisa policial, muchos que es mentira, pocos que es verdad" (LBH 232).

Cuando comienza la ficción, el narrador homodiegético sigue las huellas de un único *caso* el hallazgo de dos esqueletos humanos con cráneos frenológicamente parecidos lo lleva a sospechar la posibilidad de un crimen. Sus conocimientos de médico naturalista, sumados a los últimos avances de la frenología, le permitirán avanzar en la resolución de este *caso*: Clara, una mujer víctima de la neurosis de simulación ha sido la culpable del asesinato de los dos estudiantes de medicina cuyos esqueletos había encontrado y examinado el protagonista¹¹⁷.

¹¹⁷ El narrador mismo provee una síntesis del argumento cuando se enfrenta a la finalización de la pesquisa: "Al regresar de un largo viaje, un amigo me regaló una bolsa de huesos que un estudiante de medicina dejó olvidada en la casa del señor Equis. Estudié esos huesos. Un frenólogo estudió el cráneo. La casualidad quiso que el doctor Pineal tuviera un esqueleto semejante, el cual procedía de una casa de la calle

El caso presenta varios aspectos de interés para el análisis de las tensiones entre saberes dominantes y emergentes en la configuración del campo médico a fines de siglo. Clara reúne en sí todos los atributos del modelo tradicional de lo femenino: belleza, suavidad, encanto, serenidad, misterio y, al mismo tiempo, el poder mítico de la sugestión: "aquella mujer tan linda (...) penetraba en mis pupilas como rayos de una luz para siempre." (LBH 229)¹¹⁸. Es el poder de sugestibilidad emanado de la misteriosa belleza femenina lo que le permite a Clara dominar, esclavizar y finalmente asesinar, cual moderna Circe, a los dos jóvenes estudiantes¹¹⁹. La actualización de la figura de la hechicera griega evoca la doble transgresión del paradigma masculino realizada por Clara. En primer lugar, la mujer osa trasponer los umbrales de la facultad

Europa. El frenólogo estudió también el cráneo y halló lo mismo que en el otro. En ambas casas había vivido Antonio Lapas; en ambas había muebles que conservaban cierto perfume exquisito; en ambas el estudiante era un modelo de discreción y de prudencia; en ambos esqueletos faltaba la cuarta costilla; en la carne, y sobre la misma, Saturnino presentaba una incisión cicatrizada; los tres tenían inteligencia brillante y eran estudiantes de medicina; en la Facultad ignoraban la existencia de Antonio Lapas, lo mismo que en la de Montevideo, en la de Córdoba y en la de Santiago de Chile; pero en los libros de la nuestra quedaba constancia de la época de desaparición de Nicanor B. y de Mariano N., como queda, en el espíritu de los médicos, la convicción de que Saturnino ha sido envenenado con cierta sustancia que no se conoce, que yo sé que procede de un vegetal del Perú y que ataca los nervios de la base del cerebro, terminando por paralizar el corazón. Pero yo sé también que en cierta cómoda hallé un final de carta en el que se leían algunas palabras cariñosas, al pie de las cuales se veía el nombre de Clara T., y que la letra de esa carta era la misma que la que había en cierto fémur procedente de la calle Tucumán." (LBH 224-5).

¹¹⁸ En esta escena, la profusión de detalles escenográficos ausentes en el resto del cuento pone en evidencia—más allá del valor convencional que tenía en la narrativa de fines de siglo pasado— la impronta de una mirada masculina sobre el mundo cotidiano de la mujer: "Un pequeño sofá de ébano, con tela de damasco aterciopelado, algunas sillas, un estante con cuadernos de música. En el atril del piano, abierto en la primera página, el *Clair de lune* de Beethoven. Sobre una mesita, flores de la estación, y en las cortinas, en el aire, en la luz, el perfume revelador, aquel perfume que, apenas más perceptible, habría podido embalsamar todos los ensueños nacidos en cerebros del Oriente". (LBH 222).

¹¹⁹ "—Eres una Circe, Clara— me decía Mariano con frecuencia." (LBH 227-8).

de medicina y, en segundo lugar, se apropia de un conjunto de saberes eminentemente masculinos¹²⁰. La dimensión simbólica de esta doble transgresión puede ser evaluada en relación con las publicaciones de Alfredo Kohn Loncarica y Norma Sánchez (1993 y 1996) sobre la situación de la mujer en la medicina de la época. Según sus trabajos, entre 1889 y 1892, sólo dos mujeres—Cecilia Grierson y Elvira Rawson— recibieron los diplomas de médicas en la Universidad de Buenos Aires y cinco era el número total de mujeres que ejercían la medicina en la ciudad¹²¹. En un espacio dominado por hombres en el cual la posición otorgada a la mujer era la de ser sólo un *caso*, Clara logra burlar los umbrales genéricos y sexuales de la profesión al ser admitida como estudiante de medicina y logra también la usurpación de los saberes tradicionales. En la ficción, ni la química ni la fisiología que se profesaban en los claustros de la facultad de medicina poseían los instrumentos conceptuales necesarios para descubrir el tipo de veneno con el que Clara ha asesinado a sus compañeros de estudios:

Yo sabía que Saturnino había muerto envenenado (...)
Era un veneno vegetal, un producto extractivo de una de esas

¹²⁰ Para facilitar la lectura no se ha diferenciado la tipografía de palabras como "masculino", "femenino", "varón" o "mujer" que se consideran, sin embargo, como configuraciones histórico-culturales de sentido.

¹²¹ Respecto de las médicas que ejercieron en la Argentina en el siglo pasado, Kohn Loncarica y Sánchez dicen que "fueron sólo cinco, dos diplomadas en la Universidad de Buenos Aires (UBA) Cecilia Grierson y Elvira Rawson, laureadas respectivamente en 1889 y 1902, y tres graduadas en el extranjero y arribadas a la Argentina en la última década de la pasada centuria: Petrona Eyle, Rosa Pavlovsky y Margarita Práxedes Muñoz." (Kohn Loncarica y Sánchez 1993: 113).

familias de plantas que tantas sorpresas guardan todavía para el químico y para el fisiólogo y que, ejerciendo una acción selectiva sobre ciertos nervios de la base, envuelven al corazón y lo matan.

De aquí las dificultades y vacilaciones en el diagnóstico.

Pero era un veneno desconocido, es decir, *uno de esos que han escapado a la ciencia todavía.*" (LBH 217) El énfasis es nuestro.¹²²

Es más, el doctor Pineal —un renombrado clínico cuyo nombre guarda curiosa analogía con el del célebre fisiólogo francés Philippe Pinel (Foucault 1963; Rothfield 1992: 65) y, para reforzar las alusiones médicas, con la glándula del mismo nombre— ni siquiera había advertido, ni advierte a lo largo de la pesquisa, anomalía alguna en el esqueleto que conservaba en su casa. Son el narrador homodiegético —un médico naturalista interesado al mismo tiempo en la lectura de las teorías de Franz J. Gall y Johann G. Spurzheim¹²³, es decir, un "original" (LBH 178) que se aparta de las posiciones dominantes en el campo científico de la época— y un amigo frenólogo quienes, apelando a un conjunto de saberes no admitidos en la facultad, logran descubrir el secreto de Clara que había escapado a las taxonomías de la época.

¹²² Esto, unido al transformismo, le otorga al personaje de Clara connotaciones de hechicería demoníaca que exceden el campo semántico convocado en torno de Circe y evocan, en cambio, una constelación de imágenes populares en torno de la hechicería tradicional.

¹²³ Sobre la divulgación de la frenología en la época, puede consultarse Wrobel 1987: 123-143 y Cooter 1984.

Tamaño transgresión de los órdenes y de las jerarquías genéricas e institucionales es posible por el transformismo de los saberes y poderes femeninos:

Me trataron como a un hombre, y cuando menos lo pensaron, porque utilizaban mis conocimientos de medicina, ajenos a los de ellos, lo que generó la confianza y la amistad, apareció de pronto la mujer. (LBH 227)

Clara logra ingresar y subvertir el espacio de lo masculino a través de una de las neurosis que estaban obsesionando a los pensadores de la época: la simulación¹²⁴. En un medio hostil, la mujer apela a la simulación como estrategia de asimilación que le permite ser aceptada en un grupo social, profesional y científico superior (Salessi 1995: 141) al mismo tiempo que provocar una sugestiva desviación dentro de los comportamientos sexuales establecidos por la norma dominante: Clara simula ser un hombre y simula estudiar medicina¹²⁵. Esta doble estrategia de asimilación a un grupo al que no pertenece por sexo, género y *episteme* —además de enmarcarse en un tópico de extensa trayectoria literaria— define una patología neurótica sobre cuyos

¹²⁴ "La definición de la simulación servía tanto para diagnosticar una primera medida de la peligrosidad de las personas o como índice de alienación ya que según los criminólogos «es necesario estar alienado para ser simulador» a la vez que «la locura puede servir como agravante de la temibilidad del delincuente» (66).

Esta noción de simulación utilizada como evidencia de alienación o peligrosidad de las personas fue creciendo a lo largo de la primera década del siglo veinte y pasó del discurso de las ciencias psiquiátricas y criminológicas al discurso de la psicología y la sociología hasta la literatura del período." (Salessi 1995, 138-139).

¹²⁵ Si bien no es nuestra intención avanzar en el análisis de las representaciones de la sexualidad en estas ficciones, no se puede dejar de señalar la similitud entre los temas y problemas que Jorge Salessi ha analizado en un corpus de la primera década del siglo veinte y este texto precursor de Holmberg.

riesgos el narrador —con la autoridad de la voz médica y masculina— intenta advertir:

Antes de formular un juicio sobre tus semejantes, ¡oh paciente lector!, examina tu conciencia, y, si no eres médico, no formules nada, porque las neurosis no tienen explicación, ni tienen principio ni fin; son como la eternidad y el infinito... (LBH 228).

Una década después, Ingenieros y más tarde Ramos Mejía¹²⁶, llegan a elaborar, a partir de los postulados darwinianos sobre la variabilidad de las especies, toda una teoría sobre la simulación entendida como "medio de lucha por la vida, cuyo resultado es la mejor adaptación del simulador a las condiciones de su medio" y su extensión al campo criminológico" (Ingenieros [1900] 1979: 214-220). Este personaje de *La bolsa de huesos* prefigura uno de los tipos de simuladores peligrosos para el orden establecido que describirán estas teorías posteriores, más precisamente aquellos que Ingenieros llamará "patológicos" y discriminará entre "psicópatas" y "sugestionados" ([1900] 1979: 219). La simulación y la sugestión eran neurosis obviamente conexas ya que la primera no podía ser entendida sin el componente esencial de la segunda. Cuando ambas se conjugan, como en el caso de Clara, quien logra primero simular que es varón y, cuando la descubren, logra también sugestionar a los otros de modo tal que sigan actuando bajo su voluntad mendaz, la discusión científica se centrará en la ponderación de los alcances criminológicos de la

sugestión: "poseedora de una belleza semejante, no puede ser criminal" (*LBH* 223), de acuerdo con un tópico demoníaco de extensa trayectoria en la tradición literaria occidental.

Médicos clínicos, legistas, juristas y peritos criminólogos convergían en la época en la discusión de un dominio discursivo tan difuso como esencial para la delimitación de la imputabilidad de los nuevos sujetos sociales: ¿eran o no delincuentes los neuróticos?, ¿debía ser o no penada la neurosis de sugestión o simulación?¹²⁷, ¿quiénes estaban autorizados para opinar sobre un objeto que como la sugestión atravesaba disciplinas y saberes diversos?¹²⁸. En este debate, el narrador y pesquisante científico de *La bolsa de huesos* decide asumir para sí la autoridad de decidir sobre la pena posible para una neurótica, y la exime de prisión obligándola a beber en secreto una dosis doble del mismo veneno con el que había asesinado a sus compañeros de estudios médicos:

... se trata de la aplicación de los principios generales de la medicina legal, que es una ciencia, y de demostrar que la ciencia puede conquistar todos los terrenos, porque es la llave maestra de la inteligencia. (*LBH* 233)

¹²⁶ Cfr. Ingenieros, *La simulación en la lucha por la vida* (1900) y Ramos Mejía, *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida* (1904).

¹²⁷ Cfr., por ejemplo, las disquisiciones criminológicas de Ingenieros en 1900: "El reconocimiento de la locura como causa de irresponsabilidad y eximente de pena es el motivo principal de la simulación de la locura, considerada como un recurso defensivo del delincuente en su lucha contra el ambiente jurídico. Se impone una reforma penal sustantivo y no puramente formal: es necesario renunciar al concepto anticientífico y peligroso de la responsabilidad penal y poner otras bases a la función social de defensa contra los delincuentes." (*Criminología* 1979: 224).

¹²⁸ Cfr. Pesct, "Juristas contra médicos" (1983: 115-146); Salessi, "Malcantes" (1995: 115-176).

El conflicto de saberes y poderes se hace patente: "¿cómo iba a permitir que la justicia ordinaria tendiera su mano severa e implacable sobre los actos de una mujer de belleza irresistible, de una pobre enferma, de una infeliz neurótica...?" (*LBH* 235). La figura del médico que aúna en sí mismo la triple mirada clínica, detectivesca y literaria que, como ya habíamos observado, conforma el paradigma indiciario estudiado por Guinzburg resuelve el *caso* desde la autoridad que le confiere su posición en el campo científico de la época¹²⁹:

... soy yo quien hace la pesquisa, como novelista, como médico, como espíritu romántico —la mujer me interesa, y me propongo salvarla— y la salvo, es decir, la salvo de la garra policial... (*LBH* 231).

Esta revelación de los poderes omnímodos que otorgan al médico derechos sobre la vida y sobre la muerte y que él, a su vez, proyecta a lo literario, a lo jurídico y, por extensión, a lo social, configura un ejemplo muy claro de cómo las ficciones que llamamos científicas han contribuido a la formación de ciertas imágenes de escritor que, desde la medicina, proyectaron sus saberes y poderes sobre la representación ficcional.

¹²⁹ Beatriz Sarlo encuentra una función similar de la figura médica en textos de las décadas siguientes: "La «voz de la ciencia» libera al relato de límites morales: a la ciencia le asiste el derecho de decir incluso aquello que ofende a las convenciones sociales; no hay transgresión cuando la ciencia habla de la transgresión. El personaje médico, por ejemplo, está profesionalmente autorizado a la palabra y se le permite colocarse fuera de los límites que las costumbres imponen al discurso de los otros." (Sarlo 1992: 35-6).

Un caso de histerismo telepático

También en *Nelly*, quienes llevan adelante la pesquisa detectivesca y la resolución de dos *casos* paralelos de sugestión son el narrador homodiegético y Edwin Phantomton, un joven inglés en cuyos "ojos vagaba una niebla de misteriosa sugestión" (N 245). Durante unos días de descanso en la estancia de Miguel, el protagonista de uno de los *casos*, un grupo de jóvenes de clase alta, de origen patricio y de lecturas positivistas, asiste con estupor a una serie de fenómenos que escapan a las explicaciones científicas vigentes y son catalogados, en consecuencia, como extraños.

En el primer *caso*, el joven inglés "de apellido tan raro como su mirada" padece una exasperada sensación nerviosa durante el día que le hace presentir, entre otras cosas, los cambios atmosféricos. Durante la noche padece, según una de las primeras explicaciones científicas ofrecida por los amigos materialistas, síntomas de sonambulismo sugestivo. Según una posterior comprobación experimental que ellos mismos realizan, Edwin es víctima de la materialización nocturna del espíritu de su mujer muerta. El *caso*, que requerirá la competencia detectivesca de Edwin, de sus amigos y de "todo el poder de la Gran Bretaña" (N 279), ponderará entonces las diferentes explicaciones que la medicina de la época ofrecía para un fenómeno semejante.

En el segundo *caso*, Miguel padece también repetidas alucinaciones nocturnas y sonambulismo que culminan con la materialización del espíritu de su abuelo muerto quien le revela, según el tópico tradicional, el secreto del linaje desconocido de Edwin: los dos personajes —Edwin y Miguel— son hermanos y han padecido el mismo tipo de neurosis sugestiva hasta el momento en que lograron alcanzar el conocimiento de su propia identidad.

Como ha señalado Lawrence Rothfield, "detective fiction seems more directly concerned with questions of knowledge than any other genre." (1992: 130). De hecho, los dos *casos* ficcionalizados en *Nelly* ponen en evidencia las disímiles interpretaciones que la ciencia de la época ofrecía para explicar fenómenos en los que los límites entre la fisiología, la psicología, la sociología e, incluso, el espiritismo eran difusos. El anciano le advierte a Miguel que en vano buscará una explicación para su aparición dentro del marco de sus lecturas positivistas y cuando Edwin busca en la medicina una respuesta para la patología de Nelly también debe admitir que:

No sabían [los médicos] de qué se trataba. Para unos, era exceso de sensibilidad; para otros, una afección nerviosa de origen moral; y, dos de ellos, me espantaron con la expresión: *histerismo telepático*. (*Nelly* 275)

El origen, la clasificación y la explicación de estas patologías de índole nerviosa era, como ya observamos a propósito de la sugestión, uno de los núcleos más conflictivos en la medicina de la época¹³⁰. La apelación al *caso* policial para la ficcionalización de neurosis sugestivas habría permitido dotar al debate epistemológico de una trama narrativa en la cual se cotejaban las diversas interpretaciones sobre la enfermedad:

¹³⁰ "The problems Victorian physicians encountered in classifying, diagnosing and treating nervous ailments were reflected in the changing definitions of neurosis throughout the century and the changing status of the body in these definitions. (...) Whereas earlier medical theories generally focused on the physical basis of the nerves (...) later theories tended to view physical symptoms as the direct (and subjective) product of mental or emotional causes, abandoning the intermediary link of strained nervous tissues. At the same time, hereditary theories of nervous illness that stressed physiological and psychological degeneration became popular after Darwin. It would be a mistake to view Victorian medicine as a unified community of discourse, for despite a general movement toward recognising the role of the psyche in nervous disease, at any given time competing physiological and psychological theories of causation could and did exist." (Vrettos 1995: 51-2).

Rather than a set of principles divorced from the empirical world, a thing in itself, one can treat detection as a cognitive practice that works, like clinical thinking in realism, to constitute both objects of knowledge and a certain way of telling truths about those objects. (Rothfield 1992: 132)

En los tres textos de Holmberg que hemos estado analizando —*La casa endiablada*, *La bolsa de huesos* y *Nelly*— se puede observar cómo los casos policiales permiten comparar y cotejar la validez de los saberes emergentes —hipnotismo, histerismo, simulación, espiritismo, psicología de las multitudes— en relación con los saberes científicamente legitimados que ostentan los narradores y los protagonistas de los tres relatos.

Tanto el narrador como el protagonista poseen y ostentan, en efecto, una inmensa cantidad de saberes ya legitimados por las disciplinas vigentes. Para describir los rasgos del loro que ayudará a resolver el enigma policial el narrador ofrece su ubicación tipológica en el repertorio de la fauna argentina —es "uno de tantos loros «habladores» que los naturalistas han denominado *chrysotis amazonica*" (LCE 336)—. Para explicar los ruidos que Pedro, el sirviente negro, sentía en su cuarto, el protagonista "mandó el insecto a Burmeister, a Berg y a los Lynch; y todos ellos declararon que, en efecto, era el Reloj de la Muerte", es decir, un coleóptero que "pertenece a la familia de los ptínides" (LCE 364). Largas series léxicas sobre la fauna y sobre la flora autóctonas exhiben, también, el mismo tipo de saber clasificatorio de las taxonomías de plantas y animales que Holmberg estaba construyendo junto con Florentino Ameghino, Francisco P. Moreno y Enrique Lynch Arribálzaga, entre otros¹³¹. Esos trozos descriptivos, que las voces autorizadas por el narrador

¹³¹ Cfr., por ejemplo, la siguiente descripción: "Entretanto, el sol se preparaba a ocultarse, y las sombras de los árboles se estiraban sobre el naciente, los chillidos de los cuises entre las pitas del cerco, el canto de las chicharras en el ramaje de las cina-cinas; los gorriones, habitantes nuevos de aquellos lugares

exhiben profusamente a lo largo del relato, son inscripciones en el texto de un saber que es, al mismo tiempo, extra e intertextual. Un conocimiento sobre el mundo —una "capacidad enciclopédica" según Hamon (1991: 60)— que, como todo "saber, (de palabras, de cosas) es no sólo un texto ya aprendido, sino también un texto *ya escrito* en otra parte, y en consecuencia (...) puede considerarse siempre, ya sea poco o mucho, como el lugar de una reescritura, como un operador de intertextualidad..." (1991: 56). Los extensos repertorios naturalistas que comenzaban a escribirse como consecuencia del auge de las expediciones científicas en la época proveen esos otros textos del conocimiento de los cuales las descripciones de *La casa endiablada*, de *La bolsa de huesos* y de *Nelly* son una reescritura ficcional que autoriza científicamente los enunciados de los narradores¹³². Estos, y los protagonistas de las tres ficciones, comparten una misma localización a partir de un mismo modelo de mundo, el modelo de las ciencias naturales. Desde ese modelo científico y desde los textos inscriptos en las disciplinas que lo conforman cotejan los conocimientos de las voces y conciencias de los *otros*: las nuevas y amenazadoras multitudes urbanas y rurales.

Pero cuando el narrador científico de *La bolsa de huesos* se siente tentado a abandonar la monotonía del discurso geológico para atender "las armonías del viento", confiesa, mientras describe una roca: "Nunca aprendí nada

privados por ellos de chingolos, sus antiguos conocidos; el rumor de un vuelo de paloma, retardaba, un grillo, la trepidación lejana del ferrocarril, el piar de un hornero o el grito de un benteveo, los chillidos de algunos murciélagos prematuramente desvelados, todo esto..." (LCE 313).

¹³² "—Los que han recorrido el Chaco cuentan cosas semejantes, y con frecuencia.

—Lo que es por mi parte —agregó Roberto— justifico mi afirmación con el testimonio del ejército del Ifo Negro en 1879. Lean, si no, el librito de Prado, al tratar de la inundación." (*Nelly* 253).

en el rumor del viento pero la fantasía goza sin duda al modelar imágenes sutiles y graciosas, despertadas por una música tan vaga como intraducible." (174).

Geología, fantasía y vaguedad modelan, entonces, "imágenes sutiles y graciosas", que configuran, también, una imagen peculiar del científico escritor.

La figura de este sujeto que viaja, estudia y escribe había adquirido una posición prominente en la modalidad humboldtiana del discurso de las ciencias naturales.

Era el científico —varón, audaz y letrado— quien poseía la posibilidad y el poder de viajar, ver, mirar, recolectar e interpretar —científica y literariamente— los signos de lo real. En el Río de la Plata, la figura romántica de este sujeto explorador naturalista tendría suma importancia en la configuración de las imágenes de escritor y de letrado ya que, desde fines del siglo dieciocho y durante todo el diecinueve, fue ésta una de las áreas de mayor interés para la curiosidad exploratoria europea¹³³. Tan sólo la mención del título del libro de Adolfo Prieto —*Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* (1996)— permite atisbar la vinculación establecida entre lo que Mary Louise Pratt llamó "literatura de la naturaleza" y el corpus de textos producidos en la época en y sobre la región. Desde las primeras décadas,

¹³³ Mary Louise Pratt ha observado cómo en "las fronteras, junto a las figuras del marino, el conquistador, el cautivo, el diplomático, empezó a aparecer por todas partes [desde la segunda mitad del siglo XVIII] la figura benévola y decididamente culta del «herbolario»" y cómo este explorador, que recolecta y escribe, origina largas narraciones que Pratt ha llamado "literatura de la naturaleza" ([1992] 1997: 58). Esta literatura impregnaba los libros de viajes y los tratados científicos pero también circulaba en una enorme cantidad de textos que difundían las imágenes recolectadas en las zonas de contacto entre los europeos —varones, burgueses y letrados— y el vasto mundo de los otros.

numerosas expediciones europeas habían recorrido el territorio costero y producido una notable cantidad de textos relacionados con las tareas de exploración, recolección, reconocimiento y clasificación de especies y fósiles¹³⁴. Pero no antes de la década del setenta, comienza la inmensa tarea de exploración sistemática del territorio interior que daría origen a los repertorios de geología, flora y fauna todavía vigentes. Las expediciones que corrieron la frontera militar habían sido uno de los factores determinantes de la fascinación naturalista por el desierto y también de una serie literaria, aún no suficientemente delimitada, que aborda el desasosiego cognitivo del hombre urbano frente a ese nuevo espacio acechante, abierto al saber tras el exterminio de los aborígenes. La expansión de la frontera sur había puesto a consideración de los naturalistas el anhelado y mítico desierto de la pampa. El vacío provocado por la expedición militares revelaba una serie de objetos cuyo conocimiento no sólo "sería interesante para la ciencia y provechoso para el país", como señalaba Doering, sino que también establecía una nueva versión de lo real y una evaluación de los saberes que podían dar cuenta de esa nueva realidad. Sin embargo, en esta práctica enciclopédica, "de tiempo en tiempo,

¹³⁴ "Entre los viajeros ingleses que transitaron diversas regiones del territorio argentino entre 1820 y 1835 aproximadamente, 14 de ellos, por lo menos, escribieron y publicaron sus relaciones de esta experiencia. Esta relativa concentración de una práctica nunca desertada a lo largo del siglo tiene que ver, en primer término con la atracción que la explotación de las minas de oro y plata de la región andina pareció ejercer sobre inversores ingleses. (...) Otros intereses comerciales acompañaron o siguieron al inicialmente predominante de la explotación de minas, y a estos intereses se agregaron algunos directamente vinculados al reconocimiento político-geográfico del globo." (Prieto 1996: 29).

una frase lujosa, involuntaria, descomponía el conjunto de las rocas rígidas" que el geólogo intentaba describir (LBH 174). Eran "las armonías del viento" que el poema de Esteban Echeverría había consagrado seis décadas antes¹³⁵.

Paisajes *sobrecogedores*, visiones *idílicas* y sensaciones *que abruman la razón* delineaban un derrotero de aventuras hacia territorios desconocidos que enlazan en la figura del explorador y escritor científico, la imaginaria romántica y el paradigma preeminente taxonómico del naturalismo. En su revés, esta misma figura permite leer, a través de la trama de aventuras naturalistas, un diagnóstico de las otredades urbanas, avalado por los materiales aportados por otros saberes científicos, tan controvertidos como sugerentes. No sólo recolectaban los naturalistas datos sobre flores, insectos y hojas. También los médicos registraban datos sobre órganos, gérmenes y rasgos raciales. Con los primeros se organizaron repertorios de flora y de fauna; con los segundos, casos de medicina legal. Mientras que en la ficción el territorio descubierto por el paradigma científico naturalista era configurado como paisaje y como objeto de escudriñamiento experimental, las multitudes urbanas, femeninas y migrantes son configuradas, también en la ficción, como objeto de diagnóstico médico legal. Esta doble operación aúna en una estrategia común las competencias y saberes de los dos órdenes cognitivos dominantes, el de las ciencias naturales y el de las ciencias médicas.

¹³⁵ Prieto ha establecido sugerentes nexos, por ejemplo, entre la representación del espacio pam-

Los tres relatos de Holmberg se sitúan en el umbral que une y separa al mismo tiempo estos dos mundos que revelan, por extensión, la existencia contradictoria de dos dominios discursivos y literarios diferentes. Dice el narrador de *La bolsa de huesos*, un naturalista expedicionario:

Regresaba de un viaje largo y penoso, y en la confusión del primer momento, los abrazos de la familia, las atenciones del equipaje y el estallido de felicidad al encontrarme de pronto en el hogar, sentí renacer muchas alegrías que me vedara la contemplación de las llanuras y montañas, los bosques y los ríos de mi tierra, tan rica y tan hermosa, pero tan absorbente y dominadora por el influjo de esa misma belleza (...)

Al rumor de los torrentes, reemplazaba el tumulto de los grandes centros urbanos; al aroma de los bosques, el humo de 40.000 cocinas; al poncho, el sobretodo; a la montaña de cima nevada, el frontispicio corintio; al asador, la parrilla; al cuchillo de monte, el cubierto, y al rebenque, la lapicera. (LBH 170-1)

Entre estos dos mundos y dominios discursivos antagónicos Holmberg configura personajes heteróclitos que, sin renunciar al orden cognitivo dominante, se dejan "sugestionar" por los múltiples saberes emergentes en el espacio cultural de la época. Como se lee en la cita que mencionamos más arriba, "A veces se despierta en mi cerebro una idealidad extraña que se parece por algo al misticismo, y me salta en la memoria, como una liebre fosforescente, aquella estrofa de Echeverría:

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende activa enseñar." (LBH 173)

El narrador médico y naturalista se deja sugestionar por las "armonías del viento" en un momento en el que los criterios de razón eran cuestionados por la apertura del horizonte cognitivo operada por las expediciones científicas al antes considerado desierto. Expediciones que avanzaban más allá de los límites de la realidad fundada y legitimada como el espacio posible desde la época del virreinato; que operaban una transformación en las relaciones de poder, pero también una transformación en las relaciones intrínsecas al conocimiento; que hacían posible un nuevo modo de hacer visible y enunciable lo real. En este marco cognitivo, los *casos* policiales propuestos por Holmberg cotejan los saberes dominantes de "la vana filosofía" dejándose llevar por la sugestión de "las armonías del viento", pero sin ofrecer al lector una respuesta al conflicto epistemológico¹³⁶. Bosquejan, en cambio, un horizonte de posibilidad, si no de legitimidad, para los saberes considerados al margen de las disciplinas científicas de la época que, de un modo muy sintomático, se asocian con Oriente que, como ha señalado Edward Said (1978; 1993), es para el imaginario occidental la fuente tradicional de sugestión y misterio:

No pienses (...) que lo que has oído se rechaza redondamente por todo el mundo. Hay miles, centenares de miles de personas muy razonables en todos los actos de su vida, para quienes la materialización de Nelly, la aparición del general, los gemidos y otros fenómenos más espeluznantes aún, son la realización innegable de un mundo que no conocemos, por haber seguido, en la evolución de nuestro progreso, rumbos que nos han acercado al ideal de lo que llamamos civilización de Occidente; mientras que los indios del Indostán y del Tibet, sin tantos cañones, ni logaritmos, ni telescopios, ni telégrafos, han seguido

¹³⁶ Según André Jolles: "Lo curioso de la forma *Kasu* está en que plantea una pregunta, pero no puede dar la respuesta y nos entrega la responsabilidad de la decisión, pues lo que en ella se realiza es el ponderar, mas no el resultado de la ponderación." (1930: 174).

otro rumbo que los aproxima a la vida espiritual y que realizan en los misterios de sus pagodas y en sus cavernas mil veces seculares. (*Nelly* 303)

Tres paradigmas cognoscitivos, que implican modos y prácticas narrativas divergentes, confluyen entonces en la configuración de los casos narrados por Holmberg: el impulso romántico que había codificado los relatos de viajeros durante todo el siglo diecinueve, la curiosidad taxonómica de la historia natural y el afán detectivesco potenciado por el auge finisecular del pensamiento médico legal.

CAPÍTULO TERCERO

Del caso clínico
a la novela de tesis

Capítulo tercero

DEL CASO CLINICO A LA NOVELA DE TESIS

Tanto la clínica como la historia natural habían sido formuladas en el siglo anterior, pero alcanzaron su más alto nivel de legitimidad y de difusión, avanzado el siglo diecinueve. En ambas se ven, se comparan, se clasifican y se interpretan huellas que devienen síntomas y signos articulados —como se analizó en el capítulo anterior— desde la "bipolaridad médica de lo normal y de lo patológico", en la matriz narrativa del caso (Foucault [1963] 1987: 62). Ésta aparece, en consecuencia, como una de las estrategias científicas predominantes en el sistema literario argentino de fines del siglo diecinueve.

La matriz del *caso*, entendida como un tipo de narración que sigue un modelo originado en la casuística religiosa y desarrollado por la clínica¹³⁷, interviene en la configuración de informes médicos y legales, tesis, novelas o cuentos y provee una trama narrativa para la representación ficcional de las tensiones entre grupos étnicos y culturales diversos. Hay casos de "neurosis célebres", casos de "irresponsables", de personas y de personajes "sin rumbo" o que llevan las enfermedades "en la sangre"¹³⁸. Casos todos que, a partir de

¹³⁷ "Casuistry finds its origins in compilations of cases of conscience and of moral or pragmatic questions and answers, which emerged after the Fourth Lateran Council in 1215. That Council instituted private confession: each Catholic was thenceforth required to go to confession at least once a year (...). This change necessitated manuals to guide (...). These works, written in Latin as well as in the vernacular, were accessible to all who wished to consult them. Their structure, often of the question-and-answer (Q/A) type, eventually led to publications such as the English *Athenian Mercury* at the turn of the 17th to the 18th centuries (...). The basic Q/A structure is fleshed out by another tradition, the Medieval predicator *exemplum*. The *exemplum* could take on many forms and had many uses, but two among them are particularly interesting (...) *exempla* often take the form of a story, and they were usually presented as models or anti-models of behavior." (Houle 1987: 193-94).

¹³⁸ Se alude aquí a ficciones literarias como *Irresponsable* de Podestá, *En la sangre* y *Sin rumbo*

identificar lo patológico, señalar lo curioso o puntualizar lo interesante de un individuo, construyen una historia de su vida —entendida como historia de una patología—; historia que otorga un orden, una organización coherente con la visión del médico escritor, al desorden de los signos patológicos.

En el capítulo anterior, se analizaron casos que proveían una trama de ficción detectivesca para la ponderación de las neurosis de sugestión —y sus semas conexos: sensibilidad, histeria, hipnosis y esoterismo— en relación con los saberes legitimados por las voces de los narradores naturalistas, en algunos textos de Eduardo L. Holmberg. En este capítulo, se abordan algunas narraciones de escritores médicos que, en el mismo período, produjeron otros casos —tan *curiosos* como los de los naturalistas— publicados como informes o documentos científicos, pero ficcionalizados también en los folletines que difundían los diarios de la época. Estos casos proveían una trama de ficción detectivesca que, a diferencia de los anteriores, enfatizaban la índole ejemplarizadora de ciertas patologías individuales —alcoholismo, irresponsabilidad, locura, hermafroditismo, etc.— en cuyo diagnóstico y profilaxis convergían varias de las tendencias médicas y criminológicas en boga:

de Cambaceres, pero también a textos no literarios como *Las multitudes argentinas* de Ramos Mejía o *Las Ptomainas* de Sicardí que, en el momento de su producción, fueron leídos como discursos ficcionales literariamente equivalentes. Cuando José María Ramos Mejía comenta, por ejemplo, la publicación de *Irresponsable*, compara su estilo al del tratado de higiene publicado por Podestá un año antes: "[El pronóstico de que U. iría lejos con su pluma original y analítica] se ha cumplido, pues, con *Niños*, tan adorablemente escrito y tratado, y con *Irresponsable*..." (*La Nación*, 31 de enero de 1890). Diferencias genéricas, quizá obvias para el lector actual, no eran percibidas como tales por el lector coetáneo al texto que advertía una homogeneidad narrativa, que diluía las fronteras entre uno y otro tipo textual, y subsumía toda la producción en una noción tan amplia como ambigua: "trabajo literario" (Cfr. Norberto Piñero, *La Nación*, 25 de febrero de 1890).

las teorías de la herencia, de la degeneración y del determinismo del medio; la frenología, la antropología criminal y la psicología experimental, entre otras¹³⁹. La mayor parte de ellas, si no todas, bosquejaban una zona de intervención para el diagnóstico clínico y legal, de los individuos y de la sociedad, a través del paradigma médico. Se analizará, en estos materiales, cómo la intervención médica sobre el espacio social enlazaba el discurso clínico con los discursos médico, legal y literario, a través del caso¹⁴⁰.

De informes, casos y *tiempo perdido*

A fines del diecinueve, el caso clínico aparecía como una forma de organizar en un relato coherente la dispersión de los rasgos patológicos individuales y sociales y de construir mecanismos discursivos de articulación social. Oscar Terán ha señalado en la novela naturalista, los textos criminológicos y los discursos psiquiátricos, la "emergencia de mecanismos institucionales destinados a la constitución de sujetos normalizados" que pudiesen incorporarse a la nación que el grupo ilustrado estaba delineando¹⁴¹.

¹³⁹ En la última década se han realizado notables estudios sobre el auge y la difusión de estos saberes a fines de siglo. Entre otros, se consignan en la bibliografía los trabajos de Carwright (1995), Cooter (1984), Huertas García-Alejo (1987), Levine (1987), Pesci (1983; 1984) y Wrobel (1987).

¹⁴⁰ Como ha señalado Vezzetti, la "mimesis cientificista no deja de tener sus consecuencias en el registro literario, en la medida en que el relato se abate sobre el «caso», en una perspectiva cercana a la «historia clínica» (1989: 569).

¹⁴¹ "Si la nación hubiera sido un objeto preexistente inscripto en un destino anterior, se explicaría

Si bien aquí el énfasis está excesivamente puesto en los efectos de control, es cierto también que la pluralidad de sentidos intrínseca a la ficción hizo que la narrativización de casos tendiera a articular, en informes, tesis, memorias o novelas, las diferencias étnicas, sociales y culturales, entendidas como patología social.

El caso clínico, que alcanzó una notable difusión en la época, suponía tres actos narrativos: a) el de un paciente que, en situación de entrevista, narra su historia de vida a un observador; b) el de un observador que, a partir de la historia de vida narrada, registra y construye la historia patológica; c) el de un escriba —puede coincidir o no con el observador anterior— que narra la evolución de la historia patológica desde la entrevista inicial hasta el momento de la divulgación del caso. En estas tres instancias se pueden distinguir entonces tres tipos de narración interdependientes: la historia de vida, la historia clínica y el caso clínico. Cada instancia tiene diferentes enunciadores, modos narrativos y temas¹⁴².

mal ese trabajo obstinado en el que la novela naturalista, los textos criminológicos y los discursos psiquiátricos revelan la emergencia de mecanismos institucionales destinados a la constitución de sujetos normalizados. (...) Precisamente porque se trató de una invención, la nación no se dedujo de un modo de producción, sino que requirió de la síntesis empírica de acontecimientos heterogéneos y azarosos, es decir, históricos, que pusieron en juego también una serie compleja de mecanismos de disciplina pero también de clasificación del mundo social". (Terán 1986^b: 32-33).

¹⁴² Disiento en esta triple articulación del género con Montgomery Hunter, quien sólo ve dos narraciones implícitas: "As the medical account of a malady constructed from the patient's words and body, the case is a doubled narrative: the patient's story is encapsulated and retold in the physician's account of the process of disease in his one individual" (1991: 51). En el relato de un caso, se pueden distinguir, en mi opinión, tres instancias narrativas: la historia autobiográfica del paciente, la historia clínica surgida de la situación de entrevista y presentada a la audiencia médica y el *caso* narrado para su divulgación.

Algunos casos clínicos incorporados por José María Ramos Mejía como elementos probatorios de su tesis para el doctorado *Apuntes clínicos sobre el traumatismo cerebral*, presentada en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires en 1879, son ejemplos paradigmáticos del caso clínico tradicional¹⁴³. Así el caso apuntado como "Observación IX" en el capítulo "Accidentes secundarios" puede ser considerado un caso clínico tipo¹⁴⁴. Consignados los datos del enfermo, una voz impersonal, no identificada, construye una historia clínica del paciente a partir de una historia de vida que el paciente o alguno de sus allegados narró en la situación de entrevista y, por último, configura un discurso narrativo que interpreta, explica, justifica el relato anterior. En el primero de los tres actos que conforman el caso, no pueden obviarse las condiciones y restricciones a que es sometida una narración autobiográfica producida en situación de entrevista. Lo dicho, lo que está por

¹⁴³ En su forma primaria, el paciente es identificado por alguna abreviatura y rara vez nombrado, se consigna su edad, origen étnico o nacional y, de acuerdo con las teorías todavía vigentes en la época, su temperamento. Inmediatamente después se informa la historia de la enfermedad que lo ha llevado a la entrevista con el médico, la historia clínica anterior, los exámenes y estudios realizados, sus resultados y, por último, el tratamiento prescrito. Se evita la primera persona testimonial del médico que intervino en el tratamiento y se adopta, en cambio, una tercera persona narrativa que sustenta la autoridad de la narración construida (Foucault [1963] 1987: 129-163; Segre 1984, Montgomery Hunter 1991: 54-57).

¹⁴⁴ "Emilio Martromondi, italiano de 24 años de edad, jardinero, de temperamento linfático. Ha gozado siempre de una salud completa. No tiene antecedentes hereditarios. Hacen tres o cuatro meses, que fue atacado de una fuerte cefalalgia limitada unas veces a la región frontal y otras generalizándose a toda la cabeza. Algunos días después principió a sufrir de la vista, notando que esta iba gradualmente en disminución, hasta que habiéndola casi perdido consultó un médico que le recetó agua sedativa y algunos purgantes. Estando un día en la cama y al quererse levantar, notó que el lado izquierdo de su cuerpo le obedecía con trabajo (había una parécia [*sic*]). Entonces se hizo conducir al Hospital, en donde entró el día 8 de Junio de 1878 y ocupó una cama en la sala de clínica médica. Su inteligencia no presentaba alteraciones de ningún género. El pulso un poco acelerado, 98 pulsaciones, la temperatura de 39 grados. En el costado izquierdo insensibilidad completa. Al día siguiente tuvo contusiones ligeras que desaparecieron en pocos minutos. En los días subsiguientes la temperatura osciló entre 38 y 39 grados; los síntomas de depresión se fueron acentuando hasta que el enfermo cayó en un coma completo, muriendo a los doce días de su entrada." (Ramos Mejía 1879: 89-90).

decirse, lo que se omite está relacionado, por una parte, con la presencia de un interlocutor que, por su rol social y su posición en el campo médico, pauta los rasgos que integrarán la autobiografía del paciente y, por otra, con el conjunto de las pautas contextuales que rodean la entrevista. La etnografía lingüística y el análisis del discurso han analizado, en los últimos años, los actos de habla implicados en esta interacción verbal médico-paciente y, a pesar de sus diferencias, ambas corrientes metodológicas han observado la entrevista como un sistema de intercambio verbal, generalmente pautado por un conjunto de condiciones que limitan o atenúan las opciones de los participantes, y favorecen las posibilidades del entrevistador médico, respecto de los mecanismos de poder y de control de la interacción¹⁴⁵. Tanto el paciente como el médico tienen la intención de persuadir al otro sobre uno de los problemas que mayor conflicto crea en el encuentro médico: determinar el foco de atención para el diagnóstico. Es usual que el médico siga una serie de *topoi* —presentación del problema, historia médica pasada, historia psicosocial, examen físico, etc.— que no siempre es compartida por el marco cognitivo del paciente (Sharf 1990: 3-6). Al contestar —registra Manuel T. Podestá en uno de sus casos— la paciente "lo hacía con cierto aire de desconfianza y como si nuestras preguntas, le hicieran el efecto de una curiosidad imprudente" (1887: 44). Se producen, entonces, dos narraciones diferentes sobre un mismo problema, cuya homogeneidad

¹⁴⁵ Sarah H. Freeman ha sintetizado los distintos avances en la introducción al volumen de *Text* dedicado al discurso médico (7.1 [1987]). Barbara Sharf resume, en cambio, sólo los centrados en los aspectos narrativos de la entrevista (1990).

depende de las estrategias de cooperación, transacción y negociación entre los participantes de la interacción verbal. En este sentido, Per Måseide ha enfatizado el carácter determinante del contexto en la entrevista. Recuerda que aun la interacción que sigue normas rituales depende de negociaciones entre los participantes acerca de la producción de significado y del estatuto de las relaciones sociales implicadas (1987: 82). En consecuencia, ve al paciente, no como una víctima de la manipulación verbal del médico, sino como un actor que produce significado y genera sus interpretaciones de las actividades comunicativas dentro de sus propios marcos cognitivos que son una parte del contexto¹⁴⁶. Cuando en el caso de hermafroditismo relatado por Podestá, por ejemplo, la paciente refiere que "una bruja de mi tierra se ha vengado en mí por ofensas que recibió de mi familia" (1887: 46), el médico concluye, tras una minuciosa observación clínica, que "la superstición que forma la base de sus creencias" es la causa de que la tal María N. se encuentre "rodeada de tinieblas con respecto a su verdadero sexo y al rol que debiera desempeñar" (49). Es decir, el diagnóstico del médico no se aparta del contexto cognitivo aportado por la paciente sino que, paradójicamente, enfatiza su importancia en la definición de la patología.

Cabría preguntarse, entonces, como lo han hecho Suzanne Poirier y Daniel Brauner (1988: 5), si la historia clínica que surge de la entrevista entre

¹⁴⁶ "This context is not only constituted by geography, architecture, or abstractions such as social organizations and institutions. The context is also made up of cognitive schemata and epistemic frames that are basic requirements for cognitive activities, such as perception and reasoning" (1987: 83).

el médico y el paciente es la historia de vida del paciente o, más bien, la de la relación del médico con los síntomas del paciente, ya que tampoco puede obviarse la operación de recorte, omisión, selección y alteración del discurso del otro, que permite al médico construir la historia clínica que conforma, como ya dijimos, el segundo de los actos narrativos implícitos. En el siguiente caso, registrado por José M. Ramos Mejía, se puede observar nítidamente la operación de recorte de la narración anterior:

N.N. argentino, de 34 años de edad, constitución robusta, temperamento sanguíneo, sin antecedentes patológicos hereditarios, alcohólico y sífilítico: Refiere que el 12 de Abril concibió el proyecto de suicidarse valiéndose para ello de un revólver (...) El enfermo nos ha referido en su convalecencia que, en el momento de descargar el arma, un movimiento brusco e intempestivo le ha hecho arrojar a lo lejos el revólver y al mismo tiempo, ha visto caer un gran número de hojas del ombú bajo el cual se encontraba; (...) un dato importante desde el punto de vista médico-legal, es el siguiente: Cuenta el enfermo que en aquel momento tan supremo para él, después de haberse herido y durante el tiempo que permanecía acostado boca abajo, ninguna idea seria preocupaba su espíritu, y que al contrario, tuvo muchas veces deseos de reírse... (Ramos Mejía 1879: 70-71)

De lo que el enfermo refiere el médico selecciona sólo "un dato importante desde el punto de vista médico-legal". A partir de este dato construye otra narración que interpreta y explica la patología. Si la medicina es y ha sido siempre una profesión basada en la narración (Poirier y Brauner 1988: 5), es posible analizar la estructura narrativa de este informe, construido por el médico a partir de la entrevista con el paciente, y que es, al mismo tiempo, un documento legal y un documento clínico que registra el trabajo médico y narra la historia del paciente.

A diferencia del caso, que surge del impulso de divulgación de una anécdota ejemplar, el informe médico —llamado historia clínica en el ámbito hospitalario— responde ante todo a una demanda institucional. Junto al requerimiento de memoria y control, que comenzaba a ponerse en funcionamiento en los hospitales¹⁴⁷, fue el auge de la medicina legal lo que impulsó esta práctica escrituraria, tan difundida en la segunda mitad del siglo pasado. Desde principios de la década del setenta, los informes médico-legales organizaron una forma particular de narración que articulaba elementos descriptivos derivados de ese inmenso repositorio del saber que fueron los tratados taxonómicos de rasgos craneanos y temperamentales, junto a las huellas de la observación clínica y los avances de la moderna anatomía patológica.

Informes, pericias y ficciones

Eduardo Wilde, quien tuvo a su cargo la cátedra de Medicina Legal creada en la Universidad de Buenos Aires en 1875, publicó los primeros informes médico-legales en su temprano *Tiempo perdido* (1878). La condición precursora de este tipo de informes permite indagar allí algunas de las matrices narrativas que perdurarían todavía en los escritos de los criminólogos de

¹⁴⁷ En apenas una década, se pusieron en funcionamiento en Buenos Aires ocho hospitales. En 1868 se había creado el lazareto San Roque pero no fue terminado como hospital hasta 1883. Paralelamente se inauguró en 1881 el Hospital Buenos Aires en reemplazo del viejo Hospital General de Hombres; en 1882, la Casa Municipal de Aislamiento; en 1884, el Hospital Guillermo Rawson; en 1888, el Juan A. Fernández; en 1889, el Pirovano; en 1896, el Teodoro Alvarez y en 1897, el Argerich. (Loncarica y Agüero 1985: 129-130).

principios de siglo, así como el trasvasamiento de temas y modos entre los textos científicos y literarios del período. De los tres informes médico-legales incorporados en la antología de Wilde entre discusiones sobre poesía, música y carnavales, dos están firmados por Pedro Mallo y Eduardo Wilde —"Informe médicolegal relativo a una autopsia" e "Informe médicolegal sobre el estado mental de un individuo"¹⁴⁸— y un tercer informe está firmado por Eduardo Wilde y Pedro Rosendi —"Informe médicolegal sobre el estado mental de una señora"¹⁴⁹. Los tres permiten observar la configuración esencialmente narrativa del discurso médico, ya que abordan algunos de los temas que más controversia científica y sugerencias ficcionales habían aportado a la literatura de la época: disecciones anatómicas y enfermedades mentales¹⁵⁰.

La anatomía patológica era una práctica relativamente reciente —sus fundamentos habían sido propuestos por Xavier Bichat en la primera década del siglo¹⁵¹— y confrontaba nada menos que la práctica clínica, al mismo tiempo

¹⁴⁸ Eduardo Wilde y Pedro Mallo se desempeñaban, respectivamente, como Presidente y Vicepresidente del Departamento de Higiene Nacional, creado por decreto presidencial del 27 de febrero del mismo año, y cuyo tesorero era Juan A. Golfarini (*Revista Farmacéutica* 1880: 89-90).

¹⁴⁹ Los tres informes se incluyen como Anexo I de esta Tesis.

¹⁵⁰ La profusión de cuadros literarios de autopsias ha sido registrada por Laqueur (1990) y Showalter (1990) desde el ámbito de los estudios de género; la representación literaria de las enfermedades mentales ha sido abordada, en cambio, por Rothfield (1992) y Vrettos (1995), desde el marco de la historia cultural.

¹⁵¹ "La gran ruptura en la historia de la medicina occidental data precisamente del momento en que la experiencia clínica se ha convertido en la mirada anatomoclínica. *La médecine clinique* de Pinel data de 1802; *Les revolutions de la médecine* aparecen en 1804; las reglas del análisis parecen triunfar en el puro desciframiento de los conjuntos sintomáticos. Pero un año antes, Bichat los había relegado ya a la historia: "(...) Abrid algunos cadáveres: veréis desaparecer en seguida la oscuridad que la observación sola no había podido disipar" [*Anatomie Générale*, 1801, prólogo, XCIX]. La noche viva se disipa con la claridad de la muerte." (Foucault [1963] 1987: 208-9).

que avalaba las especulaciones frenológicas y aportaba materiales a los incipientes devaneos criminalísticos. Abrir cadáveres y distinguir rasgos mortuorios de lesiones mórbidas, no sólo permitía discutir la autoridad ya secular de la mirada clínica, sino también corroborar las localizaciones cerebrales de las facultades mentales y detectar las anomalías punibles propuestas por frenólogos y lombrosianos¹⁵².

"Abierto el cráneo —se lee en el primer informe de Mallo y Wilde— encontramos en su estado normal la calota, por su cara interna; la duramadre tenía un color ceniciento y estaba algo reblandecida; la aracnoides y piamadre estaban congestionadas y también reblandecidas; el cerebro formaba una masa blanda al extremo de presentarse como una papilla, que se derramó sobre la angarilla en que hacíamos la autopsia, una vez cortados los envoltorios. Tenía esta papilla un color ceniciento, no presentaba pedazos de masa cerebral que fueran de treinta milímetros de tamaño a lo menos, como para ser examinados..." y continúa. Hay todavía varios "coágulos sanguíneos diseminados" pues "abierto el abdomen, los intestinos llenos de gas se proyectaron por la abertura".

Es evidente que la mayor parte de los informes sobre autopsias incluyeron e incluyen detalles tanto o más repugnantes que los consignados. José Luis Peset recoge, inclusive, una anécdota de la Medico-Legal Society of New York, creada en 1867, que pone en evidencia la singular atracción que

¹⁵² La autopsia es una práctica médica documentada desde fines del siglo trece que adquiere peculiar importancia a comienzos del siglo diecinueve debido a los avances de la anatomía patológica. *Cfr.*

ejercían estas autopsias más allá del ámbito médico mismo: "Cuando la Sociedad había crecido a tales dimensiones que a sus reuniones asistían un amplio número de juristas, así como de damas, muestras de aspecto repugnante y totalmente provistas de interés médico-legal, eran continuamente pasadas durante las reuniones, como en bandejas limosneras, de un sitio a otro, bajo las narices de los asistentes."¹⁵³. También es sabido que al espectáculo de la ciencia acudían médicos y profanos: las escenas médicas atraían la atención del público y conformaban uno de los espectáculos más sugestivos de la época. No es extraño, entonces, que el informe de la autopsia practicada por Mallo y Wilde en su condición de "médicos de sanidad del puerto central, en cumplimiento de la resolución que antecede" (105), exceda los requerimientos descriptivos del informe anunciado y redunde, en cambio, en detalles explicativos que sostienen una trama de intriga y suspenso, en torno de la muerte del individuo, y acercan rasgos de espectacularidad literaria a la circunspección del estilo forense.

El primero de los informes consta de un párrafo introductorio en el que se consignan los datos de los practicantes de la autopsia y el motivo legal que la origina; el detalle del examen pericial articulado en seis párrafos numerados y, por último —en menos de veinte líneas—, las conclusiones del informe. Es decir que el examen pericial, pleno de detalles anatómopatológicos¹⁵⁴, consti-

Pérez Tamayo 1988, II: 98-139.

¹⁵³ *Papers Read before the Medico-Legal Society of New York* (New York, 1889): IX. Citado en Peset 1983: 116.

¹⁵⁴ *Cfr.* la morosidad de la descripción instrumental de la apertura del cráneo: "El procedimiento que se siguió para hacer estos exámenes consistió en un corte circular que abrazara las eminencias frontales

tuye la casi totalidad de las cinco páginas del informe cuya inclusión en una antología literaria no deja de aportar interesantes sugerencias sobre la configuración de lo literario a fines de siglo. El artículo primero ubica la escena y los personajes y provee un primer índice de literariedad. El escenario elegido para la exhumación —un cementerio y, en él, "cerca de la fosa, a causa del olor que despedía el cadáver en putrefacción"— articula los paisajes tenebrosos del *fantasy* romántico con los hedores fisiológicos que tan sólo dos o tres años después canonizaría el naturalismo zoliano¹⁵⁵. En este escenario y en presencia del capitán y de los marineros del buque junto a los *peones* del cementerio, los médicos examinan la vestimenta y el aspecto exterior del cadáver para informar "la exacta relación del hábito exterior y circunstancias particulares".

La presencia material y simbólica de estos otros sujetos en el escenario de la exhumación —que es también el de la escritura— diagrama las estrategias retóricas de las intervenciones y pauta el registro didáctico de los datos recopilados y de la interpretación médica. En el artículo segundo, por ejemplo, la descripción del cadáver sigue un orden secuencial —de la vestimenta a los

y la protuberancia occipital, para descubrir el cráneo y desprender la calota; otro corte vertical por la línea media de la cara, desde el borde de la primera sección circular, hasta el borde libre del labio superior y otro que partiendo de las comisuras de los labios y costeano las ramas de la mandíbula inferior, llegaba hasta su articulación temporal..." (107). Esta minuciosidad contrasta con el escueto comentario sobre la apertura del tórax: "continuamos nuestro examen, abriendo la cavidad torácica *en la forma común*" (108). El auge contemporáneo de la frenología y su estudio de las formas craneanas, que tanta difusión habían alcanzado en las preferencias populares, podría explicar quizá esta diferencia tan notable entre el detalle descriptivo de una y otra disección.

¹⁵⁵ Tampoco puede dejar de reconocerse aquí el eco de Edgar Allan Poe, uno de los autores más leídos en la época. *Cfr.* las referencias del clásico trabajo de John Englekirk, *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature* (New York: Columbia University Press, 1934).

rasgos anatómicos— que parece articular también un orden discursivo desde los saberes cotidianos a los saberes especializados. Mientras se informa sobre la ropa del cadáver, las acotaciones explicativas se limitan a los saberes compartidos por los diferentes miembros de la situación comunicativa. Las aclaraciones "vestido con una blusa color azul, como la que usan los marineros" o "una vaina de cuchillo (...) semejante a las que suele usar la gente de mar" ponen en evidencia que ciertos rasgos no requieren explicación alguna más allá de la apelación a los saberes comunes. En cambio, la descripción anatómica del cadáver requiere transacciones didácticas: respecto de "algunas ampollas llenas de serosidad sanguinolenta", se hace necesario explicar que son iguales a las "que se encuentra en los cadáveres en que ha comenzado la putrefacción". Se está, entonces, ante una interacción discursiva, en la cual se pueden detectar al menos tres categorías de participantes, en desiguales relaciones de poder y de control sobre la historia: por un lado, el paciente o las voces que lo representan; por otro, los médicos, y por último, el o los destinatarios del informe¹⁵⁶.

Los saberes y poderes de unos y otros se distancian irónicamente según avanza el informe. En los dos primeros párrafos se deja constancia de que se les ha ordenado a los médicos "practicar un reconocimiento en el cadáver de un individuo *a quien se cree ahogado*" y que "los peones del cementerio dijeron [que el cadáver era] el del sujeto que con la clasificación de *ahogado [sic]* fue remitido de la policía". El final de la trama puede comenzar a sospecharse: el

¹⁵⁶ En los informes publicados en *Tiempo perdido*, es necesario sumar al destinatario institucional de los informes médico-legales, el destinatario literario de la antología.

informe concluirá, cuatro páginas más tarde, "1° Que el individuo no murió ahogado..." y, en consecuencia, que las opiniones de los otros participantes en la interacción carecen de veracidad alguna, aunque, en un primer momento, puedan haber parecido verosímiles para los destinatarios del informe, en su doble articulación de jueces y de lectores. En estos recaerá, al fin, la decisión de ponderar lo verosímil y lo veraz, pues la conclusión pericial termina con la aclaración: "salvo mejor interpretación".

Tres relatos sobre una misma muerte articulan, entonces, el informe y organizan una trama plural, que entreteje códigos y paradigmas cognitivos disímiles, y reviste la escena anatómopatológica con el suspenso característico de las ficciones detectivescas. Hay un muerto, un cementerio, varias hipótesis sobre la muerte y la posibilidad de averiguar la verdad abriendo un cadáver.

Los artículos quinto y sexto lo abren —durante dos páginas— para la curiosidad médica y el espectáculo literario. Los peones del cementerio, junto al capitán y los marineros del buque, podrán corroborar cómo la anatomía patológica puede saber más sobre la vida y la muerte del ahogado que lo que ellos mismos han podido saber a través de su mirada. Aunque "descubierto el cráneo" sólo se pudo corroborar, en primera instancia, la veracidad de su propia palabra —todo era normal pero faltaban dos muelas en la mandíbula inferior y lado izquierdo, "falta de que habían hablado ya el capitán y los marineros"—; "abierto el cráneo", en cambio, comienza a corroborarse la hipótesis médica: la muerte fue determinada por "una congestión violenta, originada en los excesos hechos por el individuo y por su constitución apoplética".

Este diagnóstico, sin embargo, sólo podrá ser confirmado por las voces y saberes de los *otros*. Los reblandecimientos y licuefacciones observadas dependen, según la voz médica, de congestiones o derrames cerebrales, a menos que en vida se hayan comprobado síntomas similares. Es en este punto cuando se resuelve acudir al testimonio de los espectadores para avanzar en el diagnóstico: "resolvimos preguntar si dicho sujeto padecía de morosidades o torpeza intelectual y *habiéndose nos contestado negativamente*, continuamos nuestro examen". Más que la suma de los síntomas, según había enseñado Bichat, era necesario observar la concatenación de los fenómenos que conforman la enfermedad en el espesor de sus relaciones sistémicas. La descripción de los signos y de los síntomas debería ser indagada en la valoración contrastante entre unos y otros y en el balance entre dos o más posibilidades de diagnóstico. Para determinar que una congestión violenta pudo producir la muerte del individuo los médicos legistas necesitan sopesar también un dato que sólo puede ser aportado por los que han compartido su vida.

Esta ponderación y este balance entre alternativas disímiles, propuesto por la anatomía patológica de Bichat, habían provisto a los médicos de una estrategia diagnóstica que se convertiría en una de las matrices narrativas del relato clínico. Dada una constelación de signos y de síntomas y una serie de narraciones en torno de los mismos, el diagnóstico surge no ya de la unidad de la mirada clínica sino del sopesar las diferentes alternativas materiales y

simbólicas que configuran la patología¹⁵⁷. Y sólo los médicos que abren el cráneo pueden comprender la concatenación de los rasgos visibles con la invisibilidad del entramado fisiológico. La descripción médica, ha observado Foucault, no tiene por sentido poner lo oculto, o lo invisible, al alcance de los que no tienen acceso a ello; sino hacer hablar lo que todo el mundo ve sin verlo, a los únicos que estén iniciados en la verdadera palabra (1963: 166). En la escena de la autopsia todos ven —los lectores leen y ven— pero sólo unos podrán concatenar signos y síntomas en una explicación coherente que va de la muerte a la vida y de la vida a la muerte, tal como enseñara Bichat. Este discurso, tan omniscientemente científicista, está atravesado por su condición triplemente institucional: médica, legal y literaria.

En el informe, los médicos diseñan un espectáculo de divulgación de saberes especializados y, en la confrontación interactiva con los otros saberes articulados en la entrevista médica, la medicina legal negocia un espacio de legitimidad discursiva para su intervención en el campo social. En este sentido, la institución literaria —el *Tiempo perdido*— le ofrece a Wilde un ámbito privilegiado para la inclusión del informe como un género literario mucho antes de que fuera codificado como un documento de índole científica por los

¹⁵⁷ "In the case study, as opposed to the earlier mode of analysis, details provide the doctors with a web of possible connections, some spurious, some significant, that he must weave and unweave in order to make sense of the patient's illness. Merely accumulating details would be a waste of time, of course, if the physician had no epistemological guide to the pathways of illness within the body. Such a guide is provided by the new discipline of pathological anatomy, whose founder, Bichat, catalogues the various ways in which different «concatenations of phenomena» can lead to death, or more generally, to the onset of an illness." (Rothfield 1992: 33-4).

postulados criminológicos de Francisco de Veyga y José Ingenieros¹⁵⁸. El informe se suma a una antología que reúne cartas personales, artículos periodísticos y reseñas de espectáculos sin más concatenación que la práctica literaria misma. Mucho se ha escrito sobre el particular sentido de lo literario en Wilde. Noé Jitrik (1968), Sylvia Molloy (1974), Enrique Pezzoni (1986), David Viñas (1964), entre otros, contribuyeron a analizar diversos aspectos de esta problemática que oscila entre el fragmento, la diversión de *gentleman* o la apariencia de naturalidad.

Interesa aquí destacar la intención abiertamente provocativa de la inclusión de estos tres informes médico-legales en un texto marcadamente *literario* y en un contexto de debate público sobre la pertinencia de la intervención médica en el campo del delito. Si bien el primer texto conocido de medicina legal data de 1789¹⁵⁹, las discusiones sobre el asunto comenzaban a producirse en la ciudad de Buenos Aires junto a la publicación de *Tiempo*

¹⁵⁸ "En su estudio "De la prueba pericial y los peritos" [Francisco de] Veyga describió el avance de los médicos sobre los jueces mediante una práctica de la escritura, al señalar que la ley penal «exige que el informe facultativo de profesor de alguna ciencia se presente por escrito» (*Anales del Departamento Nacional de Higiene* [1897]: 551). Esta exigencia hizo de la práctica de la escritura una característica común de estos médicos forenses, practicantes de la medicina legal y productores de innumerables historias clínicas escritas, reescritas, publicadas, editadas y vueltas a publicar en innumerables procedimientos legales, libros, revistas y periódicos científicos. (...) esas historias tomaban la forma de documentos legales o «informes periciales» presentados por los médicos a los jueces; otras veces los médicos las reescribían y ordenaban taxonómicamente en libros y tratados de criminología o psiquiatría. Una de las semillas de esos textos eran los informes periciales. Vega notó que el artículo 342 del *Código de procedimientos criminales* mandaba que «el informe pericial comprenderá, si fuere posible: 1º Una descripción de la persona o cosa que deba ser objeto del mismo, en estado o del modo en que se hallare; 2º Una relación detallada de todas las operaciones practicadas por los peritos y su resultado; 3º Las conclusiones que en vista de tales datos formulen los peritos, conforme a los principios de la ciencia o el arte. (552)". (Salessi 1995: 128-9).

¹⁵⁹ F. M. Fodcré. *Les lois éclairées par les sciences physiques; ou traité de médecine-légale et d'hygiène publique*, 3 vols., Paris, 1789. Citado en Peset 1983: 81-88.

perdido. Emilio Coni había publicado, apenas dos años antes, un artículo en la *Revista Médico-Quirúrgica*, exponiendo la necesidad de formar médicos en esta novísima rama de la medicina:

El médico legista tiene entre nosotros un campo vasto para sus investigaciones; los suicidios, envenenamientos, homicidios y toda clase de crímenes y delitos se repiten con pasmosa frecuencia. De aquí resulta, que no faltarían los elementos necesarios para la adquisición de conocimientos prácticos. (Reproducido en Coni 1891: ix).

La literatura parece ofrecer entonces un público lector a un tipo de discurso, aún no formalizado y menos aún legitimado, ni en el ámbito jurídico ni en el ámbito médico, al mismo tiempo que codifica una impronta literaria que marcará la representación de los pacientes devenidos personajes.¹⁶⁰ La morosa descripción de la disección anatómica del cadáver en el "Informe relativo a una autopsia" prefigura, por ejemplo, algunos de los elementos de la escena más exitosa de *Irresponsable* de Manuel T. Podestá, la autopsia en el anfiteatro:

Ir al anfiteatro en día de clase, cuando se abren los cadáveres y se extraen las vísceras arrolladas a la muñeca, o se hunde la mano en la cavidad abdominal, entre la sangre negra, coagulada, para ir a desprender un riñón o cualquier otro órgano; presenciar ese espectáculo, verlo de cerca, aspirar esos malos olores, tocar con la punta del dedo una parte cualquiera del muerto, era para los profanos una proeza que bien equivalía a la que referían otros, de haber pasado a media noche por el cementerio, sin pestañear, o hacer apuestas de penetrar en él sin el más mínimo temor de los muertos... (Podestá 1889: 39)

En el clima de estudiantina festiva que caracteriza los primeros capítulos

¹⁶⁰ En 1879, Benigno Lugones propone: "seremos como el cirujano que revuelve su mano en la inmundicia de la carne putrefacta y se inclina sobre la úlcera pestífera para estudiarlas profundamente. El naturalismo será la anatomía moral y patológica de la vida social: habrá olor a cadáver, efluvios asquerosos, emanaciones repugnantes, veremos caminar el gusano y derramarse las colcecciones purulentas..." (*La*

de *Irresponsable*, no sorprende la alusión al informe del maestro¹⁶¹. Wilde era profesor de Medicina Legal y Toxicología en la misma época en que Podestá estudiaba medicina junto con J. M. Ramos Mejía y Luis Güemes, entre otros. El anecdotario estudiantil enlaza los informes de autopsias con el espectáculo de las vísceras y los malos olores del anfiteatro, los cementerios y los coágulos sanguíneos, en una narración que evoca el discurso médico producido en el *tiempo perdido*¹⁶² y pone en evidencia la persistencia de las matrices médicas en la configuración de la novela realista.

También los otros dos informes sobre enfermedades mentales —quizá todavía más que el de la autopsia— prefiguran imágenes y mecanismos discursivos que atravesarán la literatura posterior. El "Informe médico legal sobre el estado mental de un individuo" y el "Informe médico legal sobre el estado mental de una señora" siguen la estructura establecida en el informe anterior: un párrafo introductorio encuadra institucionalmente el informe pericial que se va a emitir; una extensa y detallada descripción de los pormenores de la patología y una breve deducción final sobre lo antes expuesto.

Nación, 16 de noviembre de 1879. Reproducido en Frugoni de Fritzsche 1966: 13).

¹⁶¹ Ya el comentario de Juan Coustau publicado unos meses después de la aparición de *Irresponsable* rescataba esta familiaridad de estilos: "... la obra del Sr. Podestá son brillantes páginas literarias, descripciones animadísimas, en que se recuerda el mismo estilo con que el Dr. Eduardo Wilde nos revelaba las escenas interesantes del Club del Esqueleto...". "La antropología en la novela. A propósito de *Irresponsable*". *La Nación*, 1 de febrero de 1890: 1.

¹⁶² *Cfr.* el comentario de J. M. Ramos Mejía en oportunidad de la publicación de *Irresponsable*: "Esc primer capítulo suyo (...) Ha sido para mí una verdadera y mágica restauración de aquella época feliz en que el dolor y las amarguras de un examen eran usurariamente compensados por doscientas rabonas en el Pasco Colón...". *La Nación*, 31 de enero de 1890: 1.

Como en el otro informe, también el diagnóstico surge del diálogo plural entre varias voces entramadas en el texto: la de los pacientes, en primer lugar; la de los que lo conocen o han conocido antes; la de los médicos que firman el informe —Mallo y Wilde¹⁶³, en el primero; Rosendi y Wilde, en el segundo—; las de las teorías que disputaban la definición de la locura en la época y que son aludidos o referidos en el texto en forma más o menos explícita una y otra vez y, específicamente en el informe sobre el estado mental del individuo, la de los médicos que prepararon un informe anterior y la de los que lo alojaron, en tres oportunidades, en el hospital San Buenaventura¹⁶⁴.

En los dos informes los pacientes, obviamente, viven. El espectáculo de la muerte es reemplazado entonces por el espectáculo de la locura que no tenía, en la época, menos éxito de público que el anterior. "Authors, journalists, leading actors and actresses, fashionable demimondaines, all full of morbid curiosity" presenciaban —según la memoria de un testigo presencial— las clases del célebre Charcot en la Salpêtrière¹⁶⁵. En Buenos Aires, la locura comenzaba también a perfilarse como objeto de discurso y de intervención médica y legal.

¹⁶³ Pedro Mallo se había doctorado en medicina en 1864 con una tesis sobre *Enajenación mental* pero era Profesor Sustituto de la cátedra de Higiene Pública y Privada que ocupaba Guillermo Rawson. Cabe recordar entonces la estrecha relación establecida entre higiene y alienismo analizada por Vezzetti (1985: 23-50). Más detalles sobre las actividades profesionales de Pedro Mallo aparecen en Cirio (1943: 159-179).

¹⁶⁴ El Hospicio de La Buenaventura fue denominado más tarde Hospicio de Las Mercedes [hoy Hospital Borda]. (Rovaletti 1985: 281-2). "Las estadísticas de [Lucio] Meléndez y [Emilio] Coni muestran que en el período abarcado (1864-1878) sólo un porcentaje reducido (menor del 10% algo superior en las mujeres) sufre internaciones prolongadas. El manicomio parece ser más bien un lugar de paso; y tampoco es grande el número de reinternaciones: de las más de dos mil mujeres que pasan por el asilo sólo un centenar se internan más de dos veces". (Vezzetti 1985: 47).

¹⁶⁵ A. Munthe, *The Story of San Michele*, 1929 (New York: Dutton, 1932). Citado en Vrettos 1995: 6.

Si bien existía el antecedente precursor de la *Disertación sobre manía aguda* de Diego Alcorta, de 1827, o el de la *Enajenación mental* de Pedro Mallo de 1864, es a partir de la década del setenta cuando, junto con el desarrollo de la medicina legal, se concentran los abordajes más significativos sobre el tema. En apenas cuatro años, de 1876 a 1880, Pedro Giraud presenta una tesis sobre *Causas de la enajenación mental*, Samuel Gache publica *La locura en Buenos Aires*, Gregorio Figueroa presenta su tesis sobre *Medicina legal de la locura*, Norberto Maligioni, una sobre *Los manicomios* y Lucio Meléndez y Emilio Coni dan a conocer sus famosas *Consideraciones sobre la estadística de la enajenación mental en la Provincia de Buenos Aires*.

En cuanto los informes publicados en *Tiempo perdido* habían sido escritos entre 1871 y 1872, se hace evidente el carácter precursor de las operaciones conceptuales por las cuales se intenta configurar un objeto todavía inexistente, así como la originalidad de los mecanismos discursivos puestos en funcionamiento. "Decir que un individuo es loco —dicen Mallo y Wilde— es la cosa más fácil del mundo; probarlo, es sumamente difícil; por eso V. S. no debe extrañar el tiempo que nos hemos tomado para informar acerca del estado mental del individuo en cuestión." ([1878] 1984: 113).

Por esta razón, el énfasis de la argumentación pericial estará puesto en la distinción entre "los que se simulan locos y los que lo son en realidad", asunto que sería uno de los tópicos más persistentes en la serie médico criminológica que va de Ramos Mejía a Ingenieros. "Un loco real guarda cierta lógica en sus actos, aunque ella no sea sostenida. Un falso loco cree que los locos deben

decirlo todo y hacerlo todo, sin ilación y de un modo contrario *siempre* [sic] a lo que ejecutan los cuerdos y, procediendo así, descubren con esa misma lógica especial, la lógica que quieren ocultar". (115). El uso adecuado de la entrevista permite, según estos médicos, establecer la distinción¹⁶⁶.

En el informe posterior sobre la enfermedad de la señora, tuvieron también que averiguar "si la señora N. *fingía* [sic] estar poseída de falsas ideas o *estaba realmente convencida* de que se trataba de asesinarla y de que era reina de España" (120). La necesidad de distinguir entre locura y simulación coloca a los médicos ante el problema del discurso y, por esta razón, las estrategias de narrativización y ficcionalización, puestas en juego en la entrevista, aparecen en el centro del diagnóstico. La distinción entre lo verídico y lo verosímil requiere la decodificación pertinaz de los índices y modalizadores de la enunciación y del enunciado, de las pautas retóricas y estilísticas que otorgan al discurso del loco la lógica disociada, que intentan explicar Wilde y Rosendi. La verosimilitud de lo enunciado sólo pondrá en evidencia la necesidad de avanzar en el análisis del discurso de modo tal de evitar el engaño del simulador y detectar las fisuras del delirio en la coherencia aparente¹⁶⁷. En la primera entrevista, "ella habló largo rato con nosotros, como hablan las

¹⁶⁶ "Para conseguir de algunos locos un discurso entero y cuerdo, es necesario llevarlos por medio de preguntas encadenadas como por una rielera de buen sentido, pues mucho será que en dejándolos en libertad de hablar, concluyan su período sin entrar en el dominio de su manía." (Wilde [1878] 1984: 122).

¹⁶⁷ "Los relatos de esta señora tienen un tinte tan manifiesto de verdad, que por sí solos podían ser tomados como la historia exacta de su vida y nosotros [Eduardo Wilde y Pedro Rosendi], que pudimos considerarlos así, hemos reforzado nuestra convicción con los informes recogidos en otra fuente, que concuerdan perfectamente con los datos que suministra la señora N." (Wilde [1878] 1984: 120).

personas sanas", pero la confianza con que habló de su vida privada puso a los médicos frente a un primer dilema. En cuanto "todas las mujeres en desgracia son imprudentes y no hay pobre que no cuente sus cuitas..." (121), ¿cómo distinguir en esta confianza un síntoma de patología? Quizá no fuera "más que un acto de mujer pobre y desgraciada" (121). Un cruce entre discurso femenino, locura y pobreza, que prefigura una multiplicidad de imágenes literarias de mujeres nativas o inmigrantes, recluidas por la pobreza en los hospicios, contrapuestas a una mayoría, no menos representativa de histéricas de clase alta, que pueblan las ficciones de la época. El problema del diagnóstico médico reside en que esta pobre nativa, desgraciada tras su casamiento con un inmigrante "de costumbres diversas", relata ciertos asuntos "como tiene costumbre de hacerlo muchas mujeres" (122), de modo tal que los médicos confiesan su incompetencia para determinar lo normal o lo patológico en el discurso femenino. Dada la imposibilidad de distinguir las frases y palabras que indican un trastorno funcional entre las que aparecen "mezcladas con frases y palabras de buen juicio", acuden a dos índices nosográficos que consideran fiables: la falta de apetito y la falta de sueño, "dos cosas que no son compatibles con la vida en sujetos sanos" (123) y determinan que la señora "tiene su *sistema nervioso* en estado manifiestamente anormal" (124). Esta es la única vez en todo el informe sobre el estado mental de una señora, en que los médicos aluden a un órgano corporal en relación con la enfermedad, considerada de orden eminentemente moral¹⁶⁸. La señora "comenzó a sufrir moral y materialmente

en su matrimonio", a causa del "artesano extranjero" con el que se casó, siendo ella "hija del país". Su esposo, "artesano *de costumbres diversas a las de ella*" es el desencadenante de la enfermedad. Se observa así una conjunción de elementos que prefiguran la imagen del *inmigrante nocivo* que capturaría gran parte de las narraciones de las décadas siguientes: una diferencia étnica, nacional y cultural genera una incompatibilidad de costumbres "concluyendo por declararse en ella una manía que hizo necesario su encierro". Si bien es cierto que la infidelidad del italiano contribuye a generar el cuadro patológico de su mujer, los médicos enfatizan que son las exigencias del artesano para que ella trabaje, "conchabándose y ayudándole a ganar dinero o ganándola ella sola para cedérselo a él" las que completan el caso de incompatibilidad *moral* que desencadena la *manía melancólica* —"a menos que una ficción diestramente verificada nos haga equivocar" (124)—¹⁶⁹.

En el otro informe, lo moral no sólo dilata "el tiempo que nos hemos tomado para informar acerca del estado mental del individuo en cuestión", sino que avala la multiplicidad de escenarios, indicios e informantes que permiten a los médicos detectar lo anormal en el extenso repertorio cotidiano de lo normal. Esto implica reconstruir la vida del paciente en sus rasgos más nimios

¹⁶⁸ Hugo Vezzetti ha extendido esta consideración a la mayor parte del discurso psiquiátrico de la época: "Pese a que en la teoría médica la herencia fuese postulada como la causa principal de la locura, las *causas morales* tienden a predominar en la comprensión." (1985: 58)

¹⁶⁹ Una historia muy similar generará, en 1884, la trama de *¿Inocentes o culpables?* de Antonio Argerich, un texto también "en los límites que permite el romance realista moderno" ([1884] 1984: 9).

—vivienda, alimentación, hábitos de sueño o hábitos sexuales—, pero también en su espesor histórico —orígenes, disposiciones, trayectoria, etc.—. Es así como se van entramando numerosos discursos referidos que confieren verosimilitud a la historia clínica del individuo a la vez que acercan el informe pericial a un relato pleno de detalles, indicios e imágenes literarias que organizan una trama de suspenso en torno de la definición del diagnóstico¹⁷⁰.

El cuarto del individuo, por ejemplo, es objeto de una descripción que excede los requerimientos de un informe pericial y enlaza metonímicamente la vivienda con el paciente. "El aspecto interior del cuarto es verdaderamente nauseabundo". Armarios, mesas, tablas, sillas, bancos se enumeran pericialmente hasta llegar al detalle revelador de la intriga. Es entonces cuando el texto se abre más allá de la descripción minuciosa y enfatiza: "sobre una mesa que se pierde bajo los objetos que la cubren, figura una falange de damajuanas y botellas, algunas de las cuales han servido de candelero". El detalle deviene indicio. Varias páginas después se concluirá que el individuo padece un delirio crónico producido por la ingestión de bebidas fermentadas. Sin embargo, muchos otros indicios, que fueron sosteniendo la trama de suspenso a lo largo del informe, habrán de ser desvirtuados por esta conclusión.

En su retrato se había consignado, por ejemplo, que "su fisonomía es simpática, dulce, pálida, envejecida prematuramente, llena de surcos que

¹⁷⁰ Hugo Vezzetti ha destacado, por ejemplo, el uso de la ironía en el informe: "La ironía de Wilde da al informe [*Informe sobre el estado mental de un individuo*] un tono más bien insólito para el estilo forense: «...oye y ve bien lo que existe y además lo que no existe y sus oídos y sus ojos funcionarían perfectamente, si no condujeran a N.N. a oír sonidos que no hay y ver cuerpos que no están»." (1985: 140).

muestran padecimientos reales de otra época", pero ningún padecimiento real podrá ser comprobado finalmente en su historia de vida. Tampoco cierto "cuidado de este sujeto en evitar el curso de las conversaciones sobre mujeres", que podrían ser "indicios de una afición a los placeres solitarios de Onán", será recuperado en el diagnóstico posterior¹⁷¹.

El lector —del informe pericial y del informe literario— participa, en consecuencia, en una de las actividades nucleares de la práctica médica: el sopesar y ponderar signos y síntomas veraces y falsos, verdaderos y ficticios, verosímiles e inverosímiles en la configuración narrativa de la enfermedad. Si se considera que, según declaración de los firmantes, "Cuanto hemos observado y deducido será consignado en este informe, atendiendo más a la unidad y orden de las apreciaciones, que a la cronología de los sucesos" parece evidente que la profusión de indicios falsos contribuye más al interés narrativo que a la finalidad pericial y que, al menos en estos textos iniciales, la distinción entre narración médica y narración literaria aparece muy difusa. Consolidado el campo intelectual, en 1923, la segunda edición de *Tiempo perdido*, incluirá, en cambio, un subtítulo que advierte sobre la inclusión de *Trabajos médicos y literarios*.

¹⁷¹ Peter Gay ha rastreado las numerosas referencias al *onanismo* en la literatura europea del mismo período. ([1984] 1992, I: 274-294).

Anécdotas y *casos*

En el caso que se divulga, es decir, en la tercera de las narraciones implicadas en la configuración de un caso clínico, se acentúan en general las características señaladas en estos informes médicos legales. La historia de la enfermedad del paciente es construida a partir de la historia de su vida, tal como fue presentada en la entrevista inicial y de los discursos referidos que pudieron recogerse y el médico asume la autoridad de la trama, que otorga un orden narrativo a la dispersión de los síntomas y a la ficcionalización de la historia. Pero el caso —a diferencia del informe médico-legal— no recibe su impulso primario de institución alguna, sino del afán de divulgación de una experiencia surgida del anecdotario personal¹⁷². Es por esta razón que el sujeto de la enunciación está en el núcleo del género. El caso se vincula, por una parte, con la curiosidad del médico que detecta una anécdota interesante entre la infinidad de informes e historias clínicas escritas ante el requerimiento hospitalario o jurídico, y, por otra parte, con el horizonte de expectativas científicas de la época, en cuyo marco una historia clínica puede ser considerada un caso¹⁷³.

¹⁷² Montgomery Hunter ha dedicado todo un capítulo de su libro sobre la narración médica al uso de la anécdota incluso en la medicina contemporánea: "There was this One Guy...": Anecdotes in Medicine". (1991: 69-82).

¹⁷³ Las diferencias entre informe y caso aparecen nitidamente expresada en la introducción al volumen de historias clínicas registradas por Manuel T. Podestá en el Hospital Italiano de Buenos Aires: "Tratandosi dell'Ospedale Italiano e volendosi occupare di ogni particolare, ci sarebbe da scrivere un grosso volume. La materia si presta e gli elementi vengono forniti dal movimento giornaliero degli infermi che ottengono un posto nelle Sale, o che si presentano alle visita del Consultorio. Il numero e la varietà dei casi,

Los casos consignados por José M. Ramos Mejía en su tesis para el doctorado (1879) ponen de manifiesto esta particular configuración anecdótica. En el capítulo II dedicado a los "Accidentes primitivos del traumatismo", por ejemplo, acota:

Conozco varios casos: (...) Uno de ellos es una niña de cuatro o cinco años, *hija de un conocido comerciante de Buenos Aires*, (...) El otro es un joven que actualmente tendrá veinte y cuatro años, *miembro de una familia muy respetable de Buenos Aires*, (...) y hoy que es cuando yo he podido observarlo con frecuencia, *por las relaciones que tengo con su familia*, su debilidad de espíritu, aunque está muy lejos de ser la de un demente, es sin embargo, bastante visible. (Ramos Mejía 1879: 53-4. El énfasis es nuestro).

Estos casos, incluidos en una tesis avalada por Eduardo Wilde y presentada tan sólo un año después de su *Tiempo perdido*, muestran hasta qué punto la experiencia personal puede incidir en la configuración del caso clínico. Si bien tanto el informe como el caso narran historias de salud y enfermedad, es notorio en la tesis de Ramos Mejía cómo sus observaciones parecen estar ligadas más a su condición de joven de *familia respetable* que a su posición en el campo médico, que era ya por entonces muy importante¹⁷⁴. Es decir, cómo están ligadas a un origen más que a una práctica. Las "vacaciones del año pasado" le sirven para consignar dos observaciones sobre accidentes secundarios y sus recuerdos aportan anécdotas sobre el accidente de un obrero

che la diagnosi di poche infermità, le quali, per avere una speciale importanza clinica, stimai fossero meritevoli di essere consegnate in queste poche pagine..." (*Memorie e cenni clinici* 1884: 1).

¹⁷⁴ Ramos Mejía, "un hijo de entre los selectos que pujan por un lugar relevante en la sociedad que sienten como propia" (Clementi 1985: 389), había fundado el Círculo Médico Argentino en 1873 y, antes de presentar su tesis de doctorado, había publicado ya *Tratamiento de la jaqueca* y la primera parte de *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (Alfieri 1987: 98).

del ferrocarril del Oeste y sobre la patología del capataz de la estancia "de los señores Herrera"¹⁷⁵. Es decir, la posición social parece incidir en el hallazgo y la configuración de los casos.

Los apuntados como ilustración de las "pequeñas neurosis" —en *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*— desplazan la identificación de la anécdota individual hacia la historia argentina, articulando, también, la narración de un caso con la tarea del grupo ilustrado de construir una historia para la nación en ciernes:

Otra pequeña neurosis, que por su olímpica magnitud aparente, sus proporciones ampulosas y sus grandes efectos, bien podría llamarse la gran neurosis de Rivadavia, era la exageración que tenía este ilustre estadista de la noción de su personalidad psíquica (...) y que tal vez provenía de la exuberancia con que se hacía en su cerebro la irrigación sanguínea(?) [*sic*]. Rivadavia era un tanto plétórico, de cuello apoplético... (1878-1882: 432-433)

Casos de "pequeñas neurosis" como el de Rivadavia se insertan en la versión biológica de la historia nacional construida por Ramos Mejía, quien, desde el horizonte de legitimidad establecido por su condición de médico patricio, emprende la tarea de re-ordenar científicamente la historia argentina, desde "la colonia y el virreinato hasta nuestros días" ([1899] 1952: 47). Historia que distingue entre organismos aptos y organismos nocivos para la sociedad, y organiza una narración sobre el pasado, en la que se distinguen seres normales y anormales, héroes y neuróticos, a través de la misma estrategia narrativa con la que relevaría los accidentes cerebrales ocurridos entre la familia

¹⁷⁵ Cfr. Ramos Mejía 1879: 47, 76, 130.

de sus amigos, o entre los sirvientes de los miembros de su grupo y de su clase¹⁷⁶.

En *Las Ptomainas*, tesis para el doctorado presentada, en la Universidad de Buenos Aires, por Francisco A. Sicardi en 1883, aparece también otra versión de lo anecdótico. Algunos de los casos consignados como prueba de la tesis no dependen ya de la experiencia sino de la imaginación del autor: son explícitamente ficticios. Una vez explicada la aparición de los alcaloides en todo proceso de putrefacción, el lector es convocado a imaginar, a través de algunos casos posibles, a qué errores podría haberse llegado sin el descubrimiento de las ptomainas:

Supóngase, por ejemplo, una muerte violenta antes de los descubrimientos de Selmi. El hombre en apariencia vigoroso es sobrecogido repentinamente por tremendos síntomas: son vómitos atroces, dolores violentos (...) luego la rigidez y la asfixia o desde el principio el letargo profundo y la muerte. Alrededor del cadáver y después de sepultado, los comentarios. Con los comentarios la sospecha sin base, la intriga rastreadora, cavilaciones de espíritus perversos, el chisme cobarde, con un desenlace digno de semejantes infamias: la calumnia. La palabra veneno es pronunciada primero con mucho sigilo, con muchos ambages, como al oído, como hace quien confía un secreto, y luego el vilipendio para el inocente y la ignominia. Mas tarde la larga soledad de la cárcel... (1883: 41-2)

El verosímil de un texto que por las condiciones inherentes a su producción y recepción —tesis para el doctorado— pretende ostentar la voz de

¹⁷⁶ Benigno Trigo ha señalado en un estudio reciente las fisuras ideológicas de este proyecto de Ramos Mejía que apela, paradójicamente, a las figuras del discurso religioso como instrumento de comprensión positivista de la enfermedad (1997: 8-12). Cabría recordar que contradicciones similares atraviesan también el pensamiento europeo. Daniel Pick señala al respecto: "Although, of course, there was to be a powerful relation between 'science' and anti-clericalism in the decades which followed under the Third Republic [en Francia], it was significant that B.A. Morel who had first elaborated the theory of hereditary degeneration in the 1850s professed himself to be a devout Catholic." (1989: 132).

la verdad, podría verse afectado por esta incorporación de elementos ficticios, si no se tomase en cuenta la condición de construcción, intrínseca a la narración de un caso. La estrategia de Sicardi que, ante la ausencia de observaciones clínicas que pudieran constituirse en casos, convoca al lector a imaginarlos, lleva al extremo este carácter constructivo y ficcional del caso clínico. La voz del emisor, que intenta persuadir sobre la linealidad unívoca de la tesis sustentada, se ve avalada por la construcción de un ejemplo ficcional que enriquece la trama significativa de la tesis propuesta. Esto demuestra que, como ha señalado Athena Vrettos, "The most seemingly objective case history is still a form of narrative, a verbal fiction that recreated the diseased body in the process of diagnosing the causes of its symptoms" (1995: 8). De ahí que la historia clínica de los pacientes, narrativizada en el caso, se acerque a la historia de las motivaciones de los personajes en la novela realista. Cesare Segre ha señalado, precisamente, que la motivación es el elemento que distingue una narración clínica de una narración novelesca. En una novela —dice Segre— las acciones del personaje articulan la trama; en un caso clínico, en cambio, las acciones ya fueron cumplidas con anterioridad al inicio de la narración y la trama, en consecuencia, surge de la valoración de los motivos orgánicos o psíquicos —*morales* dirían Güemes o Wilde— que explican y justifican esas acciones¹⁷⁷. Estos motivos están enmarcados en normas cognitivas diversas que

¹⁷⁷ "In un caso clinico (...) È il paziente che, sottoponendosi alla cura, si candida a personaggio; in piú, le azioni, che in prevalenza sono state già compiute (...) sono soprattutto indizi su cui ricostruire le motivazioni. Le motivazioni dominano dunque un caso clinico, mentre sono di solito le azioni a costituire il romanzo." (Segre 1984: 120).

son comparadas, cotejadas y evaluadas en la narración de la historia y, más específicamente, del caso clínico.

En efecto, la discusión y consecuente ponderación de saberes parece estar en el origen de la forma *caso* ya que, según Jolles, "su verdadero sentido está en la actividad mental que se representa el mundo como algo que puede juzgarse y valorarse según normas, no sólo las acciones se miden por normas, sino que trascendiendo todo ello, se valora progresivamente norma contra norma" ([1930] 1971: 164) y esto diferencia el *caso* del *exemplum* a pesar de su matriz narrativa común. Si bien ambos comparten el mismo impulso didáctico, en el *exemplum* prima la interpretación unívoca de la historia, de acuerdo con el contexto doctrinario que la rodea. Ya se trate de una parábola bíblica o de una fábula, las narraciones didáctico-ejemplares proponen, de un modo más o menos evidente, su propia interpretación, que fija el sentido del relato y trata de eliminar la posibilidad de múltiples interpretaciones o significados¹⁷⁸. El caso, en cambio, presenta y contrasta diferentes posibilidades de interpretación y es la evaluación de estas posibilidades lo que define su estructura narrativa: "Aquello que en el todo se nos presenta como la parte contradictoria, manifiesta el verdadero sentido del *caso*" (Jolles [1930] 1971: 164).

¹⁷⁸ El origen de la función ejemplar ha sido rastreado por Susan Rubin Suleiman hasta la parábola bíblica. De acuerdo con su análisis, el modelo ejemplar está organizado en tres niveles jerárquicamente relacionados: el narrativo, el interpretativo, y el pragmático. A cada nivel corresponde un tipo específico de discurso: el discurso narrativo cuenta una historia; el interpretativo comenta la historia para exponer su significado, y el discurso pragmático deriva de tal significado la regla de acción (1983: 35). Esta estructura primaria permite inferir, con variaciones y complicaciones múltiples, la relación existente entre modos aparentemente tan diversos como la parábola, la fábula, la novela de aprendizaje y la novela de tesis, que Suleiman llama *authoritarian fiction* y, en su versión tradicional, es conocida por *roman à thèse*.

La oposición entre dos o más reglas o normas ha sido una de las condiciones originarias de la casuística religiosa, antecedente reconocido de la casuística clínica desarrollada a partir del siglo dieciocho:

Clinical casuistry, like the casuistry of early modern theology and that of our legal system, is the comparative analysis of a particular case with all its special circumstances in an effort to relate that case reliably to a system of received principles. (Montgomery Hunter 1991: 30).

A partir del desarrollo de la anatomía patológica de Bichat, esta matriz ancestral se recupera en la nueva versión del caso tradicional. Mientras que en un caso religioso se proponía un dilema ético o moral¹⁷⁹, en un caso clínico se propone un dilema científico a partir de las diferentes interpretaciones de lo patológico, de lo anormal, del desvío que pone en juego el sujeto de la enunciación. Experiencia personal y práctica profesional parecen unirse finalmente. La primera determina la anécdota que impulsa inicialmente la narración del caso, pero es la segunda la que determina la selección de la anécdota que provoca un dilema al pensamiento científico de la época. Entre anécdota y dilema, el caso se constituye en el acto mismo del balanceo de las normas en conflicto.

¹⁷⁹ "A case of conscience is in its strictest from the posing of a moral or ethical dilemma. The dilemma arises when two rules, laws, or maxims come into conflict as a individual attempts to determine the proper action. In order to resolve the conflict, one rule must outweigh in importance, primacy, or relevance the other." (Houle 1991: 110).

Curiosas observaciones de hermafroditismo

En "Un caso de hermafroditismo", publicado por Manuel T. Podestá en los *Anales del Círculo Médico Argentino* en 1887, un narrador médico enmarca el caso clínico con una exposición preliminar sobre los antecedentes bibliográficos del hermafroditismo, no sin antes consignar que:

Figuran en los tratados de medicina legal (...) algunas observaciones curiosas de hermafroditismo; pero ninguna en nuestro concepto, tan interesante como la que nos permitimos ofrecer hoy al lector.(43)¹⁸⁰

A partir de esta primera diferenciación de la "observación curiosa" que se "ofrece hoy al lector" de entre la multiplicidad de los casos posibles, se presenta la historia de una enferma en tanto historia de lo ocurrido en la situación de entrevista entre la paciente y el médico narrador y la historia de vida que a partir de esta entrevista el equipo médico se considera en condiciones de interpretar. Después del deíctico "He aquí su historia"(44), el lector competente en la lectura de informes médicos¹⁸¹, esperaría en primer lugar los datos personales del enfermo y, en segundo lugar, la narración de la patología, es decir, la historia clínica. Los datos de la paciente se consignan tal como en el informe tradicional, pero desplazados por la teatralización inicial de la entrevista: "Presentóse una mañana al consultorio en el Hospital Italiano, la

¹⁸⁰ Una copia de la publicación original figura como Anexo II de esta Tesis.

¹⁸¹ Parece evidente que médicos y estudiantes de medicina debieron de haber constituido la mayor parte del público lector de los *Anales del Círculo Médico Argentino*.

mujer enferma María... de 34 años de edad, italiana temperamento sanguíneo, constitución fuerte, estatura mediana. Al fijar en ella nuestra mirada..." (44)¹⁸².

Y la narración de la patología es diferida por la narración de la situación de entrevista que se constituye a lo largo del artículo como el núcleo generador de la narración médica: "La invitamos a sentarse y empezamos el interrogatorio" (44)¹⁸³. Se reproduce entonces, parcialmente, el diálogo mantenido con la enferma dentro de un marco de acotaciones interpretativas de los observadores médicos no sobre la patología sino sobre los aspectos contextuales de la entrevista¹⁸⁴. Al seme de lo curioso, mencionado desde el inicio de la exposición médica, se une luego el del misterio que induce a un tipo de observación que se liga más al estudio de un personaje ficticio que al de un caso clínico:

Cerramos todas las puertas, dimos orden al enfermero de servicio para que impidiese la entrada y nos preparamos más que a observar a una enferma a descifrar uno de estos tantos enigmas que encuentra el médico a cada paso. (46)

La gradación ascendente de la narración va guiando al lector no tanto hacia la observación de un paciente sino hacia el desciframiento del enigma propuesto. El efecto de suspenso producido por el lapso narrativo que media

¹⁸² El tópico de la mirada médica—descripto, entre otros estudios, en Foucault (1963) y Hamon (1991)— aparece en reiteradas oportunidades en el *corpus* de textos que analizamos.

¹⁸³ Per Máscide ha analizado la incidencia de los aspectos ceremoniales en la situación de entrevista médica: "By emphasizing the ceremonial aspect, social control may be efficiently exercised. Regulation of the structure fo social interaction is probably a basic element of social control—at least on the interactional level." (Máscide 1987: 76).

¹⁸⁴ "Al preguntarle si era casada para anotarlo en el libro de registro, la enferma inclinó la cabeza y toda confusa nos contestó afirmativamente, agregando que hacía varios años pero que no había tenido familia. Al referirnos estos casos, lo hacía con cierto aire de desconfianza y como si nuestras preguntas, le hicieran el efecto de una curiosidad imprudente"(Podestá 1887: 44).

entre la anticipación "He aquí su historia"(44) y el comienzo de la descripción clínica de la patología "Era un caso de hermafroditismo típico"(46), aporta elementos para la lectura ficcional del texto¹⁸⁵ puesto que en ese lapso se suspende la curiosidad científica propuesta por el párrafo introductorio y se incorporan elementos semiológicos sobre el personaje en un marco de teatralidad:

Escuchábamos atentamente la relación de la enferma cuando de improviso, nos dice, poniéndose de pie —deme la receta doctor, yo quiero irme. (45).

Por otra parte, María N. reúne los dos atributos caracterizadores del personaje naturalista: la enfermedad y la ignorancia. "Ser anómalo"(48), convive en un "tálamo monstruoso"(44), su deseo de ser mujer "ha quedado pervertido por su ignorancia y por la desviación que ha sufrido todo su organismo moral"(49). La historia avanza a través de su caracterización que excede, por cierto, la norma de uso en los informes médicos, y organiza la intriga mediante la precisa dosificación de los caracteres que se le atribuyen. Las aseveraciones "Era un caso de hermafroditismo típico"(46) y "No había duda; se trataba de un caso típico de hermafroditismo masculino"(47), encierran los escasos ocho párrafos tipográficos que, siguiendo el modelo del informe tradicional, describen el caso clínico que confronta la voz de la ciencia con la interpretación mágica del caso:

¹⁸⁵ *Cfr.* la gradación narrativa del siguiente párrafo: "Colocamos á nuestra enferma en una posición adecuada y al levantar los vestidos con el propósito de investigar el estado de los órganos genitales, asiento de todos sus padecimientos, tuvimos que vencer nuevas resistencias, súplicas y protestas, por último, la enferma misma los puso al descubierto [...] Era un caso de hermafroditismo típico" (46).

*... Antes yo no he sido así, una bruja de mi tierra se ha vengado en mí por ofensas que recibió de mi familia pero yo no tengo la culpa*¹⁸⁶.

Era un caso de hermafroditismo típico.

Yo era una niña, continuó, cuando esa mala mujer, tuvo la maldad de hacerme este daño y nos señalaba sus órganos genitales, en los que aparecía en primera línea un pene bastante voluminoso arrancando de dos repliegues (...) En la cara inferior del pene se encontraba el agujero uretral al nivel de la boca del glande—un verdadero hipospadias. A ambos lados de la región perineal... (47)

La oposición entre dos interpretaciones de la misma alteración anatómica opone dos tipos de lógicas narrativas enmarcadas en esquemas cognitivos opuestos. El caso presentado no es, entonces, el caso de patología clínica sino el caso de patología social. A pesar de que, según el invocado profesor Ambroise Tardieu¹⁸⁷, la conducta no tiene importancia en la definición del hermafroditismo, la narración registra, paradójicamente, los datos de vida de la paciente que pueden ser justificativos de su situación matrimonial, no de su enfermedad. En disonancia con los postulados biólogos de Tardieu, respecto de la identificación sexual, Podestá presenta un caso cuya anormalidad no reside en los órganos genitales, sino en la posición social adoptada por este hombre/mujer. En los casos descriptos por Tardieu "se trataba generalmente de mujeres, en las que los órganos de la generación presentaban ciertas particularidades o anomalías que permitían *por un momento* la confusión del sexo" (42). Aunque estas anomalías sirvieran a "instintos depravados", no cambiaban

¹⁸⁶ En letra itálica en el original.

¹⁸⁷ *Cfr.* el inicio de "Un caso de hermafroditismo": "Figuran en los tratados de medicina legal y particularmente en las obras interesantes del profesor Tardieu, algunas observaciones curiosas de

en nada "las condiciones sobre las cuales se funda la distinción de los sexos", condiciones eminentemente biológicas en el pensamiento de Tardieu¹⁸⁸. El caso de hermafroditismo interpretado por Podestá, en cambio, no está centrado en los aspectos sexuales sino en el contexto sociocultural en el cual "un ser, que tiene más atributos de hombre que de mujer y que ha contraído matrimonio en carácter de tal" pueda vivir "de esta manera hace algunos años sin que la más ligera sombra altere la paz de ese tálamo monstruoso" (44)¹⁸⁹. Lo curioso no parece ser el caso de hermafroditismo abordado desde la clínica, sino el caso de una mujer, italiana, cuyo matrimonio no se adecua a la norma vigente. Un ser anómalo desde el punto de vista de la medicina legal.

Narración, enfermedad y *moral* confluyen en la definición de este caso. La actividad narrativa confiere un orden, una coherencia, un sentido al desorden de los signos patológicos visibles en la salud, la moral y la sociedad en la medida en que el médico, quien busca legitimar su posición en el campo intelectual como el poseedor de la observación y del diagnóstico, mirada

hermafroditismo..." (Podestá 1887: 42).

¹⁸⁸ "La cuestión del sexo es biológica, pura y simple, escribe el destacado médico forense francés Ambroise Tardieu. Se trata de «una mera cuestión de hecho que puede y debería ser resuelta por un reconocimiento anatómico y fisiológico de la persona de que se trate». Cualquier noción de auténtica ambigüedad o neutralidad sexual carece de sentido (...) [*Questions médico-lécales de l'identité dans les rapports avec les vices de conformation des organes sexuels*, París, 1874: 18-32]." (Laqueur [1990] 1994: 237).

¹⁸⁹ "El llamado sexo biológico no proporciona un fundamento sólido a la categoría cultural del género, pero amenaza constantemente con subvertirla. Apunta Foucault una explicación cuando dice que en el Renacimiento, y antes, nada existía como sexo único y verdadero y que un hermafrodita podía considerarse poseedor de los dos, entre los cuales él/ella podía escoger social y jurídicamente. Quizá sea utópico en su afirmación política; la elección de género no estuvo en ningún caso tan abierta a la discreción individual y nadie era libre para cambiar sobre la marcha. Pero tiene razón cuando dice [respecto del caso de Herculine Barbin, llamada Alexina B. citado aquí por Podestá] que no era un sexo esencial, verdadero y profundo el que diferenciaba al hombre cultural de la mujer." (Laqueur [1990] 1994: 219).

escrutadora y analizadora de las reglas de la salud y la sociedad, señala y enmarca las patologías posibles de una comunidad a la vez que convierte los cambios culturales en categorías somáticas de identificación individual y social.

El caso, estrategia narrativa de representación y narrativización de la realidad, le permite configurar esta operación intelectual de discusión y negociación de los saberes y las prácticas pertinentes para la identificación de la morbilidad individual y social en un cambiante espacio social y cultural. Podestá cree, por ejemplo, que "el mal no está simplemente en el individuo que protesta contra el dolor, está arraigado profundamente en el seno de las sociedades que respiran continuamente una atmósfera adulterada por el exceso de elementos nocivos a la salud." (1878: 34). Individuo y sociedad, patología individual y social, resultan problemas que se implican mutuamente. El diagnóstico y curación de los males individuales conlleva la solución de los males sociales: "Dirijamos una mirada a la sociedades, —propone Podestá— y en ese conjunto de individuos que pugnan minuto por minuto para conquistar los beneficios del progreso, podremos señalar millares de causas de enfermedad que gravitan sobre ellos. Levantemos en medio de sus monumentos y de sus instituciones el código supremo de la higiene, y habremos resuelto el problema de la ciencia moderna." (1878: 96). A partir de esta simbiosis entre morbilidad individual y social, no es extraño que la patología recurrente en los pacientes/personajes sea la *enfermedad moral*. La búsqueda de una solución ética al bienestar social a través de las ciencias es un postulado cientificista

común a los médicos del período. "El bienestar social, por la mayor suma de salud —dice Podestá— es el problema que le encamina a buscar los secretos de la organización física y moral del hombre para trazar sus leyes interpretando las gradaciones del dolor y cumplir la suprema ley de amor a sus semejantes arrancando del lecho a los que sufren y previniendo las enfermedades." (1878: XII). Sin embargo, la catalogación "enfermo moral" excede esta determinación positivista y se inscribe en un esfuerzo más vasto. Ya Luis Güemes había advertido que:

Generalmente se cree que la medicina moral se limita a consolar y sostener la esperanza del enfermo y a moralizarlo; pero es un error, pues aquello corresponde a la religión y la moral que, aunque tengan relación con la medicina, no se confunden sin embargo: el objeto de la medicina moral es el estudio de los fenómenos psíquicos considerados en la etiología, sintomatología y tratamiento de las enfermedades. (1879: 47)

Lo moral y lo psicológico aparecen unidos en este intento de vinculación orgánica entre síntomas físicos y sociales que, a través del *caso* clínico, otorga un orden y una jerarquía a los dolores, establece causas y efectos esperados, *narrativiza* el desorden patológico. Y esa narración se sustenta en la conflictiva interacción de la autoridad moral del narrador —en este caso, el médico— y los saberes de los pacientes¹⁹⁰. Es el marco del saber del profesional médico, su ubicación y sus relaciones de pertenencia en el campo intelectual, su posición institucional y política lo que legitima el orden discursivo, que

¹⁹⁰ Como ha señalado Segre: "qualunque caso clinico, potrebbe esser visto come un conflitto tra vari tipi di tempo; o come il complesso intreccio fra il sapere anamnestico della paziente, che è un sapere *discronico* (...), e il sapere diagnostico del terapeuta." (1984: 127).

permite seleccionar uno u otro *caso*, otorgarle el valor de caso único, "curioso", y, sobre todo, digno de publicación. ¿Qué hace que un *caso* sea más interesante que otro? No sus aspectos de patología clínica —se repite a lo largo del trabajo de Podestá que "era un caso de hermafroditismo típico" (46 y 47)— sino su anormalidad moral. Lo curioso, lo interesante es el "tálamo monstruoso" puesto que María N. es "un ser, que tiene más atributos de hombre que de mujer y que ha contraído matrimonio en el carácter de tal y que vive de esta manera hace algunos años sin que la más ligera sombra altere la paz de ese tálamo monstruoso" (44).

Lo moral, entendido como el orden que sustenta el narrador, delinea los rasgos patológicos del caso, define la "monstruosidad" del tálamo a la vez que absuelve la unión matrimonial dada la "ignorancia" en la que viven esos "seres desgraciados". Ignorancia y superstición explican la "desviación moral" que es, según Güemes, una desviación psicológica. Desvío respecto de la normalización higiénica proyectada por Podestá-médico y desvío respecto de la moralidad inherente al discurso narrativo del escritor-médico.

En este deslizamiento producido desde la enfermedad psicológica hacia la enfermedad social, la moral enriquece la estructura discursiva del *caso* clínico. La presencia de un narrador con un rol textual correferencial con el rol social médico, la inclusión del diálogo como instrumento dilatorio de la acción, la redundancia interpretativa del narrador que sostiene el suspenso, la distancia hermenéutica establecida entre el narrador y el lector son algunas de estas estrategias propias de la narración ficcional que han sido incorporadas a la

narración no-ficcional de un caso clínico. Es así como los pacientes devienen personajes; los casos, narraciones ficcionales y la patología moral, novela de tesis. *Irresponsable* y "Un caso de hermafroditismo" son, quizá, instancias ejemplares de este desplazamiento del caso clínico hacia el caso ficcional facilitado por el imperativo moral positivista: educar, normalizar, organizar una nación a través de la interacción cognitiva con los otros: casos "curiosos", personajes "irresponsables", degenerados, "sin rumbo"¹⁹¹.

Higiene, etnia y ficción

La publicación de *Irresponsable*, en 1889, desencadena en los diarios *La Nación* y *La Prensa* una larga serie de comentarios firmados, en general, por autores de prestigio en el ámbito cultural¹⁹². Dentro de la serie, y de acuerdo con los hábitos de la época, la modalidad epistolar predomina sobre los artículos o las reseñas críticas, con la consiguiente puesta en escena de los protagonistas del proceso de recepción del texto: frente al emisor

¹⁹¹ "Medical classifications of body type —attempts to define sexual and racial characteristics and their relationship to pain, mortality, and disease— thereby constructed what we might call an anatomy of imperialism." (Vrettos 1995: 126).

¹⁹² Algunos capítulos de *Irresponsable* aparecieron en el folletín de *La Tribuna Nacional*, el diario de Mariano de Vedia. La novela completa se publicó también con pie de imprenta del diario en el mismo año en que éste cesó su publicación: "el diario cerró sus páginas y el cronista abandonó a su suerte al fiel visitador de sus columnas... A pesar de todo, el HOMBRE DE LOS IMANES, que encontraba honrosa y holgada la vida del folletín, soñó con una posición más en armonía con los tiempos." (Podestá 1889: 8).

médico Podestá se alinean los destinatarios médicos o legistas, José María Ramos Mejía y Norberto Piñero entre los más renombrados¹⁹³. A pesar de que cada uno de los comentarios comienza o culmina con un párrafo elogioso sobre los valores estéticos de la novela, el debate se centra, en la mayoría de los casos, en la tesis científica sustentada por el narrador médico. Juan Coustau discute la conformación del personaje a partir de la teoría sobre la influencia del medio ambiente; Eduardo Sáenz, desde la teoría de la herencia; Norberto Piñero, a partir de la psicología experimental; y el autor, defiende los últimos avances en el estudio del cerebro. Se hace evidente entonces que los primeros destinatarios de la novela no consideraron al *hombre de los imanes* como un personaje de ficción y lo estudiaron, en cambio, como un caso clínico descripto, no por el narrador, sino por el médico Podestá.

El ámbito de las ciencias médicas, la Facultad de Medicina especialmente, se propone como el espacio del enunciado y desde allí se sustenta y ataca la tesis de la novela, soslayando las características literarias

¹⁹³ La posición de José María Ramos Mejía en el espacio cultural de la época ha sido analizada, desde diferentes puntos de vista, en varios trabajos de la última década. (Biagini 1985; Alfieri 1987; Salessi 1995, entre otros). Menos conocida es la figura de Norberto Piñero. Según los datos recogidos en diversas fuentes, Norberto Piñero (1858-1938) fue docente, diplomático y financista al mismo tiempo que reconocido penalista. Autor del proyecto de creación de la Facultad de Filosofía y Letras, fue su primer vicedecano y, en 1914, presidió el Primer Congreso Penitenciario del país. Respecto de su relación con Podestá, interesa señalar que Piñero era hermano del médico Antonio F. Piñero —médico del general Mitre en su última enfermedad—, y amigo de Podestá. El capítulo "Era su destino" de *Irresponsable* lleva la dedicatoria: "A mi amigo el Dr. Antonio F. Piñero" y Alberto Blasi recuerda cómo "el Dr. Piñero, valido de los derechos que acuerda la amistad se apoderó de sus papeles [sobre los conventillos de la Boca] y «sin oír razones, se los llevó a Emilio Mitre»" para que los publicara. (1976: 61). La biografía de Norberto Piñero fue publicada por Rodolfo Rivarola, en 1921, en ocasión de la candidatura del primero a la presidencia de la Nación.

de la enunciación. La carta de José María Ramos Mejía, por ejemplo, propone la Facultad de Medicina como referente espacial del relato y, al recordar sus predicciones sobre las aptitudes novelísticas del entonces estudiante de medicina, continúa el núcleo "obra de un médico literato", originado en la primera reseña anónima reproducida en *La Nación*:

Este libro tiene para mí un doble atractivo: ser muy bueno, ante todo, y ratificar elocuentemente un pronóstico que hice hace diez o doce años en las aulas de la facultad de medicina (...) Este pronóstico era que U. iría lejos con su pluma original y analítica.

De hecho, Podestá no sólo había sido compañero de estudios de Ramos Mejía sino que también se había desempeñado, en 1880, como profesor sustituto de la cátedra de "Patología Interna, Enfermedades mentales y de niños". La Facultad de Medicina era, entonces, uno de sus ámbitos de trabajo profesional y el prestigioso claustro de profesores de esa institución, uno de sus grupos de referencia. Sin embargo, su práctica profesional y escrituraria deja entrever en Podestá ciertas diferencias ideológicas respecto del grupo médico de origen patricio que ocupaba la mayor parte de los cargos docentes de la Facultad. Parecería que, más allá de las fluidas relaciones que mantenía con los miembros de la elite local, una compleja trama de seducción y de conflictos lo alejaba de las posiciones más relevantes en el campo médico.

Podestá pertenecía, según testimonian los documentos de la época, a una de las familias principales de la elite italiana. Su padre era un genovés que había llegado al país con ciertos recursos económicos y había alcanzado prestigio y dinero en la comunidad italiana de la Argentina. El negocio del

estaño y la inversión inmobiliaria habían potenciado la economía familiar y su participación en el grupo dirigente de la colectividad¹⁹⁴. El nombre de don Giovanni Podestá figura, en 1861, en el acta de fundación de la *Società Nazionale Italiana*; en la colocación de la piedra fundamental del Hospital Italiano —“un grosso blocco di granito rosso” donado por el mismo Podestá—; y en el *Comitato Onorario* de la *Prima Esposizione Italiana* inaugurada por el presidente Roca el 20 de marzo de 1881 (Blasi 1976: 69-70)¹⁹⁵. Es decir, en cada una de las instancias en las que debieron reunirse “le persone più influenti della Colonia” (Zuccarini 1910: 403), el padre de Podestá estuvo allí. No sorprende, en consecuencia, que Manuel Podestá haya contado con el estímulo y con los recursos necesarios para estudiar en el Colegio Nacional y en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, donde conoció y fue compañero de muchos de los más ilustres *gentlemen* argentinos. Todavía estudiaba Cané cuando ingresó al Colegio Nacional e hizo la carrera de medicina acompañado, entre otros, por Holmberg, Güemes y Ramos Mejía¹⁹⁶, miembros todos de las familias que

¹⁹⁴ “Giovanni Podestá di Sestri Ponente, arrivò a Buenos Aires nel 1836 e vi aprì negozio di stagnaio e quindi organizzò una fabbrica nel ramo di detta industria che nell’Argentina abbraccia una varietà di categorie.” (Zuccarini 1910: 304). Más detalles concernientes a la biografía de Podestá pueden consultarse en los trabajos que le dedicó Alberto Blasi (1962; 1976; 1980) y en la tesis de doctorado de Ana María García, *Obra del Dr. Manuel T. Podestá* (Buenos Aires, 1986).

¹⁹⁵ Mario Nascimbene ha descrito y documentado la trama de relaciones políticas y económicas que dieron origen a las primeras sociedades italianas en la Argentina (1986: 39-54).

¹⁹⁶ “En 1873, Podestá, alumno de segundo año, tuvo por compañeros a Emilio Coni, Telémaco Susini, Eduardo Holmberg, Teófilo Pietranera, José María Ramos Mejía, entre los que luego fueron de mayor notoriedad. En primero revistaba Luis Güemes, Enrique del Arca en tercero,

habían participado en las luchas por la independencia y que, en su mayoría, habían permanecido proscriptas durante el período rosista. Junto a ellos, Podestá comienza un derrotero de encuentros sociales y desencuentros discursivos que culmina quizá en sus exequias, a las que concurrieron —según *La Patria degli Italiani*— “centinaia e centinaia di persone” pero ningún escritor. Hablaron allí Mariano de Vedia, amigo y editor de Podestá, el Dr. Carlos S. Benítez y el cronista de la colonia italiana en el Argentina, el Prof. Emilio Zuccarini, ante la presencia, inclusive, de un enviado presidencial. Numerosas notas necrológicas dan cuenta de su sepelio en el elegante cementerio de la Recoleta y testimonian el reconocimiento de su posición de privilegio dentro de la comunidad italiana.

Sin embargo, en el momento de evaluar la repercusión periodística de su muerte, no debería de olvidarse su particular relación con el diario *La Patria degli Italiani*. Una de sus hermanas, Clara, estaba casada con su director, Basilio Cittadini, uno de los periodistas italianos más influyentes en la ciudad de Buenos Aires.¹⁹⁷ Llegado al país en 1868, Cittadini había

Pedro N. Arata en cuarto.” (Blasi 1976, nota 7: 73-4)

¹⁹⁷ La posición de Cittadini en el espacio social de la época, puede inferirse de la siguiente opinión de Mario Nascimbene: “hasta el período que se inicia aproximadamente a mediados de la década de 1940 (en el cual el poderío de las clases altas tradicionales se ve no sólo seriamente cuestionado, sino debilitado irreversiblemente), el ascenso hasta el vértice de la pirámide social se hallaba, sino inexorablemente determinado, sí fuertemente condicionado por el origen nacional. (...) Pero para los muy pocos que podían exhibir los títulos y las dotes personales de un barón Antonio Demarchi (1875-1934) o del hijo de un príncipe, como el marqués —arquitecto por añadidura— Carlo Morra (1854-1926) o incluso las condiciones excepcionales de un Basilio Cittadini (1843-1921), las puertas de los salones y las familias de una clase alta que intentaba transformarse en aristocracia, estaban abiertas. Estos rarísimos casos no hacían más que confirmar la regla.” (1986:

trabajado arduamente por la consolidación del grupo dirigente de la colectividad y por la divulgación de sus actividades a través de la dirección del periódico *La Patria*, llamado luego, *La Patria Italiana* y, más tarde, *La Patria degli Italiani*. Cuando Podestá estuvo en condiciones de comprar una casa familiar, llevó a vivir consigo a su hermana Clara, su cuñado Cittadini y el hijo de ambos, Tito, y con ellos compartió los últimos años de su vida¹⁹⁸. *La Patria Italiana* fue, entonces, la casa editora de su primer trabajo de higiene y fue también el diario donde se registraron, uno a uno, los logros de su carrera profesional en el seno de la elite italiana, llamada también “elite colonial”.

Hilda Sabato y Ema Cibotti han analizado, en los últimos años, la interacción de esta elite colonial junto con la elite local, en la escena pública porteña. “Con estilos diferentes, —señalaron— las facciones de esa dirigencia establecieron complejas relaciones con distintos sectores del poder político local, vínculos cambiantes, las más de las veces muy sensibles a las coyunturas nacional e internacional.” (1990: 23). La figura de Podestá parece formar parte de esta trama de relaciones étnicas, políticas

86).

¹⁹⁸ “Los diarios lo muestran conduciendo su consultorio particular, participando en recepciones del Círculo Italiano, haciendo vida de *yachtman* en los pagos de San Pedro. Gran señor burgués, rodeado de fama medicinal, de amigos importantes, de un reconocido pasado literario, de internacionalidades [*sic*] prestigiosas, y de abundante, calificada clientela. [Su casa] rebosa en muebles caros y adornos y objetos de arte, y en una muy rica colección de libros. Al morir su padre había comprado bóveda en el cementerio elegante de La Recoleta. Tiene una *limousine* con chofer, por cierto de marca italiana y con ella va a la Boca a repartir interminables juguetes a los nietos de los inmigrantes.” (Blasi 1976: 66).

y culturales. En cuanto hijo de uno de los hombres dilectos de esta colonia, trabajó activamente en pro de la comunidad de origen; pero, como médico egresado de la universidad argentina, participó también en muchas de las actividades profesionales y sociales de los jóvenes patricios, a pesar de que uno de sus más conspicuos integrantes diga recordar, apenas, algunos encuentros casuales con él¹⁹⁹.

Sus prácticas médicas las realizó en el viejo Hospital General de Hombres, demolido cuatro años después de que él se recibió²⁰⁰, y apenas egresado, comenzó a trabajar en el Hospital Italiano fundado, entre otros, por su padre. Desde allí desarrolló una intensa tarea de divulgación de nociones de higiene y sanidad pública, tendientes a mejorar la situación

¹⁹⁹ Unos años más tarde, Manuel Gálvez recuerda: "hablé en la calle muchas veces con Manuel Podestá, el novelista de *Irreparable* [sic] y *Alma de niña*. Era altísimo, delgado, de talle muy corto, piernas y brazos largos, cabeza blanca, gruesos bigotes canosos, cuerpo redondado, cabeza y rostro redondos y piel rosada. Risueño, juvenil, fino, bondadoso. Conociásele más como médico que como escritor. A pesar de que la biblioteca de *La Nación* publicó sus novelas, su nombre no llegó al gran público. Su prosa, no mala, parecía prosa de diletante." (1961: 211).

²⁰⁰ En la carta a Emilio Coni, que prologa *Niños. Estudio médico social*, Podestá contrasta irónicamente la práctica médica actual con sus recuerdos de la década anterior: "Recuerdo que cuando era interno del Hospital de Hombres, teníamos una numerosa clientela de niños en los contornos del barrio. ¡Con qué satisfacción dragoneábamos de médicos y con qué gravedad dejábamos una receta que se aplicaba generalmente, aumentada y corregida con los consejos y la experiencia de alguna comadre aficionada y entrometida! Teníamos, entonces, más fe que ahora en el éxito profesional, y la muerte de uno de nuestros pequeños clientes, nos tenía angustiados y pensativos todo el día. (...) Y eran muchos los que se morían en esos conventillos. (...) Ahora, no sé quién los cura, ni quién los atiende. El Hospital ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra —los practicantes, han desertado de ese barrio latino para instalarse cerca de las Clínicas, pero los conventillos han quedado en pie, se han difundido, han invadido como la hiedra las barrancas del Paseo Colón—..." (Podestá 1888: VII). El uso de la primera persona del plural parece incluir a Emilio Coni, quien también realizó su residencia en el viejo Hospital de Hombres y recordará sus horrores en las *Memorias de un higienista*, publicadas en 1918.

social de los italianos residentes en la ciudad de Buenos Aires, que matiza peculiarmente su figura de médico escritor²⁰¹. Creía entonces que:

La responsabilidad del individuo está en armonía con su grado de cultura.

Arrojar al hombre la mayor suma de beneficios, arrancándole de una situación miserable para incorporarle a las filas del trabajo, es transformarlo en un ser, capaz de corresponder dignamente a las necesidades de la comunidad.

Darle espacio suficiente, aire puro, alimentos sanos, vincularlo, en una palabra, a una existencia menos penosa y menos amenazada por las enfermedades y por los vicios.

Tanto al higienista, como al filósofo, le corresponde la intervención directa en estas cuestiones, de suma trascendencia para cambiar la faz de esas pequeñas sociedades donde la anarquía de las costumbres hace que se pervierta la moral del individuo por la degradación física." (Podestá 1878: 36. El énfasis es nuestro).

El mejoramiento de las condiciones materiales de la vida cotidiana de los inmigrantes —vivienda, aire, alimentación, trabajo— está en el centro del pensamiento higienista de Podestá, pues cree que lo material incide sobre lo moral y lo moral, a su vez, determina lo orgánico. Esta triple implicación, y los postulados que en ella se entrecruzan, articulan su práctica médica y escrituraria y señalan sus similitudes y diferencias respecto de los otros médicos y funcionarios sanitarios del período. Mientras que el énfasis sobre la necesidad de reforma de las condiciones materiales que rodean la vida de los pobres lo acerca a las ideas precursoras

²⁰¹ Cff. "Higiene de los niños", *Ciencias, artes y letras* I (1879): 338; *Memorie a cenni clinici* (Buenos Aires: La Patria Italiana, 1884); *Niños. Estudio médico social* (Buenos Aires: La Patria Italiana, 1888); "Higiene de la infancia", *Higiene infantil* I (1892): 4; "Alimentación del niño", *Anales del Patronato de la Infancia* 2 (1893): 457.

de Guillermo Rawson, la consideración del poder determinante de lo material sobre lo moral lo distancia, en cambio, de las opiniones de sus compañeros de estudio.

En la tesis precursora de Luis Güemes sobre *Medicina moral*, por ejemplo, ésta también aparece como un elemento determinante de las enfermedades orgánicas, pero, según Güemes, no depende de condición material o social alguna, como había señalado Podestá, sino que se reduce al orden de los fenómenos psíquicos. Es posible que los intereses científicos del nieto del “legendario general” difieran de las preocupaciones sociales del hijo de italianos. Una vez obtenido su diploma de médico, Güemes viajaría a París a realizar estudios de postgrado. Allí adquiere prestigio profesional al relacionarse con los más renombrados médicos de la época a la vez que intensifica su protagonismo dentro de la elite porteña²⁰². Cuando regresa, su nombre se cruza con el de Podestá en la terna para ocupar la Primera Cátedra de Clínica Médica, en 1889. Esta vez, el prestigioso patricio debe ocupar el tercer puesto tras Eufemio Uballes, el primero de la

¹⁹⁹ Las diferencias étnicas y sociales entre Podestá y Güemes son notorias. Luis Güemes no sólo era uno de los médicos más renombrados de la elite nacional —“un diagnóstico del Dr. Güemes era lo irrevocable; fue la más sólida reputación clínica de la medicina argentina”— sino también una “personalidad presidenciable”. “Cuando cursaba [medicina por segunda vez] en París asistió gratuitamente a toda la colonia argentina, sirviendo de intermediario entre sus enfermos y los maestros a quienes llamaba en consulta. Allá conoció al doctor Nicolás Avellaneda y al general Julio A. Roca, de quien fue excelente amigo durante toda su vida. Hasta los últimos meses del ilustre general iba el Doctor Güemes a buscarlo todos los domingos a medio día en su automóvil, para dar un paseo por las avenidas de Palermo.” (Speroni 1944: 209-211).

terna, y Manuel Podestá, el segundo²⁰³. Este se retira desilusionado de la docencia universitaria, que había ejercido por muy poco tiempo, y una década más tarde, todavía convocaba, en cambio, a experimentar la pobreza para estar en condiciones de observar las patologías orgánicas: "Vaya al *conventillo* el que quiera tener idea de cómo se vive en esas cuevas, y el que quiera formarse conceptos de los peligros que soportan los niños pobres y de los estragos que hacen allí las enfermedades." (1888: 17).

Quizá las huellas más significativas de la relación ambivalente de Podestá con el grupo de intelectuales, nucleados en torno de los espacios de poder, se hallen en la carta a Emilio Coni, incorporada con el título de "Reminiscencias" como prólogo al volumen *Niños. Estudio médico social*, editado por la imprenta de *La Patria Italiana* en 1888, y en el debate que mantuvo con Norberto Piñero, entre el 25 de febrero y el 16 de marzo de 1890, en el diario *La Nación*²⁰⁴.

En la carta destinada a Coni, Podestá opone paródicamente un estudio anterior del higienista centrado en la estadística —*Mortalidad y morbilidad infantil*— a este libro suyo, escrito "para las gentes, como diría

²⁰⁰ En 1896, en oportunidad de la creación de la Tercera Cátedra de Clínica Médica, Güemes ocupa finalmente el primer puesto por sugerencia —según Spicconi— del general Roca. Datos complementarios sobre la historia de la cátedra de Clínica Médica, pueden consultarse en Goyena 1944.

²⁰⁴ Tanto la carta a Emilio Coni como el debate epistolar entre Norberto Piñero y Podestá figuran en los Anexos III y IV de esta Tesis.

nuestro espiritual catedrático Wilde"²⁰⁵, no para médicos ni para sabios, y basado en la experiencia cotidiana del médico que ha visto, "ha tenido la paciencia", ha estado allí:

Yo he visto fabricar un conventillo de doce habitaciones en siete días —esto le parecerá una exageración [se dirige a Coni], y sin embargo está a la vista y a las barbas de todo el mundo.

Yo no he tenido la abnegación de U. para hacer estadística detallada (...)

En cambio, he tenido la paciencia de acudir con premura siempre que he sido llamado para asistir en una casa de inquilinato (...) he querido y he conseguido palpar la verdad amarga y formarme una idea exacta de la vida social y material de esas agrupaciones — puedo escribir con conocimiento de causas y sin temor de hacer hipérbolos. (Podestá 1888: VIII)

El contrapunto entre uno y otro tipo de práctica organiza el discurso que ya desde el inicio no oculta su condición polémica. "No me he desalentado, a pesar del desencanto con que Ud. me hablaba cuando le comuniqué la idea de escribir algunos apuntes sobre Higiene Infantil." De este pasaje se puede inferir que Podestá requirió el consejo de su compañero de estudios y no encontró el estímulo esperado. Juntos habían cursado la carrera de medicina, entre 1872 y 1877, y juntos también, habían iniciado su práctica médica en el Hospital General de Hombres, uno de los lugares más sórdidos de los pocos dedicados a la salud en la ciudad de Buenos Aires. Ambos recordarían especialmente este rito de iniciación entre enfermos,

²⁰⁵ Eduardo Wilde había sido profesor de ambos en la cátedra de Medicina Legal y Toxicología.

pobres y locos, en una institución más cercana a una necrópolis que a un hospital²⁰⁶. Sin embargo, los recuerdos comunes, generados entre las cirugías sin cloroformo, la comida “pésima y escasa”, y la limpieza deficiente, pondrían ya en evidencia matrices diferentes en el análisis de la práctica profesional. Mientras las penurias del viejo hospital contribuyen a alejar, definitivamente, al primero de la clínica quirúrgica, y a acercarlo, en cambio, a las tareas de divulgación de las nociones de higiene faltantes en el hospital²⁰⁷, las mismas penurias provocan en Podestá una valoración nostálgica de la práctica hospitalaria:

... *Había, sin embargo* [alude a la pobreza y a la falta de higiene], *cierta vanidad oculta en ser practicante interno, en vivir al lado de los enfermos, en estar a la mano con todos los sufrimientos y con todas las lacras*, y por esto se veía en las puertas de las habitaciones el nombre de cada practicante, esculpido pacientemente, como un anticipo de gloria, en ese monumento en ruina, del que hoy no quedan sino los escombros.” (1889: 44-46). El énfasis es nuestro.

Una década ha pasado desde entonces, pero, en 1888, las historias del hospital ya demolido, aparecen todavía en las “Reminiscencias” que Podestá dedica a Coni. Este era ya un higienista consagrado en la ciudad de Buenos Aires, y gozaba además de cierto éxito académico en el exterior²⁰⁸.

²⁰⁶ Cfr. las descripciones del hospital en Coni (1918: 68-75) y en Podestá (1888: vii ; 1889: 43-46).

²⁰⁷ “Confieso —dice Coni— que, por temperamento, no fui nunca inclinado a la cirugía, pero en caso contrario, mi afición habríase sensiblemente enfriado, antes los numerosos hechos deplorables que me fue dado presenciar en los dos años de clínica quirúrgica.” (1918: 72).

²⁰⁸ Una reseña de trayectoria de Emilio Coni, así como de la de su esposa Gabriela Laperrière de Coni, puede consultarse en Guy (1989: 233-248).

En 1874, siendo todavía un alumno de medicina, había asumido la dirección de la *Revista Médico-Quirúrgica* y, en 1877, fue nombrado miembro honorario de la Asociación Médica Bonaerense. Cuando presenta su tesis, en 1879, ya su figura es reconocida por la Academia de Medicina de Río de Janeiro como "uno de los esforzados representantes de la prensa médica argentina"²⁰⁹. En 1883, el gobernador Dardo Rocha lo había nombrado Director de Estadística de Buenos Aires, y al año siguiente, el gobierno le solicitaba "dar a luz publicaciones en pequeño formato en los idiomas inglés, francés, alemán e italiano, que encierren conocimientos de utilidad sobre la provincia, destinados a hacer conocer y a favorecer la importación de capitales y la corriente de inmigración." (Coni 1918: 89). En el Congreso Internacional de Higiene y Demografía de La Haya, al cual Coni viaja, en el mismo año, como delegado del gobierno provincial, presenta nada menos que ocho boletines censales, tres publicaciones periódicas, ocho libros sobre higiene y medicina, cuatro sobre demografía y cuatro planos topográficos de las ciudades de Buenos Aires y La Plata. Es decir, treinta y una publicaciones de su autoría, a escasos cuatro años de haber finalizado sus estudios de medicina.

En el momento de la polémica, uno era entonces un funcionario y escritor prolífico que —aunque no podía vanagloriarse de un origen patricio

²⁰⁹ Cfr. el informe de su presentación como miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Río de Janeiro, pronunciado por el Dr. José Pedreira Rego Filho el 20 de junio de 1879. (Reproducido en Coni 1918: 153-156).

como Güemes o Ramos Mejía— declaraba de igual modo su simpatía hacia el ya alicaído partido del general Mitre²¹⁰. El otro, era un hijo de italianos, con un cargo en el Hospital Italiano, una banca de diputado en la legislatura provincial, en representación del partido autonomista, y una imprenta —*La Patria Italiana*— dispuesta a publicar su libro aunque no tenga "venia ni autoridad para presentarse a un concurso...", como había tenido el libro de Coni²¹¹. Se sentía autorizado a opinar, sin embargo, por su práctica

²¹⁰ Coni había participado como practicante médico, en el movimiento armado encabezado por Mitre, en 1874. Cfr. el siguiente fragmento de las *Memorias de un higienista*: "Durante la revolución de 1874, encabezada por el general Mitre, presté servicios como practicante en la división comandada por el general Edelmiro Mayer. Improvisada por el gobierno una escuadrilla para perseguir a la cañonera Uruguay y vapor armado en guerra Montevideo, y no hallando la comisión presidida por el Dr. Diego G. De la Fuente, un practicante que quisiera prestar servicios en el vapor Pavón, —especie de scout de la flota gubernativa,— cedí a las instancias de mi superior, el general Mayer y me embarqué en dicho buque, abandonando en tierra una posición menos arriesgada. Terminada la revolución decliné el cargo, malgrado las instancias del comandante Don Lázaro Hurrieta, que se empeñaba en conservarme, después de haber recomendado a la superioridad mis servicios como cirujano." (Coni 1918: 79).

²¹¹ La recepción del libro publicado por Coni es destacada por el comentario de uno de sus contemporáneos: "Respecto de obras de ciencia, es cierto que libros como el del Dr. Emilio R. Coni sobre *Causas de la morbilidad y mortalidad de la primera infancia en Buenos Aires* con el cual obtuvo el premio instituido por el sabio Dr. Rawson, libro de una labor increíble, puesto que está basado sobre 25.000 defunciones de niños, extraídas pacientemente, con todas sus infinitas subdivisiones de edad, sexo, enfermedad, etc., de los registros mortuorios; libro en que el autor ha comprobado, una vez más, su reconocida competencia en materia demográfica y médica, y que sería suficiente para hacer en cualquier parte, por sí sólo, la reputación de un hombre, y de una aplicación práctica innegable, porque tiende a disminuir las causas de la mortalidad que diezma nuestra primera y segunda infancia; es cierto, digo, que este libro ha pasado desapercibido de nuestro público y que apenas si el autor ha podido colocar una docena de ejemplares; pero en cambio vemos que del ilustradísimo *Estudio sobre la viruela* desde el descubrimiento de América hasta nuestros días, hecho por el Dr. José Penna, y con el cual él también obtuvo un gran premio en el concurso del Círculo Médico Argentino, se ha colocado, en una sola librería, 380 ejemplares, y que del libro *Filogenia*, escrito por el sabio naturalista Ameghino, se ha vendido también, en la misma librería, 350 ejemplares." (Martínez 1887: 23).

Otros comentarios de Martínez sobre la obra de Coni son citados en forma literal en sus *Memorias*. Por esta razón, nos atrevemos a sugerir que el siguiente párrafo de Coni intenta responder el comentario antes citado: "En el mencionado libro [se refiere a *Causas de la morbilidad y mortalidad de la primera infancia en Buenos Aires*] aparecen como editores los conocidos libreros de París, J. B. Bailliére frères, que simplemente dispensaron su nombre sin erogación alguna de su parte.

cotidiana entre los mismos enfermos que para Coni sólo habían sido objeto de estadística demográfica:

Cuando leía su libro y consideraba esa multitud de cuadritos arreglados pacientemente y rellenos con números como los alvéolos de una colmena —empezaba a reconstruir con esos números, los barrios, las casas, las viviendas de esos infelices niños que U. ha apilado en esos montones de cifras lúgubres. Veía surgir la Boca con sus casillas repletas de gente asoleada, afligida, cuidando sus enfermitos (...) Veo el doloroso contingente que le ha proporcionado para formar esas planillas de números.

Yo los conozco a todos esos enfermos, algunos habrán pasado por mis manos y más de una vez he tenido que declararme impotente para salvarlos. (1888: V-VI). El énfasis es nuestro.

Dos modelos de intervención médica y dos modelos de escritura se enfrentan en esta carta. En el momento de consignar sus memorias de higienista, Coni recordaría haber publicado "24 libros, 130 monografías, folletos, informes, etc." y haber participado en "trece periódicos como fundador, director, redactor, colaborador." (Coni 1918: xviii)²¹². Su tarea de publicista estatal, dedicado a convencer a potenciales inmigrantes europeos, contrasta con el austero intento de Podestá de persuadir a la gente, "que si

Era mi propósito dar a mi libro un *cachet* de publicación francesa y alcanzó gran difusión en el mundo científico. Curioso es observar que se vendió mucho en Europa y poco o nada en la Argentina, donde el cuerpo médico no se ha acostumbrado hasta hoy a proteger las publicaciones de sus compatriotas." (Coni 1918: 173, nota 1).

²¹² Inmensa producción que hace recordar la cándida observación de uno de sus compañeros generacionales: "En realidad, sin conocer el camino que debíamos recorrer, partimos frescos y animosos para realizar la vida, como se va a las avanzadas en el combate, bravamente, sin pensar cómo se volverá del fuego. Escribimos artículos en los diarios y revistas, hicimos traducciones de propaganda, explotamos a los enciclopedistas y demás filósofos libre pensadores del siglo XVIII; pronunciamos discursos y conferencias con mucha vehemencia, teniendo la ingenuidad, a nuestra vez, de creernos poseedores de la verdad". (Montero 1928: 190).

tienen buenas entendederas, verán lisa y llanamente lo que conviene a la salud de sus hijos", a "los que viven bien" para que se condeñan, y al Intendente Crespo, para que tome alguna medida concreta (Podestá 1888: IV-V). Es decir, procura divulgar los avances de la higiene infantil pero intenta también modificar las condiciones materiales en las que viven los otros. En esta búsqueda se hacen evidentes dos estrategias de discurso: una, la utilización enfática de una primera persona testimonial que narra lo que vio y ve pues "hoy no están por allá mejor que ayer" (VI); otra, la ficcionalización del referente a los efectos de la persuasión de los lectores que, según devela el capítulo final²¹³, son aquellos que por su origen de clase y su posición económica, social (y/o gubernamental) nunca "han abierto su sensibilidad" a la realidad de un conventillo más allá de los "cuadritos alveolados" de Coni:

Los cuadritos de su estadística disimulan perfectamente la cadena de casas de inquilinato que dan a la calle Balcarce su aspecto grotesco, primitivo, colonial —que la tienen segregada de los beneficios generales y que está allí como un montón de cosas inservibles y en desuso. (Podestá 1888: VI).

Pocos años después, Coni y Podestá compartirían la escena pública en aquellas instituciones destinadas a modificar los altos índices de

²¹³ *Cfr.* "Si el lector ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí huyendo de los conventillos que le hemos abierto de par en par sin consideración a su sensibilidad, ha podido juzgar de la intención y del espíritu de estas páginas, y nos habrá disculpado el mal rato que le hemos hecho pasar al lado de la cuna de niños desfigurados por los sufrimientos y por el hambre (...) Nos perdonará que le hayamos usurpado algunos minutos para hacerlo pasar por las salas del Hospital San Luis, y nos permitirá por último, que le pidamos su ayuda para proteger al niño desvalido, al niño abandonado que lo espera todo de la caridad pública". (Podestá 1888: 139-140).

mortalidad de niños en la ciudad de Buenos Aires. En diciembre de 1890, por ejemplo, la Intendencia Municipal nombra una comisión para que “investigue la proporción del abandono del municipio de la capital en relación con la mortalidad infantil”. Sus miembros son José Penna, Antonio F. Piñero, Eugenio F. Ramírez, Coni y Podestá. Ambos cumplen también funciones en el Departamento Nacional de Higiene y aparecen, dos años más tarde, como directores de la *Revista de higiene infantil*, órgano de difusión del Patronato y Asistencia de la Infancia, fundado por iniciativa de la citada comisión²¹⁴.

De estas coincidencias en la escena pública, una muestra evidente de la interacción de las dos elites descritas por Sabato y Cibotti, Ana María García, en cambio, ha deducido una relación de amistad entre Coni y Podestá, que se contradice con las alusiones irónicas detectadas en los escritos de uno y otro. El capítulo séptimo de las *Memorias* de Coni, por ejemplo, está dedicado a la “Puericultura en la Argentina (1879-1910)”. Tras colocarse, como en muchos otros pasajes de su texto, en el origen y centro de la especialización que va a reseñar, Coni reconoce que después de su propio trabajo fundador “se han difundido ya en toda la República los libros y monografías sobre higiene infantil”. Sin embargo, recuerda sólo las publicadas por “los doctores Antonio Arraga, Benjamín D. Martínez, Gregorio Aráoz Alfaro, Camilo Muniagurria, etc.” (1918: 167). Parece

²¹⁴ En un estudio reciente sobre la percepción de la maternidad en Argentina, Donna Guy también

olvidar los trabajos de quien había compartido con él la carrera de medicina, la fundación del Patronato de la Infancia, la dirección de la *Revista de higiene infantil* y, según García, una larga amistad. Una de las causas del olvido la provee Coni mismo, una página más adelante:

En 1891, la Intendencia Municipal nombró una comisión especial de médicos y demógrafos encargada de estudiar las causas alarmantes de la mortalidad infantil [se refiere a la comisión antes descripta] (...) Me cupo el honor de ser nombrado por unanimidad, presidente de ella (...) En ella se propuso para la realización de los propósitos perseguidos, una institución denominada Patronato y Asistencia de la Infancia (...) De esa manera, surgió la institución que constituye con razón el orgullo de Buenos Aires y que otras capitales americanas han imitado.

Por exceso de delicadeza, no quise aceptar el cargo de presidente discernido por aclamación en la primera asamblea de la sociedad, y fue entonces que se me nombró presidente honorario como fundador de la benemérita asociación, título honroso que ni siquiera ostenté en la carátula de la *Revista de higiene infantil*, creada por mí para servirle de órgano, y en la que figuraba simplemente mi nombre como director (...) Sensible es recordarlo, que viviendo ya retirado en Europa, enfermo y con el alma llena de decepciones e ingratitudes, reclamé a la Comisión Directiva el justo derecho de ver figurar mi nombre con el título que me correspondía, pero ésta tuvo la peregrina idea de contestarme que en los estatutos de la asociación (aprobados un año después de mi nombramiento), no se hacía mención del cargo de presidente honorario!! Razón pueril y venganza mezquina de algunas personalidades que dirigían el Patronato, y que conviene más bien relegar al olvido por honor de la misma institución. «On ne tue pas les idées», y no se puede tapar el sol con un harnero!

Si se considera que la portada del primer número de la *Revista de higiene infantil* consigna como directores de la publicación a Manuel

Podestá y Emilio Coni, parece pertinente inferir del comentario anterior, más que una armónica amistad, una conflictiva puja de intereses en la configuración de los estudios y las prácticas de la higiene en el país, que se extiende, al menos, desde la dedicatoria de *Niños*, en 1888, hasta las primeras décadas del siglo siguiente²¹⁵. En su revés, puede leerse, quizá, como en tantas otras prácticas y actitudes del período, el eco de la puja entre los dos grupos políticos mayoritarios. El mismo Coni reconocería en sus *Memorias* que, en los setenta, “la lucha ardiente entre «mitristas» y «alsinistas»” había llegado, por ejemplo, hasta la Sociedad de Beneficencia, y que “la asociación de damas, no habiendo logrado sustraerse a esa influencia, estaba también dividida en dos bandos”. (Coni 1918: 80). En los ochenta, mitristas y autonomistas disputaban todavía el poder y parece lícito observar el eco de esta disputa entre un higienista, ex-practicante médico de las fuerzas de Mitre, y otro higienista, que era legislador por el partido autonomista²¹⁶.

²¹⁵ Quizá sea necesario aclarar que Emilio Coni coincidía, sin embargo, en otros espacios intelectuales con conspicuos representantes de la elite italiana como Emilio Zuccarini. *Cfr.*, por ejemplo, los recuerdos de Domingo Buonocore: “La librería de Alfredo Cantiello, que luego, allá por 1910 más o menos, adquirió Francisco Albasio, su sucesor, fue una de las primeras que en Buenos Aires se especializaron en el libro italiano. En sus locales de Florida 26, primero, y Bernardo de Irigoyen 946, más tarde, se celebraba casi diariamente una tertulia de escritores, periodistas y amigos que, por derecho nato, presidía don Pedro [Denegri]. Ella se alternaba con otra que se efectuaba en el escritorio de su dueño —calle Defensa 350— y que se prolongó hasta los últimos tres años. Allí concurrían a pegar la hebra sobre literatura, finanzas o política, entre otros fieles, José María Palma, Emilio Zuccarini, Agustín Arzano, Emilio Coni, Lorenzo Raggio, Toribio Ayerza, Juan A. Argerich, Emilio Merello, Arturo Scotto.” Citado en Arrieta 1955: 182.

²¹⁶ Podestá fue diputado por la primera sección de la provincia de Buenos Aires en el período 1883-1885. Por la segunda sección, lo hizo en otros dos períodos consecutivos: 1885-87 y 1887-89. (Blasi 1976: 78, nota 16).

Ya Antonio Argerich, miembro de una familia con intensas relaciones con el poder²¹⁹, había señalado el riesgo implícito en el ascenso social e intelectual de la primera generación de inmigrantes italianos, como era el caso de Podestá. Según Argerich, la primera generación puede incorporarse a la clase media mediante la educación y la tenacidad que los caracteriza para el enriquecimiento material, pero en la segunda y tercera generación el proceso se estanca y estos seres inferiores vuelven a la rusticidad determinada por las leyes hereditarias de sus grupos de origen. Por esta razón aconseja evitar “[El] salto brusco del proletariado a las altas esferas de la sociedad, [pues] trae perturbaciones graves y todo lo desequilibra.” Y alerta: “En ninguna parte se observan estas anomalías con mayor frecuencia que entre nosotros. (Argerich [1884] 1984: 71). Las similitudes entre esta posición y las de Cambaceres, Cané o García Mérou

²¹⁹ Los datos biográficos del autor de *¿Inocentes o culpables?* están tergiversados en un número considerable de estudios sobre la literatura argentina del siglo anterior. Con los datos reunidos en los archivos de la Biblioteca de la Facultad de Medicina, en la Biblioteca de la Academia Nacional de Ciencias y en el Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas” de la Facultad de Filosofía y Letras pudimos establecer la siguiente distinción. Existió, como lo señalan casi todos los estudios, un médico llamado Juan Antonio Argerich (1840-1905) que obtuvo su título de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires en 1864 con la tesis *Estudio sobre el chancro infectante*. No fue él, sin embargo, el autor de la obra que nos ocupa sino Antonio Argerich, quien nació en Buenos Aires en 1855 y murió en Catamarca ya muy avanzado el siglo veinte, el 2 de agosto de 1940. Este Argerich, descendiente de la familia de médicos de ese apellido, después de prestar servicios en correos y telégrafos desde 1882, fue en 1885-7 secretario de la gobernación de Chubut y, en 1888, desempeñó en Catamarca el cargo de jefe de policía. Llevó a Catamarca una imprenta y publicó primero un periódico llamado *El Montañés* y, en 1890, fundó *Nueva Era*. Colaboró en el diario *Sud América* que dirigía Paul Groussac y en *El Argentino* de Joaquín Castellanos. En 1893 se retiró del periodismo. Su primer libro impreso fue *Un poco de prosa*, selección de sus trabajos publicados en *El Album del Hogar*. El volumen apareció en 1881 prologado por Eduardo L. Holmberg. En 1882 publicó una conferencia titulada *Naturalismo* y, en 1884, la Imprenta del “Courrier de la Plata” editó en Buenos Aires *¿Inocentes o culpables?. Novela naturalista*, título completo de la primera edición que conserva el Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”.

parecen tan evidentes como la distancia que media entre ellas y la posición ocupada por un médico de la colectividad italiana como Podestá, quien a partir de su origen étnico inscribe una trayectoria de diferenciación dentro del grupo hegemónico que redonda en debates y polémicas varias²²⁰.

Un caso de enfermedad moral

El debate entre Piñero y Podestá, registrado en *La Nación*, es otra muestra evidente de estas tensiones no literarias puestas en escena ante la publicación de ciertos "trabajos literarios". Entre el 10 y el 24 de marzo de 1889, *La Tribuna Nacional* —el diario de Mariano de Vedia— había publicado, en su folletín, tres capítulos de *Irresponsable*. A fines del mismo año, apareció el libro completo con pie de imprenta, también, de *La Tribuna Nacional*. Desde las aulas del colegio hasta el manicomio del último capítulo, el libro narra las vicisitudes del *hombre de los imanes*, un "ser transformado, sucesivamente por la neurosis, por el alcohol, por la mancha hereditaria, que fue agrandándose con los años, hasta eclipsar su personalidad" (Podestá 1889: 214). Un examen de física en el legendario colegio de la elite porteña, el anfiteatro del viejo hospital de hombres, la "suntuosa casa" de un profesional exitoso, un comité partidario, el depósito

²²⁰ No en vano, Coni inicia y culmina sus hagiográficas *Memorias de higienista* señalando que "mi origen étnico explica la tenacidad y perseverancia de carácter y la disciplina que heredé de mi abuelo materno [bretón, natural de Nantes]." (1918: 64). Similar énfasis sobre su origen étnico,

de una comisaría y, finalmente, un manicomio, son los escenarios elegidos para la observación y el análisis de este caso ficcional presentado como un caso clínico —“una secreción cerebral patológica”—, y también un caso jurídico: un *irresponsable*. Entre uno y otro espacio, la trama articula en varias escenas, con escasa conexión narrativa entre sí, diferentes momentos de la vida del *hombre de los imanes*.

Entre el 25 de febrero y el 16 de marzo del año siguiente, Norberto Piñero publicó en *La Nación* las dos cartas ya citadas con la intención manifiesta de discutir la configuración científica de este personaje. Entre una y otra carta, el mismo diario publicó también una extensa réplica de Podestá que apareció el 8 de marzo de 1890. En la primera de las cartas, Piñero advierte dos propósitos en la escritura de *Irresponsable*: uno ejemplar y otro costumbrista. Este último, dice, prima sobre el primero: "las descripciones de lugares, prácticas electorales, procedimientos en las comisarías, etc., etc., (...) han sido ejecutadas vigorosamente y con una clara percepción de la realidad". El primer propósito, en cambio, ha fallado, pues, aunque el *hombre de los imanes* pueda ser un personaje "literariamente verosímil, es un tipo único, singularísimo, una creación de la que sólo existe ese ejemplar" por lo tanto no puede ser considerado ejemplo de teoría científica alguna. En opinión de Piñero, Podestá ha querido "demostrar con su ejemplo cómo, entre los dos grandes elementos, la constitución orgánica

puede leerse también en la página 137 de las mismas *Memorias*.

y psíquica hereditariamente adquirida y el ambiente social y físico que determina las resoluciones individuales, la actividad, la acción y la manera general de ser de un sujeto, el primero ejerce mayor influjo, predomina sobre el segundo." Pero ni la teoría de la herencia ni los postulados de la degeneración congénita podrían justificar —en su opinión— los actos psíquicos de este personaje literario, propuesto como ejemplo de determinación hereditaria. Ni "el germen del alcoholismo en la sangre" ni un carácter "nativamente malo" alcanzan para ubicar al personaje en el grupo de los irrecuperables y, por esta razón, Piñero concluye que "el *hombre de los imanes* es imposible", desde el punto de vista psicológico. En sus argumentos lógicos y discursivos resuena la disputa que había enfrentado sólo unos meses antes, en el Segundo Congreso de Antropología Criminal realizado en París en 1889, a la delegación francesa con la italiana sobre una cuestión de larga data: la teoría de la degeneración hereditaria.

Desde la aparición de los dos volúmenes del *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle* de Prosper Lucas, en 1847 y 1850, la herencia se había transformado en una temática dominante que, desde la biología, atravesaba el discurso social. Unos años más tarde, August Morel consideraría, de acuerdo con la impronta de este tratado de Lucas, que la degeneración era el resultado de una influencia morbosa —física o moral— que alejaba al hombre de un estado de perfección original y se transmitía hereditariamente. De la perfección a la degeneración varias causas coadyuvaban a la degradación del alienado: la intoxicación por abuso de bebidas alcohólicas, el medio social, una afección morbosa anterior, un mal moral,

enfermedades congénitas o adquiridas en la infancia y, por último, influencias hereditarias (Huertas García-Alejo 1983: 32-38). El intento de clasificación de las causas de la alienación —todavía muy confusas en la teoría de Morel— traía aparejada la posibilidad de detectar a los alienados y, en consecuencia, autorizar la intervención médica sobre lo social. La pretensión de la medicina, decía Morel, "n'est pas de se poser comme une forme médicatrice exclusive; elle convie à cette oeuvre de régénération ceux auxquels sont confiés le bien-être et les destinées des populations, et qui possèdent les moyens de réaliser les projets d'amélioration que la science médicale soumet à leur examen" (1857: 78). Una convicción que concordaba con los intereses de Podestá, y cuya resonancia es percibida en la tesis presentada en 1879. También Morel había sido un "médico de pobres": como jefe clínico del Asilo psiquiátrico de Saint-Yon, había realizado las observaciones, que culminaron en su teoría de la degeneración, entre el proletariado de la región de Rouen y las poblaciones agrícolas de la zona. Allí había podido establecer las hipótesis sobre la relación entre alcoholismo, herencia y degeneración que serían los núcleos más conocidos y discutidos de su teoría, la cual, difundida a través de numerosos tratados médicos y no menos exitosas ficciones literarias²²¹, había contribuido a

²²¹ Huertas García-Alejo ha dedicado varios estudios al análisis de la repercusión de la teoría de Morel en el ámbito científico y en la literatura de Emile Zola. Entre otros, su tesis de doctorado sobre *Medicina y ciencia en el naturalismo literario de E. Zola* (1985). En la ciudad de Buenos Aires, no puede obviarse la impronta moreliana en *¿Inocentes o culpables?* de Antonio Argerich (1884) y *En la sangre* de Eugenio Cambaceres (1887), entre los antecedentes más notables.

ampliar el campo de intervención médica desde la clínica hacia prácticas de prevención para el tratamiento de estos sujetos *irresponsables*.

En la década del ochenta, las hipótesis morelianas sobre la degeneración formaban ya una compleja teoría, amplificada y enriquecida por aportes de discípulos directos como Valentín Magnan o Michel Legrain, pero también de otras fuentes surgidas de la extraordinaria difusión alcanzada, en Europa, por el discurso degeneracionista. En un momento en que los movimientos migratorios desde las zonas rurales y la pauperización de vastos grupos sociales, modificaba el flujo demográfico urbano, la teoría de la degeneración aportaba una explicación conceptual sobre la delincuencia y la criminalidad, a la vez que una estrategia conjuradora contra el temor y la ansiedad que éstas generaban en los grupos dirigentes²²². Proyectos tan disímiles como la historia de Francia de Hippolyte Taine, el ciclo de los Rougon-Macquart de Émile Zola o la psicología de las multitudes de Le Bon, compartían una común matriz degeneracionista. Desde el darwinismo biológico, que impregnaba inicialmente el pensamiento de Morel, la degeneración se había diseminado

²²² "The theory of *dégénérescence* —dice Daniel Pick—, needs to be understood as an ideological production, a complex process of conceptualizing a felt crisis of history. It emerged at just the moment when liberal progressivism was so powerfully in trouble. After 1848 and the foundation of the Second Empire, there was a deep sense of confusion about the patterns of historical change and repetition. *Dégénérescence* exemplified the radical contradiction of faiths in that period. It is irreducible to one message, motive, or 'interest group. (...) The language of degeneration, it can be said, served interests just as it articulated desires and fears. Interest, however, is far from a self-evident category. (...) degeneration reveals contradictory politics and ideas, not the clarity of a single 'position'". (1989: 56).

en un conglomerado de temas y narraciones que condensaban los conflictos y tensiones de la época.

En Francia, sin embargo, donde las ideas darwinistas no fueron recibidas con el mismo entusiasmo que en el resto de Europa, la teoría lamarckiana de la preeminencia del medio parece haber prevalecido, a pesar de la difusión alcanzada por las primeras hipótesis de Morel. En Italia, por el contrario, la llamada antropología criminal había enfatizado los alcances programáticos de las ideas darwinistas, sobre la clasificación de las especies, para el análisis de la degeneración²²³. Cesare Lombroso, un médico nacido en Verona y residente en Pavia, había publicado, en 1876, su famoso *L'uomo delinquente studiato in rapporto alla antropologia, alla medicina legale et alle discipline carcerarie* —un “libro de mano cuya importancia somos los primeros en aplaudir”, diría Podestá (*La Nación*, 8 de marzo de 1890)—²²⁴. El atavismo lombrosiano, con su atractiva galería de imágenes de rasgos criminales, acentuaba la determinación orgánica en la configuración hereditaria y desestimaba, en cambio, la importancia del medio en la regeneración de los individuos. Sus planteos iniciales,

²²³ “A crude version of Darwinism was used by Lombroso to insist that many criminals were immutable atavists; the dominant strain in French thought insisted in often explicitly Lamarckian terms, on the continuing interaction of heredity and milieu and hence the impossibility and immorality of complete fatalism. But even here the issue is more complex; first, Darwin himself and many of his followers were Lamarckian at least in certain of their assumptions (...) Second, French theories of heredity often produced confusingly contradictory connotations in relation to the environment.” (Pick 1989: 100-101).

²²⁴ Julio Ramos ha analizado, por otra parte, la difusión de esta obra de Lombroso en otras regiones del continente americano (1994: 25-46).

medio en la regeneración de los individuos. Sus planteos iniciales, diversificados y enriquecidos por Raphael Garofalo, Enrico Ferri y Scipio Sighele, entre otros colaboradores y discípulos, se difundían, desde 1880, a través de los *Archivio di psichiatria, antropologia criminale e scienza penale*, antecedente ineludible de los *Archivos de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal* que dirigiría Ingenieros, entre 1902 y 1913, y en cuyo Comité de Redacción figuraría también Podestá.

La difusión en el Río de la Plata de este debate originado en Europa, entre franceses e italianos, había provocado tantas adhesiones enfáticas como escépticas disensiones. Si bien el *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives* de August Morel había alcanzado celebridad inmediata tras su publicación en París, en 1857, sus postulados habían sido recibidos de modo diverso. Unos habían saludado una teoría que permitía explicar la etiología de la alienación, según el paradigma degenerativo de las especies concebido por las ciencias naturales, mientras otros dudaron de la relación determinista entre herencia, degeneración y alienación. En el Primer Congreso de Antropología Criminal, realizado en Roma en 1885, los delegados franceses ya habían confrontado abiertamente la doctrina lombrosiana del atavismo, que preveía la regresión hacia estados de evolución más primitivos, sin dejar de reconocer, sin embargo, los aportes decisivos de Lombroso al avance de la antropología criminal. Habían propuesto, sin embargo, desplazar el centro de atención desde lo orgánico hacia la influencia del medio en la configuración del sujeto

punible. En el Segundo Congreso, el realizado en París en 1889, las diferencias se acentuaron y la polémica contribuyó a desplazar a Lombroso, y sus seguidores más directos, del centro de decisiones sobre políticas penales y penitenciarias²²⁵.

La disputa entre los dos grupos puede leerse en los comentarios que siguieron, en Buenos Aires, a la publicación del libro de Podestá. La carta de Eduardo Sáenz, por ejemplo, pone en evidencia la trama de seducción “moderna”, pero también de sospecha, que rodeaba hacia 1890, los postulados atávicos de la escuela italiana:

... la teoría que entrafia su héroe [se refiere al *hombre de los imanes*] presupone una filosofía fatalista que no sé hasta qué punto se hallará sostenida por la ciencia contemporánea. *Desde luego es moderna* y se hace accesible a la razón por su consonancia con los principios más adelantados; pero la última verdad todavía no se ha pronunciado, y los sabios tendrán mucho que pensar y que decirnos antes [de] que podamos fundar nuestra escuela literaria sobre bases tan inseguras como las que hoy día nos ofrecen. (*La Prensa*, 1 de febrero de 1890: 5). El énfasis es nuestro.

En la carta de Juan Coustau, publicada el mismo día que la anterior, pero en *La Nación*, la prudencia de Sáenz es reemplazada ya por el rechazo directo de los postulados de la antropología criminal:

...no soy partidario de las doctrinas antropológico-sociales que allí [en *Irresponsable*] se desarrollan, y que vulgarizadores mediocres han querido en nuestros tiempos llevar a la categoría de verdades inconcusas, llamándolas la

²²⁵ Daniel Pick ha dedicado un apartado completo de su estudio sobre la degeneración a reseñar el debate entre los dos grupos nacionales —franceses e italianos—, en los dos primeros congresos de antropología criminal, realizados en 1885 y 1887. (1989: 139-152).

última expresión de la ciencia.

Finalmente, en las cartas de Piñero y Podestá, las posturas que los dos grupos habían sostenido en el reciente congreso de París, son defendidas y atacadas por cada uno de los contendientes²²⁶. Si bien el primer comentario crítico de Piñero abundaba en acotaciones sobre los aspectos literarios de la novela, la segunda parte de la carta se centra en la discusión de la tesis que sostendría lógicamente la figura del protagonista. El jurista muestra allí su predilección por la orientación francesa de la teoría degeneracionista. El medio, según Piñero, habría influido más que los factores hereditarios en la configuración de este individuo de ficción. De acuerdo con las discusiones sobre la tesis lombrosiana que se habían producido en el Congreso, Piñero exalta la función del medio en la configuración del criminal y, en consecuencia, la posibilidad de su regeneración de través del sistema penal:

Hace Ud. una excursión a la antropología criminal y recuerda varios datos y algunos rasgos anatómicos atribuidos a los delincuentes por Marro, Lombroso y otros.

Soy el primero en reconocer la importancia de las investigaciones de esos sabios, los descubrimientos con que han enriquecido la ciencia y el gran valor de sus doctrinas;

²²⁶ En torno del grado de contemporaneidad entre las discusiones científicas europeas y las rioplatenses, obsérvese que el Congreso se había realizado en el mes de agosto de ese año, y que las *Actes du deuxième congrès international d'anthropologie criminelle, biologie et sociologie* serían publicadas, en París, un año después de este debate, en 1890. Quizá haya que recordar lo descrito por Emilio Daireaux, en su *Vida y costumbres en el Plata*: "...los libros de derecho, medicina y ciencias aplicadas, apenas impresos, llegan [a Buenos Aires] en grandes proporciones, enviados por los editores de París que saben cuentan en el Plata con un público ávido de todas las novedades, que desea conocer todas las nuevas teorías y sus más recientes aplicaciones" (1888: 106-7. Citado en Arrieta 1955: 160).

pero le observo que el señalamiento anatómico de los delincuentes es la parte menos comprobada y más discutida de sus teorías. (...)

En el reciente congreso de antropología criminal celebrado en París, los caracteres somáticos que Lombroso y otros asignan a los criminales han sido objeto de vivas controversias.

Recuerda, entonces, la ya famosa frase de Alexandre Lacassagne, el líder de la delegación francesa en el Primer Congreso de Roma, que tendría, por cierto, notoria resonancia en el discurso argentino. Apelando a una metáfora de origen pasteuriano, Lacassagne había establecido una “fórmula que —según Piñero— ha hecho camino y cuya exactitud se impone: «El medio social, ha dicho, es el caldo de cultura [*sic*] de la criminalidad; el microbio —es el criminal— un elemento que no tiene importancia sino cuando encuentra el caldo que le hace fomentar [*sic*].»²²⁷. La metáfora microbiana, que trasladaba el énfasis desde la degeneración nata hacia la influencia del medio en la conformación del criminal, aparecería en varios textos de la década siguiente mientras que las hipótesis lombrosianas se irían desdibujando tras el auge de los estudios psicológicos²²⁸.

²²⁷ "Le milieu social est le bouillon de culture de la criminalité; le microbe c'est le criminel, un élément qui n'a d'importance que le jour où il trouve le bouillon qui le fait fermenter" (Lacassagne, *Actes du premier congrès international d'anthropologie criminelle, biologie et sociologie*, Turín, 1886-7, p. 166. Citado en Pick 1989: 140, nota 92).

²²⁸ En el capítulo anterior, se señaló, por ejemplo, la temprana apropiación de la tesis biológica de Le Bon en las ficciones de Holmberg. También, en *Las multitudes argentinas*, José M. Ramos Mejía se apropiaría de la metáfora microbiana para el análisis de la sociedad argentina. *Cfr.* el siguiente párrafo: “Como ya lo ha dicho la Fisiología: favorables o nocivos, según la circunstancia de su empleo, medicamentos o venenos, según las dosis, tal es la función de los virus conocidos, tal es también, como trataremos de demostrarlo, la de las multitudes en la historia del Río de la Plata”. (Ramos Mejía [1899] 1952: 48).

La réplica de Podestá descarta los comentarios literarios y rescata, en cambio, sólo la discusión científica. El *hombre de los imanes* es, dice, "una secreción cerebral patológica", "un cerebro, nada más que un cerebro que obedece a la repercusión del movimiento que tiene lugar en la intimidad de sus agrupaciones moleculares" y convoca en su aval la anatomía patológica y la escuela criminológica italiana. La primera formaba parte de los avances médicos que más consenso habían alcanzado en la época; la segunda señalaba, en cambio, un área de conflicto en el seno de la elite médica porteña. Mientras algunos de sus miembros manifestaban —como en tantas otras oportunidades— su preferencia por las teorías surgidas en el campo intelectual francés, Podestá apeló a los postulados de la escuela positivista italiana para la defensa de su personaje. "Cuántas veces habría disertado Ud. [se refiere a Piñero quien, desde 1887, ocupaba la Cátedra de Derecho Penal²²⁹] sobre la importancia que tiene para la evolución psíquica y moral la conformación craneana de tal o cual individuo, aceptando sin vacilar las consecuencias y ulterioridades de esas organizaciones típicas de que hace tesoro la antropología moderna para tener el derecho de poner una mano

²²⁹ Según Rivarola "Es digna de recordarse la orientación que dio a los estudios penales. Hasta entonces, el programa, la enseñanza y los exámenes se habían mantenido estrictamente en el marco de la escuela clásica. Los estudios de legislación y de doctrina no llegaban más acá de los comentarios de Pacheco al código español de 1850 y del tratado de derecho penal de Rossi; y se completaban en lo nacional, con el *Curso de derecho criminal* del doctor Carlos Tejedor y su *Proyecto de Código Penal*. (...) Con Piñero en la cátedra, la enseñanza tomó otra dirección [se refiere a los avances en antropología criminal]". (1921: 7-8)

sobre tal o cual artículo del código penal..."²³⁰. Una década ha transcurrido desde la publicación de los informes médico legales de Wilde y el conflicto sigue vigente: un médico y un jurista discuten todavía sobre quién tiene "el derecho de poner una mano sobre tal o cual artículo del código penal"²³¹. Pero discuten ahora, también, sobre cuál es la teoría más adecuada para interpretar ese derecho. La posición de Podestá es contundente:

la teoría [fisiología experimental] se apoya sobre fundamentos reales y puede constituir con razón un cuerpo de doctrinas que se imponga al magistrado que debe hacer cumplir el código que tiene bajo su tutela, que *le haga abrir los ojos* como para advertirlo que la responsabilidad y el libre albedrío no son cuestiones de metafísica sino de esencia experimental de otra índole y valor.

Varios años después, en 1921, Rodolfo Rivarola describiría la expectativa que estas ideas habían suscitado en el grupo intelectual porteño:

La novedad [la antropología criminal italiana] había movido una legión de adeptos y propagandistas y suscitado

²³⁰ Una anécdota muestra la extraordinaria difusión de la antropología criminal en el Río de la Plata: "Viajando por Italia con el General Roca [1886-1887], tuve en Roma la satisfacción de ponerle en comunicación con [Jacobo] Moleschott, que era el médico del Ministro argentino, doctor del Viso, y de mi familia, la cual mantenía con la suya cordialísima amistad. Al pasar Roca a Turín, recibió allí la visita de Lombroso que había sido advertido por Moleschott; y él, con Edmundo de Amicis, fueron los dos complacientes amigos que nos guiaron en el estudio y conocimiento de la capital piemontesa. Lombroso, examinando la cabeza de Roca, encontró la accidentada conformación de sus protuberancias craneanas, de acuerdo con las hermosas calidades y condiciones de carácter que hacían del General un hombre excepcional. Al examinar la mía, después de oprimirla y de tantearla minuciosamente en todas direcciones, me rechazó como decepcionado, diciendo: «*troppo regolare: ne matto, ne mattoide*». Con lo cual sufrí desengaño." (Montero 1928: 178, nota 1).

²³¹ Todavía en 1914, la enfermedad no ha sido deslindada de la criminalidad. *Cfr.* el discurso de Norberto Piñero, en ocasión del Primer Congreso Penitenciario: "En la época presente constituye en todas partes una alta función social, el combate emprendido para destruir la barbarie interna, suprimir o atenuar las causas del delito y del vicio, eliminar, corregir, asilar, curar o transformar en elementos económicos, a los sujetos inadaptables —criminales o enfermos,— productos de las anomalías y deficiencias orgánicas y psíquicas y de las influencias ambientales". (Rivarola 1921: 13-14)

gran discusión en todo el mundo. *Era una guerra... de ideas*, de la cual debería con el tiempo fijarse las consecuencias un poco más debajo de cuanto el entusiasmo del momento prometía. *Visto a la distancia resulta aquél uno de los más bellos episodios en la historia intelectual y social de la civilización europea reflejada en América.* (Rivarola 1921: 8. El énfasis es nuestro)

En esta guerra... de ideas, Piñero habría contribuido inicialmente a difundir las ideas de la antropología criminal italiana, pero, al mismo tiempo, habría manifestado su disidencia respecto de algunas cuestiones. Como se puede ver en su debate con Podestá, a escasos tres años de haberse hecho cargo de la cátedra de Derecho Penal, Piñero ya manifestaba sus diferencias con la ortodoxia de la *Scuola positiva*. Rivarola enfatizará, precisamente, esta apropiación ecléctica de las nuevas "doctrinas":

Cupo a Piñero el honor y la gloria de poner a su cátedra al corriente de aquella lucha [la de los defensores o detractores de la antropología criminal italiana], e informarla de la nueva doctrina *con la prudencia y serenidad propias de su equilibrado temperamento*. Su programa comprendió las cuestiones entonces planteadas por la nueva escuela, y por la posición intermedia de la llamada *política penal*, que tuvo por órgano a la *Unión internationale de droit penal*, fundada por un belga, Adolfo Prins, un alemán, von Liszt y un holandés, van Hamel. (Rivarola 1921: 8. El énfasis es nuestro)

No sorprende entonces que, en respuesta a la carta de Podestá, Piñero publique, una semana después, una segunda y extensa carta en la que abandona los comentarios estilísticos sobre la novela y se centra, por una parte, en la defensa de la teoría de la influencia del medio en la configuración de la *irresponsabilidad*, y, por otra, en la defensa de la psicología experimental.

La primera cuestión permitía desplazar a los médicos del centro del diagnóstico criminal:

El crimen resulta de la intervención del medio y del elemento vital [predisposición orgánica, fisiológica, anomalía psíquica]. Ambos son indispensables. El uno sin el otro nada vale. El medio representa el papel más importante. *Por eso la explicación del crimen es principalmente sociológica y secundariamente biológica.* (Piñero, 16 de marzo de 1890)

La otra cuestión —la defensa de la psicología— ponía en escena un foco de conflicto de no menor importancia. “El valor de los rasgos y estigmas anatómicos —dice— es muy secundario, al lado de los caracteres psicológicos, para la determinación de los tipos y de las categorías de los criminales. En estos caracteres se fundan las clasificaciones más recomendables.” No sólo es discutible, para Piñero, el valor de la herencia biológica en la configuración de la irresponsabilidad sino que —desde una posición psicologista que anticipa las discusiones generadas unos años después, a partir de la enseñanza de la psicología experimental²³²— discute

²³² Otro Piñero —Horacio— asumió su difusión pero, según consta en el discurso pronunciado por Miguel Cané en 1919 en la Facultad de Filosofía y Letras, su aceptación institucional fue un proceso más dilatado y complejo de lo que sus apologistas parecen haber reconocido: “Se ha dicho con razón que si un poco de psicología aleja de la filosofía, mucha psicología acerca a la misma. Es exacto, siempre que a esta pobre psicología experimental, tan asaltada desde que vio la luz, se le dé su significación verdadera. Pienso, por lo que de ella sé, que jamás ha pretendido pesar el alma en una pequeña balanza muy bonita y muy sensible, ni medir la intensidad de la inteligencia en algo como un dinamómetro intelectual, fabricado expresamente para ese uso. Lo que sí es cierto —y en ese terreno no hay más que inclinar la cabeza, con el doble objeto de ver mejor lo que se hace y aguantar el chubasco,— es que la concepción de la que deriva todo estudio experimental del hombre, es la que establece la unidad de su naturaleza. Los partidarios del viejo dualismo, el factor más eficaz del laberinto sin salida en que ha andado la filosofía desde que el hombre empezó a pensar, no pueden comprender ni comprenderán nunca, el objeto ni el método de la psicología experimental.

Le atribuyen propósitos disolventes, capaces de minar el orden social, político y religioso, de modificar, en una palabra, esta máquina que creen muy bien montada, aunque sus crujidos deben

también la pertinencia de los rasgos o estigmas anatómicos. En opinión de Podestá, en cambio, los principios psicológicos propuestos por Piñero carecen de legitimidad científica alguna: "Sospecho que la psicología experimental tendrá que andar mucho tiempo pidiendo prestado sus abstracciones a la metafísica antes de entrar francamente en su propio laboratorio para constituir sus doctrinas depuradas de todo error tradicional o inducción especulativa."²³³ Cree, por el contrario, que la antropología criminal —en la versión de Lombroso y de Garófalo, específicamente— ofrece todo un cuerpo de herramientas conceptuales que podrían articularse provechosamente con las de la fisiología experimental y las de la anatomía patológica.

En este cruzamiento entre biología, psicología y criminalidad —tendencia común en la formación del campo médico²³⁴—, no será

oírse ya de los astros más cercanos: es hacerle demasiado honor. Por el momento, la psicología que aquí estudiamos tiende a revelar, como ha dicho últimamente uno de sus más autorizados representantes [Binet], "que el estudio riguroso experimental de las formas superiores de la actividad mental es posible y que este estudio puede hacerse según los métodos de la fisiología de los sentidos, a condición, solamente, de que la introspección, que ocupa un lugar muy modesto en estos métodos, pase a primera línea". Esto es todo: ya véis que no es muy revolucionario y que se puede asistir a nuestros cursos sin correr riesgos de mayor cuantía. (Cané 1919: 26-27).

²³³ Ya en su tesis de doctorado había establecido que "La experimentación y la observación atenta de los fenómenos que se pasan en el organismo en sus distintas condiciones, han dado un golpe de muerte a los sistemas que tiranizaban la ciencia impidiendo su adelanto" (Podestá 1879: X). Piñero le responde: "No creo que la psicología experimental, si ha de merecer ese nombre, necesite pedir sus abstracciones a la metafísica. Seguramente hay muchísimo que indagar en ese terreno y en el de todas las disciplinas científicas. ¡Ignoramos demasiado!" (*La Nación*, 16 de marzo de 1890).

²³⁴ *Cfr.*, por ejemplo, las sucesivas posiciones ocupadas por Cesare Lombroso en la Universidad de Turín: "By 1876 he held a post in legal medicine and public hygiene at Turin university where he was later made professor of psychiatry in 1896 and of criminal anthropology in 1906." (Pick 1989: 120).

Norberto Piñero sino Podestá —paradójicamente— uno de los autores que Ingenieros recuerde en su semblanza de los antecedentes de la psicología en la Argentina. Dirá "Páginas interesantes [de psicología] se deben al doctor Manuel T. Podestá, alienista distinguido y delicado espíritu literario" ([1910] 1988: 56). De hecho, como una muestra más de los vaivenes y paradojas de un campo intelectual en proceso de formación, pero también del estatuto científico mismo de ciertas disciplinas, es necesario recordar que, a pesar de este acendrado biologismo inicial, Podestá forma parte junto con Norberto Piñero de los cuarenta socios "no todos psicólogos ni inmortales" —en palabras de Ingenieros— de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, fundada en 1908 (Ingenieros [1919] 1988: 71, nota 22).

Finalmente, este debate tenaz y minucioso en torno de las teorías científicas, que explicarían la configuración del *hombre de los imanes*, pone de manifiesto hasta qué punto un personaje de ficción era leído en la época como un caso clínico no ficcional, y cómo la discusión de teorías científicas podía interesar, además, al público de los diarios de mayor circulación²³⁵. Veinte años después, inclusive, todavía parece estar vigente esta impronta del caso como estrategia de lectura en las ficciones del fin de siglo:

Ciertos géneros literarios, como el teatro, la novela, el cuento, la autobiografía, las memorias, —dice Ingenieros—

²³⁵ "Es cierto que los diarios ejercen, por lo general, un austero apostolado, cuando los que los escriben están penetrados de la alta misión que desempeñan; porque a la vez que sirven de celosos guardianes de los intereses sociales, *contribuyen a la divulgación de las verdades científicas* o de otro orden haciéndolas penetrar en los apartados dominios de las masas populares". (Martínez 1887: 8-9).

se prestan singularmente a la aplicación de las aptitudes psicológicas de sus autores y *ofrecen un valioso material de estudio a los psicólogos profesionales.* (...) ¿No darían materia para un estudio psicológico algunos tipos creados por ciertos novelistas argentinos, tan propensos a analizar los sentimientos de los personajes, como a describir el medio social, desde la clásica *Amalia* de Mármol y las novelas policiales de Eduardo Gutiérrez, hasta las de Podestá y Chiappori...? (Ingenieros [1919] 1988: 76. El énfasis es nuestro).

El personaje de ficción no sólo es configurado como un caso sino que, además, es leído como tal. Esta lectura es la que produce un sinnúmero de discusiones en torno de la adecuación científica del caso planteado y la representación literaria del mismo, pues se hace patente la contradicción entre la tendencia multiplicadora de la ficción y la propensión a la unicidad del caso. La descripción de múltiples escenas y detalles favorece el *efecto de realidad*, pero es percibida por el lector como una complicación que distrae de la tesis central²³⁶. Por esta razón, quizá, en el resto de las reseñas, y en el inicio del comentario de Piñero mismo, el acento está puesto en la aparente dificultad para clasificar el libro en alguno de los géneros literarios conocidos y no en el principal problema de la novela que —según Piñero— era la inadecuación del *caso* a teoría psicológica alguna.

²³⁶ "En el siglo XIX, las discusiones están a menudo gobernadas por el desco o la negativa de conciliar, por una parte, una concepción de la obra que sigue siendo en gran parte clásica (continúan privilegiándose las nociones de coherencia y de organización global; jerárquicamente el personaje debe aventajar a la descripción, que debe quedar al servicio del personaje) y, por otra parte, la influencia de teorías no literarias: sociológicas, biológicas, antropológicas, etc. que afirman que el hombre está sometido a la dependencia de los lugares y los medios que lo rodean." (Hamon 1991: 39).

La tesis que sostiene *Irresponsable* ya había sido expuesta con matices diversos en ficciones anteriores: en una novela de Antonio Argerich y en otra de Eugenio Cambaceres se pueden leer *casos* muy similares al del *hombre de los imanes*.

En 1884, Antonio Argerich había publicado, por ejemplo, *¿Inocentes o culpables? Novela naturalista*. El estudio de una familia de inmigrantes italianos le permitía a Argerich proponer “no más que una nota, una vibración de verdadero patriotismo” en oposición a la política inmigratoria del gobierno nacional²³⁷. El prólogo del autor enfatiza el carácter documental y didáctico de la construcción ficcional al proponer el texto como un llamado de atención sobre la política inmigratoria, al mismo tiempo que un intento de “llevar la propaganda de ideas fundamentales al corazón del pueblo”. Estas ideas se resumen en el principio de determinación orgánica de la herencia en los individuos inferiores, tal como había sido establecido en la cosmovisión darwiniana. Argerich creía que “la descendencia de [la] inmigración inferior no es una raza fuerte para la lucha, ni dará jamás *el hombre* que necesita el país.” ([1884] 1984: 11) y, amparado en la validez del método experimental, proponía desalentar y limitar la llegada de italianos al país.

²³⁷ Cfr. “En mi obra, me opongo franca y decididamente a la inmigración inferior europea, que reputo desastrosa para los destinos a que legítimamente puede y debe aspirar la República Argentina; y no es sin pena que he leído la idea del primer magistrado de la Nación consignada en su último Mensaje al Congreso de costear el viaje a los inmigrantes que lo solicitaren. Conceptúo esto como un gran error económico, del cual participan muchos pensadores argentinos.” (Argerich [1884] 1984: 10).

El *caso* del joven José Daggiore, un enfermo de sífilis, es la historia clínica elegida para el estudio de las causas que, según expresa el autor en el prólogo, dificultan el crecimiento demográfico del país. De acuerdo con la estructura básica del caso, el relato comienza por la historia clínica del paciente. La enfermedad de José, un hijo de inmigrantes italianos pobres, está prefigurada en su historia de vida. Su padre —un fondero de “cerebro atrofiado” por la rusticidad—, su madre —una joven vanidosa y “sin ideas”— y el “tumulto típicamente plebeyo”(36), en el que se ha desarrollado, configuran los semas iniciales de una patología social que derivará en los síntomas clínicos finales:

El niño despertó llorando.

En su inconsciencia [el hijo de Daggiore y Dorotea] nada sabía del medio en que se iba a desarrollar su vida; pero (...) Todo estaba preestablecido. Todo lo habían ordenado voluntades y cerebros anteriores. (...) Víctima de la casualidad o de la conjunción de dos sustancias desconocidas en su esencia, pobre prisionero de la vida, cautivo del momento histórico, no ha escogido el tiempo de su venida al mundo, su idioma ni su nacionalidad. La lógica de la herencia, casualidad para él, le ha dado sexo, color y temperamento.

¿Es esta una voluntad libre que se inicia?

Así lo afirman los espiritualistas.

¿Es por el contrario un autómatas que hará diversas muecas según la influencia que lo hiera?

Esto aseguran los materialistas.

Sigámosle, entre tanto, en la evolución de su vida y sus propios actos se encargarán de dar respuesta a esas preguntas formidables. (44-5)²³⁸

²³⁸ Ambas preguntas recuerdan el dilema planteado, seis años antes, en *Horacio Kalibang o los autómatas* de Holmberg.

Herencia, determinación y medio coinciden en la configuración del caso clínico que se expande hasta la configuración de la novela de tesis: “me ha sido forzoso entrar en estas explicaciones [las del prólogo] no sólo porque la composición literaria no se presta a detalles estadísticos, sino también porque *quería demostrar que la novela que va a leerse no reposa en un castillo de naipes.*” (14). Reposas, en cambio, en el registro documental que conforma el caso clínico.

Martín García Mérou opinó, sin embargo, que el andamiaje documental de la novela era insostenible pues, si no eran cuestionables las teorías científicas que lo sustentaban, sí lo eran las relaciones sociales que la ficción ponía en evidencia. En un artículo publicado el 1 de marzo de 1885²³⁹, el joven crítico asegura que “en la realidad y en la vida, todo pasa de muy distinto modo”(32) a como Argerich lo ha representado en la trama de su novela. “Nada más imaginario que esa familia italiana...”—dice García Mérou—; el doctor Ferreol, por ejemplo, es un personaje “simplemente absurdo. Jamás imaginación romántica desenfrenada ha producido un tipo que esté más alejado de la realidad”. ¿Por qué? “Nunca habrá visto el autor de *Inocentes o culpables*, en su patria, un hombre de estas condiciones elevado a Ministro...” (30), ni tampoco que “una mujer de

²³⁹ El artículo apareció en *La Prensa* (1 de marzo de 1885, p. 3) con la firma de Juan Santos (seudónimo de García Mérou) y el título “La novela en el Plata. Inocentes o culpables”. Luego fue reproducido en el volumen *Libros y autores*, compilado por García Mérou en 1886.

la clase y de la cuna de Dorotea, asista a los recibos semanales de un Ministro de Estado con tanta facilidad” (32). Es decir, nunca —en la versión del crítico— puede producirse en la ciudad de Buenos Aires un ascenso social tan vertiginoso:

No es porque la echemos de aristocráticos, *aunque en realidad lo seamos*, ni porque entre nosotros las clases estén divididas por abismos infranqueables; pero, así y todo, hay diferencias que nada salva, y estas son las de la educación. (32-33). El énfasis es nuestro.

En el mismo año de 1885, había aparecido *Sin rumbo* de Eugenio Cambaceres titulada —significativamente— *estudio*²⁴⁰. Muchos de los rasgos de Andrés, su protagonista, resonarían también en la configuración del *hombre de los imanes*. “Abandonado Andrés a su triste pesimismo, minada el alma por la zapa de los grandes demoledores humanos, abismado el espíritu en la glacial y terrible «nada» de las doctrinas nuevas, prestigiadas a sus ojos por el triste caudal de su experiencia...” (Cambaceres [1885] 1980: 14), se debatiría, como el personaje de *Irresponsable*, entre el

²⁴⁰ La opinión de García Mérou sobre la obra de Eugenio Cambaceres es muy distinta. En diciembre del mismo año, publica un artículo titulado “Las novelas de Cambaceres”, que anticipa la tendencia general de sus críticas en la década siguiente. Reniega allí de los errores cometidos por su “alma de adolescente” en la apreciación de los cuadros naturalistas, e intenta, en cambio, la genealogía prospectiva del canon nacional: “El autor de los *Silbidos de un vago*, ha fundado entre nosotros, la novela nacional contemporánea. (...) Cambaceres nos ha demostrado con el ejemplo, que nuestra vida es susceptible de estudio interesante en cualquier de sus múltiples fases; y esto solo revela el poder y alcance de su visión intelectual.” (Compilado en García Mérou 1886: 87-88). Pagés Larraya ha creído encontrar en la juventud de éste y otros críticos precoces, la razón del cambio tan vertiginoso en la consideración de la literatura naturalista. Eran —dice— jóvenes, precoces y románticos ([1947^b]1994: 111-112). Cabría observar, sin embargo, que seguían siendo jóvenes, cuando se transformaron en admiradores de Zola. En 1885, cuando García Mérou dio a conocer su propia novela naturalista —*Ley social*— tenía veintidós años y este dato fue usado, inclusive, para promocionar el folletín (Gnutzmann 1998: 161, nota 12). Antonio Argerich, por otra parte, tenía

vacío, la soledad y la inacción. Ambos viven desarraigados de su grupo de origen, hastiados y en conflicto con las normas de una sociedad que rechazan. La historia de Andrés, dueño de una estancia, oscila entre el mundo rural y feudal, que está perdiendo su aura bucólica, y la moderna sordidez de la ciudad cosmopolita. La historia del *hombre de los imanes*, en cambio, es eminentemente urbana, pero sus escenarios están condensados, curiosamente, en la novela rural de Cambaceres²⁴¹.

Tras la escena inicial de la esquila de ovejas, que ubica al lector mundano en la lengua, las costumbres y las jerarquías de esa vida no moderna, el protagonista de *Sin rumbo* evoca, con la mirada perdida en el espacio, su paso por la ciudad. Esboza allí un itinerario que, si bien puede conjeturarse que coincidía con el recorrido por la mayor parte de los jóvenes de su clase, guarda una curiosa coincidencia con los escenarios elegidos por Podestá, para el *hombre de los imanes*. La universidad, el viejo hospital de hombres y el anfiteatro se suceden en una evocación de apenas dos líneas, que no tienen desarrollo alguno en la novela de Cambaceres y que enuncian, en cambio, si no todos los escenarios de *Irresponsable*, sí el de los tres capítulos que fueron publicados en folletín, y rescatados, en los comentarios, como los más significativos de la novela:

sólo veintinueve cuando publicó *¿Inocentes o culpables?*.

²⁴¹ Klaus Meyer-Minnemann hace alusión a los numerosos contactos que habrían ligado *Sin rumbo* con la novela del *fin de siècle*. No establece, sin embargo, relación alguna con la obra de Podestá. ([1979] 1991: 20-21).

¡La universidad, pensaba Andrés, época feliz, haragán, estudiante y rico! (...) El repentino entusiasmo por la carrera de médico, la camaradería con los estudiantes pobres de San Telmo, el amor al anfiteatro, muerto de asco en la primera autopsia” (Cambaceres [1885] 1980: 9)

La universidad, sus profesores, y el anfiteatro para autopsias aparecen en la mayoría de las novelas, cartas y memorias del período²⁴². Un rito de iniciación común para los miembros de una y otra elite. Tanto Andrés como el *hombre de los imanes*, quienes pertenecen al grupo identificado por García Mérou como “la aristocracia de la sangre, representada por algunos productos enfermizos, restos de razas fuertes empobrecidos y aniquilados por el placer” (1885: 11), personajes *sin rumbo*²⁴³, atraviesan las aulas de la preparatoria en la Universidad. Pero quienes pertenecen a la aristocracia del dinero, advenedizos como Genaro, el protagonista de *En la sangre*, en quien “la inmutable fijeza de las eternas leyes, era fatal, inevitable, como la caída de un cuerpo” ([1887] 1988: 91), debían atravesar también las mismas aulas²⁴⁴. Y allí enfrentan, unos y otros,

²⁴² “A popular theme in fin-de-siècle painting, as in medical literature, was the doctor performing an autopsy on the body of a drowned prostitute. (...) [Men] open up a woman as a substitute for self-knowledge (...) They gain control over an elusive and threatening femininity by turning the woman into a «case» to be opened or shut.” (Showalter 1990: 131-34).

²⁴³ El título de la novela de Cambaceres es uno de los semas más repetidos en la caracterización, también, del *hombre de los imanes*. Por ejemplo: “El estaba allí desfallecido, pobre, olvidado, *sin rumbo*, sin saber qué hacer, sin recursos” (Podestá 1889: 68).

²⁴⁴ Cfr. “¡Ah, no ser él [Genaro] como eran otros que conocía!... ¡Llenaban esos la Universidad con sus nombres, no parecía sino que en ellos toda una generación se encarnara, que el porvenir de la patria se cifrara sólo en ellos!...”. El, en cambio, “dotado de la astucia felina de su raza, su único bagaje intelectual, poseía el don de sustraerse a las miradas ajenas, de disfrazar, envuelto en el oropel de una verbosidad insustancial y hueca, todo el árido vacío de su cabeza” ([1887] 1988: 76).

dos obstáculos: el examen de latín y el examen de física. El primero es superado, no sin quejas ni dificultad. El segundo, en “esta época de positivismo”—como reconoce el *hombre de los imanes*—, es una de las primeras, y más significativas, marcas del proceso degenerativo que vivirán los protagonistas: ninguno puede aprobar, sin fraude, los requerimientos de la ciencia positiva por antonomasia. El “hijo del gringo tachero”, Genaro, roba una de las bolillas del examen para poder ser como “los otros”. Robarla —dice— “era la victoria, sobre todo, el triunfo sobre los otros, su anhelo supremo, su aspiración colmada, su sueño, su acariciado sueño de venganza realizado.” (*En la sangre* [1887] 1988: 82). Dos años después, una escena similar aparece en *Irresponsable*. El ya famoso bolillero sirve ahora para la expulsión definitiva del “extraño” que había caído “como un aerolito” en el grupo de la elite estudiantil (1889: 21). En ambas novelas, esta escena premonitória desencadena el descenso degenerativo previsto en el origen de cada uno de los protagonistas: étnico, en el caso de Genaro; social, en el del *hombre de los imanes*.

No interesa aquí analizar las novelas de Cambaceres sino enfatizar cómo la continua y sostenida migración de temas, imágenes y núcleos narrativos, articula una incipiente tradición dentro de los intentos narrativos del período. Muchas veces ha sido señalada la reiteración de los temas y tropos naturalistas en las novelas de la época. Pero cabría también señalar

que la comparación minuciosa de las tramas argumentales de los escasos “trabajos literarios” publicados —para retomar la expresión de Norberto Piñero —, pone en evidencia un apretado entretejido de alusiones, contestaciones y resonancias, que no se agota en la simple repetición temática²⁴⁵. Tanto el tema como la estructura narrativa del caso del *hombre de los imanes*, por ejemplo, no difiere en mucho de otras producciones del período. Sin embargo, sus lectores enfatizaron la *curiosidad* de la novela, en relación con el resto de la producción literaria conocida. La curiosa diferencia habría residido, quizá, en que el libro de Podestá fue leído como una respuesta polémica a las teorías sobre el origen étnico y racial de la degeneración hereditaria, que circulaban en la ciudad de Buenos Aires, y que habían sido ficcionalizadas anteriormente con notable éxito de público²⁴⁶.

El caso protagónico de la novela de Podestá no es el de un intruso en el orden de la elite como habían sido los casos presentados, prioritariamente, por Argerich y Cambaceres, sino que es el caso de uno de sus miembros. Uno que, como todos los *gentlemen*, conoció los exámenes de latín en el

²⁴⁵ Cfr., por ejemplo, el erudito estudio de Rita Gnutzmann que pone en evidencia la repetición de temas y argumentos.

²⁴⁶ Cfr. “...es con legítima satisfacción que se ve ensancharse las filas de los obreros del pensamiento con inteligencias como la de Miguel Cané, el estilista galano, fluido, brillante, que sería el escritor argentino más leído entre los de la nueva generación, *si no existiese Eugenio Cambaceres*, cuyas obras *veristas*, llenas de color y de vida, escritas en un estilo despreocupado, sencillo, pero que a veces tiene vuelos majestuosos, *han obtenido un éxito desconocido en el país, a punto de agotarse una edición de dos mil ejemplares de una de sus obras en una semana*” (Martínez 1887: 16). El énfasis es nuestro.

Colegio Nacional, el anfiteatro de la Facultad, los paseos de la calle Florida y los discursos en el comité. No hay huella étnica alguna en la descripción del *hombre de los imanes*, sólo rasgos de inadecuación social, de *irresponsabilidad* frente a las obligaciones que debía de enfrentar el grupo dirigente. Hugo Vezzetti ha sugerido que “a la pregunta contenida en el título de la novela de Argerich [¿Inocentes o culpables?] Podestá viene a dar una respuesta tajante, en términos de un determinismo ciego e inescrutable que, quizás, exprese el modo —amenazado y defensivo— con que una elite social y política asiste al movimiento irrefutable y plebeyo que está cambiando el mundo bajo sus ojos.” (1989: 573). Sin embargo, en virtud de las diferencias ya señaladas entre las posiciones y trayectorias de algunos de sus miembros, parece lícito poner en duda esta pretendida homogeneidad de las prácticas simbólicas en la elite porteña. Si bien el comentario de García Mérou —“no es porque la echemos de aristocráticos, aunque en realidad lo seamos”— avala esta opinión de Vezzetti, habría que considerar también las diferencias y matices en el seno de esa misma aristocracia que, como ya se observó, admitiría al menos ciertas divisiones de origen étnico, muy visibles en la figura de Podestá, pero también algunas de otra índole como en el caso de Antonio Argerich, con una trayectoria social y profesional muy diferente a la de su encumbrada familia. En este sentido, *Irresponsable* parecería mostrar, más que una respuesta tajante y defensiva a los movimientos plebeyos, “un conflicto entre la clase dirigente tradicional, la nueva burguesía y el estrato médico que surge alimentado por la inmigración” (Blengino 1990: 68). Como resume el *hombre de los imanes*, “él era

un señor; sabía muchas cosas, había estudiado [medicina], era un hombre culto” (95). No pudo, sin embargo, seguir a los de su grupo y de su clase, ahora “ricos, encumbrados, felices” (92). Tampoco pudo seguir a su antiguo condiscípulo, quien, pobre en su origen, “se había puesto de frente a la fortuna”(101). Menos aún, pudo ser como “esas pobres gentes que desfilaban ante sus ojos, contentas, fuertes, despreocupadas; que venían a una tierra extraña con la promesa halagadora de un bienestar que en la suya no había conseguido”(94-5).

En este conflicto, se entrecruzan aspectos tan diversos como la política migratoria estatal, la institucionalización de los estudios y los servicios médicos, o la repercusión de las teorías metropolitanas sobre herencia y degeneración, en un espacio que enfrentaba vertiginosos cambios urbanos, demográficos y sociales. La ficcionalización de estos conflictos, que implicaban también un debate sobre la configuración de una literatura nacional, habría contribuido a alentar las numerosas discusiones, tanto científicas como literarias, que sucedieron a la publicación de *Irresponsable*. Pues, si bien el principal problema de la novela era —según Piñero— la inadecuación del *caso* a teoría psicológica alguna, en el resto de las reseñas, y en el inicio del comentario de Piñero mismo, el acento está puesto en la inadecuación del texto a las normas literarias conocidas. El 25 de enero de 1890, un breve comentario de *La Nación*, anuncia la publicación de *Irresponsable*, “novela de que es autor el distinguido médico literato, Dr. Manuel T. Podestá” y la próxima aparición de “un detenido análisis”. Al día siguiente, el diario publica, sin firma, el análisis anunciado:

He aquí un libro difícil de clasificar por su forma. ¿Es una novela psicológica? ¿Es una disertación alrededor de una acción que le sirve de núcleo? ¿Es un cuadro de costumbres en que las situaciones que se suceden son meros pretextos para cambiar de punto de vista? (*La Nación*, 26 de enero de 1890: 2)

Esta perplejidad inicial es reiterada, con pocos matices, en la mayor parte de los comentarios publicados:

Desde luego noto en *Irresponsable* —dice Eduardo Sáenz—, la falta de los caracteres comunes a la novela contemporánea. No hay intriga porque no pueden formarla un mismo personaje y un solo recorte dramático puesto en juego.

Sin carecer de plan, en cuanto al fondo, en la forma deja a menudo de tenerlo y hasta se aparta de esa regla para disertar sobre puntos y cosas que no están lógicamente vinculados a las necesidades de la acción y al fin propio que ella persigue. (*La Prensa*, 1 de febrero de 1890)

Fondo y forma —fondo científico y forma literaria, en la época— ponían en juego estrategias de lectura diferentes y los comentarios registrados dan cuenta de esta lectura problemática. La tensión entre la tendencia simplificadora y esquematizadora de la tesis y la tendencia pluralizadora de la ficción —una de las características más problemáticas a la vez que interesantes de la novela de tesis²⁴⁷— ponía en crisis los criterios de definición y clasificación de lo leído:

No es un cuento, —explica Piñero en su primera carta— no es la reproducción o la pintura de la vida

²⁴⁷ "What constitutes, for me, the greatest interest of the «roman à thèse» lies in its hybrid character, generating tension between two opposing tendencies: the simplifying and schematizing tendency of the thesis, and the complicating and pluralizing tendency of novelistic writing broadly conceived". (Suleiman 1983: 201).

estudiantil del autor, no es un libro puramente descriptivo, aunque abundan en él las descripciones, ni es tampoco una obra de índole y de estructura esencialmente científica, si bien encierra mucha ciencia. Sin duda, es un trabajo literario y, en rigor, si fuera preciso clasificarlo, debería incluirse en el género novela. (*La Nación*, 25 de febrero de 1890)

Esta enumeración negativa configura un repertorio probable de los géneros y tipos literarios legibles, hacia 1890, en la ciudad de Buenos Aires. En este marco de expectativa, *Irresponsable* planteaba evidentes problemas de adecuación respecto de las pocas producciones narrativas anteriores. Apenas un año antes, Joaquín V. González se preguntaba, inclusive, si existía, no una novela, sino “una vida intelectual” en Argentina²⁴⁸. Los avatares de un espacio literario que permitía aún dudar de su existencia; integrado por escritores no profesionales, que escribían para los amigos u ocultaban “su trato con las musas”; y de otros que —como el *hombre de los imanes*— temían “volverse de nuevo poeta y que las frivolidades de su pensamiento lo[s] ataran con sus redes sutiles y tentadoras” (1889: 82), habrían abonado el desconcierto generado por *Irresponsable*, en un

²⁴⁸ “Un año de historia literaria argentina”, 1888. *Cfr.* también la situación descrita por Joaquín V. González, cuatro años después: “¿Podemos decir que tenemos una vida intelectual? Sí, ella existe, sin duda, deslizándose silenciosa, imperceptible, tímida, en medio de la vorágine que sacude la sociedad argentina, en este período excepcional de su historia. (...) La atmósfera no habla de literatura; está saturada de fluidos prosaicos. Si algunos, si muchos trabajan en el retiro de sus gabinetes, ya sea la historia, ya el romance, ya el poema, sienten como rubor de confesarlo, y sólo al amigo íntimo, al que conoce y disculpa nuestras debilidades, se atreve a descubrir su trato con las musas. (...) Escriben para otros, para el extranjero. Muchas veces de Méjico, de Colombia, del Perú, nos viene la noticia de que un compatriota nuestro los ha deslumbrado con un chispazo de su ingenio. Y nosotros no lo sabemos, ni nos importa, como que no nos ocupamos de poesía, por más trascendental que ella sea para nuestros destinos y para nuestras libertades y para nuestra grandeza.” (1892: 5-9).

momento en que la novela no había alcanzado en nuestra tradición literaria, grado alguno de formalización genérica. No es extraño, entonces, que, con las excepciones de José María Ramos Mejía, quien encontró en la novela un estilo comparable a *Madame Bovary*, y de Cándido Perdighones [seudónimo de Gabriel Cantilo], quien sólo cuestiona elecciones de orden lingüístico y de estilo, el resto de los comentaristas dudara de la ubicación de *Irresponsable* en el horizonte literario conocido²⁴⁹. Ese horizonte preveía —según el *hombre de los imanes*— algunos romances “que hojeara por entretenimiento”, “romances que leía distraído, sin preocuparse de la intención del autor”; la poesía —“Homero, Dante, Shakespeare”—; algunas “disertaciones filosóficas”; y Zola, en “los mejores representantes de su

²⁴⁹ La referencia de Ramos Mejía (“*Irresponsable*, cuyas pinturas, algunas de ellas magistrales, tienen el vigor y la luz de los cuadros del famoso autor de *Madame Bovary*, la más grandiosa novela de costumbres que ha producido la literatura de este siglo, a pesar de algunos defectos de contextura moral” [*La Nación*, 31 de enero de 1890, p.1]) provoca la irónica reacción de Gabriel Cantilo. En su propio comentario sobre la novela dice:

“Pero lo que me duele sobremanera es que habiendo en *Irresponsable* tanta razón para elogiar, se exageren sus méritos, y hasta se le inventen otros, como si no fueran suficientes los que en realidad tiene.

¿Por qué se ha de comparar, como se ha hecho, a *Irresponsable* con *Madame Bovary*? ¿No basta que el primero sea, sin disputa, un libro vigoroso, bien expuesto y mejor pensado? Debería bastar, sin embargo, y bastaría, si no fuera porque el oído está tan acostumbrado a oír rumor de aplausos, haya o no motivo, que es menester para impresionarlo disparar estampidos formidables.

Me explicaría que se hubiera dicho, por ejemplo, que hay en *Irresponsable* más de un rasgo cuyo poder de expresión recuerda las frases esculpidas de Flaubert.

Uno de esos rasgos, que tomo yo al azar, para obsequiárselo, sería, verbigracia, el que pinta a la querida del Hombre de los imanes con esta palabra: “...pasaba los días fuera de casa y volvía después, abatida, enfermiza, desgredada, con el fango hasta los ojos”, a cuya lectura parece surgir la figura de Ema Bovary, de regreso de sus infames escapadas a Rouen.

Pero de esto a hacer comparaciones, vagas siquiera, entre una y otra obra, hay mucha distancia, y el salvarla tan fácilmente es malo.

Por este primer síntoma de recrudencia de la enfermedad reinante, comencé a temer que fueran a decirle al Dr. Podestá cosas demasiado pesadas para sus hombros, tanto más cuanto que lo que observo y le apunto a usted, ha partido de un hombre de reconocido talento y de cultura literaria muy poco común.” (*La Nación*, 9 de febrero de 1890, p. 1).

ingenio original —*Nana y L'Assommoir* —” (1889: 72-83).

Como puede inferirse del detalle anterior, el protagonista de la novela de Podestá —como muchos otros protagonistas de novelas finiseculares²⁵⁰— lee y sus lecturas mantienen, desde el punto de vista de la trama, una relación analógica con sus actos²⁵¹. El capítulo “El único hambriento”, por ejemplo, opone el progreso urbano de la ciudad de Buenos Aires a la evolución descendente del protagonista:

Era un contraste ver aquel hombre joven, educado, con la preparación suficiente para labrarse con el trabajo una posición social, con el aspecto mal disimulado de un pobre vergonzante, en medio de aquel bullicio, de aquella feria continua del lujo, de la riqueza, de la distinción... (1889: 64)

La imagen que inicia el capítulo es la del “aspecto brillante: el movimiento, el lujo, la ostentación de las cosas y de las gentes” en la calle Florida. Por contraste, la imagen final es la del protagonista —con “su cerebro, debilitado por los ayunos y por las cavilaciones que lo torturaban continuamente”— derrumbado en su cuarto, entre “la miseria, el abandono y la mugre”. Allí, sobre un escritorio desvencijado había una “pila de

²⁵⁰ “Los libros —ha señalado Susana Zanetti— aparecen como objetos semiológicos e ideológicos en las tramas narrativas, contribuyendo a la construcción de figuras de lectores y lectoras con una frecuencia notable. (...) En un momento significativo de masificación de la lectura y de acceso a la instrucción, muy marcado sobre todo en algunos centros latinoamericanos, la lucha interdiscursiva por su control enmarca el recurso a la ficcionalización del acto de leer y a la configuración de lectores. Un momento, además, señalado por la creciente publicación de novelas, por las disputas de corrientes estéticas con flexiones propias.” (1997: 129-141).

²⁵¹ Dos de los tres capítulos inicialmente publicados en el folletín de *La Tribuna Nacional* están contruidos en torno de la lectura. Aparecieron allí “Era su destino”, llamado “En el hospital” a partir de la edición de 1924, “El único hambriento” y “Transformismo”. Estos dos últimos tematizan el acto de leer y sus consecuencias.

libros, de diarios, de manuscritos entremezclados”, una condensación de los conflictos y tensiones que, a un mismo tiempo, lo alejan y lo acercan a sus contemporáneos. Están allí, por orden de aparición, su viejo libro de física, las obras completas de Smiles y, por último, dos libros de Zola.

Al libro de física, que lo había ayudado a conseguir el apodo de *hombre de los imanes* una década antes, cuando pertenecía todavía al grupo de los estudiantes del famoso Colegio Nacional, “le dio un puntapié que le hizo rodar a un rincón” (72). La aristocracia patricia, el colegio y sus antiguos condiscípulos ruedan juntos con el libro de física²⁵². El gesto parece deconstruir un linaje social al mismo tiempo que comienza a esbozar un linaje literario. Las escenas de colegio pueblan las ficciones argentinas de fin de siglo. Unas, autobiográficas, —como *Juvenilia* de Cané o *La gran aldea* de Lucio V. López— “dejan leer las diferentes posiciones o sujetos del Estado liberal” (Ludmer 1993: 11). Otras, —como la del examen de física de *En la sangre*— ficcionalizan las estrategias de inclusión, exclusión y negociación de los nuevos grupos sociales surgidos a partir de la política migratoria del Estado liberal mismo. Otras —como la del *hombre de los*

²⁵² Cfr. “Huía de sus condiscípulos, de sus relaciones; miraba con indiferencia a todos aquellos que en otro tiempo habían constituido el núcleo de sus afecciones, y le bastaba el menor signo que pudiese dar lugar a una interrupción desfavorable, para borrar inmediatamente al sospechoso y no reemplazarlo nunca.

—¿Para qué me quieren?— se preguntaba alguna vez, coherente con sus ideas. Si estuviese en una posición encumbrada, si pudiese dispensar favores, si mi nombre rodase como una bola de nieve por la cuesta de la montaña y mi influencia tuviese siempre un nivel alto, ya los tendría por docenas, solícitos, carifosos, dispuestos a todo, adivinándome el gusto por agradarme.” (Podestá 1889: 98).

imanes— permiten leer, en cambio, una genealogía alternativa. En el mismo colegio y en la misma escena del examen de física, el protagonista de *Irresponsable*, a diferencia de sus ilustres antecesores, no ha podido lograr ni siquiera un nombre. Fracasa con el tema de los imanes y sus condiscípulos le otorgan, para siempre, más que un seudónimo, un nombre: el *hombre de los imanes*. Una identidad anclada en el fracaso, en el examen de física no aprobado, en el colegio donde no pudo ganar ni siquiera un nombre²⁵³. Es evidente que, entre el colegio de Cané o Cambaceres y el colegio de Podestá, median las visiones y ficciones de sujetos que, aunque funcionarios todos de un mismo estado, ocupan, sin embargo, posiciones sociales, étnicas y literarias diferentes. En esta distancia, el libro de física, y su carga simbólica, es el primero en ser desechado.

La obra de Samuel Smiles, en cambio, ocupa un lugar programático²⁵⁴. “Muy bien escrito”. “Tiene mucha razón Smiles, los ejemplos que encierra son de un valor incomparable”, aunque el *hombre de los imanes* cavila sobre la posibilidad de aplicar en una “sociedad nueva y

²⁵³ También Ramos Mejía recuerda así al protagonista: “Ese primer capítulo suyo, en que se levanta aquel famoso estudiante de los usianes, cuyo examen presenciarnos U. y yo, es de un sabor delicadísimo; tiene golpes de pincel vigorosísimos. Ha sido para mí una verdadera y mágica restauración de aquella época feliz en que el dolor y las amarguras de un examen eran usurariamente compensados por doscientas rabonas en el Pasco Colón” (*La Nación*, 31 de enero de 1890, 1).

²⁵⁴ Entre 1880 y 1887, en *La Nación* aparece, en cuatro oportunidades, la figura de Smiles. El 28 de marzo de 1880, p. 2, c. 4, la sección Noticias del día se titula “El poder de la voluntad y la omnipotencia del trabajo” y el 7 de abril del mismo año, p. 1, c. 2-3, en consonancia con el anticipo de marzo, la sección Literatura traduce un fragmento de *El poder de la voluntad*. Varios años más tarde, el 18 de julio de 1884, p. 1, c. 2, aparece un comentario bibliográfico sobre *El carácter*, y el 17 de diciembre de 1886, en la página 2, columna 2, se reproduce un fragmento de *El ahorro*, traducido

de carácter diverso” los principios éticos surgidos en el mundo anglosajón. Él, de hecho, no ha podido seguirlos. Todos sus antiguos discípulos habían adquirido “una posición social con su trabajo, con su talento, con su aspiración” ya que, según Smiles, “¡Es tan fácil adquirirla!”. “Médicos, abogados, ingenieros, ministros, diputados, comerciantes, todos ellos estaban en la cúspide de una montaña que él miraba desde la llanura, como un pigmeo” (68). Los libros del escritor escocés habían obtenido —según el relato de Alberto Martínez— “un éxito hasta aquí [Buenos Aires, 1887] desconocido en los anales libreros de esta capital”²⁵⁵. Divulgaban una imagen del *buen ciudadano* —trabajador, ahorrativo y solidario— que articulaba las aspiraciones, intereses y demandas de varios sectores sociales. La conjunción del deber y del trabajo ligaba, en una misma matriz ideológica, a los miembros de la elite patricia y a los inmigrantes recién

por Edelmiro Mayer.

²⁵⁵ *Cfr.* el siguiente comentario de Martínez: “Es Smiles, de los autores extranjeros que han obtenido carta de ciudadanía en el país, el más favorecido a este respecto; y sus obras traducidas por el general Mayer y que tanto contribuyen a levantar el carácter, formando hombres educados en los severos principios del deber, en las prácticas saludables del ahorro y de la ayuda; obras que enseñan con los ejemplos más que con los razonamientos y que todo hombre que quiera tener un seguro norte en su vida debe poseer en su biblioteca, han obtenido un éxito hasta aquí desconocido en los anales libreros de esta capital. La ciudad de Buenos Aires, que no sin razón ha sido llamada la Atenas del Plata, y que alguna vez se ha apasionado por libros de dudosa utilidad, debía esta acogida al gran moralista inglés, en desagravio de algunos pecados ligeros.

En el espacio de un año se ha vendido —¡dato asombroso, único en el país!— 29.500 ejemplares de las obras de Smiles: 11.500 de *El Carácter*, 9000 de *El Deber*, 9000 también de *La Ayuda Propia*.

Acaba de salir a luz una edición de 5000 ejemplares de *El Ahorro*, del mismo autor, que, como las anteriores, se agotará en poco tiempo; y una riquísima de los cuatro tomos, guardados en su correspondiente estuche, la cual será el mejor recuerdo de año nuevo con que una persona de gusto puede obsequiar a otra a quien estime.” (1887: 21).

desembarcados, por señalar sólo las puntas visibles de un espectro amplio y diverso. En la medida en que el *hombre de los imanes* es un “organismo moral trunco” no puede cumplir los mandatos surgidos de los libros más leídos por sus conciudadanos, y ésta es una de las razones más poderosas de su descenso social, económico y moral. “Smiles tiene razón, soy un necio”:

... jamás podré yo realizar —confiesa— los ideales y los prodigios que él [Smiles] nos hace ver; es preciso tener una colectividad y un individuo tallado en el molde de sus personajes; todo está muy bueno, el *carácter*, el *deber*, el *ahorro*, pero, ¡ah! la *ayuda propia*— y ahí se quedó meneando la cabeza. (1889: 73)

Por el contrario, los libros de Zola —los últimos en caer de la pila— pueden producir en él un “transformismo”. “Después de aquella lectura [*Nana* y *L'Assommoir*], su espíritu había sufrido una especie de conmoción. Era la primera vez que la verdad se destacaba de sus libros, surgiendo espontánea, y con formas perfectamente delineadas, para ir a grabarse en su cerebro”(81). Había podido establecer, a diferencia de lo que le ocurría con la obra de Smiles, una relación analógica entre “esa larga fila de seres desgraciados, enfermos, enviciados, abatidos por el trabajo, por las necesidades...” (77-78), que poblaban las novelas de Zola, y su propia situación. Si bien la cantidad de ejemplares de *Nana* que circularon por Buenos Aires—mil quinientos, según Luis Tamini²⁵⁶—, no puede ser

²⁵⁶ Cfr. “Creemos que todo está dispuesto aquí para que se implante el naturalismo sin esfuerzo. (...) Echad una mirada sobre nuestra juventud. Ninguna capital del mundo, París mismo, tiene otra tan precoz en todos los terrenos, ni más inteligente, ni más amante de la iniciativa y del progreso, al par que, cosa que por desgracia tiene que marchar aparejada, corrida y hastiada del

comparada con los veintinueve mil quinientos ejemplares de las obras de Smiles, registrados por Martínez, tampoco puede olvidarse la resonancia crítica producida por las obras de Zola en la prensa de la época. Las novelas de Zola se esperaban, leían y discutían con fervor. Unos a favor, otros en contra, pero, como ya dijimos, Cymerman registró nada menos que doscientas veinte referencias periodísticas sobre el naturalismo, entre 1879 y 1889 (1992: 619). La *biblioteca del hombre de los imanes*, en consecuencia, reúne, más que una muestra de su gusto literario, un repertorio de los temas incluidos en los libros que, aunque en diferentes circuitos literarios y sociales, más aceptación habían tenido entre sus contemporáneos: las autobiografías de colegio, los consejos éticos de Smiles y las novelas de Zola. Las primeras, son arrojadas al piso; los segundos, se muestran inadecuados; las últimas, permiten establecer cierta analogía con el protagonista. Pero hay una diferencia significativa:

¡Ah! ésta [la de las obras de Zola] es la miseria de allá, que abre sus siete fauces con hambre insaciable, éste es el pauperismo que clava su garra de buitre en el corazón de aquella sociedad secular!

Aquí, el único hambriento soy yo. (1889: 79) El énfasis es nuestro.

Respecto de esta biblioteca, propuesta por la novela misma, es que los lectores contemporáneos señalaron la “curiosidad” de *Irresponsable*.

mundo desde muy temprano. Ella es la que ha devorado a Naná. En estos momentos andan febrilmente por sus manos 1.500 ejemplares.” (*La Nación*, 13 de mayo de 1880: 1. Reproducido en Frugoni de Fritzsche 1966: 42).

Podestá, sin embargo, no contestó los comentarios originados en los aspectos *literarios* de su novela. Sostuvo, en cambio, una tensa polémica sobre el soporte científico de su personaje que muestra, una vez más, cómo la ficción era un “medio efficacísimo de presentar la verdad en nuestro tiempo”²⁵⁷. Después de execrar la utilización de la teoría lombrosiana en *Irresponsable*, Juan Coustau reconoce:

que en la novela, la doctrina de los criminalistas que se dicen modernos, es más aceptable, porque así se suple más fácilmente la solidez del principio por la veleidad y mistificación de la leyenda. (*La Nación*, 1 de febrero de 1890: 1) El énfasis es nuestro.

El comentario pone en evidencia que la estrategia científicista, enunciada por Holmberg, cuenta aún, veinte años después, con adeptos entusiastas. Del darwinismo a la antropología criminal, la ficción aparece todavía como el medio más adecuado para la presentación y discusión de los saberes conflictivos a la vez que para la resolución imaginaria de conflictos sociales aún antes de que la sociología se consolidara como tal.

²⁵⁷ El lector recordará la cita comentada en el capítulo II: “Las fantasías, en sí, no son un elemento hostil, en manera alguna, antes bien son un medio efficacísimo de presentar la verdad en nuestro tiempo.” (*La Ondina del Plata* 18 de junio de 1876: 300).

CAPÍTULO CUARTO

Un libro extraño

Capítulo cuarto

UN LIBRO EXTRAÑO

Extraño y raro es el libro que acabo de leer

En 1888, un año antes de la aparición de *Irresponsable*, Joaquín V.

González afirmaba que la novela argentina aún no había nacido:

Asegurar lo contrario sería afirmar que hemos completado nuestra evolución social, y que tenemos hábitos propios y exclusivos, sin predominio de elementos extraños. Si nadie ha estudiado todavía a fondo nuestra sociabilidad, si nadie la ha definido, creo imposible que pueda decirse cuáles serán los caracteres de la novela «genuinamente argentina». (1945: 66-67)²⁵⁸

El comentario enfatiza uno de los tópicos que más polémica habría de generar en la década siguiente, al mismo tiempo que esboza algunas de las matrices implicadas en la configuración de la novela nacional: *evolución, sociabilidad y genuinidad*. Ya Cané había fijado, tempranamente, una posición que algunos jóvenes del noventa asumirían como propia: “La República

²⁵⁸ Comentarios similares aparecen en varias notas y artículos publicados hacia la misma fecha. Alberto Martínez, un año antes, analizaba también la inexistencia de escritores profesionales —una queja que se profundizaría en la década siguiente—: “¿Quiere (...) decir que hay ya entre nosotros un mercado abierto donde se cotizan las obras de nuestros primeros hombres de letras o de ciencia; que la industria librera alimentada exclusivamente con productos nacionales existe ya aquí; que, en una palabra, el hombre que se siente con aptitud para descollar en la historia, en las letras o en las ciencias, puede entregarse sin inquietudes por el día de mañana, a sus trabajos, seguro de que sus esfuerzos serán debidamente recompensados?”

No, estamos muy lejos de haber llegado a ese estado feliz a que muchos pueblos y naciones más avanzados que nosotros no han alcanzado todavía, a pesar de sus largos años de existencia y de su civilización más extendida. Ni Mitre, ni Sarmiento, ni Lamas, ni López, ni Rawson, los venerables decanos del pensamiento nacional, podrían vivir hoy de sus trabajos, si no tuviesen recursos más positivos con que hacer frente a las múltiples y exigentes necesidades de la vida. Y, no sólo no podrían vivir de sus trabajos, sino que

Argentina no tiene en la actualidad literatura nacional” ([1877] 1940: 6-7). Pero lo que en Cané se manifestaba como encono juvenil —“es que no hay estímulo ninguno para las letras”—, en el comentario de González, aparece ya como distancia analítica sobre un asunto que comenzaba a delinear divisiones entre los miembros del grupo letrado. Las tensiones étnicas analizadas en el capítulo anterior, la extraordinaria difusión alcanzada por los folletines de tono criollista, junto al cada vez más acendrado cosmopolitismo de un amplio sector, propiciaban un clima de beligerancia en torno de lo “genuinamente argentino”. Pintores, escritores, críticos, e incluso aquellos que sólo asistían como invitados a las tertulias de la época, discutían enfáticamente la posibilidad o imposibilidad de una cultura *argentina*, mientras otros proponían ya los temas, el estilo o la lengua que deberían de configurarla:

Ochenta años de vida nacional —resumía Rafael Obligado en una conferencia, pronunciada en El Ateneo, el 28 de junio de 1894—, si nos han bastado para conseguir victorias por medio de las armas, ensayar constituciones, soportar tiranías y formar, aunque malamente y con sacrificios cruentos, un cuerpo de nación, no han sido suficientes para darnos un alma argentina, una luz propia que nos distinga y señale en el mapa del mundo.

Estaba ofuscado porque un joven pintor, Eduardo Schiaffino, había manifestado que no encontraba belleza pictórica alguna en la llanura pampeana. Las tertulias que se realizaban los sábados en su casa —y que dieron origen, entre fines de 1892 y abril de 1893, al llamado Ateneo de Buenos Aires (Suárez

ni aún podrían ver publicadas sus obras con sus recursos propios.” (Martínez 1887: 24).

Wilson 1967:132-4; Prieto 1988: 113-7)—eran uno de los lugares en los que se discutía en torno de la configuración de un arte propio. La posición nacionalista de Obligado enfrentaba la opinión de dos grupos adversarios²⁵⁹. Uno, encabezado por Calixto Oyuela, defendía la raigambre hispánica y llamaba “a ser la capital de ese gran imperio castellano”, pues “el *imperio* —decía— no significa aquí servidumbre, sino amplitud y grandeza” (Conferencia pronunciada en el Ateneo, el 28 de junio de 1894). Otra posición, visible en la figura de Schiaffino, sostenía, en cambio, cierto cosmopolitismo estético que se expandía notablemente desde la llegada de Rubén Darío, un año antes²⁶⁰.

En este marco de debate sobre la configuración de una literatura y de una novela nacional, la publicación del primer volumen del *Libro Extraño*, en 1894, generó diversos comentarios críticos que —como había ocurrido con *Irresponsable*— pusieron en duda, ante todo, la ubicación de la novela en el horizonte literario conocido. “Extraño y raro es, en efecto, el libro que acabo

²⁵⁹ Tempranamente Beatriz Sarlo señaló los límites de este nacionalismo: “La pampa o la montaña de [Rafael] Obligado, nacionales y argentinas, son ante todo entidades poéticas, forjadas para llevar un significado determinado por una percepción del mundo tradicional y nostálgica. Lo argentino [en Obligado] se constituye en opción sincera pero sentimental y abstracta y nunca encarnada en las realidades históricas del momento.” (1967/68: 211)

²⁶⁰ Decía Schiaffino: “Los señores Oyuela y Obligado, equivalen a dos matices simultáneos y progresivos de nuestra fisonomía literaria; ambos responden a antecedentes lógicos y resultarán más o menos necesarios —imprescindibles quizá— en la evolución definitiva.

Entretanto la simpática actitud del señor Obligado, congregando a sus colegas intelectuales en torno al caldero en el que hierve el puchero del arte nacional, no puede dejar de recordarnos la clásica escena de las brujas de Macbeth, análoga a éste hasta en el maleficio que resultaría, si nuestro poeta tuviera el don de darnos, en virtud de su voluntad, un arte «nacional» forzosamente artificial...” (Conferencia en El Ateneo, 29 de julio de 1894. *Cfr.* Suárez Wilson 1967:140-142)

de leer”, confiesa Lucio V. Mansilla, en el primer comentario registrado²⁶¹.

Se habrían vendido, según los memoriosos, muy pocos ejemplares²⁶².

Sin embargo, varias cartas publicadas en los periódicos dan cuenta de una amplia recepción, por lo menos dentro del grupo considerado como la elite intelectual de la ciudad. Tan sólo en *La Nación*, aparecieron, entre fines de mayo y principios de octubre del mismo año, las notas críticas de tres figuras notables: el citado comentario de Mansilla; uno de Paul Groussac —firmado con el seudónimo Puck—; y otro, de Christian Roeber, un asiduo concurrente al Ateneo²⁶³.

El artículo de Mansilla gira en torno de tres núcleos que, dada quizá la posición de prestigio ocupada por el sobrino de Rosas en el movimiento cultural y social de Buenos Aires, tendrían extensa resonancia en las críticas siguientes. El primer núcleo enlaza el libro de Sicardi con el sema de lo raro, un adjetivo

²⁶¹ Hemos recogido los comentarios publicados en la época. *Cfr.* Anexo V de esta Tesis.

²⁶² Idéntico comentario podría hacerse respecto de muchas otras novelas del período. En una carta dirigida por Luis Berisso a Rubén Darío en el mismo año, probablemente, en el que se conoció el primer volumen del *Libro Extraño*, puede leerse: “¡Triste y decepcionante destino del arte entre nosotros! Pregunte a los librerías cuántas ediciones se han hecho y cuántos volúmenes se han vendido de las Poesías de Obligado; de los Poemas de Andrade (...) y de tantas otras obras no menos meritorias, saludadas a su aparición como mensajeras de una resurrección literaria y artística. Pregúntelo y la respuesta será en extremo mortificante para su espíritu!”. En 1906, Horacio Quiroga diría: “Nuestras escasas novelas se han leído muy poco. El público hojeó algunas, pero no se entretuvo; le parecieron muy distintas de las que llegan de Europa, llenas de tantos y tantos incidentes. Cobróles ceremoniosa desconfianza, cuya consecuencia inmediata fue no leerlas más”. Todavía en 1939, Manuel Gálvez se quejaría de que “en este país vender mil ejemplares de un libro es una hazaña. Escritores hay, y de los más notables, que no logran vender ni la mitad. (...) El público no demuestra interés por el libro argentino”. Los textos precedentes constan, en forma completa, en Carilla 1979: 57-106.

²⁶³ *Cfr.* *La Nación* 28 de mayo, 3 de agosto y 8 de octubre de 1894, respectivamente. Como ya dijimos, estos y otros textos son reproducidos en el apéndice V de esta tesis.

que estaba adquiriendo connotaciones peculiares con los artículos sobre escritores o poetas *raros*, que Rubén Darío había comenzado a publicar²⁶⁴. El segundo núcleo —en consonancia con la impronta anterior— relaciona lo raro con la literatura decadente y con el degeneracionismo de cuño médico:

He pensado, al estudiar este libro, en cierta literatura decadente, y sin embargo, Francisco A. Sicardi no es un degenerado. (...) sin embargo, siendo Francisco A. Sicardi médico, es ya cosa sabida que, desde que la crítica médica ha entrado a terciar en la moderna literatura, —con sus neurópatas, sus histéricos, sus ultra-sensitivos,— todo es problemático en los estudios psíquicos-fisiológicos, y si no es problemático, estupendo (hasta pretender almacenar la sensibilidad lo mismo que se almacena la electricidad)²⁶⁵.

El tercer núcleo pone de manifiesto la reacción defensiva del realismo canónico, amenazado por la *degeneración decadente* antes esbozada: “diga como Dickens, como Balzac, —rehuya como ellos, graves y profundos en su amena sencillez, los temas tentadores, con olor a pedantería”²⁶⁶. Este es el

²⁶⁴ “Comencé a publicar en *La Nación* una serie de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros, o fuera de lo común. A algunos los había conocido personalmente, a otros por sus libros. La publicación de la serie de *Los raros*, que después formó un volumen, causó en el Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza.” (Darío 1968: 109). En 1896, la imprenta Talleres de «La Vasconia» de Buenos Aires, habría de publicar en un único volumen *Los raros*. A pesar de la aseveración de Darío sobre la procedencia de las semblanzas reunidas en *Los raros*, Rafael Arrieta ha demostrado que no todas provinieron de los artículos publicados en *La Nación*. Cfr. Arrieta 1961 y Carilla 1967.

²⁶⁵ La fascinación contemporánea por el paralelo entre ondas sensitivas y ondas eléctricas, ya fue analizado en el capítulo segundo de esta tesis, a propósito de las ficciones publicadas por Holmberg, dos años más tarde, en 1896.

²⁶⁶ Los diarios de la época recogen numerosas contribuciones en torno del decadentismo. Cfr., entre otros, los comentarios de Ricardo Jaimes Freyre, “Los decadentes”, *La Nación*, 11 de julio de 1894, p. 1, c. 2-4.; y de “Un suscriptor” (seud.), “Simbolistas y decadentes”, *La Nación*, 16 de septiembre de 1896,

consejo de Mansilla, quien encuentra en la figura del médico escritor, cierta coherencia a los desplazamientos e intersecciones que observaba entre decadentismo, degeneración y realismo²⁶⁷. Para Mansilla, degeneración, medicina y literatura son términos que sospecha equivalentes. Cabría recordar, quizá, que “en esos años, y tal vez también ahora,—diría Manuel Gálvez respecto de Sicardi — la gente no creía en los médicos literatos.” (1961, I: 107). Tampoco lo raro atraía los aplausos de la mayoría. No es casual, entonces, que Mansilla sólo reconociera en el *Libro Extraño*, “como fragmentos de piedras preciosas”, “ciertos períodos brillantes, chispas, descripciones, escenas, cuadros...” El modo de evitar la degeneración y la decadencia que colman el resto del libro es, según el mismo crítico, simple: “sólo necesita contenerse y depurarse a sí mismo, como los metales preciosos se depuran en el crisol”. Sólo necesita volver a Dickens y a Balzac, con lo cual, implícitamente, está reconociendo la ausencia de una tradición propia de ficción narrativa.

Es evidente que el libro había provocado el desconcierto del maduro general²⁶⁸, quien habría conocido a Sicardi en el heterogéneo grupo de amigos

p. 5., c. 5.

²⁶⁷ Klaus Meyer-Minnemann ha descrito minuciosamente el uso del término *décadence*, en el ámbito americano, en su estudio sobre la novela de *fin de siècle* ([1979] 1991: 1-19). Desde otro punto de vista, Juan B. Ritvo revisó, en 1996, el dominio del término en el campo literario europeo (75-112).

²⁶⁸ En un estudio ya canónico, David Viñas puntualizó así la posición de Mansilla dentro del grupo letrado de la época. “En el último cuarto del siglo XIX —dice— y los primeros del actual la dirección del país y la producción y el consumo de la literatura son monopolios y definición de una clase de la cual Mansilla es

y escritores que rodeaban a Mariano de Vedia en la redacción de *La Tribuna*, y que Rubén Darío iba a immortalizar en su *Autobiografía*²⁶⁹. El mismo grupo se reunía, también, en las tertulias literarias que de Vedia, como tantos otros personajes de la época, organizaba en su propia casa. Se reunían allí, según el registro nostálgico de Christian Roerber, [Lorenzo] Anadón, [Osvaldo] Magnasco, Enrique de Vedia, Carlos Roxlo, [Enrique] García Velloso y Sicardi²⁷⁰. Es en esta coincidencia de bohemios, abogados, médicos y gobernantes en una de las formaciones más características de la época, donde —según Luis Berisso— el *Libro Extraño* "se discute con calor y hasta con vehemencia".

Sicardi era, ya entonces, un médico con cierto renombre clínico²⁷¹ e intensas relaciones con el Partido Nacional. Había nacido en el barrio de Once,

el aglutinador socio-literario. Una suerte de bardo, brujo y jefe de ceremonial." ([1964] 1975: 17). A pesar de que esta opinión de Viñas cierre excesivamente el circuito de producción y circulación de textos a fines de siglo pasado, es posible inferir de ella la perplejidad con que debió de haber recibido el viejo patricio el libro de un joven como Sicardi, médico de pobres y nacido en la comunidad italiana.

²⁶⁹ "En la redacción de *Tribuna* me relacioné, por presentación de Mariano de Vedia, con el doctor Lorenzo Anadón, con el general Mansilla, y los poetas Carlos Roxlo y Christian Roerber." (Darío 1968: 118).

²⁷⁰ "Todos los que concurrían a la tertulia del Sr. de Vedia, se han dispersado y caminan en diversas direcciones, hacia delante los más, solicitados por los llamamientos del porvenir, y los menos hacia atrás, como el que esto escribe, en regreso a las ruinas, buscando entre los huecos de las casas desmoronadas y caídas en el polvo, la alcoba estrecha y sin luz en que se duerme el último sueño." (Roerber, *La Nación*, 8 de octubre de 1894).

²⁷¹ Tanto Darío como Gálvez recuerdan haber sido sus pacientes. El segundo, inclusive, reconoce haber ido a consultarlo, no conforme con el diagnóstico de Augusto Bunge: "Encontrándome con algunas molestias, le había pedido que me examinara a Augusto Bunge, que por entonces había revelado como médico tanto talento como revelaría años más tarde como sociólogo y pensador. Algo pesimista y exagerado, encontró que mi organismo estaba a la miseria. Todo lo tenía degenerado o poco menos: el hígado, los riñones, el corazón, los pulmones. Me imaginé moribundo, pero reaccioné luego y, pensando en que no debía

el 21 de abril de 1856, en una familia humilde, formada por un genovés —capitán de un pequeño barco mercante— y una mujer uruguaya, Catalina Urta. “Poco hemos sabido de la infancia de nuestro biografiado por él mismo. Nos decía mucho, sin embargo, de sus estudios médicos difíciles, de la vida estrecha de su adolescencia”, reconoce Rafael Augusto Bullrich, quien escribió —tras compartir diez años de trabajo diario con Sicardi— una de las biografías más documentadas (1943: 16). A los doce años fue enviado a Génova en el barco de un tío. Allí estudió en el Liceo Cristóforo Colombo y llegó a inscribirse y cursar el primer año en la Facoltà de Medicina y Chirurgia de Génova. En julio de 1876, de regreso en Buenos Aires, solicitó su inscripción en el segundo curso de la Facultad de Medicina, pero sus estudios en Génova no fueron reconocidos y debió recomenzar la carrera. La experiencia italiana habría de dejarle un caudal de conocimientos y vivencias nada desdeñables para un joven pobre, hijo de inmigrantes confinados en el suburbio del Once:

Hablaba con autoridad del Renacimiento Italiano y tenía devoción por el Dante. Recitaba, con frecuencia, los tercetos perfectos de la *Divina Comedia* y los ha repetido en *La Inquietud Humana*. Templó, también, en la Italia de Vittorio Emmanuele II su amor por la democracia. Garibaldi fue para él un genio tutelar. (Bullrich 1943: 16)

La estrechez económica habría forzado, en Buenos Aires, su opción por la carrera preliminar de farmacia. En 1879 se recibiría de farmacéutico y, recién en 1883, reanudaría los estudios trancos de medicina. En ocho meses aprobó

estar demasiado grave, fui a consultar a Sicardi. “(Gálvez 1961, I: 108)

—según el legajo archivado en la Facultad de Medicina— los tres años de estudios que le restaban para obtener el título de doctor en medicina, y en el mismo año, presentó su tesis sobre *Las ptomainas*. Graduado, trabajó durante tres años como médico rural en la zona de Bragado, hasta que se instaló definitivamente en San José de Flores, entonces un suburbio:

En Flores, su vida fue dura; él mismo nos relataba, frecuentemente, lo difícil de aquellos días de pobreza, de vida mezquina, de dificultades materiales para visitar a sus enfermos, lo que tenía que hacer frecuentemente a caballo; la falta de comodidades de aquellas casas semicoloniales... (Bullrich 1943: 17)

Durante la epidemia de cólera de 1886, fue nombrado director del lazareto improvisado en Flores y sus servicios, premiados con diploma y medalla de honor por las autoridades del lugar, acrecentaron su fama de médico del suburbio²⁷². Conoce entonces a Carmen Lezica, de ascendencia patricia y se casa con ella²⁷³. El casamiento lo emparenta con una de las familias principales de la elite local y lo pone en contacto con los usos y costumbres de la alta sociedad porteña²⁷⁴, aunque su origen étnico y social habría de pesar

²⁷² “Flores está en mis libros —afirmaba Sicardi, con toda verdad, a Ernesto Mario Barreda [entrevista realizada en 1926]—. Fue un arrabal que entonces despertaba. Había dejado de ser pueblito agregándose a la capital. Llegaban allí olas de inmigrantes. Se vendían las tierras, se edificaban pequeñas casitas, se abrían nuevas calles por los potreros... Todo eso lo vi, lo canté. Todo esto lo presentí...” (Napolitano 1942: 391).

²⁷³ Hija de Enrique Lezica y Carmen Muñiz, era tataranieta de María Sánchez de Thompson. El árbol genealógico de la familia Lezica puede ser consultado en el estudio dedicado por Cárdenas y Payá a los hermanos Bunge (1997: 9).

²⁷⁴ La exclusiva *Guía Social Palma* del año 1914 registra, por ejemplo, los recibos de la familia Sicardi: “Sicardi Francisco – Carmen Lezica de – Srtas. María, Josefina y Susana Sicardi - Sábado 2.º y 3.º

siempre en su precaria integración al grupo patricio. Manuel Gálvez, uno de sus nuevos familiares, recordaría, décadas más tarde, las consecuencias de esta diferencia inicial cristalizada en el apodo de *loco*:

[Sicardi] Era de origen modesto, hijo del capitán de un pequeño barco mercante, pero estaba casado con una dama de la más distinguida sociedad y del más ilustre abolengo. Ciertas personas de su parentela política, y que acaso no olvidaban aquel origen, creyeron de buena fe, o simulaban creer, en la chifladura de aquel hombre que escribía cosas tan raras. (1961, I: 111)²⁷⁵

El comentario pone en evidencia que la perdurable imagen del *loco* Sicardi²⁷⁶ no se habría configurado sólo en torno de un estilo de escritura, tal como Sicardi mismo propondría, casi con orgullo, en una entrevista concedida, en 1926, a Ernesto Mario Barreda: “Así es, efectivamente... me dijeron que yo era loco. —Y es porque siempre he escrito lo que he sentido, sin preocuparme

- Cerrito 1037 - Mar del Plata - U.T. 591 (Juncal).” (1914: 323).

²⁷⁵ Cfr. el siguiente cuadro de familia registrado por Cárdenas y Payá: “Delfina y Julia [Bunge] soportaban el tórrido verano sanisidrense. Esa temporada descubrieron en Florencia y Paris Lezica, sus primos más jóvenes, una agradable compañía para compartir paseos y salidas. (...) Los Lezica vivían a muy pocas cuadras de «la casa del paraíso», en una vieja casona que había pertenecido a su bisabuelo Francisco Javier Muñiz. Su pasado familiar los enclavaba en el centro mismo de la historia de San Isidro (...) Anocheceía ya cuando el grupo llegó a la quinta de los Lezica. Los Bunge se disponían a volver a su casa «cuando de súbito apareció la figura flaca, toda hueso y nervio del doctor Francisco Sicardi.» (...) Se adelantó hacia Julia con su clásico balanceo y moviendo los dos brazos para detenerla. «No, usted no se va —le dijo con convencimiento—. Tiene que quedarse ahora que estoy yo. Mande decir a su mamá que el doctor Sicardi le pide que la deje a comer.» [Julia V. Bunge, *Diario*, p. 334]. Al rato, en el gran comedor de la vieja casona, todos se sentaban a la mesa presidida por los dueños de casa, Faustino de Lezica y Lucila D’Amico. Aquél era en ese momento vicegobernador de la provincia de Buenos Aires.” (1997: 346-8)

²⁷⁶ “En esos tiempos [1886] ya lo llamaban «el loco Sicardi» y «el loco Sicardi» sostenía, a su vez, que todos los habitantes de Buenos Aires, de Callao para adentro, estaban locos”. (Mariano de Vedia, *Conversando, Caras y Caretas*, Archivo particular de Eduardo Salterain y Herrera. Citado en Napolitano 1942: 384).

de consultar alrededor. —Y esto es lo que yo aconsejo a los jóvenes” (Napolitano 1943: 392). Locura y rareza dependerían, además, de una posición por lo menos atípica dentro del espacio social de la elite, de un origen étnico que evocaba sospechas degeneracionistas, y de una trayectoria médica que se distinguía, notoriamente también, de las principales corrientes profesionales de la época.

Por una parte, su ascenso en la jerarquía social y profesional no habría permitido olvidar su ascendencia *inferior*, ya que, de acuerdo con las especulaciones hereditarias en boga, esta debilidad de origen era un factor determinante en la configuración de la locura. “Víctimas de un vicio congénito, los semilocos y los excéntricos son *degenerados hereditarios*” (20), decía, en 1888 A. Cullère, uno de las autoridades médicas citadas, por ejemplo, en el estudio de la locura publicado por Ramos Mejía, en 1895, un año después de la aparición del *Libro Extraño*. Herencia, degeneración y etnia se habrían unido, entonces, en la evaluación de la excentricidad del *loco* Sicardi, quien, por otra parte, a pesar de haber instalado su consultorio médico en un suburbio, aspiraba tenazmente no sólo a formar parte del claustro docente de la Facultad de Medicina, sino que privilegiaba además una práctica intuitiva de la clínica, en un momento en que las novedosas experiencias de laboratorio deslumbraban a sus colegas del Hospital de Clínicas. Una anécdota jocosa, relatada por su discípulo más directo, ejemplifica la peculiar posición de Sicardi en sus primeros intentos por ingresar a la corporación médica:

Sus frases eran célebres y se repetían por todas partes. Quién no recuerda aquel concurso a la suplencia de la Cátedra de Clínica Médica en el que lo venció [Julio] Méndez y en cuya circunstancia Sicardi se le acercó, la mano tendida: «Dr. Méndez, usted me ha vencido pero el triunfador soy yo. Usted ayer era Méndez y llegaba de Berlín; yo no era nadie y venía de Flores. Yo he salido del anónimo!» (Bullrich 1943: 34).

Una vez que, en 1891, a pesar de venir de Flores, logra ser designado profesor suplente de Clínica Médica, tiene vedado sin embargo el acceso al prestigioso Hospital de Clínicas y debe conformarse con ser Jefe de Servicio en el Hospital San Roque. Desde allí enfrenta la práctica clínica de sus colegas que “enseñaban desde el «Olimpo», que así lo designaba Sicardi al Hospital de Clínicas, no sin cierta intención satírica, por cierto”. Eran ellos Gregorio N. Chaves, Luis Güemes y Abel Ayerza, designados en 1892, 1896 y 1897 en la primera, segunda y tercera cátedras de Clínica Médica (Bullrich 1943: 30)²⁷⁷. No obstante estas diferencias, a partir de 1898, Sicardi logrará su designación como profesor titular de la cuarta cátedra de Clínica Médica con sede en el Hospital San Roque, la única cátedra dictada —en un gesto no exento de

²⁷⁷ El sutil enfrentamiento entre dos modos de concebir la práctica clínica, la de Sicardi y la de Güemes —el prestigioso patricio—, ha quedado suficientemente registrada en el anecdotario médico: “En aquella época, los alumnos, según el número par o impar de su inscripción, tenían como profesor al maestro del Hospital San Roque o al maestro del Hospital de Clínicas. A Sicardi le tocaban los números impares; a su colega Güemes los números pares. No ignoraba que el eminente clínico de los números pares era tan prudente como sagaz y que antes de llegar al diagnóstico, sembraba de dudas el camino, desorientaba intencionalmente al explorador, se detenía numerosas veces para discutir y reflexionar. El talentoso psiquiatra doctor Lucio López, discípulo de Güemes, que asistía también a las clases de Sicardi, pues era practicante de José María Ramos Mejía, me ha relatado esa competencia diplomática y amable entre los pares y los impares. Los números impares, según la escuela pitagórica, tienen virtudes que no poseen los números pares. Sicardi, por supuesto, era pitagórico. Cuando uno de sus alumnos titubeaba demasiado en el diagnóstico del caso, le preguntaba si no era número par, y si por casualidad no se había colado en su sala.” (Loudet 1958: 170-1)

densidad simbólica— fuera del Hospital de Clínicas²⁷⁸. Sus clases se harán famosas y los discípulos se multiplicarán. En 1902, el joven José Ingenieros cuenta, por ejemplo, cómo había ido hasta el Hospital San Roque, en compañía de Augusto Bunge, tan sólo para conocer al famoso Sicardi²⁷⁹.

Su renombre clínico no tendría correlato, sin embargo, con el éxito editorial del libro extraño y raro²⁸⁰. “No lo recomendamos —aconsejaba la influyente opinión de Groussac— a las personas que buscan entretenimientos

²⁷⁸ “En 1891 [Sicardi] se presentó a concurso para profesor suplente de Clínica Médica saliendo triunfante y siendo designado el día 8 de abril.

Un mes después la Facultad lo nombró Jefe de Clínica a propuesta del profesor Chaves que se hallaba en ejercicio de la cátedra titular por licencia del profesor Gil. A juzgar por los antecedentes que he podido consultar, hubo algunas dificultades entre Sicardi y Chaves, pues el primero solicitó varias licencias por razones de salud y luego renunció por la misma causa cuando ya había cesado en sus funciones.

Desempeñaba el cargo de Jefe de Servicio del Hospital San Roque (hoy Ramos Mejía) cuando se creó la cuarta cátedra de Clínica Médica para la que fue designado, designación que él comunicó a la Facultad por nota de fecha 27 de agosto de 1898 y solicitó se le asignara un Servicio en el Hospital de Clínicas para dictarla. Como no se accediera a su pedido practicó su enseñanza en el Hospital San Roque durante todo el tiempo que desempeñó la cátedra”. (Goyena 1944: 207)

²⁷⁹ “Fue en la época de vagabundaje intelectual; cuando la filosofía y las ciencias sociales daban al estudiante de medicina más que pensar que en las Clínicas.» Cuenta Ingenieros que, en esa época, una tarde estival, llegó al Hospital San Roque buscando la sala del Profesor Sicardi, cuyos libros había visto en los escaparates. Para aquél, escucharle en su lección era un objeto de curiosidad psicológica más que un deber de estudiante. (...) «Sicardi hablaba, hablaba con apasionamiento y, al revés de tantos profesores, parecía estar convencido de cuanto decía. Me produjo —escribe— la impresión de un creyente, de un sacerdote, de una pitonisa. La de un médico no.»

Ingenieros junto con Bunge, terminada la clase, se acercaron a Sicardi para conocerlo mejor. Había cambiado. De las explicaciones médicas, de la especie de arrebatado predicador que ponía en ellas, tornó a sus preocupaciones sobre política internacional. (...) «[Augusto] Bunge y yo nos miramos contentísimos de haber descubierto un profesor original, que de tan curiosa manera terminaba sus lecciones de Clínica Médica. Leímos el *Libro Extraño* y quedamos convencidos del talento de Sicardi; convencidos para siempre.» (Ingenieros 1902. Citado en Napolitano 1943: 410-2).

²⁸⁰ En el momento de su muerte, en 1927, debió de haber tenido todavía cierto renombre clínico, pues en la biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, se conservan numerosos avisos necrológicos aparecidos en publicaciones profesionales: *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal* XIV (1927): 541-2; *Mundo Farmacéutico Argentino* IV (1927): 353; *La Prensa Médica Argentina* XIV (1927): 116; *La Semana Médica* I (1927): 1437-1439; *Revista Médica Latino Americana* XII.141 (1927): 1481-2; *Boletín de la Academia Nacional de Medicina* VIII (1927): 1751.

en los libros, pero sí a los *dilettanti*.” Según Berisso:

A fines de 1894 apareció en Buenos Aires el primer volumen de la obra del Dr. Francisco Sicardi, denominada *Libro Extraño*. No obstante lo sugestivo del título, el alto concepto social de que goza el autor y el renombre científico del clínico, cayó en el más profundo e injustificable olvido. (*La Nación*, 11 de junio de 1898)

Varios años después, Bullrich recordaría también la escasa repercusión de público alcanzada por el primer volumen de la novela, a pesar del éxito logrado entre los escritores de la época²⁸¹. Incluso Gálvez, quien dedica un apartado de sus *Recuerdos de la vida literaria* a la figura del “maestro”—como lo llamaban, evidentemente, sus discípulos médicos y también sus seguidores literarios²⁸²—, comenta el contraste entre su celebridad en el seno de la elite y su escasa repercusión pública:

Era Sicardi un médico célebre. Ignoro si tenía mucha clientela. Quizá no la tuviese, en parte porque no era hombre de hacer algo para atraerla, en parte porque en esos años, y tal vez también ahora, la gente no creía en los médicos literatos. Su fama, poco vasta pero muy profunda, consistía en que algunas personas de valer le consideraban como «genial», unos como médico y otros como escritor. (1961, I: 107)

²⁸¹ “Cuando le conocí, en 1898, era yo estudiante de farmacia y medicina y escribiente del Cuerpo Médico de la Policía. Sicardi acababa de publicar su *Libro Extraño*, cuyo éxito entre los escritores había sido grande, aunque el público lo ignorara siempre”. (Bullrich 1943: 27).

²⁸² Tanto Bullrich, su colaborador en la sala IX del hospital San Roque, como Gálvez usan la palabra “maestro” para referirse a Sicardi. Quizá no sea un dato menor, en la configuración del campo intelectual argentino, que quienes se reconocen a sí mismos como discípulos directos del *loco* Sicardi pertenezcan a dos familias fundadoras de la elite local. La figura de Gálvez, en relación con la familia Bunge, ha sido objeto de numerosos estudios. La de Bullrich, menos conocida, ha sido descrita por Alberto Ciarlo (*Revista de Clínica y Terapéutica* 2 [1955]: 108-9).

El atributo de genialidad había aparecido unido al de lo raro, ya en las primeras reseñas. El comentario de Groussac, firmado con el seudónimo Puck, insistió en la rareza general del libro detectada en el comentario de Mansilla —“es la pluma del Dr. Sicardi una rarísima compañera”—. Pero su artículo produjo una inflexión en el núcleo inicial. No sólo el *Libro Extraño* es “si no el más notable, el más curioso de los libros aparecidos últimamente”, —comentaba Groussac— sino que, además, “no encuadra en una escuela; simplemente revela aptitudes de escritor en el Dr. Sicardi; quien se presenta en plena elaboración y en la mitad del proceso que, realizado, lo colocará entre los primeros escritores de su país”.

Comienzan a configurarse aquí varias nociones que atravesarán la crítica posterior: el *Libro Extraño* no pertenece a una escuela —¿realismo?, ¿naturalismo?, ¿decadentismo?—; la no pertenencia permite atisbar la creación de una nueva escuela; y, por último, esta escuela, de la cual el *Libro Extraño* sería el único y *genial* exponente, es una contribución genuinamente argentina, americana para algunos, a la historia de la literatura, por parte de alguien que se presenta “en la mitad del proceso” de conversión en escritor²⁸³.

El comentario de Roeber, el tercero publicado por *La Nación*, recoge y expande la huella inicial de Groussac: “... el libro de Sicardi, de pura y genial

²⁸³ Cuatro años después, en 1898, Lugones todavía opina que: “el Dr. Sicardi no sabe escribir; es un principiante.” (1963: 114).

creación argentina, contiene extraordinarios méritos.”— dice. A la noción de libro *raro* y/o extraordinario, Roeber suma dos atributos: la *genialidad* y la condición *argentina* de esta creación genial:

... urge decirlo, genio y no otra cosa es el talento de Sicardi. Si yo repartiese patentes de genio, desde ahora le daría la suya, seguro de que la posteridad ha de legitimarla. (8 de octubre de 1894)

En efecto, la crítica de Alvaro Melián Lafinur o los recuerdos de Gálvez contribuirían a legitimar, varias décadas más tarde, la premonición de Roeber²⁸⁴.

Dice Gálvez:

De haber vivido ahora, acaso habríamos tenido en él un novelista genial. Era por lo menos un *genialoide*. Tenía los tics del individuo genial. Como médico lo era, según entiendo. Y me atrevo a afirmar que como escritor también. (1961, I: 112).

Era por lo menos un genialoide

Desde mediados del siglo diecinueve, la discusión ya secular en torno del genio artístico había alcanzado matices peculiares con la divulgación del pensamiento de J. J. Moreau de Tours. En 1859, se había conocido *La*

²⁸⁴ En la segunda década del siglo siguiente, el sema se mantiene intacto: “En suma, este poema [*La inquietud humana*] representa el parto genial de un poeta del dolor cósmico. Digámoslo para orgullo nuestro. Si descartamos lo defectuoso y *bárbaro* de su estilo, podemos afirmar que no han escrito con mayor profundidad, sinceridad ni vigor, muchos poetas de que se ufanan otros pueblos.” (Melián Lafinur 1918: 105).

psychologie morbide dans ses rapports avec la philosophie de l'histoire, ou l'influence des néuropathies sur le dynamisme intellectuel. Moreau de Tours establecía allí una matriz que, junto con el pensamiento degeneracionista de Morel, habría de estar entre las teorías más difundidas en las décadas siguientes. Un mismo tronco mórbido y hereditario unía —según Moreau de Tours— el amplio espectro de las neurosis, desde la oligofrenia profunda a la genialidad. Esta última condición era, entonces, una forma más de la patología nerviosa y, en cuanto tal, era una enfermedad que distaba sólo en gradación respecto de la locura. Ramos Mejía registraría, por ejemplo, una famosa anécdota a propósito de la genialidad de Balzac, a quien un estudiante de medicina habría confundido con un loco²⁸⁵.

¡Cuántas veces se atribuye a la razón sana —dice Ramos Mejía— lo que pertenece a la discreción simuladora de la locura que discurre subterráneamente en un cerebro sin poder exteriorizarse, y viceversa, cuántas veces se refiere a la locura lo que es una expresión del temperamento desordenado de un genio o la apariencia novedosa y original de un cerebro excepcionalmente dotado! ([1895] 1927: 14).

²⁸⁵ «Uno de los discípulos de Esquirol, cuenta el Dr. Baume, le decía un día: «Maestro, indíqueme Ud. un criterio seguro para distinguir la razón de la locura». Al día siguiente el maestro venerado reunía en su mesa a su discípulo y a dos personajes, el uno correcto hasta la perfección en su aspecto y su lenguaje, el otro exuberante, *plein de lui-même et de son avenir* [sic]. Después que ambos se retiraron, el discípulo exigió al maestro el *criterio* que le había pedido la víspera: —Indicadlo vos mismo, le repuso Esquirol; acabáis de comer con un loco y con un cuerdo. —No hay duda, el problema no es difícil: el cuerdo es ese hombre tan distinguido, tan cumplido, y en cuanto al otro ¡qué aturdimiento, qué charla, qué *ironera*! ¡si era para encerrarlo inmediatamente! —Y bien, repuso Esquirol; habéis incurrido en el más grave error. El que habéis tomado por cuerdo, es un *megalomaniaco*, se cree Dios y da a su actitud la reserva y la dignidad que convicne a su papel divino; es un pensionista de Charenton. En cuanto al joven, que habéis considerado como loco, es uno de nuestros grandes literatos, es nada menos que Mr. Honorato de Balzac!... [Baume, *Quelques matériaux apportés à la médecine legale des aliénés, Annales médico-psychologiques*, 1881]». (Ramos Mejía [1895] 1927: 14-5)

¡Cuánta similitud —podrá decirse— entre esta duda médica y las quejas de los discípulos del *loco* Sicardi, cuando reniegan del apodo dado al “maestro”! De hecho, los límites entre genialidad y locura dividían las opiniones médicas²⁸⁶. El título del libro de A. Cullère, *Les frontières de la folie*, pone ya en evidencia la duda epistemológica que, desde el pensamiento clínico francés, avanzaba, con más vacilaciones que certezas, sobre el resto de los saberes de la época:

El genio no es un género de locura, pero el genio y la locura toman en la misma fuente un origen común. Si bien el talento y el genio no son por sí mismos necesariamente una excitación, son necesariamente el resultado de excitaciones acumuladas y transmitidas.” (Cullère 1888: 357)

En el momento de la aparición del *Libro Extraño*, Valentín Magnán publicaba, por ejemplo, sus hipótesis que —a partir de las teorías de Moreau de Tours sobre la neurosis y la de Morel sobre la herencia degenerativa— inferían la existencia de *degenerados superiores*. Esta clase particular de enfermos, con sus facultades *superiores* inalteradas e, incluso, muy desarrolladas, se

²⁸⁶ Las discusiones de las diferentes teorías fue registrada, entre otros, por Ramos Mejía: “No es dudoso «para nadie que tenga algún conocimiento de estas cosas, que a menudo las manifestaciones más brillantes de la inteligencia, costean las desviaciones más lamentables y que estos estados opuestos toman su fuente de origen común en una misma constitución neuropática.» ¿Pero es esto tan frecuente como lo cree Moreau de Tours? [*Psychologie morbide dans ses rapports avec la philosophie de l'histoire*, Paris, Masson].

¿Es esa la regla o simplemente la excepción? ¿No hay también espíritus moralmente superiores que, gracias a la excelencia de su organización y a las condiciones especialmente favorables que han presidido a su nacimiento, producen naturalmente cosas grandes y bellas? [Aih Foville, *Annales médico-psychologiques*, tomo VI, 1860]

Evidentemente; pero también es indudable que con frecuencia la locura exalta las facultades intelectuales y les comunica mayor fuerza y vivacidad.” ([1895]1927: 16-7).

caracterizaban —según Magnan— por la alternancia de pensamientos y actos contradictorios, muy similares en su descripción a los que los comentaristas de la época endilgaban al *loco* Sicardi:

... le raisonnement le plus irréprochable aboutt aux actions les plus incohérentes (...) A côté d'idées transcendentes, on voit des préoccupations infimes; les théories morales les plus quintessenciées et les plus sincères contrastent avec des actes d'indélicatesse. L'artiste gâtera ses oeuvres par des conceptions incohérentes et déplacées; le poète prostituera son talent à des objets sans valeur. Enfin, comme le débile, le dégénéré supérieur n'est pas déséquilibré que de l'intelligence; les autres territoires participent au désordre. (Magnan, V. y Legrain, P., *Les dégénérés (Etat mental et syndromes épisodiques)*, Paris, 1895: 108. Citado en Huertas García-Alejo 1987: 155)²⁸⁷.

Este concepto de degeneración superior, que otorgaba a los genios una categoría específica en la sintomatología neurótica y los dotaba de un interés clínico peculiar, había alcanzado también un desarrollo paralelo en la escuela criminológica italiana. Ya en 1864, Cesare Lombroso había publicado una primera aproximación al problema en *Genio e folia*, un pequeño libro que, tras varias modificaciones y ampliaciones, apareció finalmente, en 1888, como *L'uomo di genio*, título con el que alcanzaría fama y divulgación²⁸⁸. Lombroso

²⁸⁷ Cfr. esta descripción, por ejemplo, con el siguiente comentario de Bullrich sobre los "actes d'indélicatesse" de Sicardi: "Es que el Maestro no tenía ningún sentido práctico en los pequeños detalles de la vida cotidiana. Por eso era algo desaliñado en el vestir y su corbata se hallaba, muy raramente, colocada exactamente en el centro de su plastrón. Su despeine era característico y nos preocupaba en la Sala la falta de precaución con que examinaba a los enfermos; exponiéndose, así, a contagios probables. (...) Se contaban de él anécdotas que justificaban su reputación de originalidad y que daban cierto relieve de rareza al autor del *Libro Extraño*." (Bullrich 1943: 28-29).

²⁸⁸ En *La Nación* del 14 de febrero de 1898 aparece, por ejemplo, un comentario titulado "Los gigantes intelectuales. Observaciones y paradojas", en el que Scipio Sighele comenta dos libros sobre genios:

postula allí curiosas similitudes entre el síndrome epileptoide y la genialidad de los artistas que, dada la atracción de los dos términos implicados, habría de despertar sumo interés editorial, pues —como sugería Cullère— “Son las cuestiones relativas a la locura las que más apasionan a la opinión pública en nuestro tiempo” (1888: v)²⁸⁹. Locura, genio y degeneración configuraban una peculiar imagen de los escritores, que habría de cristalizarse en el famoso *Entartung* de Max Nordau, publicado en Berlín entre 1892 y 1893, y traducido al francés tan sólo un año después. El libro de Nordau, leído y comentado inmediatamente en Buenos Aires²⁹⁰, advertía también sobre la compleja relación entre genialidad, locura y degeneración:

Los degenerados no son siempre criminales, prostituidos, anarquistas o locos declarados; son muchas veces escritores y artistas. Pero estos últimos presentan los mismos rasgos intelectuales —y las más de la veces también somáticos— que los miembros de la misma familia antropológica que satisface sus instintos malsanos con el puñal del asesino o la bomba del dinamitero, en vez de satisfacerlos con la pluma y el pincel. (Nordau 1892-3, I: xvii-xviii. Citado en Huertas García-Alejo 1987: 161-2).

Los héroes de Carlyle y *El hombre de genio* de Lombroso (p. 7, c. 4-5).

²⁸⁹ En consonancia con este interés, en las ediciones del 28 de septiembre y el 1 de octubre de 1890 de *La Nación*, había podido leerse, por ejemplo, un adelanto de la obra de Paul Groussac con el título de “*El problema del genio en la ciencia y en la historia*”; prefacio de la obra del mismo título, por Pablo Groussac, próxima a ver la luz pública”.

²⁹⁰ Según los datos recogidos por Gabriela Mogillansky, Max Nordau publicaba una columna semanal en *La Nación*, “el diario de mayor circulación y de mayor peso en la construcción discursiva de nuestra modernidad”. (Mogillansky 1996: 19). Por otra parte, el capítulo sobre “Max Nordau”, que Rubén Darío incluye en *Los raros*, da cuenta también de la temprana recepción del libro: “Mi distinguido colega en *La Nación*, Dr. Schimper, se ocupó el año pasado del primer volumen de *Entartung* de Max Nordau. Ha poco aparecido el segundo: la obra está ya completa.” (Darío [1896] 1905: 191).

Pero, a diferencia de los estudios prioritariamente clínicos que lo habían antecedido, el trabajo de Nordau —quien también era médico— se concentra en los aspectos degenerativos no ya de los genios, en general, sino de los artistas y de los escritores, en particular.

Una endiablada y extraña Lucrecia Borgia —ironiza Darío—, doctora en medicina, dice en alemán, para mayor autoridad, con clara y tranquila voz, a todos los convidados al banquete del arte moderno: «Tengo que anunciaros una noticia, señores míos, y es que todos estáis locos». En verdad Max Nordau no deja un solo nombre, entre todos los escritores y artistas contemporáneos, de la aristocracia intelectual, al lado del cual no escriba la correspondiente clasificación diagnóstica: «imbécil», «idiota», «degenerado», «loco».” ([1896] 1905: 191).

Las perturbaciones neuróticas de Tolstoi, Ibsen, Verlaine, Nietzsche y Zola, entre muchísimos otros, organizan un cuadro nosográfico de casi todas las patologías nerviosas conocidas y las conclusiones son terminantes: “Las novelas de M. Zola —dice, por ejemplo, Nordau— no prueban que las cosas de este mundo estén mal arregladas, sino sencillamente que el sistema nervioso de M. Zola está enfermo” (1902: 360. Citado en Huertas García-Alejo 1987: 164).

En la ciudad de Buenos Aires, Francisco A. Sicardi parece haber sido quien más enfermo estaba dentro del movimiento artístico de la ciudad, pues —de acuerdo con la terminología propiciada por Magman, Lombroso y Nordau— *decadente*, *degenerado* y *raro*, fueron los epítetos que más se le atribuyeron en los comentarios recogidos en la prensa. En 1898, Luis Berisso explica: “a todo un *doctor* [se refiere a Sicardi] le está vedado entre nosotros tener galanteos con las musas, so pena de pasar por loco”. (*La Nación*, 11 de junio de 1898, p. 2). Sin embargo, cabría considerar también que, más allá de

la siempre conflictiva relación entre medicina y literatura que, en la época era ya —como el mismo Darío reconoce— una variable dominante²⁹¹, esta atribución de *degeneración* a la escritura de Sicardi podría estar ligada, además, a su condición de “convidado al banquete del arte moderno”²⁹². En este banquete, la genialidad de Sicardi aparece relacionada —desde las imágenes iniciales hasta los comentarios más recientes— con la presunción de que el *Libro Extraño* no ha sido, ni habrá de ser, adecuadamente comprendido por la crítica, pues ha faltado el arbitraje estético de Rubén Darío²⁹³. La primera queja la presenta el extenso comentario de Roeber:

No he podido leer ese libro [se refiere al primer volumen de el *Libro Extraño*] sin asombro. No he podido tampoco comprender cómo y por qué su gran valor literario no ha sido bien apreciado por la crítica. Para Rubén Darío, por ejemplo, poeta delicado, muy perito en artes y letras y atisbador incansable de todas las cosas raras que engendra la variada literatura de las dos últimas decenas de este siglo, el libro de Sicardi, prólogo de una trilogía como las de Esquilo, a la que sirve de exposición y anuncio, debió tener atracción irresistible. Y sin embargo, Rubén Darío, que nos ha dado largas y substanciosas lecturas acerca de la literatura rusa y de la poesía

²⁹¹ *Cfr.* “En nuestro siglo, la última gran campaña literaria, el movimiento naturalista dirigido por Zola, tiene por padre a un médico, Claudio Bernard. En tanto que la literatura investiga y se deja arrastrar por el impulso científico, la medicina penetra al reino de las letras; se escriben libros de clínica tan amenos como una novela. La psiquiatría pone su lente práctico en regiones donde solamente antes había visto claro la pupila ideal de la poesía. Ante el profesor de la Salpêtrière, junto con los estudiantes han ido los literatos. Y en el terreno crítico cierta crítica tiene por base estudios recientes sobre el genio y la locura: Lombroso y sus seguidores.” (Darío [1896] 1905: 193)

²⁹² Peter Bürger ha analizado la relación entre modernización, *institución* literaria y la categoría de *genio* artístico, a partir de los esbozos Saint-Lambert en Francia hasta la estética de la autonomía desarrollada por Moritz, Kant y Schiller en Alemania. (1992: 3-18).

²⁹³ La posición de Rubén Darío en el espacio intelectual de la época así como la función de *Los raros* en la conformación de la imagen de su autor, ha sido analizada por Susana Zanetti (1997: 15-37).

decadente, y que, ahora que se habla mucho del Japón y de la China, se dispone probablemente a escribir sabios artículos sobre la japonesa literatura y la poesía chinesca, no ha tenido una palabra —escrita al menos— para el *Libro Extraño* de Francisco A. Sicardi, (...)

Y en verdad, mi amigo el Sr. Rubén Darío, cuya autoridad literaria se respeta con justicia, hubiese podido interpretar a Sicardi, como Rubinstein interpretaba a Mozart. (...)

Rubén Darío hubiera podido decir que no se ha hecho en la literatura americana, ninguna poesía tan hermosa, y nueva, y rica en colorido, y pródiga en armonías como la descripción del sueño de aquella pobre mártir del amor, que ni aún dormida deja de ser casta. Y sólo él, que oficia de joyero en el gran bazar de la literatura novísima, aunque alguna vez haya expuesto en el escaparate brillantes falsos, pudo haber contado el número y apreciado el valor de las riquísimas joyas que el libro de Sicardi encierra y en el que hay muchas páginas que aturden, cuadros de suprema realidad, maravillosamente presentados;... (*La Nación*, 8 de octubre de 1894).

Darío había llegado a la ciudad un año antes, en 1893, y su figura había conmocionado “al Buenos Aires estudioso y literario” (1968: 102). La resonancia de *Azul* y el halo bohemio de su figura lo habían ubicado, desde el momento mismo de su llegada, en el centro del movimiento intelectual de la ciudad. Las imágenes *decadentes* y el pesimismo *fin de siècle* se propagaron por las reuniones, las tertulias y las redacciones de los periódicos. Roberto Payró —compañero de Darío en la redacción de *La Nación*— publicó, entonces, un artículo irónico en el que analizaba la invasión azulina y decadentista que había asaltado la ciudad y transformado al nicaragüense en el árbitro más solicitado:

Los muchachos se han bebido una tina de añil, y lo sudan por todos los poros. Han oído decir que Darío es decadente, que el decadentismo es la última palabra de la moda, que nadie es *fin de siècle* sin rendir culto al ídolo de la

decadencia... (...) Un libro de Rubén se llama *Azul*... pues azulemos, y cátanos aquí decadentes hechos y derechos.

¿La sintaxis? Soy decadente. ¿La propiedad? Soy decadente. ¿El acierto? Soy decadente. ¿El buen gusto? Soy decadente.” (Tomasito Buenafé [seudónimo de Roberto Payró], *La Nueva Revista*, II, 15, 14 de abril de 1894. Reproducido en Lafleur y Provenzano 1980: 54-8).

La vinculación del primer libro de Sicardi con la noción literaria de la decadencia había aparecido, como ya se dijo, en el primer comentario sobre el *Libro Extraño* realizado por Mansilla —“He pensado, al estudiar este libro, en cierta literatura decadente...”, en las *Eumolpeas* de Joséphin Pelladan²⁹⁴ y en las paradojas de Max Nordau—. El decadentismo unía en un mismo conglomerado sémico nociones procedentes de diversas fuentes epistemológicas. Degeneración, neurastenia, pesimismo, improductividad, locura, confluían en los escritores llamados *raros*.²⁹⁵ Y “Sicardi, como *Almafuerte*, era «un raro», y hubiera podido figurar en el libro de Rubén Darío.” (Gálvez 1961, I: 108)²⁹⁶.

Diferente, sin embargo, es la opinión de Roeber, a pesar de que era un

²⁹⁴ “Un teósofo de los Rosacruces —diría Enrique Anderson Imbert de Josephin Pelladan—, a quien hay que colocar en línea con Allan Kardec, Conan Doyle, Madame Blavatsky, Annie Besant y tanto otro espiritista de la época del Loto Blanco” (1967: 316).

²⁹⁵ Como dirá, en 1905, el mismo Darío, en la segunda edición corregida y aumentada de *Los raros*: “Me tocó dar a conocer en América ese movimiento [el simbolismo] y por ello y por mis versos de entonces, fui atacado y calificado con la inevitable palabra «decadente»” (Prólogo V).

²⁹⁶ Esta temprana adscripción del *Libro Extraño* al decadentismo ha sido obviada por los estudios posteriores. Desde el trabajo que David Viñas dedicó a Sicardi, en 1955, la crítica ha coincidido, en cambio, con su influyente opinión. El *Libro Extraño* oscila —dijo Viñas— entre un realismo “desapasionado y hasta cínico” y un romanticismo “envejecido y soñador” (Aseef 1955: 10). El análisis de Abel Posadas repite sin variaciones, una década después, la afirmación de Viñas (Posadas 1968: 11), y el trabajo más reciente de Miguel Vitagliano continúa también esa línea de análisis: “Paradójicamente, la novela con mayor pretensión naturalista —el *Libro Extraño*— es a la vez la más romántica: cuanto más se acerca a los hechos, sus casos, más se distancia; cuanto más quiere transponer la «realidad» más la idealiza...” (1996: 37).

entusiasta seguidor de Darío: “el *Libro Extraño* de Francisco A. Sicardi, [está] llamado —dice Roeber— a más larga vida que los hijos anémicos y atacados de incurable tuberculosis de ese retoricismo de última hora, a que se ha dado el nombre de *escuela decadente*.” En su opinión, los enfermos del *Libro Extraño* no son los psicópatas inventados por el decadentismo, sino que son enfermos *reales*, casos clínicos observados y analizados minuciosamente por el médico, y transportados luego a la novela:

Los personajes, Méndez, Paloche, Valverde y Genaro son psicópatas, enfermos de esta sociedad moderna impregnada de todos los paludismos, en donde el más sano es un desequilibrado evidente. Sicardi no ha estudiado a esos enfermos en los tratados de psicopatía, ni los ha extraído de sus clasificaciones. Los ha observado en la vida social y de ella los ha transportado a su libro.

La recepción primera del libro de Sicardi revela, entonces, varias posiciones convergentes. Una, relaciona los *extraños* personajes, temas y ambientes de este *Libro Extraño* con el imaginario decadentista. Otra, en cambio, advierte, en la práctica clínica e higienista del autor, la matriz que sostiene cierto verosímil realista del libro. Otra, lee en la *rareza* una *creación genuinamente original* destinada a formar una nueva escuela literaria. Todas coinciden, sin embargo, en el carácter fundador del paradigma médico en la configuración de la ficción, así como en un supuesto trasvasamiento de *genialidad*, desde la figura del clínico exitoso hacia la imagen del médico escritor.

En efecto, la medicina habría aportado un conjunto de temas, tópicos y estrategias de escritura que inscribían el libro de Sicardi en cierta tradición de

ficciones médicas, en la cual los textos de Holmberg, Podestá o Wilde eran las producciones más visibles, aunque no las únicas²⁹⁷. Al mismo tiempo, la ficción le ofrecía al médico Sicardi una matriz para la representación de las luchas y tensiones derivadas de su posición excéntrica en el campo médico y en el restrictivo espacio de la alta sociedad porteña. Así como la pobreza y la etnia de origen habían contribuido —como reconoce Gálvez— a construir y sostener el consenso alcanzado por la imagen del *loco* Sicardi, la ficcionalización de las tensiones en el campo médico habría avalado, por otra parte, la catalogación *decadente y rara* del *Libro extraño*.

Cuatro familias de psicópatas

Entre 1894 y 1902, Sicardi publicó cinco volúmenes de la obra que, finalmente, los editores F. Granada y Cía (Diputación 344, Barcelona) reunieron, en fecha incierta, con el título general de *Libro Extraño*. Después del volumen inicial de 1894, que suscitó la mayor parte de las críticas conocidas, en 1895 o 1896, apareció *Genaro*. En 1897, el cuarto volumen —*Méndez*— y, en 1898, *Don Manuel de Paloche*, que, a pesar de ser considerado por

²⁹⁷ La bibliografía médica argentina ha registrado pormenorizadamente a los médicos que se dedicaron también a la actividad literaria. *Cfr.*, entre otros, Fustinoni, Osvaldo, *Médicos en las letras argentinas* [Buenos Aires: Prensa Médica Argentina, 1981] o Ponte, Carlos, "Médicos en la literatura"

Sicardi como el tercer volumen, fue publicado en cuarto lugar²⁹⁸. Ambos libros fueron comentados por Leopoldo Lugones en dos artículos en torno de las deficiencias idiomáticas de la obra de Sicardi. Por último, en 1902, se publicó *Hacia la justicia*, un libro programático que dio lugar a un extenso y meticuloso estudio de José Ingenieros²⁹⁹.

En el prólogo a este último volumen, escrito a modo de conclusión, Sicardi abunda en indicadores sobre el modo en que compuso los volúmenes anteriores y en alusiones más o menos explícitas sobre sus intereses temáticos:

El libro toca a su término. Ya era tiempo. Ha pasado a través de muchos dolores y ha disecado un gran trozo de alma humana. (...) Estos tres libros [*Genaro, Don Manuel de*

[*Jornada médica* 7.427 (1977): 26].

²⁹⁸ La datación de los cinco volúmenes ha sido uno de los puntos de menor coincidencia crítica. Para Napolitano (1942), *Libro Extraño* aparece en 1894; *Genaro*, en 1896; *Don Manuel de Paloche*, en 1898; *Méndez*, en 1900, y *Hacia la justicia*, en 1902. Bullrich (1943), en cambio, establece las siguientes fechas: *Libro Extraño* (1894), *Genaro* (1895), *Méndez* (1897), *Don Manuel de Paloche* (1899), *Hacia la justicia* (1903). Posadas (1967) reproduce la primera datación de Napolitano. Vitagliano (1996), en cambio, advierte contradicciones en la fechas atribuidas. Gnutzmann (1998), en el último trabajo que se ha podido consultar, mantiene la datación de Napolitano. Sin embargo, y a pesar de que no se han podido encontrar las ediciones originales de cada uno de los cinco volúmenes, la hipótesis de Bullrich parece ser más pertinente que la de Napolitano. El tomo cuarto, *Méndez*, fue impreso por la Imprenta Europea de M. A. Rosas de Buenos Aires, en 1897. A partir de la certeza de este dato, se infiere que los tres volúmenes publicados hasta 1898 y comentados por Luis Berisso (*La Nación*, 11 de junio de 1898) no eran *Libro Extraño, Genaro* y *Don Manuel de Paloche* sino *Libro Extraño, Genaro* y *Méndez*. Por otra parte, en un artículo publicado en *La Tribuna*, el 18 de octubre de 1899, Lugones comenta la publicación del tercer tomo —*Don Manuel de Paloche*— de Sicardi, no del cuarto que, evidentemente, había sido publicado un año antes. En consecuencia, la sorpresa puesta de manifiesto por Vitagliano (1996: 16, nota 3) respecto de la publicación del cuarto volumen antes de la aparición del tercero, no debería ser tal pues ya lo había establecido Bullrich en 1943 (66).

²⁹⁹ Respecto de la fecha de publicación de este último volumen también hay discrepancias. Según Napolitano se habría publicado en 1902 y, según Bullrich, en 1903. A diferencia del caso anterior, aquí parece tener razón Napolitano, pues el comentario crítico de José Ingenieros apareció, según Aníbal Ponce, en un pequeño volumen editado por Etchepareborda en 1902 con el título de *La psicología en el arte*. Es obvio que el comentario crítico no pudo aparecer antes de la publicación del texto original y que ambos debieron conocerse entonces en 1902, según lo señalado por Napolitano.

Paloche y Méndez] nacieron de un tronco común: el primer tomo [*Libro Extraño*]. Ha sido hecho a la diablo. No tiene plan, el último capítulo antes que el primero, un borbotón de palabras, de cuadros, de olores y de sonidos, una zinguizarra brutal de la mente calcinada como un volcán, un hervidero de escorias y de metales, un vértigo de creación en que fueron lanzados al estadio cuatro familias de psicópatas, suicidas como Carlos Méndez, homicidas como Genaro, locos morales como Valverde, megalómanos, perseguidos y místicos como la familia de don Manuel de Paloche. (II: 394)³⁰⁰

El comentario parece dialogar con los críticas realizadas a la obra, pues la ausencia de un plan que organizara la ficción había sido una de las carencias señaladas insistentemente por los contemporáneos. Como respuesta, Sicardi no ofrece una explicación o una disculpa por la falta de plan, sino que confiesa, tardíamente por cierto, que valora positivamente la característica de su libro que la mayor parte de los críticos había considerado un error y que él, en cambio, proponía como una nueva estrategia poética:

[el] arte envejece cuando los hombres le arrebatan las adustas energías de la vida libre, para encerrarlo en los burdos liminares de la imitación y de las escuelas. ¡Que sea licencioso y loco antes que ser esclavo! Así ha sido [se refiere a los cuatro primeros volúmenes], tal vez licencioso, pero no tiene huellas de esposas en la muñeca, ni arrastra grillete. (II: 396)

Además de esta exaltación de la libertad, de la locura y de las licencias de su escritura, Sicardi enfatiza también en este prólogo una ligazón temática, entre libro y libro, a partir de las familias psicopáticas que, salvo algunas

³⁰⁰ Todas las citas corresponden a la edición en dos volúmenes publicada en Barcelona, sin fecha, por los editores F. Granada y Cía. El primer volumen reúne el primer *Libro Extraño* y *Genaro*. El segundo volumen reúne los tres últimos libros: *Don Manuel de Paloche*, *Méndez* y *Hacia la justicia*.

menciones tangenciales a la obra de Zola, era un aspecto no abordado por la crítica. Las enfermedades mentales o psíquicas habían sido consideradas apenas un rasgo de algunos personajes, pero no se les había asignado el valor de núcleo configurador de las historias de vida de los cuatro primeros volúmenes, tal como lo postula Sicardi en este último prólogo. Tampoco —es necesario reconocer— se había realizado ningún estudio abarcador de los cuatro volúmenes ya publicados.

Es la afirmación de Sicardi mismo la que pone en evidencia, entonces, la doble filiación del *Libro Extraño*. Por una parte, la apelación a la genealogía familiar lo relaciona con las sagas narrativas del realismo y del naturalismo francés mientras que, por otra parte, las psicopatías hereditarias —que evocan también narraciones del mismo origen— lo relacionan con el ya vasto conjunto de saberes científicos y pseudocientíficos, en torno de las enfermedades hereditarias, y con cierta memoria de ficciones médicas argentinas³⁰¹. Esta última comparación, por otra parte, realiza el intento abarcador de Sicardi quien, a diferencia de sus antecesores, no intenta ficcionalizar un tipo mórbido determinado —como es el caso del *hombre de los imanes*— sino representar, en cambio, la mayor variedad de patologías que permitan evaluar, en un rango

³⁰¹ En este sentido, y a partir del estudio fundador de Emma Napolitano, la mayor parte de los críticos ha señalado la relación entre *Irresponsable* y *Libro Extraño*. Posadas, por ejemplo, comenta que: “El hecho de crear personajes psicópatas sin *utilización posterior* en la trama novelística, por el deseo de presentar al lector zonas inexploradas, lo acerca a Podestá”. (1968: 57)

apropiado, los límites y alcances de la teoría de la herencia en la configuración de lo social.

Como ya se expuso en el capítulo anterior, esta teoría había provocado intensos debates entre médicos y legistas y no todos avalaban su determinismo fatal. La preeminencia del medio o de la herencia en la conformación psíquica del *hombre de los imanes* había enfrentado, por ejemplo, a Piñero y a Podestá.

También en el cuarto volumen del libro de Sicardi, cuando Carlos Méndez percibe en su hijo Ricardo los primeros síntomas de la enfermedad que había abatido a su familia —desaliento, hastío, suicidio³⁰²—, expone sus dudas sobre los alcances de la teoría de la herencia:

[E]sta ciencia que marcha de aforismo en aforismo y tenta suprimir de paso el raciocinio humano, no ha dicho la última palabra todavía sobre la herencia. ¿Son los más los que heredan o son los menos? ¿Dónde está la regla? ¿Dónde la excepción? Son las preguntas que yo [Carlos Méndez] hago. ¿Quién ha reunido estadísticas? ¿Por qué han de echar sobre los hijos fatalmente el alma de los padres enfermos? ¿Hasta la séptima generación acaso? (II: 175)

La piadosa respuesta de su mujer anticipa, a continuación, la tesis que sostendrá Méndez unas páginas después: “Eso no puede ser. Dios no permite que haya reglas tan dolorosas. Lo que hay son excepciones.” (II: 175). En este

³⁰² Ricardo Méndez describe los principales síntomas de la enfermedad en diálogo con la madre: “Te voy a hacer mi confesión, para que sepas... Yo tengo aquí adentro —y el joven puso su mano abierta sobre el pecho— tengo un hondo desierto y un abrojal inhospitalario que me lastima. Miro mi corazón y lo encuentro sin objetivos, lleno de hastío... Soy un salvaje y un zongo... (...) Veo como los otros viven en perpetua fiesta. Y yo ¿por qué no puedo ser como ellos? (...) Solamente yo no tengo rumbo. A veces creo que este desaliento deriva de alguna enfermedad oculta, que me llevará en cualquier momento...” (LE II: 184). Se hace evidente aquí el contrapunto entre la figura de Ricardo Méndez y la de Andrés, el protagonista

contrapunto entre los dos miembros fundadores de la estirpe *extraña* —Carlos Méndez y Dolores del Río—, se plantea el núcleo de la tesis que sostiene ideológicamente la narración de los cinco volúmenes: en el fatalismo hereditario hay excepciones y el culto del hogar matriarcal, la educación cristiana, las lecturas apropiadas y el trabajo honesto propician estas excepciones.

Los hijos de esta pareja fundadora, Angélica y Ricardo Méndez, son las figuras literarias que representan la excepción. Él, proclive desde muy joven al hastío suicida que había acosado a su abuelo y a su padre, encuentra en el cristianismo militante el medio para evitar su *caída* degenerativa. Ella, educada en “el pudor de los hogares inmaculados” por el virtuosismo ejemplar de su abuela Catalina Méndez y de su madre, Dolores del Río, es la muestra más elocuente de que las duras leyes hereditarias permiten que el medio favorezca las excepciones. Sobre el final del último libro, se anuncia el casamiento de Angélica con Elbio Errécar, un médico, hijo de inmigrantes vascos, también honesto, ecuánime y virtuoso. Entre ambos, reúnen un compendio prospectivo de los caracteres que Sicardi atribuye a la *nueva raza* superadora del determinismo hereditario: trabajo, ahorro, vida hogareña, productividad biológica, económica y también intelectual, pues las nuevas familias necesitan nuevos libros. El párrafo final hace patente la alegoría familiar:

Y el escritor piensa, a su vez, que su tarea ha concluido,
y que las nuevas familias esperan también su nuevo escritor, que

narre cómo resultan honestos los que de honestos derivan. (II: 619).

Se refiere ya a los hijos y nietos de Angélica y Elbio, quienes, junto a Catalina Méndez, Dolores del Río, Martín y Elbio Errécar, son los únicos, entre los múltiples personajes que pueblan el *Libro Extraño*, que no son enfermos. El resto son psicópatas hereditarios y su descripción coincide con la clasificación de enfermedades mentales divulgadas por Cullère pocos años antes. Según este autor, la categoría de los impulsivos —en la cual Sicardi ubica a la familia de Méndez y a la de su sirviente Genaro— incluía a los suicidas, los homicidas, los dipsómanos, los pirómanos y a aquellos con impulsiones irresistibles al robo, a las compras y al juego. La categoría de los perseguidores —representada en la figura de don Manuel de Paloche y de su hijo Juan— incluía a los perseguidos perseguidores, a los pleitistas y a los celosos. La categoría de los místicos —representada por la familia de Paloche—, a los místicos propiamente dichos, a los fanáticos y a los erotómanos³⁰³. La de los pervertidos —como Enrique Valverde y su hijo Germán—, a los histéricos, los mentirosos, los simuladores y criminales. Todos arrastran el estigma de la locura hereditaria:

¡Pobres de los hogares donde haya habido un loco! La

³⁰³ *Cfr.* la exacta correspondencia entre esta clasificación y la siguiente descripción de Carlos Méndez: “¡Qué familia desgraciada, Dolores! [se refiere a la de Paloche] Juan perseguido, Clarisa erotómana, y ésta [Adela], buena como un ángel y hermosa como una estatua perfecta, tampoco se ha podido salvar. Es una mística.” (*LE* II: 348).

sociedad los señala y los condena al ostracismo. (...) A cada rato dicen: ¡Tenga cuidado con esa gente! ¡Es familia de locos! ¡Las muchachas no deben enamorarse! ¡Que queden para vestir santos! ¿Y los hombres? Esos no deben dirigir nada, ni formar familia, ni deben ir al gobierno. ¡Tengan cuidado! ¡Es familia de locos! (...) Como si fueran leprosos. Y eso no sucedería si la ciencia dijera toda la verdad y los eruditos se convencieran que así como a cada rato se reciben sorpresas de las enfermedades del cuerpo, las del espíritu también pueden darlas y más las que se pretende pasen de generación en generación. Yo no puedo negar la verdad de la herencia; pero yo pregunto de nuevo: ¿es la regla o la excepción? ¡Ese es el problema! (II: 176-7)

Para la elucidación de este problema, desfilan, por los cinco volúmenes, dos y hasta tres generaciones de las familias portadoras de signos degenerativos, aunque —con las excepciones del primer libro, *Libro Extraño*³⁰⁴, y del último, *Hacia la justicia*— cada volumen ficcionaliza aspectos particulares de cada familia. A la de *Genaro*, se dedica el segundo volumen³⁰⁵; a la de *Don Manuel*

³⁰⁴ El título *Libro Extraño* tiene tres usos diferentes: 1) es el título del primer volumen publicado por Sicardi; 2) es el título dado a la publicación conjunta de los cinco volúmenes; 3) es el título de la obra que escribe Carlos Méndez, uno de los personajes vertebradores de la trama argumental.

³⁰⁵ Respecto de la figura de Genaro, es necesario aclarar un error suscitado en los últimos comentarios críticos. Abel Posadas clasificó, en 1968, a los diferentes personajes de *Libro Extraño*, de acuerdo con su origen étnico y social. Genaro figura allí como uno de los primeros habitantes del suburbio. “La familia de Genaro en contraposición a los Paloche, los Méndez, los Errécar, no lleva apellido. (...) Podríamos decir —comenta Posadas— que estos habitantes del suburbio son los descendientes del gaucho como tipo humano. Desplazados de su medio natural, la campaña, los habitantes del suburbio darán origen a tipos *marginales* u *orilleros* en la ciudad.” (Posadas 1968: 27). En 1996, Miguel Vitagliano repite, con pocos matices, la opinión de Posadas: “En los suburbios de *Libro Extraño* viven también otras familias, pero sólo una aparece sin apellido y es la que tiene como eje a Genaro. Es el tipo residual de la Pampa del pasado y el gaucho: un orillero.” (1996: 22).

Sin embargo, una lectura atenta del *Libro Extraño*, permite establecer el origen inmigratorio de esta familia, patente además en el nombre italiano del personaje. *Cf.*, por ejemplo, la siguiente evocación de Genaro: “—Tata era bueno y honrado—contestó Genaro [a su hermana] (...) muchas veces, cuando volvía de noche de su trabajo y yo estaba al lado de la vela de sebo, leyendo la cartilla, él me contaba las cosas de su tiera, —un pueblito todo blanco, al lado de la playa, donde los pescadores cantaban con las piernas desnudas hasta la rodilla, sacando en hileras paso a paso la red, que traía agua verde y pescados— y a mí me enseñaba las cantinclas que tenían como rumores y estruendos de borascas y bofetadas del mar contra los barcos perdidos y solitarios... —Yo lo conozco al hermoso pueblito por el retrato que está en la cabecera de

de Paloche, el tercero, y a la de Méndez, el cuarto. El primero y el último volumen, en cambio, están dedicados, al diagnóstico mórbido inicial y final, respectivamente, de la enfermedad de cada uno de los integrantes de las diversas familias.

Médicos, apóstoles y escritores

Entre tantos enfermos, los principales personajes masculinos son médicos o estudiantes de medicina, además de psicópatas. Las historias de vida de Carlos Méndez, de Enrique Valverde, de Elbio Errécar —médicos todos—; la de don Manuel de Paloche —curandero, alquimista, homeópata y estudiante de medicina—; más las historias de sus respectivas familias y relaciones, organizan la trama de médicos y enfermos que desafían las leyes de la herencia. Cada una de estas historias aborda un tipo de las variantes profesionales de fin de siglo, en el área de las ciencias médicas, y un tipo también de los distintos modos cognitivos de aprehender y representar literariamente la realidad argentina, pues todos, con la excepción del *honesto* Elbio Errécar, son lectores insomnes y prolíficos escritores.

la cama —repuso la niña,— con su mar grande adelante y la corona de las montañas que lo sostienen.
—Algunas veces —continuaba Genaro, temblándole la voz de ternura,— él me decía con tristeza: tal vez ya no vuelva yo a mi país (...)" (LE I: 28).

Las historias de estos protagonistas médicos, o estudiantes de medicina, están construidas según el modelo de la novela de aprendizaje: la historia de Carlos Méndez, más la de Elbio Errécar, son narraciones de aprendizaje *positivo*³⁰⁶. Desde una inicial escena de suicidio, Carlos Méndez sobrevive merced a la ayuda de su madre, se casa, tiene hijos, alcanza prestigio profesional y muere sereno y resignado en la vejez, no sin antes legar a su hijo el conocimiento alcanzado:

En esta hora grave de mi vida [le dice Carlos Méndez], te voy a revelar un secreto. Tú has nacido enfermo del espíritu... y lo que te ha de salvar es el amor de tu madre, la preocupación de tu inteligencia y de tu cuerpo por el trabajo y más tarde el hogar que formes, y no olvides que el hastío desgaja y mata y que es el patrimonio de los que quieren torcer la lógica de la existencia. (II: 369)

Su vida es presentada así como un caso ejemplar de la tesis que sostiene la trama argumental³⁰⁷: la transmisión hereditaria de las psicopatías individuales y sociales es un dato de la realidad, pero el amor materno, el trabajo, el ahorro y el hogar pueden transformar el determinismo en excepción³⁰⁸. A partir de esta revelación testamentaria, la vida de Ricardo

³⁰⁶ La distinción entre novelas de aprendizaje *positivo* y novelas de aprendizaje *negativo* ha sido establecida por Susan Suleiman en su análisis del *roman à thèse*. En las primeras, el héroe sigue los valores propuestos por la doctrina que funda la novela. En las segundas, el aprendizaje conduce al héroe a sostener valores opuestos o, simplemente, lo guía hasta un lugar donde los valores positivos no son reconocidos como tales. (Suleiman 1983: 63-100).

³⁰⁷ Esta es, según Suleiman, la forma más simple y más directa de insertar una doctrina real en el mundo ficcional. (1983: 74-5). Sin embargo, antes de la muerte de Méndez, la valoración positiva de la doctrina "amor materno, trabajo, ahorro y hogar" ya había sido sostenida en múltiples ocasiones y por medio de estrategias retóricas diferentes. Tan sólo en torno de los beneficios del ahorro y del trabajo, Gnutzmann registró veinte intervenciones redundantes. (1998: 212, nota 13).

³⁰⁸ *Cfr.* entre Dolores y Carlos Méndez: "Yo creo, Dolores, en la educación. Las caricias de

Méndez seguirá las huellas de la vida del padre y logrará burlar también el estigma hereditario del suicidio. Vive protegido por su madre, se casa, tiene hijos y propaga, con fervor, el catolicismo.

Elbio Errécar, en cambio, inicia su aprendizaje vital en condiciones más favorables. Su origen vasco lo predisponía —según el narrador— al trabajo, al ahorro y a la vida familiar. “Elbio era un sano, de pecho levantado y pulmón amplio, de corazón fuerte, con ritmo lento y robusto.” (II: 528). No necesitaba huir de la herencia sino aprovechar sus dotes étnicas para avanzar en la consolidación de los valores de salud higienista sostenidos por la novela. Por esta razón, es el héroe y el apóstol de la *nueva raza* y de la *nueva sociedad*³⁰⁹. Yerno de Carlos y cuñado de Ricardo Méndez, en la escena final del último volumen, Elbio proyecta hacia el futuro, sin mancha de origen, los valores que los Méndez sólo habían podido sostener como excepción³¹⁰.

la madre hacen amar la vida. Así yo fui salvado. Yo tengo una que es una santa. Me entregó a la tierra otra vez. Creo en la influencia del deber. Así tú y mis hijos me conservaron luchador y fuerte y pienso que todos los espíritus enfermos debieran tener una madre que los salvara.” (LE II: 177-8)

³⁰⁹ *Cfr.* el siguiente fragmento: “Era un sobrio y un casto. Dormía hondo este generoso (...) este idólatra del sol (...) Amaba y defendía a los niños y a los adolescentes y veneraba a los viejos, porque era ecuánime dentro de lo humano. (...) Solamente el mal y la tiranía, con sus perversidades y humillaciones, suscitábanle en el corazón [a Elbio Errécar] el anatema casi salvaje y el ímpetu batallador casi heroico. Por eso le disgustaban los católicos, que formaban sectas, y los anarquistas y socialistas, que maltrataban la justicia con el crimen y la huelga, y bregaba por la libertad humana. Era un apasionado de la independencia, y los «libres trabajadores» eran una emanación de su persona.” (LE II: 529)

³¹⁰ Si alguna duda cabe sobre los valores sostenidos en la novela, *cfr.* la escena citada: “Todos viven en la casa de anchos corredores, donde han llevado al viejo Martín [Errécar]. Es el día del santo de él. Lo encuentran, sentado bajo un peral frondoso, mientras los nietos juegan, corriendo por los patios. Angélica [Méndez] y Elbio [Errécar], parados detrás de su sillón, le van alcanzando a

Muy diferentes a las historias de los Méndez y de los Errécar son las vidas de Enrique y Germán Valverde. Ambos configuran historias de aprendizaje *negativo*, que niegan los valores dominantes en la ficción. Enrique Valverde, antiguo condiscípulo de Méndez, descreído de su profesión, "sin haber vivido casi, a los treinta años un escéptico deshonesto" (I: 76), desprestigiado por la autoridad de la voz narradora —"Este Enrique Valverde cruza de cuando en cuando las páginas del libro, como tañido de nota siniestra..." (I: 76)— se enfrenta sobre todo al modelo de médico que configura Méndez. Muere joven, asesinado por Genaro, para vengar la violación de su hermana Santa y la herida causada a Carlos Méndez en un duelo mantenido entre éste y Valverde. Su hijo Germán, hijo de una prostituta innominada³¹¹, pasa su infancia en un prostíbulo y, de acuerdo con su matriz hereditaria, se transforma en un dirigente anarquista, alcohólico y lúbrico, que muere de tuberculosis en medio de un atentado que la multitud perpetra —no sin simbolismo— contra la casa de los Méndez. Herencia, enfermedad, homicidio, prostitución y anarquismo configuran así una

los chicos, uno por uno. Hay muchos y son sanos y robustos. Es en día domingo, a las doce. Ricardo [Méndez] llega de misa en ese momento, con la compañera del brazo, y otros niños hacen irrupción y se confunden en una bandada festiva y parlera para rodear, todos juntos, al gran abuelo, sonriente en aquel esplendor del mediodía.

—Serán como nosotros, honestos y laboriosos —pensaba el anciano." (LE II: 619).

³¹¹ Gnutzmann describe a Germán Valverde como hijo de "la lasciva Clarisa Paloche" (1998: 192). Sin embargo, no hay en ninguno de los volúmenes una cita explícita sobre esta filiación. Sólo una mención contextual —"era hijo de cortesana y nacido en conventillo sucio" (LE II: 421)— que permite la relación con la hija de Paloche, quien sí había sido *deshonrada* por Valverde en el primer volumen. Ya Ingenieros había notado, por otra parte, el misterio en torno de la filiación de Germán: "La herencia de Germán es matriz perfecta para hacer germinar la rebeldía. Su padre es

misma matriz degenerativa potenciada por la influencia del medio y opuesta a los valores de salud física y moral encarnados en la excepción de los Méndez y de los Errécar.

Por último, la historia de Manuel de Paloche es una versión paródica de las historias de vida anteriores. Paloche, *ingenioso hidalgo*, Quijote de la alquimia y de la homeopatía, es un *loco* cuya voz introduce una distorsión en el discurso médico hegemónico que permite evaluar y ponderar los límites de las historias de vida ejemplares que sostienen la trama narrativa e ideológica de la novela. Don Manuel de Paloche, alquimista primero y homeópata después, pone en crisis los criterios de razón de las voces médicas de Méndez y de Valverde, pero también los principios estéticos de la Sociedad de Artes y Letras, los del mismo Méndez y los de su amigo Herzen, un “enamorado del arte enfermo, de la bruma de medias tintas y de la miniatura de marfil”, que mucho recuerda la figura de Rubén Darío³¹².

Respecto de los criterios médicos sostenidos por unos y otros, es evidente que las reflexiones de Carlos Méndez sostienen y articulan gran parte del código epistemológico de los cuatro primeros volúmenes. Méndez, quien es presentado por Sicardi como su *alter ego* ficcional³¹³,

Valverde, sujeto sin sentido moral (...) ¿Su madre? Misterio.” (1902: 339).

³¹² La mayor parte de los críticos ha señalado la extraordinaria semejanza entre los datos de la vida y de la producción artística de Rubén Darío y los atributos otorgados a la figura de Herzen. Una síntesis póstuma de su figura aparece en el capítulo que lleva su nombre. (*LE II*: 225-247).

³¹³ En el prólogo al primer volumen, Sicardi reconoce la impronta autobiográfica de Méndez: “tú, ¡oh Carlos Méndez! Hombre, que me has prestado tu nombre y apellido, para que yo

"ejercía su profesión de médico pobre, con muchas dificultades a pie, a caballo y muy rara vez en un pequeño cupé... Su día era el trabajo, su noche el estudio" (I: 14). Abnegado médico de familia, respetado por sus colegas y por sus sirvientes, desconfía del materialismo positivista, de los pedagogos moralizantes, y cree, en cambio, en la libertad individual y en el progreso espiritual de los pueblos. Entiende la medicina en términos misionales y considera que su misión es alertar sobre los peligros de los impulsos colectivos, sobre las enfermedades sociales y los excesos del pueblo que conducirán a una era "facinerosa" de la historia nacional. Tal su retrato en la ficción.

Más allá de este compendio de enunciados grandilocuentes, se advierten los principios humanistas que habían nutrido desde siglos el imaginario médico y que fundían, en una misma imagen, al médico, al apóstol y al misionero, enfrentados caballerescamente, una y otra vez, con las eternas fuerzas del mal y de la enfermedad. Hugo Vezzetti ha sintetizado los atributos feudales que confluyen en la formación del "personaje médico", tal como aparecía en Buenos Aires en el momento que analizamos (1985: 29-36)³¹⁴, y del que Manuel Podestá legó un retrato memorable:

dijera la forma..." (LE I: x)

³¹⁴ Osvaldo Loudet dice, por ejemplo, todavía en 1966: "Chaves, Güenes, Ayerza y Sicardi fueron los cuatro *evangelistas* de la clínica médica de aquella época" (34-5. El énfasis es nuestro).

Todo influye en la asistencia de los niños; hasta la figura del médico, puede impresionar favorablemente al enfermo y dejarse conquistar con facilidad. (...)

Recuerdo aún el despertar de cuando era niño y veía al lado de mi cama tieso, adusto, imponente, el médico de la familia que me miraba (...)

Era un médico famoso, tenía una reputación de profeta —su palabra se tomaba al pie de la letra como un evangelio, y sus recetas, se guardaban como las palomas benditas para protegernos de las tormentas.

Entraba a mi casa y hasta las sillas parecían alinearse como soldados para presentarle mejor sus homenajes —las visitas, se refugiaban en la última pieza a cuchichear— el enfermo contenía el aliento, respondía equivocándose y a veces, se le decía alguna mentira para que no frunciera el entrecejo e hiciese el examen más prolongado. (...)

Para mi pobre juicio de niño enfermo, ese médico era un Littré al cubo, y cuando pensaba en su ciencia, se me figuraba que su cabeza estaba repleta de todo lo que contenían los librajos y figuras anatómicas que decoraban su gabinete.

Me parecía que al tomarme el pulso dejaba en mis carnes doloridas un unto de sabiduría que me haría salir una ampolla como la de un cáustico —yo no me atrevía ni a tocarme donde él había puesto sus manos consagradas.

Era mi ideal de médico entonces y no lo comprendía de otra manera. (...)

Hoy no lo juzgo así —estaba en perfecta armonía con los adelantos de su tiempo— ejercía la policlínica como todos los médicos de entonces aferrados a sus sistemas exclusivistas, y su severidad y sus maneras eran la traducción fiel de *un carácter modelado en la persuasión de que el médico era un ser aparte* y que para inspirar confianza debía empezar por inspirar pavor.

Los médicos de ahora se han *humanizado* un poco [*sic*], y no desdeñan confundirse con el resto de las gentes, amoldándose a las exigencias de la sociedad y a los adelantos de la ciencia. (Podestá 1888: 118-119. El énfasis es nuestro)

Esta imagen del médico tradicional, a un mismo tiempo sabio y profeta, que tantas burlas e invectivas había provocado ya desde la sátira

grecolatina³¹⁵, delinea evidentemente la figura de Méndez. Sin embargo, aparecen también ciertos atributos que provienen de otro origen y que, en palabras de Podestá, “lo *humanizan* un poco”. El personaje de Méndez “vivía en Almagro (...) cuando ese barrio era un suburbio lleno de quintas y cercos de moras e higos de tuna” (I: 13-4). Su figura está, entonces, más cerca de la del médico rural que de la tradicional imagen del facultativo encerrado en un consultorio. Sus pacientes, más cerca del conventillo que de la nueva y fascinante “ciudad enorme, frenética de vida y de movimiento” (I: 298). Su práctica, en consecuencia, más cerca de la medicina popular que de la observación clínica hospitalaria. Cada vez que en el *Libro Extraño* hay un enfermo, Méndez está allí: en el conventillo de Genaro, en el campo de Juan Paloche, en la casa de Herzen. Más cerca de la imagen *humanizada* que propone Podestá para los médicos del presente, que “no desdeñan confundirse con el resto de las gentes, amoldándose a las exigencias de la sociedad y a los adelantos de la ciencia” que de los aristocratizantes atributos de sabiduría y profecía.

Don Manuel de Paloche, su contraparte, es un “curandero con fama en el barrio de excelente componedor de huesos rotos y articulaciones dislocadas y especialista en la curación de heridas” (I: 19). Víctima del espejismo del ascenso social y profesional, encuentra obstáculos que lo

³¹⁵ Mingote Muñiz ha registrado el periplo literario de esta figura médica en su introducción al *Diálogo del perfecto médico*, un texto de 1562 que documenta las discusiones contemporáneas sobre la configuración de la imagen médica. (1983: 15-116)

ponen en ridículo y falla en cada una de las pruebas de iniciación a las que se somete. En palabras del protagonista, Paloche sufre de megalomanía, una enfermedad que Sicardi consideraba digna del pasado:

Observaba Méndez toda una familia de megalómanos, viviendo en plena quimera, como don Manuel de Paloche. Enamorados de la vida ficticia, entregan la fantasía al desborde. Sueñan la riqueza fácil y el poder y la gloria sin desgarramientos de carnes entre las ortigas del camino, sin desalientos, como una perpetua marcha triunfal, y cuando la pobreza entra con su careta monstruosa por el derroche, y se siente hambre y frío, los hijos enflaquecen y no duermen, y el nombre de ellos muere en la indiferencia, o es ludibrio cotidiano... ¡oh! Entonces se hacen perseguidos, y deliran y tienen la lamentación cobarde de las mujerzuelas... (I: 203)³¹⁶.

La megalomanía de Paloche lo coloca a él, y a su familia, dentro del mismo grupo de psicópatas hereditarios formado, en los dos primeros libros, por Carlos Méndez y su sirviente Genaro. “Su hijo, señor Paloche, tiene su demonio —explica Méndez—, como Genaro, como yo y como usted. (...) Y lo peor del caso es que lo traímos [*sic*] desde la cuna.” (I: 471). Uno es un médico respetado, que oculta un intento de suicidio; otro, un sirviente borracho y homicida; el último, un homeópata enceguecido por alcanzar la panacea universal. Todos, sin embargo, arrastran las mismas “cadenas de psicópatas” que sesgan la genealogía familiar y reagrupan los individuos de

³¹⁶ En el discurso de aceptación del cargo de Profesor de Clínica Médica, en 1898, Sicardi ubica a la megalomanía dentro del grupo de ideales morales inexistentes e inservibles: “En el orden moral, no hay que asustarse por eso que se ha dado en decir que los ideales han muerto; (...) Algunos han desaparecido, pero es porque no sirven. Conozco tres ideales aborígenes que ya no existen: los desórdenes administrativos, su corolario la revolución y *cierta amable tendencia a la megalomanía* y al derroche.” (*La semana médica* V.208 [25 de agosto de 1898]: 291. El énfasis es nuestro).

acuerdo con sus síntomas neuropáticos³¹⁷. Pero unos y otros están en desiguales posiciones para enfrentar la enfermedad hereditaria.

Mientras el médico posee un saber considerado científico, Paloche cree en saberes pseudocientíficos. Ambos pugnan por controlar la autoridad de la voz narrativa y ostentar la legitimidad explicativa de la realidad³¹⁸, pero —en consonancia con la doctrina que sostiene el narrador— la familia de Méndez alcanza la excepción a la ley de la herencia mientras que la de Paloche sucumbe. Ni el discurso de la alquimia ni el de la homeopatía logran socavar el poder de las leyes hereditarias y salvaguardar a sus familiares y relaciones de la enfermedad congénita. El drama presagiado en los genes finalmente se desata: Juan, el hijo de Paloche, mata a Genaro y el homicidio acompaña la *caída* de la familia degenerativa que ya había comenzado a ponerse de manifiesto con la prostitución de Clarisa y los sucesivos fracasos de Paloche³¹⁹. Éste —como Sicardi, tal vez, o al menos

³¹⁷ En la tesis de Sicardi, la responsabilidad criminal se esfuma tras la noción de enfermedad hereditaria, tal como había postulado Podestá en *Irresponsable*. Cfr. el siguiente diálogo entre Carlos Méndez y Paloche: “Yo pienso como usted —interrumpió don Manuel—. Mi pobre hija era una desgraciada. —Ya lo creo, ya lo creo. Eso son casi todos, y no criminales, como los barrunta la vulgaridad. Puede usted afirmarlo [dice Méndez]. Detrás de cada drama producido, hay casi siempre la demencia en germen; está uno de esos fronterizos a quienes usted les da la mano y son sus amigos, y viven en sus casas, llevando al pie sus cadenas de psicópatas”. (LE I: 474).

³¹⁸ Incluso desde un punto de vista formal las llamadas pseudo-ciencias ocupan un lugar privilegiado en la obra de Sicardi: en el libro segundo del primer volumen del *Libro Extraño* (1895) la alquimia ocupa el capítulo “El octavo canto” y la homeopatía, el capítulo “Tristezas intelectuales del ingenioso hidalgo don Manuel de Paloche y otras alcurmias- La homeopatía”. En el segundo volumen, *Genaro* (1896), “Homeopatía” es, también, el título de un capítulo.

³¹⁹ Un comentario de don Manuel de Paloche pone en evidencia la extensión irónica del concepto de degeneración respecto de una costumbre que sería el tema de la obra teatral *M'hijo el doctor* de Florencio Sánchez, estrenada el 13 de agosto de 1903: “Un Paloche, exclamaba el viejo,

como contrafigura inquietante de sí mismo— “tenía grima y dolor por la condición oscura de su origen” y había deseado para su familia “riquezas y renombre” (I: 21). Creyó, entonces, en un transparente paralelismo con la trayectoria de Sicardi mismo, que la medicina y la literatura le ofrecían una vía de ingreso a ese otro mundo:

para conseguir tamaña bienandanza, [el ingenioso hidalgo Don Manuel de Paloche y otras alcurnias] dio en la rara manía de creer que su profesión de curandero tenía con la medicina lógicos engranajes. Empezó a pasar noches enteras en la lectura de los libros de esta ciencia, con tan mala suerte y atascamiento tan extraordinario, que se transformó en un ser extraño y ridículo. (I: 21-2)³²⁰.

La distinción entre medicina y curanderismo, cordura o manía, ciencia o pseudociencia —una de las más antiguas dicotomías todavía existentes— estructura, entonces, una de las relaciones interfamiliares más consistentes de la obra de Sicardi. La familia de Méndez y la de Paloche están en contacto en cuatro de los cinco volúmenes. Una, siempre ligada a la razón y a la ciencia; otra, a la locura y a la pseudociencia. Unidas ambas, por las psicopatías hereditarias y por la inquietante percepción de su reversible complementariedad.

Desde los primeros capítulos, Paloche aparece interesado en la alquimia y en los preparados herbáceos. Más tarde y tras el fracaso de sus

¡chacarero! ¡qué decrepitud! Yo quería que fuese médico, y me salió un degenerado.” (LE I: 229).

³²⁰ Entre las muchas y curiosas alegorías quijotescas que circulaban en la época, Adolfo Prieto registra también una versión criollista del célebre personaje cervantino: el sainete *Don Quijano de la Pampa* de Carlos Mauricio Pacheco, estrenado el 9 de setiembre de 1907. (Prieto 1988: 155). Emilio Carilla (1951) y Guillermo Díaz Playa (1952) han detallado, por otra parte, la apropiación de

prácticas alquímicas, la homeopatía aparece como la alternativa más plausible:

El había observado que muchos males sociales se curaban con los mismos males. La revolución se extinguía a veces en su propia hornaza; la corruptela se ahogaba en sus mismos ciénagos, las malas escuelas del arte perecían en el barroquismo engendrado por ellas, y todas las monomanías colectivas las había visto desaparecer en sus propios excesos. Ergo... era el caso pues... *similia, similibus curantur*... (I: 277)³²¹

Ni la alquimia, ni el masaje, ni la homeopatía lo ayudan, sin embargo, en su búsqueda de Quijote. Varias pruebas iniciáticas obstaculizan el camino de Paloche, y el de sus saberes pseudocientíficos, hacia la legitimidad social e intelectual: el examen de anatomía en la Facultad de Medicina (I: 115-125), su presentación literaria en la Academia de Letras (I: 221-7), su defensa del masaje en el Consejo de Higiene Pública (I: 229-247) y, por último, su discurso ante la Sociedad de Artes y Letras (II: 91-103). Dos de las pruebas atañen a sus intentos de inserción en el campo médico; otras dos, a sus intentos en el espacio literario. Todas configuran un itinerario previsible de derrotas quijotescas.

En la primera prueba, fracasa —como el *hombre de los imanes* en el examen de física—, ante la risa de profesores y condiscípulos: “Era la primera vez que había un discípulo de su edad y los estudiantes lo miraban

la matriz cervantina en numerosos textos producidos en la época en el área americana y argentina.

³²¹ Sobre la difusión de la homeopatía en la ciudad de Buenos Aires, la Hemeroteca de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires posee, todavía hoy, los tomos 22 al 28 de

como a un animal curioso” (I: 117). La consecuencia inmediata es, como en la historia de su antecedente cervantino y como en la ficción de Podestá también, la destrucción de los libros, en este caso de anatomía, y de cuanto “mortero, retorta de vidrio y tubo de ensayo” encontró. Acuciado por el fracaso, decide escribir entonces un poema épico sobre la panacea que creía haber encontrado: el masaje. Aunque Méndez le aconseja que no lo haga, Paloche emprende su aventura en “sonoros endecasílabos” que desafían a un mismo tiempo las *fórmulas* clínicas y las *fórmulas* literarias “consagradas por los siglos”:

Al principio tropezó con muchas dificultades... el verso, la rima, la dicción poética (...) Hubiera deseado romper la valla y echarse sobre las octavas para dilaniarlas (*sic*) y escribir tranquilamente como le dictaba el destornillado magín... Pero ese poema debía ser leído en la Academia Literaria de entonces y *él sabía que... ¡guay! al que toque las fórmulas consagradas por los siglos.* (I: 221. El énfasis es nuestro)

Los extensos ocho cantos que dedica al masaje lo colocan frente a su segunda prueba iniciática, la presentación del poema en la Academia de Letras, que “Esa vez por tan original acontecimiento pudo reunirse, y lo declaró abominable. Tomó actitudes de exorcista, y pronunció el anatema... Don Manuel, corrido como el día del examen, se retiró lleno de tristeza a su casa.” (I: 227)³²². Sin embargo, su libro tuvo magnífico éxito de público.

Homeopathic World, publicados entre 1887 y 1893.

³²² Respecto de la alusión irónica a las academias de la época, cabe recordar que en la edición del 31 de agosto de 1892 (p. 3, c. 4), *La Nación* comenta las actividades de una Academia Literaria del Plata, pero que la Academia Argentina de Ciencias y Letras había sido fundada ya en

Los pacientes lo leían y acudían a su domicilio en busca de la panacea con la cual Paloche curaba desde un ataque o una dispepsia hasta afecciones crónicas articulares causadas por la actividad diplomática (*sic*). “Poco a poco vio invadida su casa por una multitud de enfermos y pseudo-enfermos” (I: 232). Entonces comenzaron los problemas con las figuras representativas del poder médico:

Don Manuel suscitó el terror porque su obra de todos los días, alrededor de millones de enfermos en esa órbita de su dominio que se dilataba cada vez más, podía producir un cataclismo. Asomaba el hambre para muchos médicos. A pesar de que algunos de estos se habían inficionado hasta el punto de ir a consultarlo, torcieron contra él sus iras. (I: 234).

La tercera prueba —la única que pudo superar— concernió, en consecuencia, a su carrera de “manosanta”. El Consejo de Higiene Pública se reunió para tratar su caso³²³, pues tras el auge del masaje se intuían peligros que excedían, inclusive, el ámbito médico: “Dentro de aquella metamorfosis radical de la terapéutica, podían muy bien haber germinado los átomos de la revolución política, planta de exuberante y lujurioso

1873 con el patronazgo de Rafael Obligado. Según Lewkowicz: “La Academia [Argentina de Ciencias y Letras] fue nativista, pues en la mayoría de sus actos buscó la influencia de las peculiaridades de todo lo nuestro sobre la creación intelectual.” (1967: 59). También Lugones aludió irónicamente a los aportes de la presunta Academia: “Aporta la Academia sus borlas y sus báculos” (“A Rubén Darío. Breve magno” [1896]. Respecto de este poema, *cfr.* Gramuglio 1995: 282-5).

³²³ El Consejo de Higiene Pública funcionaba en Buenos Aires desde 1852, como una rama dependiente del Cuerpo Médico de Buenos Aires. “Esta última institución tenía por finalidad vigilar el ejercicio de la profesión médica combatiendo el curanderismo, inspeccionar las farmacias y drogas expeditas, prevenir la viruela propiciando la vacunación, vigilar sanitariamente a los pasajeros arribados al Puerto de Buenos Aires y proponer al adelanto general de la salud pública en la Capital y en las provincias. (...) El Consejo siguió actuando llamándose luego Departamento Nacional de Higiene y tomando jurisdicción nacional al federalizarse la Capital.” (Kohn Loncarica y Agüero, 1985: 127-131).

retoño.” (I: 234). Sin embargo, a pesar del paralelo conspirativo entre curanderismo y revolución, el Consejo lo absolvió “aplicándole el artículo que establece la libertad de las profesiones.” (I: 235).

Ya una década antes, Podestá decía, con evidente desencanto, que: “Con razón se quejan los colegas de que la profesión *anda por los suelos* y de que la medicina como arte de curar, esté tocando los ribetes de una profesión vulgar y odiosa” (1888: 110). Tanto el episodio de Paloche como este comentario de Podestá documentan ciertas tensiones surgidas en el proceso de profesionalización de la medicina. En el *Código de higiene y medicina legal*, publicado por primera vez en 1879, Coni ya se quejaba de que los límites del ejercicio ilegal de la medicina no habían sido fijados todavía con precisión:

La ley reglamentando el ejercicio de la medicina, farmacia y demás ramos del arte de curar que rige en la Capital de la República es la misma sancionada por la Legislatura de la provincia de Buenos Aires en 1877.

Como el lector podrá apreciarlo por su simple lectura, ofrece innumerables deficiencias y puede decirse que hoy no responde ni a los progresos modernos, ni tampoco a las necesidades y exigencias de una gran capital. (Coni 1891, I: 247)

Tampoco se había establecido aún “cuáles son los individuos que tienen personería para entablar ante del Departamento Nacional de Higiene una acción por ejercicio ilegal” (Coni 1891, I: 246). Si se considera que una de las primeras estrategias en el proceso de profesionalización es la búsqueda de reglamentos que consoliden jerarquías profesionales acordes

con determinado tipo de “ideal profesional”, se hace evidente que apenas se había iniciado el camino en pos de la profesionalización médica (González Leandri 1997: 31). De allí que el caso irónico de Paloche, encuadrado en alguna de estas “innumerables deficiencias” de los instrumentos legales que regían todavía la práctica médica, no recibiera sanción alguna. Por el contrario, absuelto por el Consejo de Higiene y aclamado por sus pacientes, el curandero convocaba las multitudes que escaseaban en los consultorios tradicionales. Ante la persistencia de este fenómeno que atentaba contra el orden médico tradicional, Carlos Méndez se acerca hasta la casa de Paloche para ofrecer una explicación científica al desborde pseudocientífico:

La turbulencia suscitada por usted [se refiere a Paloche] en estos días, significa sencillamente un caso de sugestión. (...) Yo le decía que vivimos en el seno de la gran histérica. (...) La influencia del yo colectivo, el hecho de estar oyendo el día entero el formidable estruendo de la ciudad enorme modifica la voluntad de cada uno. (...) Y si usted se fija en las ciudades, todo tiembla y se agita. (...) Ahora bien, mi querido amigo, estos espasmos nerviosos son los que debilitan la voluntad y la pierden y eso es colocarse en las mejores condiciones de sugestión ... (I: 237-40)

La argumentación de Méndez se centra en la conocida relación entre histeria y sugestibilidad para el análisis del comportamiento de las multitudes urbanas³²⁴. Un agente externo —en este caso, la prédica pseudocientífica del masajista— excita la predisposición neurótica de la

³²⁴ También en el *Código de higiene y medicina mental*, Coni dedica un capítulo al problema de la histeria: “El estado mental del histérico, que sea hombre, mujer o niño, tiene por característica en el estado de pureza la *sugestibilidad*, que pueden ser puesta en acción de una manera *intrínseca* o *extrínseca*.” (1891, I: 342).

urbe que responde fascinada por la *transformación terapéutica* propuesta en el poema al masaje, escrito por el pseudomédico. Histeria y sugestibilidad confluyen así, una vez más, en la explicación de la otredad cognitiva y diseñan un espacio social configurado por multitudes de enfermos sugestionables y una minoría de dirigentes sugestionadores que cuentan con un arma infalible: el libro.

Pero es evidente que la diferencia de opiniones entre Carlos Méndez y don Manuel de Paloche respecto del origen intrínseco o extrínseco de las transformaciones terapéuticas, literarias y sociales que permiten explicar su éxito médico no se produce por la búsqueda de la panacea que alivie el dolor, pues ésta aparece, por cierto, como el objetivo común fallido: "sucedió lo de siempre. Unos curaban y otros morían" (I: 123). La disputa concierne, en cambio, a la pugna por un espacio profesional que delimita un espacio de poder específico dentro del campo intelectual y, también, a la pugna entre saberes alternativos que buscan consolidar su espacio de pertenencia disciplinaria³²⁵.

³²⁵ Respecto de la figura de don Manuel de Paloche, Abel Posadas ha señalado la originalidad de su configuración literaria: "esto redundaba en beneficio del autor tratado— el naturalismo argentino encuentra en la familia de los Paloche arquetipos de personajes que, aunque no del todo logrados, muestran a Sicardi en una actitud desusada dentro de esta corriente: la de presentar personajes con visos naturalistas *por el solo hecho de presentarlos y no para denunciar determinados problemas que atentan contra la sociedad o clase dirigente*. (El énfasis es nuestro). En este sentido, Sicardi se encontraría más cerca de Podestá que de Argerich, Cambaceres, Villafañe, López u Ocantos. Evidentemente, la profesión de Sicardi ha influido en la adopción del naturalismo y más precisamente en el diseño y trazado de la familia Paloche. Estos personajes tienen puntos de contacto con el protagonista del *Irresponsable* de Podestá." (1968: 13) No coincidimos, sin embargo, con su apreciación. La figura de don Manuel de Paloche cumple una función de oposición específica en la

El avance de los pseudo-médicos amenazaba la posición de la medicina clínica como centro de su ámbito disciplinario y, sobre todo, la situación laboral de los médicos tradicionales³²⁶. A pesar de que la medicina había alcanzado su estatuto de privilegio académico en el Río de la Plata cuarenta años atrás con la creación simultánea de la Facultad de Ciencias Médicas y el Consejo de Higiene Pública, la situación relativa del médico dentro del espacio profesional, así como la definición de su rol en la disciplina y en la sociedad, ocupaba gran parte de los debates de fines de siglo. El concepto de médico tradicional, desplazado ante todo por los cambios que la inmigración masiva provocó en la configuración de la elite³²⁷, era puesto en crisis por la irrupción de otros saberes y de otras prácticas. Por una parte, los médicos se enfrentaban a las prácticas pseudocientíficas, por cierto muy antiguas, pero que parecían adquirir renovada visibilidad en razón de su arraigo en los sectores populares tanto criollos como inmigrantes recientemente incorporados a la ciudad. Por otra parte, una nueva tendencia a mercantilizar y asalariar la profesión

novela entre las figuras "científicas" y las "pseudocientíficas" y también entre la representación de las diferentes posiciones de poder dentro del campo médico.

³²⁶ El *Código de higiene y medicina legal*, redactado por E. Coni en 1891, advierte enfáticamente sobre el peligro del curanderismo: "En la Capital de la República, pero principalmente en las provincias, existe gran número de curanderos (...) Los Consejos de Higiene y el mismo Departamento en la Capital tienen una obra seria que realizar para extirpar o aminorar por lo menos los males que produce esa falange de charlatanes." (1891: 244, nota 1).

³²⁷ El porcentaje de extranjeros en los servicios médicos de la ciudad de Buenos Aires era del 36% en 1887, del 35% en 1895 y del 28% en 1904. Las cifras de los censos no contemplan el número de médicos argentinos, hijos ya de la primera generación inmigratoria, con los cuales el porcentaje de extranjeros antes citado aumentaría considerablemente. (Bourdé 1977: 187).

amenazaba un lugar de autoridad y prestigio consolidado por la tradición :

Carlos Méndez era médico. En un tiempo eso significaba alguna cosa excelsa. Ahora que se ha llegado hasta creer en la alquimia y se han establecido consultorios nigrománticos, mejor es doblar la hoja. Antes podía decirse: "los médicos" así como suena. Hoy está uno obligado a distinguir:

¿Cómo es el doctor Fulano?... (I: 13)

Así comienza el *Libro Extraño*. Con una distinción entre los médicos del pasado, del que Méndez es modelo paradigmático, y los del presente, entre los que "está uno obligado a distinguir". Aquí es posible rastrear los conflictos que se vivieron en el ejercicio de la profesión en este período. Tres años antes, Coni había redactado el *Código de higiene y medicina legal* con la intención de llamar la atención sobre los problemas éticos que aquejaban a la profesión:

Mucho viene sufriendo desde algún tiempo entre nosotros la moral médica, pero cábenos la satisfacción de manifestar aquí que desde hace muchos años hemos venido combatiendo en la *Revista Médico-Quirúrgica* el charlatanismo sin patente y el charlatanismo profesional que ha cometido faltas tan graves de que tienen conocimiento los lectores de la publicación indicada.

El desenfreno del lucro que se ha apoderado en estos últimos tiempos de un cierto número de médicos, felizmente muy limitado, debe llamar seriamente la atención, porque una avaricia fraudulenta los ha llevado a envilecer el noble carácter de la profesión, haciéndola descender desde el elevado ministerio que ella ejerce a las proporciones del mercantilismo industrial. (Coni 1891, II: 293)³²⁸

³²⁸ En sus *Memorias* dirá, con desilusión, que la ética profesional era más respetada antes de la aparición del *Código*: "En el Código médico argentino, cuya primera edición vio la luz en 1879, y la segunda en 1882, consagré preferente atención a la moral o ética médica, que en esa época no se enseñaba en la Facultad, no obstante poder afirmar que sus prescripciones se observaban con más frecuencia que en los últimos tiempos, en que los médicos, casi todos especialistas, han trabado una

Por esta razón, también Méndez “vivió mucho tiempo, contemplando la degeneración de aquella gran nobleza del ejercicio de su profesión”:

Veía algunos médicos arrebatarse los enfermos, hacer alquimia, murmurando el día entero de los demás, perder en las lubricidades del comercio vil las insignias caballerescas del sacerdocio. (I: 37)³²⁹.

Apostolado, sacerdocio y misión aparecen, no sólo en la ficción, como los atributos más preciados. El segundo tomo del *Código de higiene y medicina legal* reproduce, por ejemplo, el Código de Ética de la Asociación Médica Americana, pues Coni considera —en un todo de acuerdo con lo “que escribió el eminente práctico brasilero Dr. Silvia Lima”— que:

[L]os preceptos que la Asociación Americana hace obligatorios para todos sus miembros, son también moralmente obligatorios para todos los médicos que aprecian su propia dignidad, respetando la de los otros y que *consideran nuestra profesión un apostolado, un sacerdocio y no una ocupación lucrativa...* (Coni 1891, II: 296. El énfasis es nuestro)

lucha encarnizada por la vida, realizada no pocas veces, en detrimento de la dignidad personal, y lo que es más grave aún, de la profesional. Tienen principalmente la culpa de ello los poderes públicos, que con el aumento desproporcionado de las universidades, han contribuido a crear el proletariado intelectual...” (Coni 1918: 138).

³²⁹ *Cfr.*, por ejemplo, los artículos segundo y tercero del capítulo quinto del *Código de ética médica*: “2°. El médico en el caso de ver un paciente que esté entregado a los cuidados de otro práctico, debe observar la más estricta prudencia y reserva. No debe hacer preguntas intrusas, ni insinuaciones desleales relativas a la naturaleza y al tratamiento de la molestia; ni proceder de manera que pueda directa o indirectamente disminuir la confianza depositada en el médico de cabecera. 3°. La misma circunspección y reserva debe observarse cuando por motivos de negocios o de amistad, un médico esté obligado a visitar un individuo que está bajo la dirección de otro práctico. En verdad, deben evitarse estas visitas...” (Coni 1891, II: 304).

Sin embargo, la divulgación de los “Deberes de los médicos para con sus pacientes y obligaciones de los pacientes para con sus médicos” así como los “Deberes de los médicos entre sí y para con la profesión en general”, parece responder más a la necesidad de luchar —en tiempos que se perciben próximos a la “revolución social”— por la preservación y legitimación de un espacio de poder y de retribución económica, que a sostener la reiterada imagen del apostolado sacerdotal. Como se postula en el capítulo quinto de los “Deberes de los médicos entre sí...”:

La medicina es una profesión liberal y todos aquellos que fuesen admitidos en el gremio, deben fundar sus esperanzas de clínica, en la extensión de su capacidad y no en la intriga y en el artificio. (Coni 1891, II: 304)

Concepto de la medicina éste muy poco afin con las nociones de apostolado y sacerdocio enunciadas en la presentación del Código mismo y muy próximo, en cambio, a las tensiones de un campo profesional que intenta configurarse como tal. La imagen del sacerdocio médico —invocada por Coni en la introducción— y la de la libre competencia profesional —expuesta en el Código— ponen en evidencia la coexistencia de estilos, saberes, prácticas y trayectorias médicas disímiles³³⁰ que, en

³³⁰ Respecto de la poca difusión del *Código de higiene y medicina legal*, Coni mismo relata el destino de los ejemplares editados: “Este código fue editado nominalmente por el conocido y viejo librero de medicina, D. Juan Etchepareborda (...) El Sr. Etchepareborda, no obstante sus meritorios esfuerzos, sólo consiguió vender el libro hasta cubrir una suma aproximada de dos mil pesos, comprendiendo en ella una buena suscripción del Gobierno Nacional que yo obtuve mediante la intervención de un amigo influyente. Como el libro me había costado en gastos de impresión la suma de 3.500 pesos nacionales, resultó un déficit de 1.500 pesos, a lo que había que agregar mi trabajo personal de más de un año. Lo sensible es que en este caso no se trataba de un libro interesante

1895, son enunciadas por el joven Ingenieros como el problema del *proletariado* médico:

Para nosotros [estudiantes de medicina] desaparece rápidamente la era de las doradas ilusiones que concretaban un porvenir de holganza en la posesión de un título doctoral o universitario, transformándose tras las tinieblas del salario el concepto del libre profesionista en la figura poco atrayente del empleado a sueldo en las oficinas del estado o en las grandes empresas de los detentadores de los bienes sociales³³¹.

La preocupación de Ingenieros, a mitad camino entre la nostalgia por el aristocratismo perdido y la reivindicación de los incipientes derechos profesionales, equipara además la situación de los médicos con la marginalización de los artistas y literatos en la sociedad burguesa: “Junto al estudiante universitario, y en más dolorosas condiciones económicas, la

únicamente a una parte del cuerpo médico, sino que era de utilidad no sólo a los médicos y profesiones conexas, sino a los mismos abogados. Por indicación del Sr. Etchepareborda, acepté una rebaja en el precio de venta (de 10 pesos a 5, suma que apenas representaba el gasto de costo de cada ejemplar). No obstante esta medida, se produjo el fracaso financiero y próximo a partir para Europa en 1894, ordené al Sr. Etchepareborda que el sobrante de ejemplares en su poder (más o menos 150), fueran remitidos en carácter de donación a la Facultad de Medicina, a fin de distribuirlos entre los alumnos de medicina legal.” (Coni 1918: 142).

³³¹ “A los estudiantes de medicina sería hasta innecesario indicarles el porvenir que les espera, si aún no hubiese pobres de espíritu que restringiendo su raciocinio al *siempre hay enfermos*, no pueden darse cuenta del burocratismo que ha invadido todas las ramas de la actividad de los proletarios de la ciencia.

El médico actual merced a la centralización del estado atiende más enfermos en el consultorio de un hospital o desde las gradas del empleo público, que hace veinte años visitando individualmente sus enfermos a domicilio; para igual número de enfermos se requiere una cantidad mucho menor de médicos. Sucede en cambio que el número de estos aumenta de una manera pasmosa, y que cada vez es mayor el número de los que no pueden encontrar ese mismo salario que les arrebató la libertad.

Sin embargo, como hemos dicho, esa deprimente situación tiene un remedio tradicional: la asistencia pública, el departamento de higiene, los hospitales secundarios, la sanidad militar, etc. Allí acude siempre el que ha cursado *doce años* entre libros, enfermos y cadáveres, para pasar a desempeñar el rol, bien mezquino por cierto, de *asalariado*.” (Ingenieros 1895. Reproducido en

numerosa pléyade de artistas y literatos clama justicia..." (Ingenieros 1895: 166). En sus *Memorias*, Coni plantea también el problema en términos similares: "el aumento desproporcionado de las universidades, —dice— ha contribuido a crear el proletariado intelectual" (1918: 138).

En la novela de Sicardi, en cambio, si bien se percibe el eco de estos cambios en la situación de médicos y escritores, se postula la necesidad de distinguir entre varios tipos de unos y otros. Paloche —él mismo curandero, alquimista y homeópata— distingue, por ejemplo, entre diversos tipos de médicos. En su opinión, es necesario renegar de estos intelectuales pues, a la vez que ocultan los caracteres naturales de la enfermedad, desfiguran las luchas populares³³². Desde su posición en los márgenes de la sociedad y del saber, el "ingenioso hidalgo" cuestiona la idoneidad de los médicos para ejercer su profesión y, también, para colocarse al frente de una revolución social, a la que sólo logran enmascarar, tal como ocultan los orígenes verdaderos de la enfermedad. En la nueva relación establecida por la medicina entre lo visible y lo enunciable, entre el cuerpo y la palabra

Terán 1979: 166)

³³² Véase parte de la discusión entre Méndez y Paloche: "Los tiempos han cambiado [dijo Méndez] y la civilización abre a las nuevas ideas bondadosamente sus brazos.

— Será por eso —contestó Paloche con sorna y acrimonia— que ustedes los intelectuales y los ricos en frente de la revolución social que está contaminándoles el trono y carcomiendo los fundamentos de la sociedad decrepita, entran ahora a los tugurios miserables y les ponen piso de tabla y cielos rasos de yeso... Se han puesto enfrente de la revolución social para combatirla, y para anonadarla y la destrozan con el plomo, y la ultrajan con el patíbulo..." (*LE I*: 242-3).

médica³³³, Paloche ve sólo una máscara más del proceso democratizador del ingreso a la modernidad y reclama, en cambio, la vigencia de la palabra originaria, develadora y reveladora de lo natural en el cuerpo y en la sociedad. En su código de honor, primero está el pueblo y luego, los libros; primero, lo natural y luego, la medicina:

- (...) Para curar enfermos es lo mismo tener libros, que no tenerlos. La naturaleza es la que cura.
- Me permito no pensar como usted tan en absoluto, —decía con toda tranquilidad el doctor Méndez.
- Y después —decía Paloche— tenga usted la desgracia de ser un intelectual y hágase un sabio. Eso bastará para que nadie lo llame.
- Lo encuentro escéptico, como los viejos médicos. (I: 123)

Paloche, tal como se pone en evidencia en este contrapunto verbal, descrea de la medicina y de sus posibilidades de resolver los problemas del pueblo. Sin embargo, rescata el valor de apostolado misional característico de los "viejos médicos" y encarnado en la novela en la figura prototípica de Méndez³³⁴. Por esta razón, en su búsqueda pseudocientífica de Quijote, va de la alquimia al mesianismo "con sus ímpetus de iluminado que vive treinta

³³³ "A principios del siglo XIX, los médicos describieron lo que, durante siglos, había permanecido por debajo del umbral de lo visible y de lo enunciable; (...) es que la relación de lo visible con lo invisible, necesaria a todo saber concreto, ha cambiado de estructura y hace aparecer bajo la mirada y en el lenguaje lo que estaba más acá y más allá de su dominio. Entre las palabras y las cosas, se ha trabajado una nueva alianza, que hace VER y DECIR, y a veces en un discurso tan realmente "ingenuo" que parece situarse en un nivel más arcaico de racionalidad, como si se tratara de un regreso a una mirada al fin matinal." (Foucault [1963] 1987: 4-5).

³³⁴ *Cfr.* también la melancólica evocación de Emilio Coni: "Ejercí la profesión en una época en que la inmensa mayoría de los médicos, la consideraban como verdadero apostolado, y se explica así, que casi todos mis maestros y compañeros, hayan muerto en medio de la pobreza. Idéntica suerte es la que me ha correspondido." (1918: 138).

años adelante como un profeta" (II: 5), en ayuda del pueblo, del "espíritu argentino", y para ellos apela a los valores misionales y caballerescos de la ciencia.

Enrique Valverde, en cambio, es la contracara del apostolado científico y médico de Méndez —en sus palabras un "apóstol de cartón" (I: 259)— y también de los valores humanistas de Paloche:

—Según parece, doctor, [a] usted no le agrada su profesión,
—dijo Paloche— (...)

—Ni me agrada ni creo en ella —contestó Enrique recio y frío.

—Le habrá dado a usted muchos malos ratos.

—¡Bah! La observación me ha enseñado a no tener sensaciones intelectuales.

—¿Ni entusiasmos por la misión sublime del médico? — interrumpió Paloche.

—¿Misión sublime? ¡Qué disparate! Cómo se conoce, que usted vive siempre en sus megalomanías. *La medicina es una religión que no tiene apóstoles y un culto sin sacerdotes.* (I: 81. El énfasis es nuestro)³³⁵.

Valverde tiene sólo dos intervenciones directas en el *Libro Extraño*: una es este contrapunto con Paloche en torno de los valores de la profesión médica y otra, el testamento que lega a su hijo. Ambos textos, curiosamente, son los únicos publicados posteriormente por Sicardi en forma separada. El testamento, en los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, y el diálogo con Paloche, en la revista *Martín Fierro*. Cabría conjeturar, entonces, cierta identificación entre la mirada cínica de

³³⁵ Respecto de la perdurabilidad de la imagen del apostolado médico, Osvaldo Loudet llegó a titular *Más allá de la clínica. Médicos y Apóstoles*, uno de sus trabajos sobre historia de la

Valverde sobre la práctica médica y la experiencia misma del médico Sicardi, pues es evidente que el discurso referido de Valverde reconstruye la patología de la vida marginal de la que, tanto el personaje de ficción, como Sicardi mismo se consideraban observadores perspicaces. "Yo soy un observador frío. —dice Valverde— No inútilmente entra uno a tantas casas ajenas. Es cierto que no le muestran lo malo; pero esto es a veces tanto que el menos observador lo ve" (II: 457). Esta autodefinición de Valverde coincide, por una parte, con las famosas anécdotas clínicas de Sicardi, quien se jactaba de necesitar tan sólo una mirada para realizar un diagnóstico³³⁶, y también con las apreciaciones ya citadas de Christian Roeber sobre el modo en que Sicardi habría construido sus personajes:

Los personajes, Méndez, Paloche, Valverde y Genaro son psicópatas (...) Sicardi no ha estudiado a esos enfermos en los tratados de psicopatía, ni los ha extraído de sus clasificaciones. Los ha observado en la vida social y de ella los ha transportado a su libro. (*La Nación*, 8 de octubre de 1894)

Todos los médicos de la novela se ufanan, por cierto, de ser buenos observadores. También Carlos Méndez llevaba una "vida silenciosa de observador" (I: 204). La mirada médica, la observación, había construido a

medicina (Buenos Aires: Losada, 1958).

³³⁶ Respecto de la importancia de la observación para el médico Sicardi, *cfr.* la siguiente opinión de su discípulo: «Su concepto de la clínica tenía por principal fundamento la fina observación semiológica que la escuela francesa, continuando las directivas de Laennec, de Trousseau, de Lancereaux, de Jaccoud, de Peter, de Rendu, y de Dicufoy, había erigido en sistema y que, por otra parte, dominaba en la enseñanza de la materia e nuestra escuela.» (Bullrich 1943: 30). Sobre la importancia de la observación en la llamada «Escuela francesa» o «Escuela de París», *cfr.* Pérez Tamayo 1988, II: 71-82.

lo largo del siglo XIX una realidad que existía en la medida de la percepción visual: los médicos clínicos, poseedores de la mirada, construyeron una nueva versión del cuerpo, individual y social, hasta entonces oculto tras el velo del ojo convertido ahora en el depositario y en la fuente de claridad, de saber y de autoridad³³⁷. La confianza en la verdad manifiesta del cuerpo social a través de esta mirada médica, que Michel Foucault llama matinal, permite fundar una realidad a partir de un uso nuevo del lenguaje y de la escritura³³⁸. Un breve diálogo entre Paloche y uno de sus malogrados pacientes hace patente el trasvasamiento simbólico de nociones y de imágenes que migran, desde la enfermedad, hacia la literatura y la sociedad:

[S]u tratamiento [de la artritis crónica por medio del masaje] es peor que el soneto...
 — ¿Cuál? —dijo Paloche.
 — No me interrumpa. Le digo a usted que la enmienda es peor que el soneto. En política no se repiten nunca las mismas situaciones enfermizas. (I: 273).

Este entramado epistemológico, por el cual una misma matriz configurada a partir del concepto de enfermedad crónica —la repetición—

³³⁷ "Las formas de la racionalidad médica se hunden en el espesor maravilloso de la percepción (...) El espacio de la experiencia parece identificar con el dominio de la mirada atenta, de esta vigilancia empírica abierta a la evidencia de los únicos contenidos visibles. El ojo se convierte en el depositario y en la fuente de la claridad; tiene el poder de traer a la luz una verdad que no recibe sino en la medida en que él la ha dado a la luz." (Foucault 1963: 6).

³³⁸ "Para que la experiencia clínica fuera posible como forma de conocimiento, ha sido menester (...) abrir el lenguaje a todo un dominio nuevo: el de una correlación perpetua y objetivamente fundada de lo visible y de lo enunciable. Un uso absolutamente nuevo del discurso científico se ha definido entonces: costumbre de fidelidad y de obediencia incondicionadas al contenido coloreado de la experiencia —decir lo que se ve; pero también costumbre de fundación y de constitución de la experiencia— dar a ver al decir lo que se ve..." (Foucault [1963] 1987: 275).

enlaza artritis, soneto y enmienda política, es una de las estrategias de escritura más consistentes del libro de Sicardi, pues las tres principales figuras médicas de la novela practican —legal o ilegalmente— la clínica, las tres escriben obras que creen literarias y ostentan, al mismo tiempo, varios y contradictorios proyectos de transformación política de la sociedad. Así como cada uno representa un tipo médico finisecular, cada uno representa también alguna de las tendencias que disputaban, en el fin de siglo, un espacio en el dominio de la literatura y de la política y, finalmente, cada uno proyecta rasgos de la propia trayectoria médica, literaria y social de Sicardi en la época. Estas figuras que son también figuras de escritor abordan y exploran distintos temas, materiales y modos de utilización de la lengua en un período que, como dijimos al iniciar el capítulo, aparece signado por la búsqueda de configuración de una novela que represente lo nacional.

Los materiales de la escritura: letras sanas, fuertes y *viriles*

Méndez escribe un *Libro Extraño*, romántico y decadente a la vez, alejado del tumulto popular. Paloche escribe un poema sobre la panacea universal que, en versos neoclásicos y con la “lengua del suburbio”, apoya la transformación social, étnica y política que vive la ciudad. Valverde

escribe las memorias naturalistas de su vida de médico, destinadas a propiciar la furia anarquista de su hijo.

Sicardi, finalmente, escribe un libro construido a partir de los diferentes discursos vigentes en su época: la argumentación política, el poema en prosa, la oración fúnebre, la polémica, el cuento romántico, la payada, la epístola, etc. Géneros, tipos y modalidades de la enunciación conviven en un texto construido por la intercalación de otros, por la cita³³⁹, por la referencia³⁴⁰. Esta característica que, desde el punto de vista de la teoría de la enunciación podría ser aplicada a todo texto —un texto está formado por infinitos enunciados referidos— en el *Libro Extraño* es una estrategia explícita. La historia del narrador en tercera persona está quebrada por la permanente irrupción directa de lo dicho, leído o recordado por diferentes personajes, pues casi todas las figuras de la novela, desde los protagonistas hasta los personajes menos delineados, tienen un espacio para la escritura, la lectura o la evocación de otras obras, hecho que genera innumerables escenas de oratoria, de lectura y de escritura³⁴¹.

³³⁹ La profusión de citas tiene su punto culminante en la nota bibliográfica a pie de página realizada como aclaración de una cita de Elbio Errécar en una arenga política: "Alguien ya lo dijo: "La sed de alcohol no es la causa, sino el corolario de la miseria". Los venenos...". Al pie de página, la cita aclara: "Tesis del Doctor Giménez." (*LE II*, 523 y 590).

³⁴⁰ La leyenda de Pedro de Valbuena incluida como texto completo en el primer volumen es retomada una y otra vez, fragmentariamente a lo largo del libro.

³⁴¹ El énfasis descriptivo de estas escenas de lectura —tan comunes en las novelas de la época, por cierto— puede apreciarse en el siguiente ejemplo: "El pábilo empieza a crecer. El botón de fuego que lo termina se transforma en carbón. Hay poca claridad y Paloche ya no puede leer. Toma una tijera y corta un pedazo de la punta. Entonces la luz levanta otra vez su alto cono con un

Para brindar un cuadro de esta profusión, hemos construido la nómina de los textos intercalados que, por su extensión y valor argumental, consideramos que merecen ser mencionados:

Libro extraño

- Poema en prosa escrito por Carlos Méndez (I: 16-18)
- Leyenda de Pedro de Valbuena contada por Catalina Méndez a Carlos Méndez (I: 39-48)
- Carta de Carlos Méndez a Dolores del Río (I: 64)
- Cuento de Eros Paradisiaca escrito por Carlos Méndez y leído por Dolores del Río (I: 144-146)
- Cantos de Genaro (I: 151-152)
- Coplas cantadas por Genaro (I: 193-194)
- "Octavo canto" de Manuel de Paloche (I: 220-227)
- Oraciones fúnebres (I: 264-268)

- *Libro Extraño* escrito por Carlos Méndez
 - Amores de dioses (I: 290-300)
 - ¡Pallida mors! (I: 301-309)
 - ¡Epopeya! (I: 310-321)
 - Los cuentos (I: 322-334)
 - Testamento de Bohemio (I: 335-339)

Genaro

- Ensayo de interpretación sobre el desplazamiento del gaucho y la presencia de una nueva civilización de Catalina Méndez (I: 370-376)

Don Manuel de Paloche

- Discurso a la multitud de Manuel de Paloche (II: 20-32)
- Discurso pronunciado por Paloche en la Sociedad de Artes y Letras (II: 92-103)

Méndez

gran brillo e ilumina los ojos del homeópata. La esclerótica ha perdido su color de nácar. Tiene reflejos amarillentos y un gran arco senil rodea la córnea. Por todas partes la vejez: en el ojo, en la piel y en la fe. Inclina otra vez don Manuel la cabeza; el libro abierto dice Hahneman." (LE I: 367).

- Poemas escritos por Carlos Méndez para su hija Angélica (II: 211-215)
- Manuscrito de Herzen leído por Méndez (II: 244-245)

Hacia la justicia

- Fragmento del libro anarquista leído por Germán Valverde (II: 425-447)
- "Memorias de Enrique Valverde para su hijo" (II: 452-480)
- Discurso de Elbio Errécar a los obreros (II: 523-525)
- Canto bacanal de Goga (II: 537-542)
- Discurso a la multitud de Elbio Errécar (II: 573-590)

La voz narradora va dando lugar alternativamente a la inclusión de estos textos en la novela. Algunas veces se da una yuxtaposición no polémica con el texto del narrador; otras veces, el narrador se distancia del texto referido hasta llegar a la parodia. El grado máximo de identificación entre el enunciador del primer texto y el enunciador del texto referido se da, sin duda, con el *Libro Extraño* de Carlos Méndez. Tanto es así, que el título de los dos textos es el mismo, a pesar de la distancia estilística y retórica que se abre entre uno y otro. El grado máximo de distancia enunciativa, la parodia, se produce con el *Poema a la panacea universal* de Manuel de Paloche. En la distancia que va desde la simple cita bibliográfica hasta la parodia, se oyen en la novela las voces y los textos representativos de gran parte de los integrantes de la ciudad de Buenos Aires, ciudad en la que —según la referencia irónica de Juan Antonio Argerich, uno de los más eminentes abogados de la ciudad— “Todos somos hombres de letras”³⁴².

³⁴² Cfr. “Como a nadie extrañará que me atreva a hacer un breve trabajo crítico, pues soy

Desde las arengas callejeras de socialistas y anarquistas hasta las piadosas oraciones nocturnas de las madres, toda acción de un personaje da pie a la reproducción de un texto, diferente cada vez en tipo y modalidad discursiva³⁴³. De allí que el paralelo entre enfermedad, escritura y sociedad no parezca ser sólo un elemento temático sino una matriz que articula la trama ideológica de la novela, ya que lo escrito y lo leído influye —según la tesis sostenida en la novela— en la evolución positiva o negativa de las psicopatologías hereditariamente adquiridas. Veamos cómo funciona este aspecto.

En la medida en que la lectura y la escritura tienen, en la novela, poderes que influyen sobre la salud y sobre la enfermedad, la catalogación de su potencial nocivo o benefactor para la regeneración de las familias psicopáticas es uno de los núcleos de mayor desarrollo narrativo. En el prólogo al último volumen, *Hacia la justicia*, Sicardi esboza, por ejemplo, una poética prospectiva que enfrenta la psicopatía afeminada de los escritores actuales con la virilidad maternal de los intelectuales futuros. En el presente, dice Sicardi, no hay *virilidad* intelectual quizá porque ya no hay

uno de tantos hombres-orquesta nacionales que, a fuerza de pretender meterse en todo, todo lo hacen por manera deficiente y baladí. ¡Y con un aplomo!” (Argerich 1906: 282).

³⁴³ Tras la publicación del primer volumen, Christian Roeber ya advertía el peligro de tamaña profusión de textos referidos: “... [s]i domina el peligro que se divisa en la última parte del *Libro Extraño*, y hace que Carlos Méndez escriba menos poemas, la terminación de la obra que ha pensado y lo ocupa, podrá ser la aparición de una escuela literaria en América...” (*La Nación*, 8 de octubre de 1894).

patria. Prospera, en cambio, la esterilidad de las marquesas en decadencia³⁴⁴.

A veces uno piensa que no hay virilidad intelectual. Todo es medido y pequeño. El artista gigante que esculpa la verdad en los granitos y en los mármoles de la montaña no existe, ni el poeta que revele las alegrías y las lágrimas de las cosas. (...) Nadie escribe el poema de nuestra marcha en la odisea del presente. Será porque ya no hay patria... (...) Por eso hoy, después de tanta peregrinación de siglos, en presencia de las razas sanas y fuertes, hemos vuelto de nuevo al madrigal. ¡Cantamos la poesía de las blancas pelucas y los afeites de los abades elegantes y lascivos! (...) O sino, los artistas escriben el lupanar. (...) Y la degeneración ha llegado hasta olvidar su propia psicología. Usan la ajena estética y roban el alma ajena y si por casualidad pasa algún salvaje de melena hirsuta y ojo revuelto que marche como un sonámbulo solitario y derrame de su pluma tinta con olor a macho, los efebos y estetas delinquentes (*sic*) arrugan la nariz y exclaman:

— ¡Puff!! ¡Porquería! Para volver y para siempre al regazo estéril de las marquesas en decadencia, transformados en perritos lanudos y concupiscentes. ¡No haya miedo! No serán fecundadas porque no tienen ovarios... ¡El progreso ha creado la laparotomía para arrancarlos! (II: 383-4)

Pocos textos de la época exhiben un entrecruzamiento tan estridente y provocativo de tendencias, estilos y poéticas en la configuración de la *patria*, del *progreso* y de la *virilidad* como este prólogo. Frente al avance de las marquesas decadentes, por una parte, y de los lupanares infectos, por otra, Sicardi rememora aquellos tiempos *viriles* en que la literatura *escribía la patria*. Los escritores degenerados —dice en el mismo prólogo— son “traidores a la patria” (II: 386). Los “sanos y los fuertes”, en cambio,

³⁴⁴ Oscar Montero ha estudiado las relaciones simbólicas entre decadentismo y homosexualidad en los escritores considerados modernistas ([1997] 1998: 163-184).

“debieran tragar el humus de los campos, llenarse la boca del barro fecundo y escupirlo a chorros sobre las páginas” (II: 382). A la saludable productividad de la escritura del pasado, que en su visión es también la del futuro a pesar de que, curiosamente, coincida con los postulados estéticos del patriciado, Sicardi opone la esterilidad enfermiza de las poéticas del presente, escritas y leídas por psicópatas hereditarios, por degenerados *fin de siècle*, que evitan la representación de los valores del hogar, del trabajo productivo y del ahorro, bastiones todos —en la visión sicardiana— de la *literatura nacional*. Por esta razón, la sana y saludable *virilidad* de la escritura patriótica aparece estrechamente ligada en la novela a la imagen maternal. Los buenos escritores son como las madres: “¡Tristes criaturas [las madres], como lo escritores que hacen la obra honesta y profunda!” (II: 384-5)³⁴⁵. Algunos se esterilizan como las *hetairas*, entre lupanares o marfiles decadentes; otros, en cambio, escriben obras productivas y honradas que prefiguran lo nacional. La figura de estos *buenos* escritores conjuga los valores civiles, tradicionalmente asignados a la *mater* y al *pater patriae*, con los derivados de la imagería evangélica del apostolado

³⁴⁵ Cfr. “Por eso he pensado que los sanos y los fuertes siembran en la estepa. La semilla no cuaja y el árbol no retoña. Así sus libros tienen la vida precaria y llenos de tierra, rotos y manchados de mohos y de humedad desaparecen en los rincones de la casa del escritor. (...) Mientras tanto el alma se encoge y se llena de enconos sordos (...) Ya no estima a las madres que se encierran para amar y sufrir, ni elogia el trabajo pertinaz y silencioso que forma la casa. Lo que sabe es que el triunfo acompaña a la hetaira semidesnuda de pechos procaces. Esa es una pródiga. La concepción no la deforma y el artificio da esmaltes a sus carnes, agranda el ojo y ennegrece la pestaña, mientras las otras palidecen y encuentran la vejez prematura. Han alimentado a los hijos y no duermen para velar su sueño. ¡Tristes criaturas, como lo escritores que hacen la obra honesta y profunda!” (II: 384-5).

médico, pues en el consejo final a los escritores jóvenes, Sicardi rescata la imagen del apóstol —que tanto desarrollo había alcanzado en los volúmenes anteriores— y la enlaza con la de la virilidad literaria:

¡Oh jóvenes! ¡Es necesario ser! Los aristarcos desaparecen ante la tenacidad y la fuerza [Antes ha señalado que los decadentes son aristarcos]. Es necesario ser porque la patria quiere que nadie se esterilice y desea hombres para el porvenir... (...) De aquí la necesidad de las letras viriles y del apostolado frío de todos los momentos. (II: 387)

Esta *apostólica virilidad intelectual* puede tener —según la doctrina que sostiene la trama— un origen étnico, como en el caso de Elbio Errécar, o bien debe nutrirse en la saludable fortaleza de las lecturas provistas por las madres³⁴⁶. En el hogar, en las repetidas escenas al lado de la chimenea, es donde —según el tópico de la “dulzura el hogar” (Jauss 1970)— los escritores psicópatas encuentran las lecturas apropiadas para emprender la *regeneración*. Las figuras de Catalina Méndez y Dolores del Río cumplen, en este sentido, una función medular en la novela como proveedoras de lecturas apropiadas y como lectoras críticas, a su vez, de los textos escritos o leídos por sus hijos. Como había enseñado Claude Bernard, la diferencia entre la salud y la enfermedad no era más que una cuestión de gradación: “la exageración, la desproporción, la desarmonía de los fenómenos normales

³⁴⁶ Respecto del tópico higienista del arte sano, también en *Martin Fierro* 1.7 (14 de abril de 1904) un artículo sin firma, titulado « El arte para el pueblo », dice: « Hace falta «hacer arte» para el pueblo, arte verdadero, arte sano, despojado de los refinamientos enfermizos de los decadentistas, pero sin sacrificar nunca la belleza, al contrario, dando a las obras del arte la forma propia de la belleza, que es la sencillez, de modo que todos las comprendan y a todos conmuevan. ».

constituyen el estado enfermo”, decía el médico que Zola había transformado en celebridad literaria³⁴⁷. Las adecuadas lecturas, provistas por las madres, podían favorecer, entonces, la recuperación de los pacientes psicopáticos.

El libro primero, por ejemplo, narra la historia de Carlos Méndez, desde la noche en la que intenta suicidarse, mientras escribe “*Las sombras*, un poema terrible y macabro”(I: 16), hasta su matrimonio con Dolores del Río, para quien escribe, y a quien lee, el primer esbozo del cuento *Eros paradisiaca* que, expandido, forma parte del *Libro Extraño*, escrito por el mismo Méndez en la segunda parte del primer volumen³⁴⁸. La narración de su vida se va articulando a través de la ficcionalización de numerosos actos de escritura y de lectura que, en el nivel de la trama, anticipan o confirman sus acciones y las de los demás personajes a la vez que marcan secuencias y etapas narrativas. Esta profusión de escenas de lectura, de textos intercalados y de alusiones intertextuales, a la vez que ofrece un panorama

³⁴⁷ «La salud y la enfermedad, dice Claudio Bernard, no son dos modos que difieran entre sí esencialmente, como han podido creerlo los antiguos médicos y como todavía lo creen algunos prácticos. Es necesario no hacer de ellas principios distintos, entidades que se disputen el organismo vivo, convirtiéndolo en teatro de sus luchas. Son estas antiguallas médicas. En la realidad no hay entre esas dos maneras de ser sino diferencias de grado; la exageración, la desproporción, la desarmonía de los fenómenos normales constituyen el estado enfermo». (Cl. Bernard, *Leçons sur la chaleur animale*, Paris, 1876. Citado en Cullère 1888: 13).

³⁴⁸ El cuento escrito por Méndez es leído por Dolores del Río, ante la presencia de Méndez, en el capítulo titulado “Eros Paradisiaca” (I: 144-146). En una segunda oportunidad, Eros Paradisiaca figura como la protagonista femenina del *Libro Extraño* escrito por Méndez (I: 287-322). En una tercera oportunidad, “Carlos meditaba [al lado de la cama de su hija] el cuento trágico [“Eros Paradisiaca”] que había fascinado la mente de su chiquita, y periodo tras periodo lo iba hablando y escribiendo en el libro de la memoria...”. El cuento es reproducido, esta vez, en versión completa (I:

de las luchas estéticas, médicas e ideológicas que atravesaban los campos de lectura de la época, configura una imagen del médico escritor ligada, como la de los médicos de la *gran aldea*, no a la moderna escritura y lectura de textos médicos, sino al antiguo placer por la literatura. “Sin duda por no ser de nuestro tiempo”, Méndez “leía poco los libros de medicina y pasaba esas horas escribiendo” (I: 14).

Las sombras, el primer poema que escribe, es uno de los numerosos textos de Méndez referidos, comentados, e inclusive reproducidos en forma completa, en los cinco volúmenes del *Libro Extraño* de Sicardi. Tedio *fin de siècle*, sepulcros, tinieblas, claroscuros, sombras, quimeras y espectros noctámbulos, condensan el apretado catálogo de imágenes que configuran el poema del escritor suicida, y que habría de pautar, por cierto, la primera recepción decadentista de la obra. Pero la lectura aparece, inmediatamente, como un bálsamo que aleja al protagonista de las imágenes lúgubres. Una leyenda medieval y un cuento romántico, leídos por las figuras femeninas de mayor relieve ejemplarizador en la trama narrativa, contribuyen a la recuperación del médico suicida. Catalina Méndez, su madre, vela el sueño de la convalecencia con la lectura del primer texto reparador: “la leyenda de Pedro de Valbuena, el negro caballero”, quien, tras muchos años en Tierra Santa, llega en el momento oportuno para salvar de la muerte a su enamorada, Isabel de Insuriz, y casarse con ella, mientras Eros paradisíaca

esparce su protección sobre el dormitorio nupcial. La lectura de la leyenda constituye el quinto capítulo del libro primero —“Leyenda”— y tiene su “Corolario” en el capítulo siguiente. Allí, Catalina Méndez postula que el intento de suicidio de Méndez está en relación con la enfermedad de la época:

¡Ah! pobres muchachos, enfermos de la imaginación dolorosa, que pretenden torcer la lógica de la existencia, en pos de engañadoras quimeras y que leen demasiado los libros de otros enfermos!... (I: 50).

Escritores enfermos, lectores enfermos, lecturas que enferman, pero también otras que curan, configuran entonces, a partir de esta escena inicial, una de las matrices más consistentes del libro de Sicardi. También Genaro, el fiel sirviente del médico, cree que la enfermedad de Méndez se condensa en la nocividad de sus lecturas habituales. Dos años después del intento de suicidio, le comenta a Dolores del Río, futura esposa de Méndez:

No, niña, es que don Carlos es bueno y ahora sabrá usted que ha cambiado mucho. Usted se acuerda que (...) antes él estaba siempre solo y no hablaba jota... con esos librajos de medicina y otros grandes con grabados que asustan: un poeta que dicen que estuvo en el infierno y un príncipe, que a fuerza de cavilar tristezas, nunca hacía nada, hasta la última lámina en que le dio rabia mató a toda la familia y murió él también... Todo eso, ve usted niña, lo tenía disgustado y con cansancios, porque yo sé que él tiene la cabeza un poco turbia, un poco no sé cómo; pero su corazón es de oro...” (I: 69)

Y como prueba del cambio producido en la actitud de su amo, Genaro relata cómo han cambiado las lecturas de Méndez. “La otra noche”, dice, escuchó que la madre le relataba la historia de un caballero de

Valbuena. Dolores del Río le comenta que está “muy deseosa de saber esa historia” y el lector debe leer, en consecuencia, una segunda versión de la narración ejemplar, matizada esta vez por la voz popular de Genaro, quien agrega comentarios, dudas, y sobre todo, infiere el efecto pragmático que la lectura de la leyenda tendrá sobre la vida del doctor Méndez y de la segunda mujer implicada en su recuperación, Dolores del Río. En efecto, cuando Méndez decide regresar a la casa de los del Río, una familia de abolengo patricio, a pedir la mano de Dolores, su antigua novia, el narrador comenta que “amó otra vez los libros, estudiando en las horas que se retiraba de la casa del Río” (I: 139).

Pero ni sus lecturas ni sus escritos serán ya los mismos. El cambio de actitud vital se traduce en un cambio literario: del decadentismo enfermizo pasa, sin transición, al romanticismo poético, aunque también ahora “le dolía el cerebro de escribir” (I: 140). Dolores del Río le pide leer, entonces, el cuento “Eros Paradisiaca” que Méndez mismo había escrito para ella en esta nueva etapa de su vida. Cumple, de este modo, con la función más explícita asignada al núcleo de mujeres que rodean al protagonista: la madre, la esposa y, más tarde, la hija aparecen como las lectoras de los textos que el narrador valora positivamente para la salud física y espiritual del protagonista. Pues Méndez no sabía seleccionar sus lecturas y ésta era, según las diferentes voces que sostienen la autoridad

narrativa, una de las causas más evidentes de su enfermedad³⁴⁹.

También como escritor, “era un extraño y salvaje poeta, que acometía todos los libertinajes del arte con extraordinaria audacia, rompiendo en sus escritos forma y ritmo.” (I: 14). Escribía un *Libro Extraño*: la historia de Bohemio y Eros Paradisiaca. Este libro, como ya dijimos, forma el último apartado del capítulo segundo del primer volumen. Se transcriben allí las cuatro partes de la obra: “Amores de dioses”, “¡Pallida mors!...”, “¡Epopeya!” y “Testamento de Bohemio”. Según comenta el narrador del *Libro Extraño* de Sicardi, Méndez —“en medio de las *varoniles* palabras de la madre”— encarnaba en las figuras de Bohemio y de Eros su “prepotente necesidad de escribir” también un *Libro Extraño* (I: 287). Esta duplicación de la profesión médica, del interés literario y del título de la obra, propulsó la búsqueda de correspondencias de las figuras médica y literaria de Sicardi con las de su personaje —Méndez— y también de las de ambos con la de Bohemio —el personaje del libro de Méndez.

Bohemio era, tal como se lee en el libro de este último, un símbolo de la “épica magnificencia” del país, “podía muy bien estar hecho con todos los ecos dolientes de la muertas generaciones de América” (I: 288). Eros Paradisiaca, en cambio, representaba el eterno espíritu de la luz. En el relato

³⁴⁹ Cfr. “[Méndez] Todo leía; los poemas indios, las leyendas graníticas de los tiempos prehistóricos, el salmo y el himno y la epopeya, la crónica y la historia, ese romance doloroso, en que los pueblos se abrazan para marchar como síntesis hacia la muerte, conquistando y redimiendo una por una las cosas ideales en las ásperas bregas de la sangre.” (LE I: 35-6)

de Méndez, Bohemio, símbolo del pasado y del futuro épico, y Eros, del eterno romanticismo, emprenden enamorados un viaje desde la quietud del campo y de la noche hacia el movimiento frenético de la mañana en la ciudad. El viaje propicia la descripción nostálgica de los cambios producidos, en los últimos años, en la configuración de la sociedad, del territorio y de la lengua de la *patria*. Desde los ranchos del campo hasta las “gradas de mármol de la Catedral”, los enamorados avanzan, entre casas de adobe primero y casas de ladrillo después, que evocan las transformaciones materiales producidas por la incipiente modernización del país y escenifican en la ficción los debates urbanísticos suscitados en la época por la transformación de la ciudad (Gorelik 1998). El disímil reconocimiento de estas modificaciones por parte de Eros y de Bohemio opera como un indicio revelador de las diferencias poéticas que ambos encarnan en la ficción. Para Eros, la *evolución* material y social, sólo implica llanto y pesar por los valores del pasado que han sido abandonados. Para Bohemio, en cambio, la transformación es simiente para un “porvenir sublime”.

Respecto de los habitantes de los ranchos, por ejemplo, “arrojados hacia los campos”, Eros sólo atina a murmurar: “Tanta labor y tantas lágrimas derramadas, para que no les quedara sino el derecho de retirarse cada vez a morir más lejos” (I: 296). Ante la misma escena, el escritor Bohemio le advierte, en cambio, “no lamente esa suerte”, pues ellos son quienes “hablan el idioma del futuro y crean el Verbo que arrojarán más

tarde para la civilización que los echa” (I: 296). Cuando, unos párrafos más adelante, Eros lamenta también el abandono de la poesía de la naturaleza y del heroísmo, Bohemio le recordará que “hay —en cambio— epopeyas que las naciones cantan siempre (...) que tienen versos de granito y sonoridades de bronce” y que “Esas no mueren”(I: 299). Mientras el cambio social y literario es, entonces, para Eros, nostalgia, pérdida, olvido y muerte; para Bohemio, es porvenir, germinación, esperanza, inmortalidad. Ella ama “los ríos mansos y amplios que se extienden en semi-círculo en el horizonte sin límites y fertilizan los campos”. Él ve el mismo río, “con vaivenes formidables de oleajes revueltos, arrojar sus aguas en el abismo, arrancarlas de allí de cuajo y azotarlas contra el cielo gris en enormes montañas movedizas” (I: 292). Visión armónica de la naturaleza y de la poesía, imitación e inspiración seráfica, por un lado; torbellinos épicos, búsqueda de representación original de lo natural, por otro; tópicos todos que el romanticismo había ubicado en una posición dominante entre los modelos estéticos posibles en el fin de siglo. En este marco, el viaje que habían emprendido desde la naturaleza hacia la ciudad, desde las tradiciones hacia la modernización, desde “los guerreros que duermen en el sepulcro” hacia la ciudad “atropellada y ensordecida por carruajes y carros, y bramidos de locomotoras”, culmina con la muerte de Eros en brazos de su amado.

El escritor Bohemio decide entonces —desde una posición estética muy similar a la sostenida por los nativistas — que los pastizales y los

bosques de caldenes pampeanos son el lugar más apropiado para que descansen los restos de uno de los iconos estéticos de Occidente:

—Al pie del cedro, cava mi sepulcro, Bohemio, —sugiere Eros— debajo de esas violetas, porque yo quiero que los pájaros acompañen mi sueño eterno con sus cantos, y las gotas de oro del sol rodeen con una guirnalda mi frente pálida de muerta... (...) Yo tendré miedo de esa infinita y dilatada soledad de las pampas... entiérrame aquí donde han muerto mis padres.

—¡No Eros! Allí también hay pájaros que caminan agachados entre la lujuriosa vegetación rastrera, y vuelan de mata en mata, y águilas soberbias en la altura y cóndores que se paran en la roca negra en el horizonte a mirar... y pastizales llenos de perfumes, y jardines de flores silvestres, y bosques altísimos de paja y de cortaderas, y primaveras que hacen estallar el prodigio de la vida agreste en la inmensa sábana verde, que termina en la línea neta del cielo azul que se derrumba a pique... porque la casa de tus padres va a desaparecer ardiendo, agregó Bohemio con ademán sombrío. (I: 304-5)

Eros muere en una escena de llamas fosforescentes que evocan las imágenes de *La cautiva* retomadas también por Holmberg en *La bolsa de huesos*³⁵⁰ y Bohemio incendia la casa de su enamorada. En el fuego, arden los vestigios de una estética que se desvanece. Se veían “cuadros y estatuas y libros centellear en la luz y pasar...” (I: 309), aunque ya Eros había aclarado que su destino era el eterno regreso:

[Y]o tengo el alma de la Eros griega: visito un momento el espíritu del hombre en las horas juveniles, y me

³⁵⁰ Rita Gnutzmann ha señalado la inserción de imágenes de *La cautiva* en el *Libro Extraño* de Carlos Méndez. Pero no nos convence la explicación dada a la intertextualidad: “Al parecer *sin darse cuenta* [el énfasis es nuestro], Sicardi repite imágenes de *La cautiva*”. (Gnutzmann 1996: 215, nota 29). La cantidad de intertextos que pueden detectarse en la obra de Sicardi, no permitiría pensar en una actitud inconsciente del escritor sino más bien en una estrategia de inserción polémica en el espacio intelectual de la época.

voy para volver, como las estaciones, y llenar otra vez el corazón de sus hijos de los esplendores de la pasión, y mientras haya criaturas desvanecidas en el ensueño de amor delicioso y profundo, por los siglos, yo estaré. (I: 303)

Con la certeza de que el romanticismo siempre retorna, el héroe se interna en la planicie solitaria con el cadáver de su amada, hasta que “poco a poco los átomos del cuerpo divino de Eros se fueron desvaneciendo” (I: 311). Se encuentra allí con el *indio* Pincencurá, inmolido épicamente por la conquista, y renueva entonces su afición ética y estética por la “tierra natal”, antes ya manifestada en ocasión de su encuentro en los ranchos con los “sobrevivientes” del pasado, a quienes había ubicado en la categoría de poseedores del idioma y de los temas de la futura literatura nacional³⁵¹. Se dispuso a construir allí mismo un castillo “con los colores de su paleta trágica” y, recluido en la montaña para construir su propia obra:

Las gentes huyen de él porque Bohemio crea, y eso es pecado mortal. Dios lo castiga. Tuvo antojo de construir un castillo él mismo y se le vio entonces perder las alegrías elegantes y juveniles. (I: 331)

Pero Eros, como había sido previsto, regresa finalmente en su ayuda. Musa etérea, “la cabellera rubia cayendo en bucles largos y sedosos”, ceñida con una “faja de espumilla heliotropo”, se acerca a Bohemio minutos antes de su muerte y alcanza a recibir de sus manos el testamento dedicado “a los artistas, a los sabios y filósofos de mi tierra”. La transcripción del

³⁵¹ Este viaje de reconocimiento existencial hacia el interior geográfico y étnico del país, ha sido material de numerosas ficciones argentinas en las décadas siguientes. Entre ellas, *Adán Buenosayres* (1948) de Leopoldo Marechal.

“Testamento de Bohemio” configura, entonces, la última parte del “cuento trágico que había fascinado” a la hija de Carlos Méndez.

El entramado alegórico del relato enmarcado se hace visible ya en los nombres de los protagonistas. Tanto Eros como Bohemio tenían controvertidas y polémicas connotaciones en el espacio literario de la época, en general, y en el de la ciudad de Buenos Aires, en particular. *Eros* había sido uno de los poemas más conocidos de uno de sus miembros *respectables* —Calixto Oyuela— y Bohemia, el nombre de uno de los centros de reunión de los jóvenes considerados liberales y revolucionarios. La diferencia simbólica entre Eros y Bohemio puede leerse, entonces, como la inscripción de las nacientes pugnas estéticas entre las prácticas literarias más conservadoras y ciertas propuestas poéticas todavía emergentes.

En 1882, el poema *Eros* de Oyuela había sido premiado, “con rosa y banda”, en los Juegos Florales iniciados por el Centro Gallego³⁵²:

A nadie por cierto sorprendió —escribía el señor Ernesto Quesada— aquel nuevo merecido lauro. Oyuela había sido ya laureado en los anteriores Juegos Florales. Su composición es tan noble, pura y delicada, que es difícil pedir en su género nada más elevado, más correctamente clásico, más profundamente inspirado. (García Mérou 1891: 102).

³⁵² El texto fue publicado en forma completa en *La Nación*, 13 de octubre de 1882, p. 1, c. 6, con el título de “*Eros* de Calixto Oyuela. Gran Premio de honor en los Juegos Florales del 12 de agosto de 1882”. Un año antes, en 1881, Oyuela había obtenido, con su canto *Al Arte*, el primer premio del tema en la misma edición de los Juegos Florales en la que Olegario Andrade obtuvo el premio de honor por *Atlántida*.

Menos elogiosa fue la opinión de Alberto Navarro Viola, quien cuestionó primero el valor general de estos segundos juegos florales —“nadie negará que los segundos juegos florales están cien codos debajo de los primeros” (1883: 309)— y no dejó de señalar, después, la sencillez de la poesía premiada: las “viejas figuras” y los “defectos de detalle”³⁵³. Sin embargo, el poema de Oyuela debió de haber alcanzado notable repercusión, pues, una década después, todavía era posible reconocer una indudable cercanía de imágenes entre el primer apartado del *Libro Extraño*, “Amores de dioses” y el poema laureado en 1882³⁵⁴.

En cuanto al nombre Bohemio, es evidente que, además de evocar la “causa bohemia, que todos —según Lugones— creíamos irremisiblemente enterrada bajo los mármoles armoniosos de Flaubert” (*La Tribuna*, 18 de octubre de 1899)³⁵⁵, recuerda también las reuniones realizadas, desde el primero de enero de 1880, en la casa de Belisario Arana y que habrían dado lugar a una asociación llamada “la *Bohemia*”. El ideario de esta formación

³⁵³ Cfr. la entrada 502 de su *Anuario Bibliográfico*: “Composición amatoria, sencilla, labrada con viejas figuras en verso libre. Como factura, es notable; puede afirmarse que está admirablemente hecha, a pesar de sus pequeños defectos de detalle. El Sr. Oyuela quiere ser clásico a toda costa, y ya tiene en su favor la sanción de un jurado americano.” (Navarro Viola 1883: 314).

³⁵⁴ Una década después, en *La Nación* (3 de mayo de 1892, p. 2, c. 1, secc. “A la pesca de Noticias”) un artículo de Argos (seud. De Bartolomé Mitre y Vedia), “Prosa poética; Amore!... Idioma soave!”, reproduce una traducción al italiano del poema *Eros* de Calixto Oyuela, realizada por Carlo F. Scotti. Hecho que muestra la fama alcanzada por el poema de Oyuela.

³⁵⁵ La construcción cultural de la “vida bohemia”, en el campo intelectual francés, fue específicamente analizada por Pierre Bourdieu en su estudio de *La educación sentimental* de Flaubert (1992: 88-93). Respecto de su importancia en el imaginario latinoamericano de fines del siglo XIX, Hugo Biagini ha publicado recientemente un artículo (“Del buen burgués a la bohemia juvenil”, 1998: 15-20)

era muy similar —según los recuerdos de Martín García Mérou— al legado poético del personaje del *Libro Extraño* de Méndez: “Sólo en una cosa coinciden [los *bohemos*]: todos son ultraliberales y eminentemente revolucionarios; quieren un cambio completo político y social.”³⁵⁶ Del mismo modo, la libertad “intelectual” y la liberación de toda atadura estética —el libertinaje, dirá Lugones— signan también el testamento de Bohemio entregado a Eros Paradisiaca. Como ya dijimos, ésta había recibido el documento en el momento de la muerte de Bohemio y habría de ser la encargada de entregar “a los intelectuales el testamento del mártir caballeresco”, un legado que cierra, a un mismo tiempo, la historia que escribe Méndez y el primer volumen de Sicardi.

El inicio del testamento es una exhortación a la libertad intelectual, aunque en los estrechos límites de la patria, de la nación y del perenne ideal caballeresco:

Porque es necesario que el espíritu nacional sea altivo siempre, y adornado de aristócrata cortesanía, y para que sea eterna la vida de la Patria, *yo os concito a la libertad intelectual, jóvenes artistas, sabios y filósofos!...(...)*

¡Que no haya modelo escrito, ni pintado, ni cincelado en mármol!... ¡Esa es mi última voluntad!... porque el arte

³⁵⁶ “[Belisario] Arana pinta la reunión en casa del poeta Eduardo, que sirvió de cuna a aquella asociación [la *Bohemia*] tan digna de pasar a la posteridad como el *Club del Esqueleto*, evocado por Wilde en su preciosa carta al Dr. Ignacio Pirovano: (...) «¡Qué diversidad de ideas, de opiniones, de creencias! Sólo en una cosa coinciden: todos son ultraliberales y eminentemente revolucionarios; quieren un cambio completo político y social. Era necesario reformar las creencias, las costumbres; instituir el socialismo; pero el socialismo liberal, inteligente, ilustrado, justo; reorganizar la república... más, la América; hacer de toda ella una gran nación, que enseñara a pensar, a obrar a ese mundo antiguo, a ese viejo decrepito a quien llevaría la vivificante savia de las nuevas doctrinas.»” (García Mérou 1891: 117)

envejece, cuando los hombres le arrebatan las adustas energías de la vida libre, para encerrarlo en los burdos liminares de la imitación y de las escuelas. ¡Que sea licenciado y loco antes de ser esclavo! (...) *¡porque la libertad intelectual ha salvado, oh artistas, de la muerte sempiterna a muchas naciones!* (I: 335-6. El énfasis es nuestro)

El final es una exhortación —“¡Escribid, intelectuales!...”— dirigida en forma prioritaria a los poetas, pero que alcanza también a los “hombres de ciencia” y a los filósofos:

¡Escribid, intelectuales!... El siglo que muere debe llevar en su marcha hacia lo infinito, estas conquistas indestructibles: la superioridad y la altivez del talento, sobre la erudición, que transforma al hombre en un espectro decapitado, y lo excelso de la filosofía, que deriva de la observación serena y profunda sobre las escuelas sistemáticas, y arrojar anatemas para los que han contaminado la ingenuidad de la forma, y se han olvidado del arte, arrastrados por el artificio, como si no fuera más fácil ser espontáneos, y abandonarse a las sinfonías que suenan en la inteligencia, y tirarse apasionados a la página, sin ambages, hechos pedazos, desnudos y sangrientos, aunque sea necesario dejar las fibras del corazón en las puntas de las breñas! (I: 338-9)

Este breviario que privilegia el talento a la erudición, la observación a la doctrina sistemática y la espontaneidad al artificio, habría de generar más de una enconada respuesta. Luis Berisso, en un comentario publicado en *La Nación* el 11 de junio de 1898, con el propósito de avalar un libro que cree “llamado a dilatar los horizontes del pensamiento argentino”, no deja de señalar las deficiencias que encuentra en la postura estética de Sicardi:

Con el tiempo, el Dr. Sicardi se convencerá que el arte no está en el atropellamiento. Deliberadamente, conseguirá efectos mucho más intensos que con la irreflexión.

Aprovechar el desbordamiento de la inteligencia y verter los pensamientos en tropel, "tirándose apasionados a la página, sin ambages, hechos pedazos, desnudos y sangrientos, aunque sea necesario dejar las fibras del corazón en las puntas de las brebas [*sic*]"; de acuerdo, pero, a condición de volver luego sobre ellos, de rehacer diez veces la misma plana, de redondear un párrafo antiestético, de fundir un pensamiento en una frase cristalina y perfecta, sujetando la forma al fondo tan íntimamente, que esta última no parezca existir, buscar la palabra definitiva que debe iluminar la situación para que la obra perdure. Y esto es lo que no ha hecho el Dr. Sicardi.

Un año más tarde, Leopoldo Lugones hace de esta cuestión el eje argumentativo de los dos extensos comentarios que dedica al tercero y el cuarto tomo de *Libro Extraño*:

El Dr. Sicardi ignora que esos cánones ["una teoría sumamente peligrosa (...) teoría de la inspiración directa"] son ya piezas de archivo, arrinconadas hace mucho tiempo, como materiales inservibles únicamente para algún "estudio comparativo de los progresos de la estética"; y por no saberlo, palpita de entusiasmo ante su invención, la adopta con ese paladinesco desenfado que le es propio, y se convierte con mengua de su hermoso talento, en apóstol de la causa bohemia, que todos creíamos irremisiblemente enterrada bajo los mármoles armoniosos de Flaubert. (*La Tribuna*, 18 de octubre de 1899)

La libertad de escuela pregonada por Sicardi asusta y enfurece al joven Lugones, quien no ahorra descalificativos contra su ocasional oponente. Desde los temas hasta la sintaxis, desde el estilo hasta la ortografía, todo el *Libro Extraño* demuestra —según Lugones— el "temperamento de caudillo" de Sicardi, una categoría que, en su argumentación, aúna simbólicamente la libertad de la barbarie con la imagen del macho viril:

¿Qué le importan a él las reglas, los cálculos y las formalidades? [se refiere a Sicardi] Su entusiasmo le transporta, su postema de talento le desentaja las suturas del cráneo. *Entra en celo como un macho, y el olor de su propio almizcle lo pone furioso.* (Lugones, *op. cit.*)

No parecería erróneo sostener que la insistencia de Sicardi, en el prólogo publicado en 1902, en torno de la falta de *virilidad* intelectual y de la necesidad de escritores *fuertes* y *viriles*, pueda haber respondido a esta crítica de Lugones que, aunque enmarcada en un tópico de la época, marcó una inflexión en la lectura del libro. Los comentarios anteriores sólo habían señalado, con pocos matices, la posición excéntrica de la obra respecto de la producción conocida y habían ponderado la genialidad de su autor. En cuanto a las deficiencias lingüísticas y estilísticas, habían oscilado entre la ponderación de la originalidad o la justificación de las incorrecciones en pos de la libertad de escuela. El comentario de Lugones, en cambio, encuentra en esta libertad una cuestión de índole “temperamental” que, en su argumentación, es también social y “nacional”. Sicardi adhiere a la libertad de la bohemia —postula Lugones— porque es un macho viril con temperamento de caudillo, una síntesis de la “compleja y turbulenta sociabilidad argentina” y un arquetipo de la “idiosincrasia nacional”. Para demostrar esta tesis, apela a argumentos de orden narrativo, sintáctico, retórico y hasta ortográfico que ejemplifican cómo la libertad de escuela es, en el *Libro Extraño*, sólo virilidad desbocada. Cuatro años más tarde, Sicardi publica, como ya dijimos, el último volumen de su libro y lo

antecede con un extenso prólogo que reivindica su búsqueda de la libertad como una poética de la *virilidad* opuesta a la de las marquesas decadentes:

[y] si por casualidad pasa algún salvaje de melena hirsuta y ojo revuelto que marche como un sonámbulo solitario y derrame de su pluma tinta con olor a macho, los efebos y estetas delinquentes arrugan la nariz y exclaman:
— ¡Puff!! ¡Porquería! Para volver y para siempre al regazo estéril de las marquesas en decadencia, transformados en perritos lanudos y concupiscentes. (II: 383-4)

La virilidad se potencia a su vez en relación con el concepto de salud. Entre las múltiples enfermedades poéticas representadas en el *Libro Extraño* de Sicardi, el libro mismo aparece como la única obra que sigue los principios estéticos e intelectuales *saludables* propugnados por Bohemio y que el personaje sintetiza con la consigna: “libertad intelectual”. Estos principios —ausencia de modelo, de imitación y de escuela, representación de la naturaleza del país mediante la observación y la experimentación, despojo del exotismo, etc.— serían los que Lugones teñiría, a su vez, con un matiz de *virilidad caudillesca* que Sicardi, lejos de desmentir, ponderó positivamente como un valor atinente a la *literatura patriótica y nacional*. Si como grita Bohemio “¡el siglo está enfermo!” (I: 338), la escritura y la lectura de textos saludables, fuertes y viriles puede trocar —en la tesis de Sicardi— la enfermedad en salud. Y en este sentido, no es sorprendente que sea una escena de escritura y de lectura propiciada por mujeres la que permite la divulgación del testamento poético de Bohemio: el *Libro Extraño* de Méndez había sido escrito para Dolores del Río y es presentado a los

lectores en una escena de lectura solicitada por Angélica Méndez, es decir, es un texto mediado por dos mujeres proveedoras de lecturas regenerativas.

La transmutación poética de lo natural

Tanto los principios estéticos de Méndez como los de don Manuel de Paloche, y los de Sicardi mismo, entonces, exhortan a la liberación de las restricciones de las escuelas poéticas *enfermizas* que se oponen a la *salud viril* de los escritores del futuro, de los cuales Bohemio es símbolo por antonomasia. Los personajes que escriben, Méndez y Paloche principalmente, se quejan de la *degeneración* literaria de su época y denuestan por igual el romanticismo, el naturalismo y el decadentismo en boga³⁵⁷. Paloche, rechazado en la Academia de Letras, vituperado por su poema alquimista, reincide en la Sociedad de Artes y Letras. El discurso "estrafalario y poco puesto en razón" que pronuncia resulta una exhortación al abandono de la "poesía meliflua" y el avance hacia una escritura realista que dé cuenta de la naturaleza del país:

³⁵⁷ Respecto del rechazo del naturalismo, *cf.*, por ejemplo, el siguiente fragmento: [Méndez] "Veía a los de su tiempo mojar la pluma en los estercoleros del hueco y en el cajón de basuras, que amanece todas las mañanas en la puerta de las casas con papeles y barro aceitoso, inmunda col y caracuces con tendones y puntas negras de carne. Esa pluma la mojaban los viejos caballeros con espuelas de oro en los torbellino azules diáfanos del firmamento y estallaban de sus puntas astros y auroras y síntesis sublimes de la vida humana, donde la pasión cruje y castañea su sempiterna danza macabra. ¡Oh progreso!" (I: 36).

Hagan la revolución dentro de la naturaleza³⁵⁸. El país está cansado de vuestras auroras decadentes, escritas con los colores muertos de los papeles de forro de las pinturerías! ¡Autores a peso el plato! ¡Escuchen, pues! ¿Para qué tienen oídos? Digan cómo las ciudades despiertan y escuchen la lejana balumba. Escriban las notas del tableteo de los vehículos, el chirrido de las fábricas, el reboato de los trenes que disparan y desaparecen [...] ¡Escuchen, pues! ¿Para qué tienen oídos? La naturaleza suena su orquesta. Escribanla. (II: 94)³⁵⁹

Esta exhortación de Paloche contrasta con la poética romántica y alegórica de Méndez a la vez que coincide con los postulados del Testamento de Bohemio, por una parte, y con los comentarios del profesor Sicardi, por otra. No puede dejar de notarse tampoco —dado el tono de la cita transcripta— cierta anticipación del tono y de los materiales que utilizaría Roberto Arlt varios años después. Pero, volviendo a nuestro corpus, el énfasis sobre el mandato de “escribir lo natural” traza un curioso recorrido que enlaza las figuras ficticias de Bohemio y de Paloche con los

³⁵⁸ Unas páginas antes el narrador comenta que Paloche “Vio que la revolución era una enfermedad crónica y hereditaria y empezó a creer que aquello resultaba una indole. La llamaba idiosincrasia aborigene (*sic*).” (II: 19-20). El tema de la revolución —social, política y/o literaria— aparece una y otra vez en el pensamiento de Paloche en consonancia, obviamente, con las preocupaciones de la época. Decía Ingenieros: “El socialismo se caracteriza porque aspira a la socialización de todos los medios de producción y a la supresión de la existencia de clases sociales dentro de la sociedad humana; siendo consecuencias lógicas de esto la desaparición del estado y de la falsa moral burguesa.

Realizar esa gran transformación es, en el sentido verdadero de la palabra, realizar una *revolución*; luego los socialistas que aspiramos a realizarla somos indiscutiblemente revolucionarios. (...) *Ser o no ser*. Socialistas y revolucionarios son dos cualidades inseparables.” (“Socialismo y revolución”, *La Montaña* 7 [1 de julio de 1897]. Recopilado en Terán 1979:174-5).

³⁵⁹ Y más adelante: “El país está cansado de la estrofa afeminada. La melodía melíflua lo empalaga. Escriban la oda del macho temeraria y bárbara y graben pronto en la inmortalidad la efigie primitiva de este pueblo, antes que las razas limiten con los alambrados y la locomotora la inmane amplitud del territorio. El país no quiere poetas evirados que escriban el encaje y la muselina. La orquídea le sabe mal. Prefiere la corteza áspera del quebracho.” (*LE* II: 96).

postulados sobre el “espíritu nuevo” leídos por Sicardi, en ocasión de la cena en que se celebraba su nombramiento como profesor de Clínica Médica:

El espíritu nuevo (...) dice que puede perdonar la forma exótica, pero exige alma de aquí, calentada por nuestro sol, con todas las lujurias de nuestra naturaleza, no porque no sepa que el alma universal es más amplia, sino porque está persuadido de que aquí hay mucha virginidad susceptible de mucha preñez. En la naturaleza, y en toda esta prodigiosa evolución de razas está la formidable elocuencia creadora. Hay para muchos libros, y partos de esta clase no necesitan forceps. Arremetan no más los literatos pluma en ristre, que haciendo las cosas de este modo el espíritu nuevo garante un cielo glorioso en las letras argentinas. (Sicardi, *La semana médica* V.208 (1898): 290-1)

Cuatro años más tarde, en el prólogo al último volumen publicado en 1902, Sicardi retoma, al presentar su propia poética, las nociones estéticas vertidas en el Testamento de Bohemio, en el discurso de Paloche ante la Sociedad de Artes y Letras y en su propia conferencia: “esta virginal tierra de América (...) ¡Es una diosa que quiere parir y no encuentra quien la fecunde!” (II: 382). Es necesario, dice Sicardi, escribir la naturaleza y la transformación actual de las ciudades. Paloche, el curandero, recuerda también que no hay transformación terapéutica, literaria ni política producida desde poder sugestionador alguno. “¿Qué diría usted [habla con Carlos Méndez] si yo le afirmara, por ejemplo, que las revoluciones no se decretan, ni la religiosa, ni la política, ni la literaria, y que cuando aparecen escritas ya están hechas hace tiempo?” (I: 241). Es el pueblo quien genera —en términos de Paloche— la transformación y no una fuerza

sugestionadora externa a él, tal como proponían las teorías hipnóticas de la época. Las consecuencias de tamaña modificación en el punto de vista médico, que más consenso había alcanzado, no son pocas. Tan sólo en el dominio de lo literario, Paloche extrae una conclusión que asegurará la perdurabilidad del *Libro Extraño*:

Fijese usted don Carlos; aquí mismo alrededor nuestro se está haciendo la transformación literaria. En estos suburbios y en cada casa pobre se están operando una completa metamorfosis del idioma y llenándose de ricos y exuberantes y pintorescos modismos, que han de ensanchar su órbita, como los círculos concéntricos, hasta invadirlo todo. ¿Es esta afirmación también una paradoja? ¿Ya no está nuestro idioma elaborándose entre los pobres? ¿No le parece a usted que habrá que tener mucho en cuenta esta tenebrosa y lenta y paulatina incubación para más tarde cuando ya se haya hecho sangre y conciencia universal en nosotros? (I: 244)

Varias décadas después, cuando la obra de Sicardi había pasado ya a formar parte del patrimonio literario del olvido, Manuel Gálvez rescataría el *Libro Extraño* precisamente por esta valoración fundante entre transformación literaria y lengua del suburbio.

En su visión alquímica, pero también higienista de lo literario, Paloche creía que la novela nacional no se configuraría a partir de la imitación de las tendencias europeas, sino en la transformación de los elementos naturales del país. Así como la transmutación de la materia era uno de los principios fundamentales de la alquimia, la transmutación literaria de lo natural era uno de los principios de su poética. En la transformación estética de la naturaleza, pero no en el naturalismo, se

produciría, según Paloche, la literatura nacional del futuro, pues en el presente sólo nota una ausencia de originalidad y un exacerbado interés por el naturalismo zoliano:

Las letras están sometidas y está prohibido tener estilo individual y pensamiento. Hay que seguir a Francia. Lo que no sea eso, resulta rural e insoportable. Los escritores desdeñan el tema de la tierra y no conocen la observación. Hasta los argumentos de sus libros suelen ser europeos. El que se atreve a romper el cerco es *oveja ruin*. Aquello es lo distinguido. Es preciso amar a Zola, porque ha destruido mucha gazmoñería, se ha metido en las casas y vive escondido en los roperos perfumados entre los rasos y el encaje de Inglaterra. (II: 44)

Este ambiguo distanciamiento de la tendencia naturalista dominante, paralelo y equivalente al distanciamiento entre pensamiento clínico y alquímico, ubica al ahora homeópata —y a su amigo, Herzen— en la posición de *raros*:

Eran unos raros que creían que en este país no era lo mejor hacer versos y a pesar del encanto de las musas, tal vez fuera preferible hacer un poco de patria. (LE II: 89)

Herzen, también un escritor como la mayoría de los personajes de la novela genealógica, era un degenerado hereditario, pero a diferencia del resto de los psicópatas de la novela, hace de su identidad enfermiza un desafío que rechaza la ayuda médica:

—Déjeme seguir mi camino. No me arrebaté al ensueño. Ya he nacido así. ¿Para qué quiere que yo sea sano y fuerte? He heredado el alma de mi madre; déjeme seguir mi camino. Le agradezco mucho y a pesar de sus palabras y de sus consejos, yo sigo enamorado de este arte enfermo, de la bruma de las medias tintas y de la miniatura de marfil. Perdónele a mis

pobres duquesas, a mis lagos muertos, a los cisnes que no tienen alas. (II: 228)

Su figura se destaca entre las historias de degeneraciones literarias porque es el único personaje exclusivamente dedicado al arte, aunque comparte con el resto los atributos enfermizos de la poética que sostiene:

[Herzen] era un decadente de esos que construyen la urna para guardar las cenizas del arte (...) Yo [Méndez] le dije muchas veces: sea espontáneo si quiere ser grande. Olvide sus duquesas de cabellera empolvada, las fuentes de los jardines artificiosos, los arabescos de las regias mansiones, donde viven las larvas de la realeza, el estanque quieto y mefítico, donde nadan cisnes que ya no tienen alas y acuérdesese del torrente que salta de peñasco en peñasco, saturado de luz y de ozono y del águila que extiende las alas y rema en las alturas salvajes. Viva dentro de las vírgenes naturalezas de su tierra. (...) Crea en el arte sano, en el arte que tiene el músculo robusto y la sangre roja. No viva en el ensueño y no olvide que los pálidos están cerca del sepulcro y que pueden tal vez llevar lo exquisito en el arte hasta el feminismo, pero no serán nunca ni sacerdotes, ni apóstoles, ni genios, ni mártires." (II: 227)

Ni los consejos de Méndez ni los de Paloche logran modificar el decadentismo congénito de Herzen, quien muere, neurópata y morfinómano, en los brazos piadosos de Catalina Méndez, madre simbólica de todos. Es evidente, sin embargo, que la similitud especular entre las duquesas y los cisnes de Herzen y los poemas ya publicados por Darío y sus seguidores no puede haber pasado desapercibida en la época y que, en consecuencia, la historia de Herzen debió de haber sido leída con diferente interés y disposición que la de los otros personajes. Por otra parte, la relación de amistad entre Herzen y Paloche puede ser leída también como

representación ficcional de la relación entre Darío y Sicardi, pues, así como la crítica ha señalado reiteradamente la presunta identificación entre la poética de Sicardi y la del personaje de Carlos Méndez, cabría analizar también otras proyecciones autobiográficas tanto o más consistentes que la señalada. Lugones ya había observado que las ideas estéticas de Sicardi eran sostenidas en la ficción, no por Méndez, sino por don Manuel de Paloche:

Pero no discutamos con don Manuel de Paloche, cuyas facultades mentales no inspiran confianza ni siquiera al autor. Lo extraño es que este lo haya elegido para vocero de sus teorías estéticas, precisamente cuando debía estar más desequilibrado que de costumbre, pues venía de una trifulca a balazos, con un manteo de más y varios discursos de menos en la pelleja, y para colmo sin haber comido, desde por la mañana, según se infiere. Todas condiciones muy propicias, como se ve, para la ilación de un discurso literario. (*La Tribuna*, 18 de octubre de 1899)

Lugones se refiere, evidentemente, al segundo apartado del volumen *Don Manuel de Paloche* en el cual, como ya dijimos, Paloche reproduce parcialmente frases del Testamento de Bohemio, del discurso de Sicardi en ocasión de aceptar su cargo de profesor en la universidad y del prólogo que el autor habría de escribir para el último volumen, *Hacia la justicia*³⁶⁰.

Tampoco es éste el único caso en el que Sicardi introduce en la ficción un texto no ficcional o, viceversa, un fragmento de la ficción aparece publicado como un texto no ficcional. El volumen *Hacia la justicia*, por

³⁶⁰ El discurso completo, titulado "La ciencia, la universidad y el espíritu nuevo", fue publicado por *La semana médica* V. 208 (1898): 289-291.

ejemplo, incluye las "Memorias de Enrique Valverde para su hijo" como discurso referido dentro de la novela. Un año después, en 1903, un texto que reproduce palabra por palabra este manuscrito fue publicado, en forma independiente, en los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría* con el título "La vida del delito y la prostitución. Impresiones médico-literarias", con la firma de Francisco A. Sicardi y la aclaración "Profesor de la Facultad de Medicina de Buenos Aires". Las impresiones carcelarias del manuscrito de Valverde, a quien el personaje de Méndez recrimina el desprestigio que ha dado a su profesión de médico, están socavadas por la falta de autoridad narrativa del enunciador, caracterizado una y otra vez, en la novela, como un tipo médico denigrante para la profesión, merecedor del rechazo y la injuria de Méndez o Paloche. Las impresiones del doctor Sicardi, en cambio, están legitimadas por su condición de profesor de la universidad y médico prestigioso, así como por el espacio editorial donde fueron publicadas.

Esta identificación paradójica, por la cual el médico Sicardi asume para sí las palabras del personaje más vituperado en la ficción por su rol médico³⁶¹ y también las palabras de un curandero y alquimista, permite sospechar de la pretendida proyección autobiográfica de la figura de Carlos

³⁶¹ Ara llega a opinar: "El documento que deja Enrique Valverde para su hijo es de un cinismo sin concesiones". (1965: 32.).

Méndez que ha sostenido tradicionalmente la crítica y muestra, en cambio, un entramado o mosaico de interdiscursividades mucho más complejo.

Lecturas degenerativas

Las historias de las familias de degenerados hereditarios, narradas en los cuatro primeros libros, se cierran en un volumen cuyo título proyecta el alcance simbólico de las historias ejemplares: *Hacia la justicia*. Muertos ya Enrique Valverde, Genaro, don Manuel de Paloche y Carlos Méndez, son las vidas de sus descendientes las que organizan la trama del último libro.

Las vidas de los hijos de Valverde, de Méndez y de Errécar encarnan las tres trayectorias posibles en el itinerario ejemplarizador. Las dos primeras historias —la del anarquista Valverde y la del católico Méndez— son historias de degeneración y regeneración, respectivamente. Mientras el conventillo y las lecturas anarquistas potencian en Germán Valverde la fatalidad de la herencia, Ricardo Méndez logra regenerarse por la influencia de un medio familiar que lo favorece y lo guía en la lectura de los clásicos y del Evangelio. La última historia, en cambio, es la de un *espíritu libre*: “¡Ni católicos, ni socialistas, ni anarquistas! —propone Elbio Errécar— Hay algo superior a todo eso: ¡ser libres!” (II: 573). Él disfruta de las bondades de la *nueva raza*, exenta del estigma hereditario y de las lecturas

perniciosas, pues los Errécar no son ni han sido lectores o escritores de literatura. El padre, Martín, sólo había intentado unos poemas de enamorado que su mujer se había encargado de archivar en un cajón³⁶² y su hijo aparece abocado a la profesión médica, lejos de los devaneos literarios de los Méndez. La degeneración de éstos, en cambio, y la de los Valverde aparece intrínsecamente unida a la lectura. Germán Valverde, hijo de una “cortesana” y del médico cínico que había enfrentado a Méndez y a Paloche en el primer volumen, se pierde tanto por su marca de origen como por la influencia de las *malas* lecturas:

No leía sino libros que estudiaban la vida de los criminales y los que por defender a los pobres predicaban el desorden y la anarquía. (...) Una ira sorda se apoderaba en aquellas lecturas del corazón de Germán. Era violento, irascible, indisciplinado. Más de una vez fue a dar al calabozo, y en el cuartujo estrecho, bajo la luz escasa de una ventanilla, las horas enteras seguía leyendo sus libros. Estaban prohibidos en el colegio; pero la astucia le servía para ocultarlos. Así se apasionó por la blasfemia. (II: 423-4).

Si bien Valverde es un “producto del hacinamiento [del conventillo], corolario del lupanar”, una y otra vez el narrador enfatiza la importancia de los libros en la configuración del anarquista:

³⁶² *Cfr.* “[Martín Errécar] sabía poco de usos sociales, como que toda su vida no había hecho sino trabajar para educar a sus hijos. Era sencillo y fuerte. Cuando vino de Europa, muchachón de veinticinco años, tenía el pecho robusto y los brazos musculosos, muchas esperanzas y el alma brava. (...) Se enamoró de una mujer y se casó, no sin que esta pasión despertara en él algunas sensaciones de artista. Escribía versos para ella, unos pobres pensamientos que le brotaban de la pluma sin ningún arte, con la fluidez límpida de un manantial. Eso nadie leía sino la compañera de su vida, para la cual, aun muchos años después, tenían misteriosos encantos aquellos papeles amarillentos guardados en la cómoda.” (LE II: 404)

Los libros son muy capaces de modelar almas, y ese corolario de lupanar y del cinismo que tuvo niñez triste, se hizo a través de aquellas páginas [lecturas anarquistas] un adolescente tétrico. (II: 427).

Unos años antes, Lombroso había unido anarquismo y degeneración en dos obras: *Il delitto politico e le rivoluzioni* (1890) y *Gli anarchici* (1894). En esta última obra, estipulaba que los anarquistas sufrían anomalías corporales hereditarias y que su influencia tenía los efectos de una epidemia. Proponía reducir “el problema [anarquista] a una cuestión de medición de cráneos y del cálculo del mayor o menor desequilibrio mental de sus protagonistas”³⁶³. En Buenos Aires, los ecos de este pensamiento lombrosiano pueden detectarse en un opúsculo de Miguel Cané sobre la *Expulsión de extranjeros*, que apareció en 1899, y en varios trabajos de Francisco de Veyga y de José Ingenieros (Vezzetti 1985: 214-221). Sin embargo, en la novela de Sicardi la tesis de Lombroso sobre la degeneración nata de los anarquistas aparece fuertemente contaminada por la idea de la influencia del medio en la configuración del criminal. En el mismo nivel que la herencia aparece el problema de la educación. Ya Ingenieros observó esta doble implicación en la figura de Valverde:

Germán, como encarnación del “meneur”, es un tipo psicológico acertado. *Un individuo es la resultante de su herencia psicológica y de las sugerencias que recibe constantemente del medio en que vive, su educación; (...)*

³⁶³ Cesare Lombroso, *Gli anarchici*, Turín, 1895: 61. Citado en Huertas García-Alejo 1987: 132.

El Germán de *Hacia la justicia* sintetiza todos los tipos [de anarquistas], porque es ante todo un desequilibrado y, de una manera negativa, un degenerado superior. (Ingenieros 1902: 339-340. El énfasis es nuestro)

El poder sugestionador de la lectura contribuye a consolidar la matriz degenerativa. Por esta razón, quien intenta que sus hijos sean excluidos de la fatal determinación de la herencia, como Carlos Méndez, advierte el peligro implícito en los libros y prefiere, en su lugar, la observación de la realidad:

He vivido mucho entre las familias [reflexiona Carlos Méndez]. He observado mucho. (...) Por eso no debe uno creer demasiado en los libros y para cuando nuestros hijos marchen en la vida, es menester enseñarles que se vive más dentro del juicio observando que leyendo. (II: 175-6)

La advertencia de Méndez apoya la reconversión de su hijo Ricardo, quien también había comenzado a leer textos nocivos. Leía *Werther*, “un libro malo” cuya sola mención sobresalta al padre y atemoriza a la madre:

Werther no tiene la culpa [explica Carlos Méndez]. Era un espíritu enfermo, un débil...; pero su lectura es ponzoñosa y contamina. (II: 170)

El libro aparece en el dormitorio del joven, al lado de la pistola que presagia el cumplimiento de la herencia suicida. Unos días después, aparece también *Hamlet*. Pero las oraciones piadosas y las buenas lecturas de Dolores, la madre, y de Angélica, la hermana, lo apartarán de la *mala* influencia literaria y lograrán, finalmente, salvarlo del suicidio. Esta última, a diferencia de Ricardo, lee, “alegre como la alondra”, la vieja historia ejemplar de Isabel Insuriz con la que su abuela Catalina había logrado

regenerar a su padre (II: 207-209). Entre una y otra, velan el sueño del joven y lo inducen a cambiar de lecturas, hasta que Ricardo decide encerrarse en su cuarto de estudio a leer toda la historia universal:

De sol a sol se lo veía con el libro en la mano, mientras el alma de los escritores entra en su inteligencia y por la noche, en el silencio de la casa, cuando todos duermen, su cuarto queda con luz y de rato en rato se oye el aleteo de la página que él da vuelta. Su mente se abrió. Las pasiones escritas, las naturalezas cantadas y todo el ímpetu ingenuo y vigoroso de los grandes le entregaron sangre roja y generosa. Se enamoró del pasado. (...)

Ricardo leía, subyugado por la genial grandeza de los salmos, las horas enteras en su cuarto solitario (...) Desde entonces, en esas lóbregas noches de la leyenda, él sentía tañer los nocturnos que escriben *el poema de la inquietud humana*, igual en todos los tiempos. (...) Así vivió mucho tiempo. La epopeya asombró su mente juvenil. (...) Dolores lo vigilaba. Apenas si de cuando en cuando ella veía sobre su mesa de estudio alguna historia de amor, algún canto (...) Leía Ricardo la leyenda eterna de la adolescencia, la melopea del Fénix que resurge con las nuevas generaciones (...) Eran historias las que leía Ricardo de amores heroicos... (...) Eran libros los que leía Ricardo, que escriben las leyendas del mar... (...)

Así vivía Ricardo, siempre solo, siempre leyendo. (II: 299-307. El énfasis es nuestro³⁶⁴)

Los valores maternos de las *buenas* lecturas esparcen así su bálsamo recuperador. No sólo se aleja Ricardo de las *malas* obras literarias sino que también comienza a escribir como su padre:

Los libros profanos fueron arrojados. El no leía sino la vida de los predicadores y de los mártires (...) Del padre heredó alma de poeta. Escribía. Sus versos tenían sabor de Evangelio. (II: 495).

³⁶⁴ *La inquietud humana* es el título del último trabajo en prosa publicado por Sicardi en 1912.

Y su predilección por los libros y los escritos religiosos señala también los cambios intelectuales y sociales producidos en una década. La regeneración de Carlos Méndez había sido posible por la lectura de leyendas medievales; la de su hijo Ricardo, en cambio, se hace por medio de piadosas lecturas que ponen en evidencia el crecimiento de la impronta de la Iglesia Católica en el ambiente intelectual de la ciudad.

La lengua de la literatura nacional

En estas historias de médicos y pseudo-médicos, escritores y lectores, es posible entrever además una reflexión, y un debate, en torno de la lengua que habría de configurar la buscada *novela nacional*: “[E]n el cambio violento de las cosas —dice el narrador del tercer volumen— hasta el idioma se va transformando.” (II: 5). La postura de Sicardi, reiterada una y otra vez, tanto en los cinco volúmenes ficcionales como en sus discursos académicos, propugna el uso libre del idioma en beneficio de la “lengua del suburbio”:

En letras, el espíritu nuevo significa absoluta libertad de pensar y sentir y necesidad de metamorfosis de fondo y forma en el idioma. Conviene no asustarse porque entre un chorro de polen americano en la vetusta y majestuosa lengua. De todos modos con susto o sin él, ya está el polen adentro. Exige también la existencia de prototipos intelectuales que sean como el pedestal a erigirse a las letras argentinas. Para

esto cree que no debe buscarse la perfección, atributo divino, y afirma que ese error es la causa de todas las decadencias. Eso no se busca. Se encuentra a ratos por supuesto y raramente. Entonces lo que conviene es que cada uno lleve a la creación su propia idiosincrasia. En Arte piensa lo mismo, y dice que puede perdonar la forma exótica, pero exige alma de aquí, calentada por nuestro sol, con todas las lujurias de nuestra naturaleza, no porque no sepa que el alma universal es más amplia, sino porque está persuadido de que aquí hay mucha virginidad susceptible de mucha preñez. En la naturaleza, y en toda esta prodigiosa evolución de razas está la formidable elocuencia creadora. Hay para muchos libros, y partos de esta clase no necesitan forceps. Arremetan no más los literatos pluma en ristre, que haciendo las cosas de este modo el espíritu nuevo garante un cielo glorioso en las letras argentinas. (*La semana médica* V.208 -1898 : 290-1)³⁶⁵

El peculiar uso de la lengua que proponía Sicardi no pasó desapercibido entre sus contemporáneos, quienes centraron en este aspecto la mayor parte de sus comentarios. En algunos, primó el desconcierto ante una producción que desafiaba los estilos conocidos: "porque el libro es raro —decía Roeber—, es genial, y porque Sicardi no es romántico, ni idealista, ni naturalista, ni decadente, y lo es todo al mismo tiempo, sobresale por encima del nivel común" (*La Nación*, 8 de octubre de 1894). Otros señalaron, en cambio, la falta de unidad narrativa: "el defecto capital estriba, a mi ver —escribe Groussac—, en la absoluta carencia de unidad y de plan", "sin unidad en el conjunto"³⁶⁶. Casi todos coincidieron, sin

³⁶⁵ Idénticas palabras son también pronunciadas por don Manuel de Paloche ante la Sociedad de Artes y Letras (II : 99).

³⁶⁶ Paul Groussac: "[n]o es un libro hecho; no encuadra, como decimos, en una escuela" (*La Nación*, 3 de agosto de 1894).

embargo, en la sorpresa ante la incorporación de una lengua diferente: "Donde han variado las opiniones —decía ya el primer comentario de Mansilla— es respecto de la forma, llena de giros nuevos, inesperados, desconocidos", "¡Qué estilo! tan difuso; ¡qué giros! tan arcaicos; ¡qué proporciones en la frase! tan desmesurada".

Por último, la tan esperada voz de Rubén Darío, insistió en el uso "inaudito" de la lengua:

Libros extraños que halagáis la mente
en un lenguaje inaudito y tan raro...³⁶⁷

El arbitraje de Darío, "cuya autoridad literaria era respetada con justicia", había sido reclamado con insistencia tras la publicación de cada uno de los volúmenes de *Libro Extraño*³⁶⁸. Pero Darío no dedicó más que algunos comentarios dispersos a la obra de Sicardi; la mayor parte de ellos, entre la apología y la perplejidad por una producción en los márgenes de los

³⁶⁷ *El canto errante*, "Libros extraños", Dedicado a Francisco A. Sicardi: "Libros extraños que halagáis la mente/ en un lenguaje inaudito y tan raro,/ y que de lo más puro y lo más caro, / hacéis brotar la misteriosa fuente; / inextinguible, inextinguiblemente/ brota el sentir del corazón preclaro,/ y por él se alza un diamantino faro / que al mar de Dios mira profundamente.../ Fuerza y vigor que las almas enlaza,/ seda de luz y pasos de coloso,/ y un agitar de martillo y de maza,/ y un respirar de leones en reposo,/ y una virtual palpitación de raza;/ y el cielo azul para Orlando Furioso."

³⁶⁸ *Cfr.* "Rubén Darío, que nos ha dado largas y substanciosas lecturas acerca de la literatura rusa y de la poesía decadente (...) no ha tenido una palabra —escrita al menos— para el *Libro extraño* de Francisco A. Sicardi (...) Y, en verdad, mi amigo el Sr. Rubén Darío, cuya autoridad literaria se respeta con justicia, hubiese podido interpretar a Sicardi...". (Christian Roeber, "Una memoria de otro tiempo. Francisco A. Sicardi. Su *Libro extraño*". *La Nación*, 8 de octubre de 1894).

Cuatro años más tarde, Luis Berisso hace un reclamo similar: "Anuncióse varias veces el juicio de Rubén Darío, pero el tiempo ha ido pasando, y este escritor y otros con igual o mayor autoridad, que podían hacerlo, no lo han hecho. Yo me he preguntado más de una vez: ¿por qué ese silencio unánime en torno de este libro?". ("Un libro extraño". *La Nación*, 11 de junio de 1898).

modelos vigentes. En su *Autobiografía*, por ejemplo, recuerda al autor como uno de sus médicos personales y, respecto del libro, comenta:

... obra extraordinaria y desigual tiene cosas tan grandes que pasan los límites de la simple literatura.

Su *Libro extraño* es de lo más inusitado y peregrino que haya producido una pluma en lengua castellana. (1962: 123)³⁶⁹.

Ya en 1896, cuando sólo se conocía el primer volumen de *Libro Extraño*, Darío había publicado una carta a Menéndez y Pelayo en la que planteaba el problema que habría de generar la mayor parte de las críticas posteriores. Sicardi no domina la lengua y en esto reside el mayor defecto de su libro:

El día en que un escritor argentino casi desconocido, Sicardi, escribiese sus obras con el respeto que merece nuestro noble idioma y juntase a su poderoso numen el dominio de la lengua, ¿sabe el ilustre Menéndez y Pelayo que quizá sería descubierta en Europa la América mental? Y con Sicardi algunos otros que forman hoy la esperanza de una futura gloria para el pensamiento hispanoamericano.... (*La Nación*, 8 de marzo de 1896)³⁷⁰

En torno de esta incorrección en el uso del idioma que, en el comentario de Darío, aparece sólo como *falta* para alcanzar cierta *futura gloria* del pensamiento *hispanoamericano*, Lugones planteará, en 1899, un problema de *índole nacional*:

³⁶⁹ También en «El Modernismo» (recogido en *España contemporánea*), Darío hace un comentario similar: «... esa vasta, rara y complicada trilogía de Sicardi» (pág. 272). Citado en Carilla 1967: 171, nota 14.

³⁷⁰ Rubén Darío, «Menéndez y Pelayo III» (Citado en Carilla 1967: 171, nota 14).

El Dr. Sicardi viola la sintaxis con un desenfado incomparable. Si la ley no se ajusta a su ritmo, le quebranta él las vértebras para plegarla. Después... que se arregle el lector como pueda. *He aquí un vicio nacional*. No se reflexiona que el consenso de autoridades probadas, a esa ley, así como su satisfactorio ejercicio, le comunican una estabilidad que no puede subordinarse al capricho. No, se aplaude el asalto más bien, o por lo menos se le ve con buenos ojos. *Es que nosotros seremos siempre caudillo o acaudillados. No comprendemos la autoridad, si no se halla transformada en poder.* (*Revista Buenos Aires*, 9 de abril de 1899. El énfasis es nuestro)

De la violación de la sintaxis a la violación de la ley y de los vicios del idioma a los vicios nacionales, Lugones traza un panorama de los defectos de la *montonera* literaria *acaudillada* por Sicardi, que prefigura las matrices autoritarias recurrentes en su trayectoria de escritor³⁷¹. Sicardi usa mal la lengua, dice Lugones, pero el problema se agrava por su *temperamento de caudillo* que siempre ha de encontrar discípulos prontos a aplicar su teoría de la inspiración directa, “con la decisión que aquí se tiene por todo cuanto implica una sublevación en contra de algo”³⁷². *Horda*,

³⁷¹ María Teresa Gramuglio ha analizado las estrategias de inserción de Lugones en el naciente campo intelectual de la época y su relación con el nacionalismo: “[e]n el contexto argentino de 1897 [fecha de publicación del poema inicial “Los mundos”], anterior a la formación de los movimientos nacionalistas y a las formulaciones de sus programas, y ya lejanos los proyectos de la generación del '37, esta figuración [la del Poeta intermediario entre los hombres y la divinidad] se encuentra con un estadio difuso del sentimiento nacionalista, que no ha encontrado aún en el campo intelectual su nuevo lenguaje, esto es, su léxico, sus motivos, sus tópicos, sus símbolos, su imaginería: en otras palabras, su propio programa estético; no halla, por lo tanto, referentes concretos en los espacios literario y social.” (1993: 11).

³⁷² Cfr. “El Dr. Sicardi es un caudillo. (...) en este poeta de vasta aunque descosida envergadura, predomina, ante todo, el temperamento del caudillo.” (*Revista Buenos Aires*, 9 de abril de 1899). En el segundo comentario, retoma el mismo tema. Cfr. “En nuestro país, tan inclinado a las dictaduras, (...) sus teorías estéticas que son, en resumen, la consagración de la libertad despatarrada, grata al espíritu criollo, han de encontrar discípulos prontos a aplicarlas, con la decisión que aquí se tiene por todo cuanto implica una sublevación en contra de algo.” (*La Tribuna*, 18 de octubre de

intransigencia, fanatismo, desequilibrio, despilfarro... el comentario de Lugones se hace cada vez más mordaz e iracundo. Como conclusión: “un libro monstruoso” y un comentario que, a partir de una reflexión sobre la *autoridad* literaria, avanza sobre lo que considera el nefasto poder de las multitudes y de los caudillos³⁷³. No analizaremos aquí las implicaciones de estos comentarios en la trayectoria literaria e ideológica de Lugones, aunque el grado de belicosidad de la crítica demuestre sin duda una estrategia más entre las múltiples que Lugones despliega en esos años, en su intento de construir un lugar de autoridad para su figura de escritor. Sin embargo, y paradójicamente quizá, el ensañamiento con que lee el libro de Sicardi contribuye, más que a denigrar una obra que no había merecido hasta el momento más que algunos comentarios tangenciales, a reubicar al médico escritor en el espacio letrado de la ciudad. Quien hasta entonces había sido catalogado poco más que como un degenerado superior, a partir del ataque de Lugones ocupa la posición central de antagonista, en el debate respecto de la lengua y de los temas que deberían corresponder a una literatura que

1899).

³⁷³ En ese mismo año, 1898, José María Ramos Mejía había dado a conocer su estudio sobre *Las multitudes argentinas*, al que Lugones le dedicó también un extenso comentario crítico. Su posición ante el caudillaje presenta, esta vez, matices diferentes: “En mi opinión, el Dr. Ramos Mejía se muestra injusto hacia el caudillaje, con detrimento de su tema. Deja de admirar a la multitud cuando es más admirable precisamente; cuando está haciendo algo más que incorporarse a la nacionalidad (217!), cuando la está constituyendo y fortificando.

Ya es tiempo de reconocerle al caudillaje, entre otros este mérito, y el de haber presentado e intentado la realización de un ideal que los hechos tienen justificado, y que puede formularse así: Buenos Aires para la nación; no la nación para Buenos Aires. Las multitudes que, por una u otra causa, tuvieron este trascendental pensamiento político, bárbaros o no, acertaron, y por esta sola causa merecen toda la atención, todo el respeto de la posteridad”. (Lugones, 9 de noviembre de 1899).

respetara la *idiosincrasia nacional*³⁷⁴. Ningún comentarista había reparado, antes de Lugones, en el peculiar énfasis de Sicardi en la configuración de su *Libro Extraño* como una genealogía de la nación, que, ante la declinación “de la vieja alma nacional”, debía de escribirse en la lengua del suburbio de modo de desenmascarar las patologías implícitas en el resto de las poéticas vigentes. Es él, entonces, quien, ya en 1899, otorga a Sicardi un lugar en el núcleo intelectual de la época y a su obra, la categoría de novela representativa de la *idiosincrasia nacional*. Los dos valores que permitirían que, varias décadas después, Manuel Gálvez reconociera a Sicardi como un precursor fuerte:

... cuando lo conocí y lo traté con frecuencia, yo, como casi todos los muchachos escritores, simpatizaba con la doctrina del arte por el arte. Y él no aceptaba sino lo humano, despreciando lo literario. Su fórmula era, sin que acaso él nunca la definiese, la del arte por la vida. (...)

También estábamos en desacuerdo con él los muchachos —me estoy refiriendo a los años de 1903 y 1904, antes de nuestra evolución hacia el nacionalismo literario—, con respecto al valor de los temas novelísticos que podían ofrecer al escritor las cosas y los seres de nuestro país. Influidos entonces por la literatura francesa, yo opinaba, como todos mis compañeros, si no me equivoco, que aquí no había temas para hacer grandes libros. Esta era también la creencia de toda la gente culta, a pesar del *Facundo* y del *Martín Fierro*. Sicardi opinaba lo contrario, y no hay para qué

³⁷⁴ Cfr., por ejemplo, la reflexión de Carlos Pellegrini en torno de la representación literaria de lo nacional, en la introducción que escribe para el folleto de Martínez y Lewandowski, con la intención explícita de atraer inversores extranjeros: « Ce n'est pas dans les livres que l'on peut étudier la nationalité argentine, car un pays, emporté si rapidement dans un courant de progrès matériel, n'a que peu le temps de s'observer lui-même. Il n'a pu encore former une sociologie ou une littérature où se refléterait le caractère dominant de la génération; c'est donc par voie d'enquête et en analysant des faits que l'on peut dégager cette nationalité des divers éléments étrangers qui ont contribué à sa formation. » (Martínez y Lewandowski 1906: 9).

decir que la razón estaba de su parte. (Gálvez 1961, I: 113.
El énfasis es nuestro)

Sicardi había explorado un cúmulo de temas, de personajes, de escenarios y de variedades lingüísticas que los escritores de las décadas siguientes utilizarían en la narración de la llamada novela argentina. Como es sabido, los personajes marginales, el suburbio, el conventillo, las transformaciones urbanas y, sobre todo, el registros de los nuevos usos de la lengua fueron los materiales que nutrieron la configuración de la novela nacional. Desde las ficciones de Gálvez a las de Arlt, puede decirse que la mayor parte de los materiales literarios utilizados en las décadas siguientes, ya habían sido explorados en el *Libro extraño* de Sicardi y que, por esta misma razón, habría sido considerado un libro *extraño*.

EPÍLOGO

Ficciones científicistas

FICCIONES CIENTIFICISTAS

Desde la excéntrica figura de Holmberg —un “genio exótico en nuestra civilización”³⁷⁵— hasta la del *genialoide* Sicardi, hemos estado leyendo *curiosos, raros y extraños* textos de escritores no menos extraños. Leímos, primero, las *fantasías científicas* de un naturalista interesado en la producción de taxonomías, pero también en la escritura de *juguets literarios, discutibles y policiales*. En sus debates y en sus *casos* percibimos cómo la ficción le ofrecía la posibilidad de discutir y ponderar los distintos saberes —científicos y pseudocientíficos, racionales e irracionales— que explicaban la configuración de lo real y, sobre todo, sus límites desasosegantes. En segundo término leímos, en algunos textos médicos, las zonas de contacto entre un discurso que pretendía haber alcanzado un grado de especificidad disciplinaria y las seculares e *irracionales* estrategias de la ficción literaria. En las pericias médico-legales de Wilde o en los casos clínicos de Ramos Mejía, de Podestá y de Sicardi, intentamos señalar algunas de las matrices de la ficción realista y, específicamente, de su núcleo narrativo básico: el caso. En tercer lugar leímos, en los cinco volúmenes de Sicardi, la confrontación ficcional de las estrategias y la retórica del dominante paradigma clínico en relación con un conjunto de saberes y prácticas tan dispares como la alquimia, la homeopatía, el anarquismo

³⁷⁵ En el capítulo segundo, consignamos este comentario de García Mérou ([1891] 1982: 129). Unos años más tarde, también Darío lo recordaría como un “espíritu singular” ([1912] 1968: 106).

o el decadentismo y los vertiginosos cambios sociales y políticos producidos en la última década del siglo. En todos textos, leímos también la trama de sus relaciones con especial énfasis en el proceso de su recepción y en los debates sobre los materiales, las prácticas y la lengua propuestos para la configuración de la llamada literatura nacional.

Entre ficciones que proveían una trama narrativa a temas, tópicos y saberes científicos de escasa legitimidad disciplinaria y textos pretendidamente científicos que se apropiaban de las estrategias discursivas de la ficción, hemos sobrepasado los límites genéricos pautados por la institución literaria y leímos, en unos y en otros, la densa imbricación finisecular de estrategias y prácticas científicistas. Es decir, de estrategias que —según la clásica definición de André Lallande— presuponen “la idea de que el espíritu y los métodos científicos deben ser extendidos a todos los dominios de la vida intelectual y moral sin excepción” ([1953] 1967: 146).

El análisis de estas estrategias a través de diferentes disciplinas, saberes y modalidades discursivas, nos permitió conjeturar la función simbólica y práctica que cumplieron en la negociación de tensiones y conflictos en el espacio de la cultura y también en el espacio social. Pues es evidente que la cantidad, la variedad y la intensidad de los debates reseñados en los capítulos precedentes no avalan la hipótesis que tradicionalmente otorgó cierta homogeneidad a los discursos y a las prácticas del grupo dirigente sino que revelan, más bien, la conflictiva heterogeneidad étnica, social e ideológica de la elite letrada. Si se recuerdan los debates que atravesaban otras zonas del

espacio cultural, se encontrará en estos una clave para la comprensión de que, después de la aparición de estos curiosos “trabajos literarios” —como sintetizaba, con más estupor que certeza, Norberto Piñero—, se discutiese con tanto fervor en torno de sus ideas científicas y, con tan escaso interés, sobre sus valores estéticos. Más allá de la ficción, las luchas que impregnaban el campo del poder se traducían en debates sobre la fundamentos epistemológicos que configuraban tal o cual personaje y sobre sus posibilidades o imposibilidades de adecuarse a un proyecto de nación que, evidentemente, provocaba tantas adhesiones como disidencias. Las teorías de la degeneración, de la herencia, de la sugestión, de la variabilidad de las especies, entre tantas otras, proveían un trama discursiva que permitía debatir sobre conflictos profesionales que no podían ocultar sus orígenes étnicos, sociales y políticos. En estos debates, como ya había advertido tempranamente Holmberg, las ficciones aparecían como el medio más idóneo para “presentar la verdad en nuestro tiempo”.

Lejos de ser un “elemento hostil”, la ficción habría tenido en la época un poder de intervención en la dimensión social mucho más importante que el asignado a otro tipo de discursos y, al mismo tiempo, habría encontrado en el discurso científico una pródiga fuente de legitimidad³⁷⁶. Un perspicaz observador del “movimiento intelectual” en las últimas décadas del siglo, provisto incluso de una de las primeras estadísticas culturales conocidas,

³⁷⁶ Respecto del campo intelectual francés, Baguley observó, por ejemplo, la peculiar apropiación de la ciencia manifestada por Zola: “La science et les oeuvres scientifiques étaient donc pour Zola à la fois un moyen de défense contre les détracteurs du roman naturaliste, un modèle pour le récit objectif, une garantie d’authenticité, une source de sujets dramatiques.” (Baguley 1990: 43).

comenta la posición de privilegio asignada a la ficción novelesca por el escaso público lector:

En cuanto a las obras que más se leen (...) ¡Un 87% de novelas! ¡mientras que los libros de ciencias y de artes han tenido sólo un movimiento circulante representado por 3126 volúmenes —apenas el 2%— y los de historia, geografía y viajes, 5482, o un 4%!

Esta predilección de nuestro público por la literatura y por la novela, dejando de lado las lecturas serias en las ciencias, en las artes, en la historia, o en la geografía, género, este último, que cada día adquiere mayor desarrollo, a medida que los continentes se exploran y que nuevas tierras se agregan al dominio civilizado del hombre; esta predilección de nuestro público por la novela, de que hace poco se quejaba, con mucha razón, un lector de *La Nación*, ha sido también señalada por el Sr. General Sarmiento, en un erudito estudio que consagró a la biblioteca Bernardino Rivadavia, demostrando con las cifras comparativas que somos el pueblo de la tierra que se alimenta con mayor número de novelas” (Martínez 1887: 33-34)

Estas ficciones, como dijimos, habrían dotado de una trama novelesca a los numerosos debates que atravesaban el discurso social. Pero, al mismo tiempo, la ciencia habría provisto a la ficción no sólo sus temas y sus tópicos, sino además sus mecanismos retóricos y sus estrategias de autorización y legitimación profesional. A las ficciones que surgen de este proceso de interacción discursiva, las hemos considerado *cientificistas*, pues si bien comparten rasgos argumentales, retóricos y estilísticos con otras ficciones del período, se caracterizan por su peculiar ponderación científica de normas epistémicas, literarias e ideológicas en conflicto.

En uno de los últimos y más interesantes trabajos publicados sobre estos textos, Gabriela Nouzeilles describió algunos de ellos como *romances patológicos*, en obvia alusión a la categorización de la novela sentimental como

romances fundacionales propuesta por Doris Sommer en 1991. En los romances analizados por Sommer —*Amalia* de José Mármol y *María* de Jorge Isaacs, entre otros— una historia de amor entre protagonistas pertenecientes a razas, etnias o grupos sociales diferentes une alegóricamente los elementos cívicos que prefiguran la nación en ciernes. En este sentido, los *romances fundacionales* habrían promovido estrategias de negociación del consenso necesario para alcanzar la unidad nacional. Los *romances patológicos*, en cambio, denunciarían y atacarían —según Nouzeilles— todo intento de alianza entre grupos disímiles. Si bien estas ficciones también narran historias de amor entre personajes que representan regiones, partidos o razas diferentes, estas relaciones patológicas —en contraposición con las intenciones y los propósitos de los romances fundacionales— ponen de manifiesto la incompatibilidad e imposibilidad matrimonial por causas biológicas internas que impiden y destruyen todo tipo de unión. En esta categoría de *romances patológicos*, Nouzeilles distingue un primer tipo en el cual incluye las novelas —como *Libro Extraño* de Sicardi— cuyo argumento se centra en la unión problemática de miembros de la clase alta y descendientes de inmigrantes; y un segundo tipo, en el que incluye novelas como *Irresponsable* que ficcionalizan la unión de miembros de la alta burguesía con integrantes de las clases bajas. Ambos tipos configurarían el revés del argumento de la familia como metáfora de la nación, pues ninguno de estos amores se consuma en el matrimonio, sino que, como ha señalado Donna Guy, condensan en las figuras del adulterio y de la prostitución las consecuencias de una sexualidad considerada peligrosa. Tanto el análisis de

Nouzeilles —como el no menos valiosos de Sommer— enfatizan la peculiar función de lo literario en la configuración de una idea de nación y de un proyecto nacional y, en relación con este presupuesto, analizan e interpretan, prioritariamente, la adecuación o inadecuación de las tramas argumentales de las novelas románticas, en el caso de Sommer, realistas y naturalistas, en el de Nouzeilles, al proyecto de nación vigente. Respecto de esta cuestión, Nouzeilles concluye que estas novelas “revelan gráficamente las consecuencias horribles de la distopía nacional”³⁷⁷ a la vez que permiten observar las dos fuerzas que, aunque opuestas, contribuyen ambas a la formación de su imaginario. Una fuerza centrípeta que incorpora a todos los individuos y mantiene la horizontalidad de la comunidad nacional —cuya expresión simbólica más acabada serían los *romances fundacionales*— y una fuerza centrífuga que expelle a todos aquellos considerados diferentes, representada literariamente en los *romances patológicos*.

A pesar de la seducción intrínseca a este tipo de discurso totalizador que propone hipótesis que, desde la biología y la literatura avanzan hasta los mecanismos de control del estado y de la nación, creemos haber registrado, en la recepción de estos mismos *romances*, huellas suficientes del proceso de diferenciación étnica y social que comenzaba a producirse en el grupo letrado

³⁷⁷ *Cfr.* “As we have seen, the Argentine pathological romance reversed the narrative matrix that shaped Latin American foundational romantic fictions in two fashions. First, there was a shift from the homogenizing and apparently open program of liberal nationalism towards the politics of exclusion according to biological identity, that is, from a political equality based on a legal contract to a classificatory system based on natural law. Secondly, naturalist plots always involved a drastic turn from an emphasis on utopian union to a graphic revelation of the horrifying consequences of national dystopia.” (Nouzeilles 1996: 32).

de la ciudad y sobre la función de los saberes científicos y pseudocientíficos en este proceso, que sitúan nuestras hipótesis en una perspectiva más cercana a lo que Athena Vrettos llamó, en su análisis de la cultura victoriana, *ficciones somáticas*. Es decir, ficciones que —como las que llamamos *cientificistas*, en virtud del extraordinario desarrollo del cientificismo en el pensamiento argentino de la época— apelan a la ciencia y también a las pseudociencias para representar estrategias, no sólo de inclusión o exclusión como señala Nouzeilles, sino, sobre todo, de interacción entre saberes, discursos y prácticas étnicas, sociales y políticas en conflicto. No creemos que estas ficciones propongan discursos homogeneizadores de la diversidad social como los llamados *romances fundacionales*; creemos que, más bien, tienden a escenificar las tensiones y negociaciones entre la multiplicidad de saberes y de discursos que pugnan por imponer su criterio de razón en el campo del poder y, en consecuencia, en el imaginario nacional³⁷⁸. Esta tendencia a ficcionalizar la tensión y el conflicto entre saberes y poderes habría sido una de las causas que contribuyó a que estos textos fueran leídos, no como *romances patológicos*, sino como textos *extraños, curiosos, raros, difíciles de clasificar*³⁷⁹.

³⁷⁸ En la perspectiva de Vrettos: "Somatic fictions are not the unified products of a coherent cultural logic; rather, they are emblematic of the promiscuous interaction and semiotic drift of cultural forms." (Vrettos 1995: 179. El énfasis es nuestro).

³⁷⁹ Nouzeilles misma establece una distinción entre dos tipos de *romances patológicos*: en el primer tipo, considera la llamada "novela de inmigrante" —*La gran aldea* de Lucio V. López, *En la sangre, ¿Inocentes o culpables?* y *Libro Extraño*—; en el segundo tipo, ubica —paradójicamente— "a body of novels which resist classification" —*Sin rumbo, Irresponsable, La maldonada* de Francisco Grandmontagne—. (1996: 26-7). Cabría considerar, quizá, que los problemas que encuentra Nouzeilles para clasificar estas novelas se deben, entre otras razones, a la no consideración de las diferencias intrínsecas al origen, la posición y la trayectoria de sus autores en el espacio cultural de la ciudad.

Es evidente, por cierto, que ni los textos ni las figuras de los autores, que hemos estado analizando, formaron parte en general del canon de la literatura argentina y, como se ha podido observar desde el comentario mismo de sus contemporáneos, más de una vez se dudó inclusive sobre su pertenencia al dominio de lo literario. Las razones de esta recepción marginal de textos y de autores, aparecen tan complejas como diversas: habría que considerar, en primer lugar, los avatares de campos que, como el literario y el científico, comenzaban a configurarse y carecían, en consecuencia, de los mecanismos de autorización y legitimación propios de ámbitos consolidados en su especificidad; luego, habría que agregar también las vertiginosas modificaciones demográficas que afectaron la ciudad de Buenos Aires y que incidieron en la configuración del grupo letrado. Avanzado el siglo veinte, Manuel Gálvez describiría, con cierta nostalgia, los cambios producidos en el origen social, económico y étnico de este grupo:

Hasta hace treinta años, el escritor argentino llevaba su apellido español y pertenecía a las altas clases sociales. Así, Avellaneda, Sarmiento, Mármol, Mansilla, Cané, Lucio López, José Manuel Estrada. Por entonces comenzaron a aparecer en las letras los apellidos italianos y judíos. (...)

En general, como puede sospecharse por lo anterior, el actual hombre de letras pertenece a las clases medias de la sociedad; y algunos al bajo pueblo. La gran mayoría de los que llevan apellidos extranjeros han nacido en cuna humilde o modesta. Y lo mismo, en general, salvo una minoría, los que descienden de españoles o de argentinos. (Reproducido en Carilla 1979: 79)

Los autores de estas ficciones habían surgido, como señala Gálvez, de los nuevos sectores medios, que no pertenecían al grupo patricio vinculado a la economía agro-exportadora ni tampoco al sector inmigratorio que, en

condiciones paupérrimas, había poblado los conventillos, sino a un sector inmigratorio que, habiendo llegado al país en condiciones culturales y económicas ventajosas respecto del resto de la población migrante, comenzaba a configurar un espacio cultural intermedio, destinado a desarrollarse y avanzar progresivamente sobre los otros dos. Este grupo habría encontrado en las *ficciones científicistas*, que también cultivaron escritores de un origen social diferente como es el caso de E. L. Homberg, un instrumento de penetración y de legitimación en el espacio de la cultura de la elite local a la vez que un instrumento de explicación de las vicisitudes de los grupos migratorios marginales³⁸⁰.

Así como una comparación estadística de la mayor parte de los escritores naturalistas franceses permitió a Jacques Dubois afirmar que: "le profil de l'écrivain naturaliste est dessiné para un statut familial et professionnel médiocre, une faible dotation culturelle et une origine provinciale" (1978: 85), puede decirse que los autores de *ficciones científicistas* más citados en las historias de la literatura argentina —Antonio Argerich, Manuel T. Podestá y Francisco A. Sicardi— tienen un estatus familiar, profesional y cultural que los diferencia de los miembros más conspicuos de la elite patricia. Antonio

³⁸⁰ Beatriz Sarlo ha analizado la perdurabilidad de otros usos *populares* de la ciencia y de la técnica en las décadas siguientes: "Los sectores populares, y en especial los de origen inmigratorio, realizaron operaciones complejas y más o menos exitosas de incorporación a una «cultura común». Si la institución escolar imponía las condiciones y reglas de «argentinización» de los hijos de inmigrantes, si estos y sus propios padres imaginaban incorporaciones más extensas y vividas a través de ritualizaciones criollistas, también es posible leer el interés y la moda de la técnica como estrategias alternativas de procesamiento cultural, tanto en la incorporación a una cultura dominante definida desde el Estado, las élites intelectuales y las élites periodísticas, como en el establecimiento de variantes sociales propias en el interior de esa cultura." (Sarlo 1992: 15).

Argerich, aunque miembro de una de las familias de mayor prestigio científico en la ciudad, llevó sin embargo una vida distanciada de sus familiares ilustres: no cursó estudios universitarios, se alejó de la ciudad de Buenos Aires —vivió en Chubut primero, en Catamarca después— y obtuvo sus ingresos de algunos cargos públicos subalternos en la policía territorial y, finalmente, del periodismo. Tanto Manuel Podestá como Francisco Sicardi, por otra parte, fueron, como ya vimos también, representantes de la primeros argentinos hijos de la inmigración. Hijos de genoveses los dos, médicos por primera generación, desarrollaron la mayor parte de su trabajo en la comunidad italiana y en los suburbios de la ciudad de Buenos Aires. Testigos del hambre, la pobreza y las enfermedades de sus propias comunidades de origen, "víctimas de las malas condiciones higiénicas, de la ignorancia, de la superstición, de la miseria" (Podestá 1888: VI), se ufanaban de su trabajo diario entre conventillos, hambre y epidemias y desdeñaban, en cambio, las especulaciones teóricas del "Olimpo", nucleado en el Hospital de Clínicas, a pesar de sus reiterados intentos por ingresar a él. Sin embargo, es desde su práctica en hospitales, dispensarios y lazaretos de los barrios de población mayoritariamente inmigratoria, desde donde estos médicos escritores emprenden una tarea de divulgación de nociones de higiene pública necesarias para consolidar un proyecto de nación que no les pertenecía por origen ni por condición social, pero con el cual se sentían identificados, a pesar de que se suelen ubicar sus figuras en los márgenes de la profesión médica y de la institución literaria. Surgen así numerosos prólogos, dedicatorias y prefacios

que, tal como sugiere también Dubois, no son más que intentos de legitimación de un género espurio respecto de la poética dominante³⁸¹. Intentos de validar textos escritos por autores que no pertenecían a lo que David Viñas llamó el grupo de los *gentlemen* ni tampoco al incipiente grupo de escritores que intentarán hacer de la literatura una profesión. Las *ficciones científicas* fueron escritas, en su mayor parte, por médicos que no provenían del grupo de familias tradicionales, sino de sectores inmigratorios que buscaron su inserción en la elite local mediante un recurso innovador: la apelación a la ciencia y a su ficcionalización como estrategia de interacción y legitimación social y cultural.

³⁸¹ Cristina Parodi-Lisi comenta la situación vacilante del autor de folletos criollistas que comienza cada una de sus obras con un prólogo en el que responsabiliza al editor por la publicación. Es importante señalar que esta misma característica que Parodi-Lisi considera privativa de la producción criollista, también aparece en la producción científicista que, curiosamente, comparte la situación excéntrica de sus autores respecto del espacio cultural dominante. Manuel Podestá, por ejemplo, inicia su *Irresponsable* con una carta prólogo al editor Mariano de Vedia: "U. es el responsable de la aparición de este personaje y de las correrías desgraciadas que han acabado por reclamar su secuestro. Yo le tenía asegurado y vigilado constantemente, para no exponerlo a que el público le señalase con el dedo y se riese en sus barbas de su figura estrafalaria; —pero U. con el empeño del cronista que busca siempre algo nuevo, algo especial para intercalar en las columnas del diario [...] le hizo asomar la nariz... (1889: 7).

Bibliografia citada

BIBLIOGRAFIA CITADA

I. FUENTES PRIMARIAS

- Argerich, Antonio. *¿Inocentes o culpables?*. 1884. Madrid: Hyspamérica, 1984.
- Argerich, Juan Antonio. *Artículos y Discursos*. Buenos Aires: Coni, 1906.
- Berisso, Luis. "Un libro extraño". *La Nación*, 11 de junio de 1898, p. 2.
- Cambaceres, Eugenio. *Sin rumbo*. 1885. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980.
- _____. *En la sangre*. 1887. Buenos Aires: Colihue, 1988.
- Cané, Miguel. "Dos partidos en lucha". 1875. *Ensayos*. Buenos Aires: Sopena, 1940: 99-102.
- _____. "Dos palabras". 1877. *Ensayos*. Buenos Aires: Sopena, 1940: 5-7.
- _____. *Discursos y conferencias*. Buenos Aires: Vaccaro, 1919.
- Coni, Emilio. *Código de higiene y medicina legal*. Buenos Aires: Librería de Juan Etchepareborda, 1891.
- _____. *Memorias de un médico higienista*. Buenos Aires: Flaiban, 1918.
- Coustau, Juan. "La antropología en la novela. A propósito de *Irresponsable*". *La Nación*, 1 de febrero de 1890, p. 1, c. 2-3.
- Cullère, A. *Les frontières de la folie*. 1888. Madrid: El Progreso Editorial, s./f.
- Daireaux, Emilio. *Vida y costumbres en el Plata*. Buenos Aires: Félix Lajouanne, 1888.
- Darío, Rubén. *Los raros*. 1896. Barcelona / Buenos Aires: Maucci, 1905.
- _____. *Autobiografía*. 1912. Buenos Aires: Eudeba, 1968.
- Escalada, Luis Miguel. "Nelly por el Dr. Eduardo L. Holmberg". *La Nación*, 6 de octubre de 1896, p. 3, c. 5.
- Gálvez, Manuel. *Recuerdos de la vida literaria*. Buenos Aires: Hachette, 1961.
- García Mérou, Martín. *Ley social*. Buenos Aires: Félix Lajouane, 1885.
- _____. *Recuerdos Literarios*. 1891. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- _____. *Libros y autores*. Buenos Aires: Félix Lajouane, 1886.
- González, Joaquín V. "Un año de historia literaria argentina". 1888. En *Intermezzo. Dos décadas de recuerdos literarios (1888-1908)*. Buenos Aires: Jackson, 1945: 13-72.
- _____. "Vida literaria argentina". 1892. En *Intermezzo. Dos décadas de recuerdos literarios (1888-1908)*. Buenos Aires: Jackson, 1945: 3-12.
- _____. "El Dr. Eduardo Ladislao Holmberg. Palabras de introducción a su novela *Nelly*, 1896". *Obras completas*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, 1936.
- _____. *El juicio del siglo*. 1910. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1979.
- Groussac, Paul. "Crónicas bonaerenses". Seud. Puck. *La Nación*, 3 de agosto de 1894, p. 5, c. 2-3.
- Güemes, Luis. *Medicina moral*. Universidad de Buenos Aires: Facultad de Medicina, 1879.
- Guía Social Palma. Año VII*. Buenos Aires: Palma, 1914.

- Holmberg, Eduardo L. *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*. Buenos Aires: Imprenta de El Arjentino [sic], 1875.
- _____. *Horacio Kalibang o los autómatas*. Buenos Aires: Imprenta del Álbum del Hogar, 1879.
- _____. *El fosfeno*. Tesis. Universidad de Buenos Aires, 1880.
- _____. *Carlos Roberto Darwin*. Buenos Aires, 1882.
- _____. *Repertorio de la flora argentina que comprende las descripciones más o menos abreviadas de las especies de plantas indígenas de la República Argentina, y de las que se han naturalizado*. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes, 1902.
- _____. *Cuentos fantásticos*. Buenos Aires: Hachette, 1957.
- Ingenieros, José. *Obras completas*. Buenos Aires: Mar Océano, 1961-1962.
- _____. *¿Qué es el socialismo?* 1895. En *Antimperialismo y nación*. México: Siglo XXI, 1979.
- _____. *La simulación en la lucha por la vida*. 1900^a. En *Antimperialismo y nación*. México: Siglo XXI, 1979: 214-220.
- _____. *Criminología*. 1900^b. En *Antimperialismo y nación*. México: Siglo XXI, 1979: 221-227.
- _____. "La sugestibilidad". *La semana médica*, 15 de agosto de 1901.
- _____. "Leyendo... *Hacia la justicia*". *El Tiempo*, 22 de diciembre de 1902.
- _____. "Interpretación científica del hipnotismo y la sugestión". *Archivos de criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, junio de 1903.
- _____. *Los accidentes histéricos y las sugerencias terapéuticas*. 1904. Vezzetti, Hugo (comp.) *El nacimiento de la psicología en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1988: 98-117.
- _____. "La psicología en la República Argentina (1909)". 1910. Vezzetti, Hugo (comp.) *El nacimiento de la psicología en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1988: 55-60.
- _____. "Los estudios psicológicos en la Argentina". 1919. Vezzetti, Hugo (comp.) *El nacimiento de la psicología en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1988: 61-78.
- Korn, Alejandro. *Locura y crimen*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1883.
- Le Bon, Gustave. *Psicología de las multitudes*. 1895. Madrid: Daniel Jorro, 1911.
- Lugones, Benigno. "Carta Literaria". *La Nación*, 16 de noviembre de 1879.
- Lugones, Leopoldo. "Primera edición. Nelly de E. L. Holmberg". *El Tiempo*, 14 de septiembre de 1896.
- _____. *Las primeras letras de Leopoldo Lugones*. Buenos Aires: Centurión, 1963.
- _____. "Francisco Sicardi". *Revista Buenos Aires*, 9 de abril de 1899.
- _____. "*Libro Extraño* (Tomo III) por Francisco A. Sicardi". *La Tribuna*, 18 de octubre de 1899.
- _____. *Las fuerzas extrañas*. 1906. Buenos Aires: Ediciones del 80, 1981.
- Mansilla, Lucio V. "*Libro Extraño* de Sicardi". *La Nación*, 28 de mayo de 1894, p. 1, c. 2.

- Martínez, Alberto. *El movimiento intelectual argentino*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación, 1887.
- _____. y Maurice Lewandowski. *L'Argentine au XX^e siècle*. París: Armand Colin, 1906.
- Morel, Bénédicte August. *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés malditives*. París: J. B. Bailliére, 1857.
- Navarro Viola, Alberto. *Anuario Bibliográfico de la República Argentina. Año IV - 1882*. Buenos Aires: M. Biedma, 1883.
- Oyuela, Calixto. "Programa". *Revista Científica y Literaria* I, 1 (1884).
- _____. "Eros". 1910. Juan de la C. Puig, *Antología de Poetas Argentinos*. Buenos Aires: Martín Biedma, X: 144-148.
- Piñero, Horacio. "La psicología experimental en la República Argentina". 1903. Vezzetti, Hugo (comp.) *El nacimiento de la psicología en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1988: 43-54.
- Piñero, M. [Norberto] "*Irresponsable*". *La Nación*, 25 de febrero de 1890, p. 1, c. 2-4.
- _____. "Contra-réplica. El hombre de los imanes". *La Nación*, 16 de marzo de 1890, p. 1, c. 2-4.
- Podestá, Manuel. *Tendencia de la medicina moderna*. Tesis. Universidad de Buenos Aires: Facultad de Medicina, 1878.
- _____. *Memorie a cenni clinici*. Buenos Aires, 1884.
- _____. "Un caso de hermafroditismo". *Anales del Circulo Médico Argentino* X.2 (1887): 43-51.
- _____. *Niños. Estudio Médico-Social*. Buenos Aires: La Patria Italiana, 1888.
- _____. *Irresponsable. Recuerdos de la universidad*. Buenos Aires: Imprenta de la Tribuna Nacional, 1889.
- _____. "Del autor de *Irresponsable*. Quién es el "hombre de los imanes". Dentro de un cerebro. Psicología experimental." *La Nación*, 8 de marzo de 1890, p. 1, c. 2-4.
- Quesada, Ernesto. "El movimiento intelectual argentino". 1882. *Reseñas y críticas*. Buenos Aires: Félix Lajouane, 1893: 119-141.
- Ramos Mejía, José María. *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*. Buenos Aires, 1878-1882.
- _____. *Apuntes clínicos sobre el traumatismo cerebral*. Universidad de Buenos Aires, 1879.
- _____. *Estudios clínicos sobre las enfermedades nerviosas y mentales*. Buenos Aires, 1893.
- _____. *La locura en la historia. Contribución al estudio psico-patológico del fanatismo religioso*. 1895. Buenos Aires: Editorial Científica y Literaria Argentina Atanasio Martínez, 1927.
- _____. *Las multitudes argentinas*. 1899. Buenos Aires: Kraft, 1952.
- Rawson, Guillermo. *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*. 1884. Buenos Aires: Jackson, 1953.
- Roeber, Christián. "Una memoria de otro tiempo. Francisco Sicardi y su *Libro Extraño*". *La Nación*, 8 de octubre de 1894, p. 6, c. 1.

- Sáenz, Eduardo. "Irresponsable". *La Prensa*, 1 de febrero de 1890, p. 5, c. 6-7 y p. 6, c. 1.
- Scalabrini, Pedro. "Materialismo, darwinismo, positivismo. Diferencias y semejanzas". 1888. *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*. Mendoza: Universidad de Cuyo, 1967: 171-236.
- Sicardi, Francisco A. *Libro Extraño*. 1895-1902. Barcelona: F. Granada y Cía., s/f.
- _____. *Las ptomainas*. Tesis. Universidad de Buenos Aires, 1883.
- _____. "La ciencia, la universidad y el espíritu nuevo". *La semana médica* V.208 (1898): 289-291.
- _____. "La vida del delito y de la prostitución. Impresiones médico-literarias". *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 2 (1903): 11-21.
- _____. "Discurso del Dr. Francisco Sicardi" [en demostración al Dr. Emilio Coni]. *La semana médica* XL (1904): 457-458.
- _____. "El Doctor Valverde". *Martín Fierro* I.7 (14 de abril de 1904).
- Spencer, Herbert. *First Principles*. New York: D. Appleton, 1886.
- Tamini, Luis B. "El naturalismo". *La Nación*, 13 de mayo de 1880, p. 1.
- Wilde, Eduardo. *Curso de Higiene Pública*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1878.
- _____. *Tiempo perdido*. 1878. Buenos Aires: Abril, 1984.
- _____. *Tiempo perdido. Trabajos médicos y literarios*. Buenos Aires: Peuser, 1923.
- _____. *Obras Completas*. Buenos Aires: Peuser, 1914-1939.

II. FUENTES SECUNDARIAS. ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE EL CORPUS.

- Alfieri, Teresa. *Una brecha en el umbral. Ciencia y literatura en Groussac y Ramos Mejía*. Buenos Aires: Losada, 1987.
- Anderson Imbert, Enrique. *La originalidad de Rubén Darío*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Ara, Guillermo. *La novela naturalista latinoamericana*. Buenos Aires: Eudeba, 1965.
- Arrieta, Rafael Alberto. "Contribución al estudio del Modernismo en la Argentina". *Boletín de la Academia Argentina de Letras* XXVI (1961): 13-16.
- _____. *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño*. Buenos Aires: Librería del Colegio, 1955.
- Aseef, Víctor. "Esquema de Sicardi". Seud. David Viñas. *Contorno* 5-6 (1955): 10-11.
- Ballarini, Stella Marys. *Diagnóstico de enfermedad crónica. La crítica social en algunos textos de Eduardo L. Holmberg*. Mendoza: Cectla, 1989.
- Bibliografía Argentina de Artes y Letras*. Compilación especial N°. 32/35. "Artes y Letras en *La Nación* de Buenos Aires, 4 enero 1870 - 31 diciembre 1899". Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1968.

- Blasi, Alberto Oscar. "Los fundadores". *Los Fundadores: Cambaceres, Martel, Sicardi*. Buenos Aires: Ministerio de Educación y Justicia, 1962.
- _____. "Manuel T. Podestá". *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 159-160 (1976): 55-89.
- _____. "Orígenes de la novela argentina: Manuel T. Podestá". *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*. Toronto: University of Toronto, 1980: 111-114.
- Bullrich, Rafael. "Sicardi Anecdótico". *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina* XXVII. 305 (enero 1927): 871-874.
- _____. *Francisco A. Sicardi*. Buenos Aires, s/e, 1944.
- Cáceres Freyre, Julián. "Los científicos en la expedición militar del General Julio A. Roca de 1879". *Logos* 15 (1979): 91-125.
- Capdevila, Analía. "Notas sobre Holmberg (A propósito de *La bolsa de huesos*)". *Cuadernos de la Comuna* 22 (1989): 20-22.
- Carilla, Emilio. *Cervantes y América*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1951.
- _____. *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*. Madrid: Gredos, 1967.
- _____. *Autores, libros y lectores en la literatura argentina*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 1979.
- _____. "Historias de palabras: *caníbal, canibalismo*". *Boletín de la Academia Argentina de Letras* LIX.233-234 (julio-diciembre de 1994): 255-269.
- Cirio, Juan José. "Vida y obra del Dr. Pedro Mallo". *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina* IV.iii (1943): 159-183.
- Clementi, Hebe. "José María Ramos Mejía". Hugo Biagini, comp. *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1985: 388-398.
- Cymerman, Claude. "La acogida del naturalismo en Argentina: la polémica engendrada por la obra de Eugenio Cambaceres". *Arquivos do Centro Cultural Português* 31 (1992): 619-636.
- de Asúa, Miguel. "El apoyo oficial a la *Description Physique de la Republique Argentine* de H. Burmeister". *Quipu* 6.3 (septiembre-diciembre 1989): 339-353.
- Dellepiane, Ángela B. "Ciencia y literatura en un texto de Eduardo L. Holmberg". *Homenaje a Alfredo A. Roggiano. En este aire de América*. Keith McDuffie y R. Minc (eds). Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1990: 457-476.
- de Urquiza, Juan José. "La bohemia de Christian Roerber". *La Nación*, 13 de agosto de 1978, p. 6, secc. 3.
- de Vedia, Joaquín. *Como los vi yo*. Buenos Aires: Gleizer, 1954.
- Díaz Plaja, Guillermo. *Don Quijote en el país de Martín Fierro*. Madrid: Cultura Hispánica, 1952.
- Delgado, Josefina. "Prólogo". *Libro Extraño*. Buenos Aires: Lugar, 1994: 7-15.
- Flesca, Haydée. *Antología de literatura fantástica argentina. Narradores del siglo XIX*. Buenos Aires: Kapelusz, 1970.
- Foster, David William. "Manuel T. Podestá's *Irresponsable*: Naturalism Ideologically Revised". *Romance Notes* 27.3 (Spring 1987): 215-221.

- Frugoni de Fritzsche, Teresita. *El naturalismo en Buenos Aires*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1966.
- Fustinoni, Osvaldo. "El medio social finisecular y los escritores médicos argentinos. Manuel T. Podestá, José M. Ramos Mejía, José Ingenieros, Francisco Sicardi." *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires* 49 (1971): 129-151.
- García, Ana María. *Obra del Dr. Manuel T. Podestá*. Buenos Aires: Facultad de Medicina, 1986.
- _____. *Manuel T. Podestá, médico, escritor y filántropo olvidado*. La Plata: Almafuerte, 1991.
- Giusti, Roberto. "La prosa de 1852 a 1900". *Historia de la literatura argentina*. Comp. Rafael Alberto Arrieta. Buenos Aires: Peuser, 1950. Vol. 3.
- _____. *Momentos y aspectos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Raigal, 1954.
- _____. *Visto y vivido*. 1965. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación / Ediciones Theoría, 1994.
- Gnutzman, Rita. *La novela naturalista en Argentina (1880-1900)*. Amsterdam/Atlanta: Rodopi, 1998.
- Gramuglio, María Teresa. "Comienzos en fin de siglo: Leopoldo Lugones". *Revista Interamericana de Bibliografía* XLV.3 (1995): 279-290.
- _____. "Literatura y nacionalismo: Leopoldo Lugones y la construcción de imágenes de escritor". *Hispanamérica* 64/65 (1993): 5-22.
- Guy, Donna. "Emilio and Gabriela Coni: Reformers, Public Health, and Working Women". Judith Ewell and William Beezley (eds.). *The Human Tradition in Latin America. The Nineteenth Century*. 1989. Willmington: Scholarly Resources, 1995: 233-248.
- Hahn, Oscar. "Eduardo Ladislao Holmberg: del idealismo romántico al positivismo naturalista". *El cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*. México: Premia, 1978: 48-61.
- Jitrik, Noé. *El 80 y su mundo*. 1968. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Kamia, Delia. "La Syringa". Castagnino, Raúl comp. *Sociedades Literarias Argentinas (1864-1900)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1967: 203-226.
- Lalande, André. *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*. 1953. Buenos Aires: El Ateneo, 1967.
- Lafleur, René y Sergio Provenzano. *Las revistas literarias. Selección de artículos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980.
- Loudet, Osvaldo. "Francisco A. Sicardi". *Más allá de la clínica. Médicos y apóstoles*. Buenos Aires: Losada, 1958: 161-182.
- _____. *Médicos argentinos*. Buenos Aires: Huemul, 1966.
- Ludmer, Josefina. "Mujeres que matan". *Casa de las Américas* XXXVI, 202 (enero-marzo 1996): 116-120.
- _____. "Introducción". Miguel Cané. *Juvenilia y otras páginas argentinas*. Buenos Aires: Austral, 1993: 9-40.

- Martínez, Carlos D. "La literatura fantástica. Desde sus comienzos hasta Adolfo Bioy Casares". *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980, tomo 4: 409-432.
- Marín, Gioconda. "La bolsa de huesos: un juguete policial de Eduardo L. Holmberg". *INTI Revista de Literatura Hispánica* 20 (1984): 41-46.
- _____. *El modernismo argentino incógnito en «La ondina del Plata» y «Revista Literaria» (1875-1880)*. Santa Fe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- _____. "Introducción". Eduardo L. Holmberg. *Olimpio Pitango de Monalia*. Buenos Aires: Solar, 1994: 7-69.
- Melián Lafinur, Alvaro. "La inquietud humana". *Literatura Contemporánea*. Buenos Aires: Buenos Aires Sociedad Cooperativa Editorial, 1918: 100-105.
- Molloy, Silvia. "Lectura de Wilde". *Revista del Instituto* 1.1 (1974): 105-123.
- Montserrat, Marcelo. "La recepción del darwinismo en Argentina: La etapa prepositivista". *Criterio* 45.1656 (1972): 652-6.
- _____. "Holmberg y el darwinismo en Argentina". *Criterio* 47.1702 (1974): 591-8.
- _____. "La recepción literaria de la ciencia en la Argentina". *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia* 3. 2 (abril 1995): 99-117.
- Montero, Belisario J. *Miguel Cané. Impresiones y recuerdos*. Buenos Aires: Ricordi, 1928.
- Montero, Oscar. "Modernismo y homofobia. Darío y Rodó". Balderston, Daniel y Guy, Donna. *Sexo y sexualidades en América Latina*. 1997. Buenos Aires/Barcelona/México: Paidós, 1998: 163-184.
- Napolitano, Emma. *Francisco A. Sicardi*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1942.
- Nouzeilles, Gabriela. "Pathological Romances and National Dystopias in Argentine Naturalism". *Latin American Literary Review* XXIV. 47 (january-june 1996): 23-39.
- Pagés Larraya, Antonio. "Primeros ecos del naturalismo en Buenos Aires: *L'Assommoir* y *Naná*". *La Nación*, 16 de febrero de 1947^a.
- _____. "La novela experimental y la juventud argentina del ochenta". *La Nación*, 18 de abril de 1947^b.
- _____. Estudio Preliminar. *Cuentos fantásticos* de Eduardo L. Holmberg. Buenos Aires: Hachette, 1957.
- _____. "La crítica literaria de la generación argentina del 80". *Cuadernos Hispanoamericanos* 390 (1982): 676-683.
- _____. *Nace la novela argentina (1880-1900)*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1994.
- Pezzoni, Enrique. "Eduardo Wilde: lo natural como distancia". *El texto y sus voces*. Buenos Aires: Sudamericana, 1986: 246-262.
- Posadas, Abel. *El "Libro Extraño" de Sicardi*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- Risco, Antón. "Los autómatas de Holmberg". *Mester* XIX.2 (Fall 1990): 63-70.
- Rivarola, Rodolfo. *El Dr. Norberto Piñero. Candidato a la Presidencia de la República Argentina para el período de 1922-1928*. Buenos Aires: A. de Martino, 1921.

- Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina. 1917-1922*. Buenos Aires: Kraft, 1960.
- Sáenz Hayes, Ricardo. *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*. Buenos Aires: Kraft, 1955.
- Salto, Graciela N. "Otro Calibán: Horacio Kalibang o los autómatas". *Casa de las Américas* 209 (octubre-diciembre 1997): 32-39.
- Santos Gollan, José. "El diario de la Comisión Científica de la Expedición al Río Negro". *Logos* 15 (1979): 77-89.
- Shakespeare, William. *The Tempest*. Ed. D. K. Swan. London: Longman, 1984.
- Speroni, David. "Luis Güemes (1856-1927)". *La semana médica*. Tomo cincuentenario (1944): 209-211.
- Suárez Wilson, Reyna. "El «Ateneo»". Castagnino, Raúl (comp). *Sociedades Literarias Argentinas (1864-1900)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1967: 125-202.
- Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*. 1964. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1975.
- _____. *Indios, ejército y frontera*. 1982. Buenos Aires: Sudamericana, 1983.
- Vitagliano, Miguel. *La novela extraña de Sicardi*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1996.
- Yates, Donald. "Sobre los orígenes de la literatura fantástica en la Argentina". *La literatura iberoamericana del siglo XIX*. Memoria del XV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. Tucson, 1974: 213-220.
- Zuccarini, Emilio. *Il lavoro degli Italiani nella Repubblica Argentina dal 1516 al 1910*. Buenos Aires: La Patria degli Italiani, 1910.

III. BIBLIOGRAFÍA TEÓRICO-CRÍTICA

- Babini, José. *La evolución del pensamiento científico en la Argentina*. Buenos Aires: La Fragua, 1954.
- Baguley, David. *Le naturalisme et ses genres*. París: Nathan, 1995.
- Bange, Pierre. "Argumentation et fiction". A.A.V.V. *L'Argumentation*. Lyon: Press Universitaires de Lyon, 1981: 91-108.
- Barrancos, Dora. *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores (1890-1930)*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1996.
- Barrenechea, Ana María. "La literatura fantástica. Función de los códigos socioculturales en la constitución de un género". XIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Pittsburgh, 1979.
- Barthes, Roland. *Lección inaugural*. 1978. México: Siglo XXI, 1987.
- Bessiere, Irène. *Le Récit fantastique: la poétique de l'incertain*. París: Larousse, 1974.
- Biagini, Hugo. "Las ideas-fuerza". *Cuadernos Hispanoamericanos* 577-578 (julio-agosto 1998): 7-22.

- Blengino, Vanni. *Más allá del océano. Un proyecto de identidad: los inmigrantes italianos en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1990.
- Bourdé, Guy. *Buenos Aires: Urbanización e Inmigración*. Buenos Aires: Huemul, 1977.
- Bürger, Peter. *The Decline of Modernism*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 1992.
- Cárdenas, Eduardo José y Carlos Manuel Payá. *La Argentina de los hermanos Bunge. Un retrato íntimo de la elite porteña del 1900*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.
- Cartwright, Lisa. *Screening the Body. Tracing Medicine's Visual Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995.
- Cixous, Hélène. "La fiction et ses fantômes: une lecture de l'*Unheimliche* de Freud". *Poétique* 10 (1973): 199-216.
- Cooter, Roger. *The cultural meaning of popular science. Phrenology and the organization of consent in nineteenth-century Britain*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- Courtine, Jean-Jacques. "Corps, regard, discours. Typologies et classifications dans les physiognomonies de l'âge classique". *Langue Française* 74 (Mayo 1987): 108-128.
- Dahan-Gaida, Laurence. "Du Savoir à la fiction: les phénomènes d'interdiscursivité entre science et littérature". *Canadian Review of Comparative Literature* (diciembre 1991): 471-487.
- de Asúa, Miguel, comp. *La ciencia en la Argentina. Perspectivas históricas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.
- de Grandis, Rita. *Polémicas y estrategias narrativas en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1993.
- Delfino, Silvia. "El reverso de la tradición: transformaciones culturales en la literatura argentina del siglo XIX. Introducción". *Revista Interamericana de Bibliografía* XLV.3 (1995): 273-277.
- Delp, Robert W. "Andrew Jackson Davis and Spiritualism". Wrobel, Arthur. *Pseudo-Science and Society in Nineteenth-Century America*. Kentucky: University Press of Kentucky, 1987: 100-121.
- Dubois, Jacques. "Emergence et position du groupe naturaliste dans l'institution littéraire". *Le Naturalisme*. Ed. Pierre Cogny. París: Union Générale d'Éditions, 1978: 75-92.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán. Apuntes sobre la cultura de Nuestra América*. Buenos Aires: La Pléyade, 1973.
- Foucault, Michel. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. 1963. México: Siglo XXI, 1987.
- _____. *La arqueología del saber*. 1969. México: Siglo XXI, 1979.
- Freeman, Sarah H. "Verbal communication in medical encounters: An overview of recent work". *Text* 7.1 (1987): 3-17.
- Freud, Sigmund. *Lo siniestro*. 1919. Buenos Aires: Noé, 1973.
- Gay, Peter. *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*. 1984. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

- González, Aníbal A. *La novela modernista hispanoamericana*. Madrid: Gredos, 1987.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive. A Theory of Latin American Narrative*. 1990. Durham and London: Duke University Press, 1998.
- González Leandri, Ricardo. "Académicos, doctores y aspirantes. La profesión médica y la reforma universitaria: Buenos Aires 1871-1876". *Entrepasados* 6.12 (1997): 31-54.
- Goyena, Juan Raúl. "La clínica médica en Buenos Aires a fines del siglo pasado". *La semana médica*. Tomo cincuentenario (1944): 201-207.
- Greenway, John L. "«Nervous Disease» and Electric Medicine". Arthur Wrobel, ed. *Pseudo-Science and Society in Nineteenth-Century America*. Kentucky: University Press of Kentucky, 1987: 46-73.
- Grize, Jean-Blaise. "L'argumentation: explication ou séduction". A.A.V.V. *L'Argumentation*. Lyon: Press Universitaires de Lyon, 1981: 29-40.
- Guinzburg, Carlo. "Señales. Raíces de un paradigma indiciario". Aldo Gargani (coord.). *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana*. México: Siglo XXI, 1983: 55-99.
- Guy, Donna. *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires. 1875-1955*. Buenos Aires: Sudamericana, 1994.
- _____. "Madres vivas y muertas. Los múltiples conceptos de la maternidad en Buenos Aires". Balderston, Daniel y Guy, Donna. *Sexo y sexualidades en América Latina*. 1997. Buenos Aires/Barcelona/México: Paidós, 1998: 231-256.
- Halperín Donghi, Tulio. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba, 1962.
- Hamon, Philippe. *Introducción al análisis de lo descriptivo*. Buenos Aires: Hachette, 1991.
- Haynes, Roslynn D. *From Faust to Strangelove. Representations of the Scientist in Western Literature*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1994.
- Hernández, Horacio H. *Historia social de las instituciones de salud en la República Argentina*. Tesis. Universidad de Buenos Aires: Facultad de Medicina, 1981.
- Houle, Marta M. "La Fontaine's fun with casuistry in *Le Cas de Conscience*". *Papers on French Seventeenth Century Literature* XIV.26 (1987): 193-215.
- _____. "The Play of *bienséances* in La Fontaine's *L'Abbesse*". *Papers on French Seventeenth Century Literature* XVIII.34 (1991): 110-121.
- Huertas García-Alejo, Rafael. *Locura y degeneración*. Madrid: C.S.I.C., Centro de Estudios Históricos, 1987.
- Jackson, Rosemary. *Fantasy. Literatura y subversión*. 1981. Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- Jolles, André. *Formas simples*. 1930. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1971.
- Kohn Loncarica, Alfredo y Abel Agüero. "El contexto médico". Hugo Biagini, comp. *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1985: 119-140.
- Kohn Loncarica y Norma Isabel Sánchez. "La mujer en la medicina argentina: médicas del siglo XIX". En de Asúa, Miguel (comp). *La ciencia en la Argentina. Perspectivas históricas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993: 110-133.

- _____. "La mujer en la medicina argentina: las médicas de la primera década del siglo XX." *Saber y tiempo* 2.2 (1996): 113-138.
- Jauss, Hans R. *La literatura como provocación*. 1970. Barcelona: Península, 1976.
- Laqueur, Thomas. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. 1990. Madrid: Cátedra, 1994.
- Levine, George. "Darwin and the Problem of Authority". *Raritan* 3 (1984): 30-61.
- _____. (ed.) *One Culture. Essays in Science and Literature*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1987.
- Liernur, Jorge F. "La ciudad efímera". Jorge F. Liernur y Graciela Silvestri. *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993: 177-222.
- _____. y Graciela Silvestri. "El torbellino de la electrificación. Buenos Aires, 1880-1930". *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993: 9-95.
- Limon, John. *The Place of Fiction in the Time of Science: A Disciplinary History of American Writing*. New York: Cambridge University Press, 1990.
- Locke, David. *La ciencia como escritura*. 1992. Madrid: Cátedra, 1997.
- Måseide, Per. "The permanent context construction: A neglected dimension of therapeutic discourse". *Text* 7.1 (1987): 67-87.
- Mayo, Carlos y Fernando García Molina. *El positivismo en la política argentina (1880-1906)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988.
- Meyer-Minnemann, Klaus. *La novela hispanoamericana de fin de siglo*. 1979. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Mingote Muñiz, Manuel. "Introducción". En Alfonso de Miranda, *Diálogo del perfecto médico*. 1562. Madrid: Editora Nacional, 1983: 15-116.
- Mogillansky, Gabriela. "Max Nordau o las patologías de la ficción". Noé Jitrik (comp). *Atípicos en la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1996: 19-25.
- _____. "Las pesadillas del positivismo. Historia, cuerpo y nación en cuatro novelas hispanoamericanas de entresiglos". Susana Zanetti (comp). *La novela latinoamericana de entresiglos (1880-1920)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1997: 55-67.
- Molloy, Silvia. *At Face Value. Autobiographical Writing in Spanish America*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
- Monserrat, Marcelo. "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso". *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps). Buenos Aires: Sudamericana, 1980: 785-818.
- _____. "La influencia italiana en la actividad científica argentina del siglo XIX". Francis Korn (comp). *Los italianos en la Argentina*. Buenos Aires: Fondazione Giovanni Agnelli, 1983: 105-123.
- _____. "Presencia del evolucionismo". Hugo Biagini (comp). *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1985: 210-222.
- _____. *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.

- Montgomery Hunter, Kathryn. *Doctors' Stories. The Narrative Structure of Medical Knowledge*. Princeton: Princeton University Press, 1991.
- Nascimbene, Mario C. *Historia de los italianos en la Argentina (1835-1920)*. Buenos Aires: Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, 1986.
- Nixon, Rob. "Caribbean and African Appropriations of *The Tempest*". *Critical Inquiry* 13.3 (Spring 1987): 557-578.
- Ortiz de Zárate, J. C. "Charcot. Un episodio en la historia de la histeria". *Revista Neurológica Argentina* 19.2 (1994): 67-76.
- Parodi-Lisi, María Cristina. "Estratificación de la cultura popular en el Río de la Plata (1880-1920)." *Hispanamérica* 17.50 (1988): 35-45.
- Pérez Tamayo, Ruy. *El concepto de enfermedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Peset, José Luis, coord. *Enfermedad y castigo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984.
- _____. *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*. Barcelona: Crítica, 1983.
- Pick, Daniel. *Faces of Degeneration. A European Disorder, c. 1848 - c.1918*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- Pierrot, Jean. *L'imaginaire décadent (1880-1900)*. Paris: PUF, 1977.
- Poirier, Suzanne y Daniel J. Brauner. "Ethics and the Daily Language of Medical Discourse". *Hastings Center Report* (Agosto/Septiembre 1988): 5-9.
- _____. "The Voices of the Medical Record". *Theoretical Medicine* 11(1990): 29-39.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. 1992. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.
- _____. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.
- Ramos, Julio. "Faceless Tongues: Language and Citizenship in Nineteenth-Century Latin America". Bammer, Angelika (ed). *Displacements. Cultural Identities in Question*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 1994: 25-46.
- Reisz de Rivarola, Susana. "Ficcionalidad, referencia, tipos de ficción literaria". *Lexis* III.2 (diciembre 1979): 99-170.
- Ritvo, Juan B. "1885: irrupción del decadentismo". *Paradoxa* V.4/5 (1990): 41-52.
- Rothfield, Lawrence. *Vital Signs. Medical Realism in Nineteenth-Century Fiction*. Princeton: Princeton University Press, 1992.
- Rovaletti, Lucrecia. "Panorama psicológico". En Biagini, Hugo (comp.). *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1985: 241-320.
- Sabato, Hilda. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Sabato, Hilda y Ema Cibotti. "Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña 1820-1880". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"* Tercera serie. 2 (primer semestre 1990): 7-46.
- Said, Edward. *Orientalismo*. 1978. Madrid: Libertarias, 1990.

- _____. *Cultura e imperialismo*. 1993. Barcelona: Anagrama, 1996.
- Sala Catalá, José. *Ideología y Ciencia Biológica en España entre 1860 y 1881. La difusión de un paradigma*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987.
- Salessi, Jorge. *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1995.
- _____. "Identificaciones científicas y resistencias políticas". Josefina Ludmer (comp). *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1994: 80-90.
- Sarlo, Beatriz. "Los últimos románticos". 1967/68. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980, II: 193-216.
- _____. *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1992.
- Segre, Cesare. "Il caso di Dora: anamnesi e romanzo". *Teatro e romanzo*. Torino: Einaudi, 1984: 119-134.
- Sharf, Barbara F. "Physician-Patient Communication as Interpersonal Rhetoric: A Narrative Approach". Inédito, 1990.
- Showalter, Elaine. *Sexual Anarchy. Gender and Culture at the Fin de Siècle*. New York: Penguin, 1990.
- Soler, Ricaurte. *El positivismo argentino*. 1959. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: the National Romances of Latin America*. Berkeley/Oxford: University of California Press, 1991.
- Suleiman, Susan R. *Authoritarian Fictions. The Ideological Novel As a Literary Genre*. New York: Columbia University Press, 1983.
- Tedesco, Juan Carlos. *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1900)*. 1970. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Terán, Oscar. "José Ingenieros o la voluntad de saber". *Antimperialismo y nación*. México: Siglo XXI, 1979: 11-117.
- _____. *América Latina: positivismo y nación*. México: Katún, 1983.
- _____. "Estudio preliminar". *José Ingenieros: pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza, 1986a: 7-104.
- _____. "Poderes de la nación: educar y encerrar". *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos, 1986b.
- Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*. 1973. México: Premia, 1980.
- Trías, Manuel. "La generación del ochenta y los filósofos positivistas". *Cuadernos del Sur* 18 (enero-diciembre 1985): 93-114.
- Trigo, Benigno. "Crossing the Boundaries of Madness: Criminology and Figurative Language in Argentina (1878-1920)". *Journal of Latin American Cultural Studies* 6.1 (1997): 7-20.
- Vax, Louis. *El arte y la literatura fantástica*. 1974. Buenos Aires: Eudeba, 1965.
- Verón, Eliseo. *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires: Gedisa, 1987.

- Vezzetti, Hugo. *La locura en Argentina*. Buenos Aires: Folios, 1985.
- _____. comp. *El nacimiento de la psicología en la Argentina*. Buenos Aires: Punto-sur, 1988.
- _____. "Literatura médica: disciplina científica y moralización ciudadana en el 80". *Historia Ideológica del Control Social (España-Argentina, siglo XIX y XX)*. Coords. Raúl Bergalli y Enrique Mari. Barcelona: P.P.U., 1989: 549-573.
- Vrettos, Athena. *Somatic Fictions. Imagining Illness in Victorian Culture*. Stanford: Stanford University Press, 1995.
- Wrobel, Arthur, ed. "Introduction". *Pseudo-Science and Society in Nineteenth-Century America*. Kentucky: University Press of Kentucky, 1987: 1-20.
- Zanetti, Susana (comp.). *La novela latinoamericana de entresiglos (1880-1920)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1997.
- _____. y otros. *Las cenizas de la huella. Linajes y figuras de artista en torno al modernismo*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.

Índice analítico

A

Agote, Luis · 6, 34
Alcorta, Diego · 142
Alfieri, Teresa · 92
alquimia · 255, 259, 264, 265, 266, 273, 274,
277, 278, 306, 309, 313
Ameghino, Florentino · 5, 19, 41, 112
anarquismo · 258, 283, 285, 314, 315, 316
anatomía patológica · 130-41
Anderson Imbert, Enrique · 245
Andrade, Olegario · 299
antropología criminal · 123, 189, 190, 191,
192, 193, 194, 195, 196, 198, 220
Ara, Guillermo · 313
Argerich, Antonio · 5, 25, 27, 145, 183, 187,
201, 204, 209, 336, 337
 ¿Inocentes o culpables? · 5, 145, 201-4
Argerich, Juan Antonio · 285
Arlt, Roberto · 326
Arrieta, Rafael A. · 181, 192, 226
autómatas · 52-72
autopsias · 130-41

B

Babini, José · 20
Baguley, David · 330
Ballarini, Stella · 36
Balzac, Honoré de · 226, 227, 238
Bange, Pierre · 45, 71
Barrenechea, Ana María · 47
Barthes, Roland · 2
Bernheim, Hippolyte · 93, 98
Berisso, Luis · 6, 225, 228, 235, 242, 248,
302, 321
Bernard, Claude · 289
Blasi, Alberto O. · 164, 166, 167, 168, 181
Blengino, Vanni · 209
Bessiére, Irène · 47
Biagini, Hugo · 48
Bichat, Xavier · 130-41
Bompland, Aimé · 40
Bourdé, Guy · 23, 83, 85, 272
Bullrich, Rafael · 229, 230, 233, 235, 240,
248, 280
Bunge, Augusto · 228, 234
Bürger, Peter · 243
Burmeister, Germán · 5, 18, 19, 42, 50, 66,
67, 70

C

Cáceres Freyre, Julián · 21, 33
Cambaceres, Eugenio · 122, 144, 182, 183,
187, 201, 204, 208, 216
 En la sangre · 5, 121, 187, 206-7, 215
 Sin rumbo · 121, 204-6

Cané, Miguel · 13, 18, 29, 41, 47, 166, 182,
183, 197, 198, 208, 215, 216, 316
Cantilo, Gabriel · 213
Capdevila, Analía · 70
Cárdenas, Eduardo y Payá, Carlos · 230, 231
Carilla, Emilio · 62, 225, 226, 265, 322, 335
Carwright, Lisa · 123
caso · 5, 8, 10
 clínico · 121-29, 163
 ficcional · 100, 101, 110, 199-200
 policial · 86, 95-97, 104, 107, 109, 110,
111
centros científico-literarios · 15-17
Charcot, Jean-Martin · 88, 93, 94, 141
ciencia y literatura · 2
cientificismo · 4, 9
 estrategias · 121, 136, 328-338
Círculo Médico Argentino · 65
Cirio, Juan J. · 141
Cittadini, Basilio · 167
clínica · 78, 121, 123, 124, 125, 127, 129,
130, 136, 146, 148, 152, 154, 155, 157,
158, 162, 171, 174, 188, 202
Comte, Augusto · 46
Coni, Emilio · 10, 24, 139, 142, 166, 169,
172, 181
 Código de higiene y medicina legal · 10,
269, 272, 273, 274, 275
 Memorias de un higienista · 176, 179, 277
Consejo de Higiene Pública · 266, 268, 272
Cooter, Roger · 123
Courtine, Jean-Jacques · 76
Coustau, Juan · 140, 164, 191, 220
Crookes, William · 86
Cullère, A. · 88, 232, 239, 241, 253, 290
curanderismo · 265, 268, 269, 272
Cuvier, Georges · 40
Cymerman, Claude · 30, 219

D

dactiloscopia · 5, 73, 83, 86
Darío, Rubén · 62, 224, 225, 226, 228, 241,
242, 243, 244, 245, 246, 259, 268, 311,
312, 321, 322
Darwin, Charles · 15, 18, 39, 50, 62
 The Origin of Species · 48-49
darwinismo · 5, 6, 10, 17-19, 188, 220, 330
de Asúa, Miguel · 8, 42
de Grandis, Rita · 65
debates · 5-6, 53, 54, 70, 77, 329
decadentismo · 226, 227, 236, 244, 245, 246,
286-306
degeneración · 5, 185-99, 226, 232, 240, 243,
247-255, 330
Delfino, Silvia · 9
Dellepiane, Ángela · 36, 43, 48
Delp, Robert · 85
Departamento Nacional de Higiene · 66, 268,
269
Díaz Playa, Guillermo · 265
Doering, Oscar · 20, 21
Dubois, Jacques · 336

E

- Echeverría, Esteban · 116
La cautiva · 77, 117, 297
Los consuelos · 31
 El Ateneo · 27
 Escalada, Miguel · 37
 espiritismo · 70, 73, 85, 86, 87, 88, 89, 92,
 100, 111, 112
 espiritualismo · 53, 58, 60, 74-75
 Estrada, José Manuel · 18
 etnia · 232, 247
 expediciones · 20-23

F

- Facultad de Medicina · 17, 24, 26, 65, 67,
 266, 276, 313
 Fernández Retamar, Roberto · 62
 Ferri, Enrico · 190
 Figueroa, Gregorio · 142
 figuras de escritor
 decadentes · 286-306. *Véase* decadentismo
 inmigrantes · 7, 329
 médicos · 80, 109, 227, 256-86
 naturalistas · 112-19
 Flammarión, Camille · 46
 Flesca, Haydée · 36
 Foucault, Michel · 8, 9, 80, 121, 125, 130,
 137, 159, 278, 281
 Freeman, Sarah H. · 126
 frenología · 5, 10, 73, 102, 105, 123, 133
 Freud, Sigmund · 56
 Frugoni de Fritzsche, Teresita · 30, 139, 219

G

- Gache, Samuel · 142
 Gálvez, Manuel · 169, 225, 227, 228, 229,
 231, 235, 237, 245, 247, 309, 325, 335
 García Mérou, Martín · 28, 36, 73, 182, 183,
 203, 204, 206, 209, 299, 301, 328
 García, Ana María · 166, 179
 Garofalo, Raphael · 190
 Gay, Peter · 87
 genio · 236-42
 Giraud, Pedro · 142
 Gnutzmann, Rita · 208, 248, 256, 258, 297
 González, Joaquín V. · 15, 74, 75, 79, 87, 212
 González Echevarría, Roberto · 3
 González Leandri, Ricardo · 67, 270
 Gorelik, Adrián · 295
 Goyena, Juan R. · 234
 Goyena, Pedro · 18
 Groussac, Paul · 62, 225, 234, 236, 241, 320

- Gramuglio, María Teresa · 79, 268, 323
 Groussac, Paul · 6, 62
 Güemes, Luis · 94, 140, 152, 161, 162, 166,
 171, 172, 176, 233
 Guy, Donna · 174, 179, 332

H

- Halperín Donghi, Tulio · 14
 Hahn, Oscar · 36, 60
 Hamon, Philippe · 81, 113, 200
 Haynes, Roslynn · 3, 64
 herencia · 5, 185-99, 232, 239, 251, 254, 255,
 257, 258, 264, 314, 316, 317, 330
 Hernández, Horacio · 14
 Hertz, Heinrich · 92
 higiene · 10
 higienistas · 23-24
 Hoffmann, Ernst T. A. · 46, 55
 Holmberg, Eduardo L. · 5, 14, 17, 18, 19, 27,
 30, 32, 33, 34, 122, 144, 166, 183, 193,
 220, 226, 247, 328, 330
Dos partidos en lucha · 4, 14, 17, 36, 39-
 52, 53, 54, 66, 67, 71, 73, 74
El tipo más original · 42
Filigranas de cera · 42
El fosfeno · 73, 74, 75, 76, 77, 80, 82
Horacio Kalibang o los autómatas · 5, 36,
 52-72, 73, 202
La bolsa de huesos · 5, 37, 77, 82, 101-9,
 117, 297
La casa endiablada · 5, 82, 83-100
Nelly · 4, 5, 34, 82, 87, 110-12
Maravilloso viaje del señor NicNac · 49
La ciudad imaginaria · 42
Ojeada sobre la flora · 76
 homeopatía · 5, 10, 255, 259, 264, 266, 284,
 310. *Véase* pseudociencias
 Hospital de Clínicas · 232, 233, 234, 337
 Hospital de Hombres · 25, 125, 129, 141,
 148, 155, 166, 169, 173, 174, 176, 178,
 184, 205, 214
 Hospital Italiano · 155
 Hospital San Buenaventura · 141
 Hospital San Roque · 233
 Houle, Marta · 121, 154
 Huertas García-Alejo, Rafael · 123, 187, 240,
 241, 242, 316
 Humboldt, Alexander · 40

I

- informes médico-legales · 7, 129-47
 Ingenieros, José · 5, 17, 27, 28, 33, 66, 90, 93,
 98, 107, 108, 138, 142, 190, 199, 200, 234,
 248, 258, 276, 277, 307, 316, 317
 instituciones científicas · 15-17
 Instituto Frenopático Argentino · 27, 28, 66

J

Jackson, Rosmary · 45, 60
 Jitrik, Noé · 70, 138
 Jolles, André · 86, 118, 153
 Juárez Celman, Miguel · 98

K

Kamia, Delia · 28
 Kirkpatrick, Gwen · 79
 Kohn Loncarica, A. y Agüero, A. · 14, 23, 24,
 129, 268
 Korn, Alejandro · 99

L

Lacassagne, Alexandre · 193
 Lallande, André · 329
 Laqueur, Thomas · 130, 159
 Le Bon, Gustave · 86, 87, 91, 94, 95, 97, 98,
 100, 101, 188, 193
 Legrain, Michel · 188
 Levine, George · 2, 48, 52, 123
 Lezica, Carmen · 230
 Liernur, Jorge · 83
 locura · 141-47
 Lombroso, Cesare · 189-90, 191, 192, 193,
 195, 198, 240, 241, 242, 243, 316
 López, Lucio V. · 215
 Loudet, Osvaldo · 233, 260, 279
 Lucas, Prosper · 186
 Ludmer, Josefina · 182, 215
 Lugones, Benigno · 31, 32, 139
 Lugones, Leopoldo · 6, 34, 78, 79, 92, 248,
 268, 300, 301, 303, 304, 305, 312, 322,
 323, 324, 325
 Lynch Arribálzaga, Enrique · 112

M

Magnan, Valentín · 188, 239
 Maligioni, Norberto · 142
 Mallo, Pedro · 130, 141, 142
 Mansilla, Lucio V. · 6, 225, 227, 228, 236,
 245, 321
 Martínez, Alberto · 13, 176, 179, 199, 208,
 217, 219, 223
 Martínez, A. y Lewandowski, M. · 325
 Martínez, Carlos Dámaso · 36
 Marín, Gioconda · 36, 37, 42, 73, 74
 Máseide, Per · 127, 156
 materialismo · 53, 86, 87
 mecánica cerebral · 52-72

Mayo, Carlos y García Molina, Fernando ·
 44, 99
 mecánica cerebral · 10. Véase materialismo
 mecanicismo · 89
 medicina legal · 10, 11, 129, 137, 138, 142,
 155, 158, 159
 médicos
 roles profesionales · 25-27, 81, 256-81
 Meléndez, Lucio · 142
 Melián Lafinur, Alvaro · 237
 Meyer-Minnemann, Klaus · 205, 227
 Mingote Muñiz, Javier · 262
 Mogillansky, Gabriela · 241
 Molloy, Sylvia · 138
 Monserrat, Marcelo · 8, 14, 17, 18, 41, 42, 43,
 48
 Montero, Belisario · 177, 195
 Montgomery Hunter, Kathryn · 124, 125,
 148, 154
 Morel, Bénédicte · 151, 186, 187, 188, 189,
 190, 238
 Moreno, Francisco P. · 19, 39, 112
 Moreau de Tours, J. J. · 237
 movimiento intelectual · 13-15

N

Napolitano, Emma · 230, 231, 232, 234, 248,
 250
 naturalismo · 10, 121, 133, 236
 naturalistas · 5, 112-19
 Nascimbene, Mario · 166, 167
 Navarro Viola, Miguel · 28, 53, 300
 neurosis · 121, 122, 149, 150, 184
 histeria · 10, 73, 110-12, 271
 simulación · 106-8
 Nixon, Rob · 62
 Nordau, Max · 241, 242, 245
 Nouzeilles, Gabriela · 331, 332, 333, 334

O

Obligado, Rafael · 223
 Ortiz de Zárate, J. C. · 90, 93
 Otamendi, Belisario · 101
 Oyuela, Calixto · 30, 224
 Eros · 299-300

P

Pagés Larraya, Antonio · 31, 33, 36, 37, 39,
 42, 49, 53, 70, 83, 84, 101, 204
 Parodi-Lisi, Cristina · 338
 Payró, Roberto · 244, 245

Pelladan, Joséphin · 245
 Pérez Tamayo, Ruy · 132, 280
 Peset, José L. · 77, 123, 131, 132, 138
 Pezzoni, Enrique · 138
 Pick, Daniel · 151, 188, 191
 Piñero, Horacio · 88, 197
 Piñero, Norberto · 6, 34, 122, 164, 172, 185, 195, 199, 208, 300
 Podestá, Manuel T. · 4, 5, 7, 24, 25, 32, 34, 126, 139, 148, 166, 210, 247, 250, 251, 260, 262, 264, 267, 269, 271, 328, 336, 337, 338
Niños. Estudio médico social · 122, 261
Irresponsable · 4, 163, 184-200
Un caso de hermafroditismo · 155-163
 Poe, Edgar Allan · 46, 133
 Poirier, Suzanne y Brauner, Daniel · 127, 128
 Posadas, Abel · 245, 254, 271
 positivismo científico · 13
 Pratt, Mary L. · 3, 22, 114
 Prieto, Adolfo · 3, 9, 13, 18, 114, 115, 116, 224, 265
 pseudociencia · 4, 6, 7, 13, 38, 46, 85, 95, 264, 265, 266, 270
 psicología
 experimental · 5, 10, 123, 164, 196, 197, 198

Q

Quesada, Ernesto · 13, 29, 33, 299
 Quiroga, Horacio · 225

R

Ramos, Julio · 189
 Ramos Mejía, José María · 5, 6, 7, 18, 23, 24, 25, 27, 33, 34, 52, 53, 54, 61, 65-67, 70, 122, 125, 128, 140, 142, 149, 150, 151, 164, 165, 166, 176, 182, 193, 213, 216, 328
Apuntes clínicos sobre el traumatismo cerebral · 125
La neurosis de los hombres célebres · 61
Las multitudes argentinas · 4, 91, 95, 97-99, 122
La locura en la historia · 232
 Rawson, Guillermo · 5, 18, 23, 24
 Reisz de Rivarola, Susana · 47
 Renan, Ernest · 61
Revista de higiene infantil · 179, 180
Revista médico-quirúrgica · 139, 175, 273
 revistas científico-literarias · 28-30
 Ritvo, Juan · 227
 Rivarola, Rodolfo · 164, 194, 195
 Roca, Julio A. · 19, 20, 21
 Roeber, Christian · 6, 225, 228, 236, 237, 243, 245, 246, 280, 286, 320, 321
 Rosendi, Pedro · 130, 143

Rothfield, Lawrence · 3, 105, 111, 112, 130, 137
 Rovalletti, Lucrecia · 141

S

Sabato, Hilda · 44
 Sabato, Hilda y Cibotti, Ema · 168, 179
 Sáenz, Eduardo · 164, 191, 211
 Sala Catalá, José · 43
 Salessi, Jorge · 3, 16, 33, 44, 86, 96, 106, 108, 138, 164
 Santos Gollán, José · 21, 22
 Sarlo, Beatriz · 109, 224, 336
 Sarmiento, Domingo F. · 5, 14, 16, 17, 18, 22, 42
 Scalabrini, Pedro · 6, 19
 Schiaffino, Eduardo · 223, 224
 Segre, Cesare · 125, 152
 Shakespeare, William
 The Tempest · 60-65
 Sharf, Barbara · 126
 Showalter, Elaine · 100, 130, 206
 Sicardi, Francisco A. · 4, 5, 7, 23, 32, 144, 328, 332, 336, 337
Las Ptomainas · 122, 151-52, 230
Libro Extraño · 4, 5, 222-326
 socialismo · 257, 286, 307, 314
 Sighele, Scipio · 190
 Silvestri, Graciela y Jorge F. Liemur · 28
 Smiles, Samuel · 215, 216, 217, 218, 219
 Sociedad Científica Argentina · 41
 Soler, Ricaurte · 3
 Sommer, Doris · 332
 Spencer, Herbert · 98
 Speroni, David · 94, 171, 172
 Suárez Wilson, Reyna · 224
 sugestibilidad · 10, 73, 87-100, 103, 270, 330
 hipnosis · 88
 Suleiman, Susan R. · 153, 211, 256

T

Taine, Hippolyte · 188
 Tamini, Luis · 30, 218
 taxonomías · 75-79
 Tedesco, Juan Carlos · 26
 telepatía · 5, 73, 78, 82, 110, 111
 teosofía · 245
 Terán, Oscar · 15, 16, 17, 44, 123, 124, 277, 307
 Todorov, Tzvetan · 47
 Trias, Manuel · 46

V

- Vax, Louis · 47
Vedia, Mariano de · 163, 167, 184, 228, 231
Verne, Jules · 46
Verón, Eliseo · 10, 47
Veyga, Francisco de · 138
Vrettos, Athena · 130, 141, 152
Vezzetti, Hugo · 4, 16, 44, 88, 93, 97, 99,
123, 141, 145, 146, 209, 260, 316
Viñas, David · 138, 182, 227, 245, 338
Vrettos, Athena · 3, 71, 89, 90, 94, 111, 163,
334

W

- Wallace, Alfred R. · 86
Wilde, Eduardo · 5, 7, 18, 26, 247, 328
Informes médico-legales · 129-47
Tiempo perdido · 129
Wilson, Daniel · 61
Wrobel, Arthur · 13, 123

Y

- Yates, Donald · 36

Z

- Zanetti, Susana · 214
Zola, Émile · 182, 187, 188, 204, 213, 215,
218, 219, 242, 290, 310
L'Assommoir · 30
Naná · 31, 32
Zuccarini, Emilio · 166, 167, 181